

B L A N K A
L I P I Ń S K A



OTROS 365 DIAS

*Me salvaste la vida, cariño,
y luego me mataste*

OTROS 365 DÍAS

¡Apoya al autor comprando sus libros!

Este documento fue hecho sin fines de lucro, ni con la intención de perjudicar al Autor (a). Ninguna traductora, correctora o diseñadora del foro recibe a cambio dinero por su participación en cada uno de nuestros trabajos. Todo proyecto realizado por ***Letra por Letra*** es a fin de complacer al lector y así dar a conocer al autor. Si tienes la posibilidad de adquirir sus libros, hazlo como muestra de tu apoyo.

2

¡Disfruta de la lectura!

BLANKA LIPÍŃSKA

OTROS 365 DÍAS

Staff

Mrs. Emerson

Mrs. Darcy

Mrs. Hunter

Mrs. Grey

Diseño

Mrs. Hunter

3



Letra Por Letra

BLANKA LIPÍŃSKA

OTROS 365 DÍAS

DEDICATORIA

El cáncer cervical no duele.

¡Te matará!

¡Haz una citología para que puedas seguir
viviendo y disfrutando del sexo!



OTROS 365 DÍAS

SINOPSIS

Embarazada Laura recibe un disparo.

Los mejores médicos luchan por la vida de la mujer. Su esposo, el jefe de la mafia siciliana, debe tomar las decisiones más difíciles de su vida: a quién salvar: su amada o su hijo...

¿Qué decisión tomará Massimo?

¿La vida sin Laura todavía tendrá sentido para él?

¿Podrá criar a su hijo solo?

Millones de pensamientos se adhieren a su cabeza, pero ninguno trae alivio. No sabe cómo se desarrollará el destino de su familia.

¿De quién serán los 365 días que seguiremos en la tercera parte de la saga?

"otros 365 días" es una continuación de la serie más vendida de Blanka Lipinska sobre Laura Biel secuestrada por el jefe de la mafia siciliana. Los libros anteriores, "365 días" y "Este día", vendieron más de 500,000 copias.

Lleno de erotismo y sensacionales giros de la novela, en comparación con las "50 sombras de Grey" más vendidos del mundo, ganaron los corazones de las mujeres polacas. Si alguien piensa que Lipinska será difícil de sorprender nuevamente a los lectores, debería abrocharse el cinturón de seguridad, porque "Otros 365 días" es un paseo en montaña rusa!

Se está trabajando en la proyección de la serie. El estreno de la película está previsto para el Día de San Valentín 2020.



OTROS 365 DÍAS

CAPÍTULO 1

Algunos meses más tarde

El viento caliente me volaba el pelo mientras iba en un convertible por la playa. *Ariana Grande* y su canción de *Break free*, que se adaptaba a mi situación como ninguna otra en el mundo, retumbaba por los altavoces. *If you want it, take it* - ella cantaba, y yo asentía con la cabeza a cada palabra y ponía la música aún más fuerte.

Hoy era mi cumpleaños, hoy, teóricamente, era un año mayor que ayer, hoy debería estar deprimida, y la verdad es que nunca antes me había sentido tan viva.

Cuando paré el coche en los semáforos, empezó el coro. Los bajos explotaron a mí alrededor, y mi maravilloso estado de ánimo me hizo tener que cantar con ella.

—*His is... the part... when I say I don't want ya... I'm stronger than I've been before...*— gritando con Ariana, agitando mis manos por todo el lugar. Un joven, cuyo coche se detuvo justo al lado, sonreía coquetamente y se divertía con mi comportamiento, golpeando el volante al ritmo de la canción. Probablemente, aparte de la música y el comportamiento inusual, mi traje llamó su atención, hoy no tenía demasiado puesto en mí.

El bikini negro era perfecto para mí, *plymouth* púrpura, todo encajaba porque era increíble. Mi coche, hermoso y único, fue un regalo de cumpleaños. Por supuesto que sabía que mi hombre no se detendría ahí, pero me gustaba que me consintieran porque tal vez era el final de los regalos.

Empezó hace un mes: cada día, por mi cumpleaños, me daba algo nuevo. Treinta, ese era mi cumpleaños, así que treinta días de regalos... así es como lo vio. Volví mis ojos a este pensamiento y me moví cuando la luz cambió a verde.



OTROS 365 DÍAS

Aparqué, cogí mi bolso y me dirigí a la playa. El día era caluroso, en pleno verano, y realmente quería ver dónde estaban los límites del sol. Bebí té helado a través de una pajita y caminé, sumergiendo mis pies en la arena caliente.

—¡Feliz cumpleaños, pequeña!— Mi hombre gritó y cuando me volví hacia él, una botella de *Moet Rose* explotó en mi cara.

—¡¿Qué estás haciendo?!— Estaba gritando de risa, tratando de salir del chorro de agua. Desafortunadamente, no funcionó. Como una manguera de incendios, me empapo por todas partes. Cuando la botella estuvo vacía, se lanzó sobre mí y me tiró a la arena.

—Feliz cumpleaños—, susurró. —Te amo.

En ese momento, su lengua se deslizó sin prisa en mi boca y comenzó a hacer gimnasia lenta. Gemí, envolviendo mis manos alrededor de su cuello y abrí mis piernas mientras él movía sus caderas y se colocaba entre ellas.

Sus manos agarraron mis manos y las clavaron en una superficie suave. Se separó de mí y me miró con ojos divertidos.

—Tengo algo para ti.— Movié alegremente sus cejas y se levantó, tirando de mí detrás de él.

—Algo como...— estaba cambiando, sarcásticamente girando mis ojos detrás de unas gafas oscuras escondidas de él. Extendió su mano y me las quitó, y su cara se puso seria.

—Desearía...— ...tartamudeo, y lo miré con diversión. Luego respiró hondo y cayó de rodillas, sacando una cajita en mi dirección.

—Cásate conmigo,— dijo Nacho, sonriendo sobre sus dientes blancos. —Me gustaría decir algo sabio, romántico, pero sólo quiero decir algo para convencerte.

Tomé un respiro, y él levantó su mano para silenciarme.

—Antes de que digas algo, Laura, piénsalo. Una declaración no es un matrimonio, y un matrimonio no es la eternidad.— Me pinchó con la caja en la barriga. —Recuerda, no quiero obligarte a hacer nada, no te estoy obligando a hacer nada. Dirás que sí, si quieres.



OTROS 365 DÍAS

Se mantuvo en silencio durante un tiempo, esperando una respuesta, y cuando no la obtuvo, giró la cabeza y continuó: —Si no estás de acuerdo, te enviaré a Amelia, y ella te atormentara hasta la muerte.— Lo miré preocupada, aterrada y feliz al mismo tiempo. —Bueno, puedo ver que este argumento tampoco te atrae.— Miró al océano y después de un tiempo sus ojos verdes volvieron a mí. —Entonces, acepta.

Me besó el estómago y luego apoyó su frente en una curva invisible.

—Recuerda, una familia es de al menos tres personas.— Levantó los ojos hacia mí. —Al menos eso no significa que vaya a dejar de serlo.— Sonrió y me cogió la mano.

—Te quiero.— Susurré. —Iba aceptar desde un principio cuando empezaste a hablar, pero como me silenciaste, dejé que te probaras a ti mismo.— Sus ojos brillantes se reían de mí. —Sí, me casaré contigo.



OTROS 365 DÍAS

CAPÍTULO 2

Cuando abrí los ojos por primera vez después de cerrarlos en la residencia de Fernando Matos, vi que estaba rodeada de kilómetros de tubos pegados en mi cuerpo y rodeada por docenas de pantallas que mostraban las funciones de mi cuerpo. Todo estaba zumbando, tarareando. Quería tragar mi saliva, pero resultó que tenía una especie de tubo en la garganta. Tenía miedo de vomitar. Se me nublaron los ojos y sentí como si entrara el pánico. Entonces una de las máquinas empezó a sonar terriblemente, la puerta se abrió y Massimo cayó en la habitación como un carnero. Se sentó a mi lado y me tomó la mano.

—Cariño,— sus ojos estaban vidriosos. —¡Gracias a Dios!

La cara de Black estaba cansada y pensé que era la mitad de delgado de lo que recordaba. Respiró hondo y empezó a acariciarme en la mejilla, y cuando lo vi, me olvidé por completo de que el tubo me asfixiaba. Las lágrimas comenzaron a salir de mis ojos, y él me limpió cada una de ellas sin quitar su boca de mi mano. De repente las enfermeras entraron en la habitación y silenciaron la insoportable máquina.

Después de ellas, los médicos aparecieron en la puerta.

—Sr. Torricelli, por favor, váyase. Cuidaremos de su esposa—, dijo el viejo en bata blanca, y cuando Don no reaccionó, repitió la orden más fuerte.

Massimo se enderezó y lo enfrentó, cambió su cara a la más fría posible, y luego dijo a través de sus dientes apretados:

—Mi esposa abrió los ojos por primera vez en dos semanas, y si cree que me voy a ir, está en un increíble error...— Estaba resoplando en inglés, y el doctor le hizo un gesto con la mano.

Después de que me sacaran un tubo de la garganta que se parecía al de una aspiradora, pensé que sería mejor que Black no lo viera.



OTROS 365 DÍAS

Pero, bueno, sucedió. Un momento después, la visita de los médicos de todo tipo de especialidades comenzaron a llegar a mi habitación. Y luego hubo una revisión, una revisión interminable.

Massimo no salió ni un segundo ni me soltó la mano. Algunas veces hubiera preferido que no estuviera allí, pero ni siquiera yo fui capaz de alejarlo de mí y convencerlo de que se moviera al menos una pulgada para hacer espacio para los médicos. Finalmente todos desaparecieron, y aunque todavía me resultaba difícil hablar, quería preguntarle qué había pasado realmente. Estaba tratando de recuperar el aliento, diciendo algo incomprensible.

—No digas nada.— Black gimió, poniendo una vez más mi mano en su encantadora boca. —Antes de que empieces a preguntar y preguntar...— suspiró y empezó a parpadear nerviosamente, como si retuviera sus lágrimas. —Me salvaste, Laura,— él se quejó y yo me acaloré. —Como en mi visión, me salvaste, querida.

Su mirada estaba en mi mano. No entendí a dónde iba con esto.

—Pero...— Intentó sacar algo más, pero no podía.

Y entonces me di cuenta de lo que estaba haciendo. Con mis manos temblorosas, empecé a frotar las sábanas. Black trató de agarrarme las manos, pero algo le impidió luchar contra mí. Finalmente, me soltó las muñecas.

—Luca—, susurré, viendo las vendas en mi cuerpo. —¿Dónde está nuestro hijo?

Mi voz era apenas audible, y cada palabra era dolorosa. Quería gritar, salir de la cama y gritar esa pregunta, para obligar a Black a decirme finalmente la verdad.

Se levantó, agarró tranquilamente el edredón y cubrió mi cuerpo andrajoso. Sus ojos estaban muertos, y mientras lo miraba, crecía en mí la desesperación, además del horror.

—Está muerto,— se levantó, recuperó el aliento y se volvió hacia la ventana. —La bala se acercó demasiado... Era demasiado pequeño...



OTROS 365 DÍAS

No tenía ninguna posibilidad,— la voz de mi marido se quebraba, y no tenía ni idea de cómo llamar a lo que sentía.

La desesperación fue muy poca. Me pareció que alguien acababa de arrancarme el corazón. Las olas de llanto que me inundaban cada segundo me hacían incapaz de respirar. Cerré los ojos tratando de tragar la bilis amarga que me llegaba a la garganta. Mi bebé, la felicidad que se suponía que era parte de mí y de mi amado.

Desapareció.

De repente el mundo entero se detuvo.

Massimo se quedó quieto como una estatua, hasta que en un momento se limpió los ojos y se volvió hacia mí.

—Afortunadamente, estás viva.— Trató de sonreír, pero fracasó.

—Duerme un poco, los médicos dicen que necesitas mucho descanso ahora.— Me acarició la cabeza y me limpió las mejillas mojadas.

—Tendremos un montón de niños, te lo prometo.

Cuando escuché eso, me puse a llorar aún más.

Se quedó quieto, respirando superficialmente, y sentí la impotencia que lo abrumaba. Apretó las manos en un puño, y sin mirarme, se fue. Después de un tiempo regresó en compañía de un médico.

—Laura, te daré algunos sedantes.

No podía hablar, así que sacudi mi cabeza en la dirección opuesta.

—Sí, sí, tienes que recuperarte lentamente, pero por hoy, es suficiente,— le dio a Black una mirada crítica.

Enganchó la jeringa a una de las mangueras de goteo, y sentí que me estaba volviendo extrañamente pesada.

—Estaré aquí.— Massimo se sentó junto a la cama y me cogió la mano. Empecé a nadar en la oscuridad. —Prometo que estaré aquí cuando te despiertes.



OTROS 365 DÍAS

Lo fue cuando abrí los ojos y cada vez que me dormí y me desperté de nuevo. No se rendiría conmigo. Me leyó, me trajo películas, me peinó y me lavó. Para mi horror, descubrí que también hizo esta última cosa cuando estaba inconsciente, no dejaba que las enfermeras se acercaran a mí. Me pregunto cómo soportó el hecho de que los médicos que me operaron fueran hombres.

Por lo que aprendí de sus declaraciones lacónicas, me dispararon en el riñón. No se pudo salvar. Por suerte, un humano tiene dos, y vivir con uno no es nada terrible, siempre que esté sano. Durante la operación, mi corazón decidió negarse a cooperar. No me sorprendió especialmente. Me sorprendió que los médicos se las arreglaran.

Algo se hizo accesible, cosieron algo, cortaron algo más y supuestamente debía funcionar. El doctor, que estaba realizando el procedimiento, me lo contó durante una buena hora, mostrando dibujos y gráficos en la pantalla de la tableta. Desafortunadamente, mi inglés no era lo suficientemente bueno para cubrir los detalles de su discurso. Además, en mi estado mental era realmente indiferente. Lo que importaba era que estaba a punto de dejar el hospital. Y me sentía mejor día a día, mi cuerpo se recuperaba rápidamente... El cuerpo, porque el alma aún estaba muerta.

La palabra "*niño*" fue suprimida de nuestro diccionario, y el nombre "*Luca*" dejó de existir repentinamente. Bastaba con mencionar al niño, ni siquiera en una conversación, sino en la televisión o en Internet, y me inundaban las lágrimas.

Massimo y yo hablamos de todo, se abrió a mí, más que nunca. No quería hablar de la víspera de Año Nuevo por nada. Me hizo enojar más y más. Dos días antes de que saliera del hospital, no podía soportarlo.

Black acaba de poner una bandeja de comida delante de mí y se levantó las mangas.

—Ni siquiera comeré un gramo.— Cruce mis manos en el edredón.
—No te vas a perder esta conversación. Ya no puedes fastidiar mi condición. Me siento fenomenal.— Giré mis ojos ostentosamente.



OTROS 365 DÍAS

—¡Massimo, maldita sea, tengo derecho a saber qué pasó en la finca de Fernando Matos!

Don dejó caer la cuchara en su plato, respiró profundamente y se levantó molesto.

—¿Por qué eres tan terca?— Me miró con un ojo enojado. —Jesús, Laura.— Se cubrió la cara con las manos y se inclinó un poco hacia atrás. —Está bien. ¿Hasta qué punto recuerdas lo que pasó?— Su voz se escuchó como un anuncio.

Estaba cavando en los rincones de mis recuerdos y cuando Nacho se puso delante de mis ojos, mi corazón se congeló. Tragué mi saliva fuerte y lentamente dejé salir el aire de mis pulmones.

—Recuerdo que ese hijo de puta de Flavio me golpeó.— Las mandíbulas de Massimo comenzaron a apretarse rítmicamente.

—Entonces apareciste tú.

Cerré los ojos, pensando que me ayudaría a recuperar mis recuerdos.

—Luego hubo confusión y todos se fueron, dejándonos solos.— Dije, sin saber qué era lo siguiente. —Me acerqué a ti... Recuerdo que tenía un dolor de cabeza muy fuerte... Entonces nada.

Lamenté haberme encogido de hombros y haberlo mirado. Lo vi hirviendo por dentro. Toda la situación y el recuerdo de todo ello le hizo sentir muy culpable, lo que no pudo soportar. Caminaba por la habitación, apretando los puños, y su pecho subía y bajaba a un ritmo frenético.

—Flavio, el... Le disparó a Fernando, y luego le disparó a Marcelo.— Al oír esas palabras, sentí que me obstruía. —Falló— añadió, y yo gemí de alivio, y cuando Massimo me miró sorprendido, fingí que algo me dolía en el pecho. Me puse la mano encima y le di una señal para que continuara.

—Ese calvo hijo de puta le disparó. O al menos eso es lo que pensé cuando cayó detrás del escritorio, inundando todo con sangre. Entonces te sentiste peor.



OTROS 365 DÍAS

Se detuvo de nuevo, y sus dedos se apretaron en sus manos y huyeron.

—Quise sostenerte, y entonces él disparó de nuevo.

Mis ojos se hicieron grandes como platillos, y mi aliento se atascó en mi garganta y no podía decir una palabra. Debo haberme visto terrible, porque Black se me acercó y, acariciando mi cabeza, revisó los indicadores de los monitores. Estaba en shock. ¿Cómo pudo Nacho dispararme?! No pude entenderlo.

—Y por eso no quería hablarte de ello.

Black empezó a gruñir cuando una de las máquinas empezó a chirriar. Después de un rato, una enfermera entró corriendo a la habitación, y los doctores vinieron con ella. Hubo una conmoción a mi alrededor, pero un momento después otra inyección en un catéter atascado en mi muñeca se encargó de ello. Esta vez no me dormí, sino que me calmé. Me sentí como un vegetal. Creí que lo veía y entendía todo, pero fui extrañamente bendecida. Era una flor de loto en la superficie del lago - tal comparación pasó por mi mente cuando estaba acostada en la cama, mirando impasible a Massimo explicar al doctor lo que había pasado, y él agitó sus manos frente a su nariz. *Oh, Doc, si supiera quién es mi marido, nunca se acercaría tanto a él...* pensé, sonriendo suavemente. Los hombres discutieron entre ellos hasta que finalmente Black se rindió y asintió, bajando la cabeza. Después de un tiempo estuvimos solos otra vez.

—¿Y qué fue lo siguiente?— Pregunté, arrastrando un poco las palabras, aunque estaba segura de que hablaba con bastante normalidad.

Pensó por un momento, mirándome de cerca, y cuando le di una sonrisa ligeramente narcótica, giró la cabeza. —Flavio desafortunadamente se despertó y te disparó.

—Flavio— Repetí después de él en mi cabeza, y había una alegría incontrolable en mi cara. Don probablemente creyó qué eran las drogas y continuó.



OTROS 365 DÍAS

—Marcelo le disparó, o más bien lo masacró, porque le puso toda la carga.— Black resopló y giro la cabeza.

—En ese momento, ya estaba cuidando de ti. Domenico fue a buscar ayuda, porque por desgracia la habitación estaba insonorizada, así que nadie oyó nada. Matos trajo un botiquín de primeros auxilios. Entonces llegó la ambulancia. Habías perdido mucha sangre.— Se levantó de nuevo. —Eso es todo.

—¿Y ahora? ¿Qué pasa ahora?— Pregunté, entrecerrando los ojos, para agudizar la vista.

—Nos vamos a casa.— Una sonrisa sincera apareció en su rostro por primera vez.

—Me pregunto por los españoles, por sus intereses...— entrecerré los ojos y me recosté de espaldas.

Massimo me miraba con recelo, y yo preparaba en mi cabeza una buena excusa para mi pregunta. Cuando no respondió durante mucho tiempo, lo miré.

—¿Estoy a salvo o alguien me secuestrará de nuevo?— dije con una irritación falsa.

—Digamos que hice un trato con Marcelo. Toda esta habitación, como nuestra casa, está llena de electrónica, hay cámaras y un sistema de grabación.— Cerró los ojos y bajó la cabeza. —Vi la grabación y escuché lo que dijo Flavio. Sé que la familia Matos estaba involucrada en esto. Fernando no tenía ni idea de las verdaderas intenciones de Flavio. Marcelo cometió un gran error al secuestrarte.— Los ojos de Black se iluminaron con ira. —Pero sé que te salvó la vida y te cuidó.— Empezó a temblar y le zumbaba la garganta. —No puedo soportar la idea de que...— ... lo miré un poco aburrida. —¡Nunca habrá paz!

Se levantó de la silla y la lanzó contra la pared. —Mi hijo murió por culpa de este hombre, mi esposa casi pierde la vida.— Estaba respirando profundamente. —Cuando vi el video de ese hijo de puta golpeándote, juro que si pudiera, lo mataría un millón de veces



OTROS 365 DÍAS

más!— Massimo cayó de rodillas en medio de la habitación. —No puedo soportar la idea de que no te protegí, que dejé que ese calvo hijo de puta te secuestrara y te llevara al lugar donde te atrapó esa escoria.

—No lo sabía.— Susurré entre lágrimas.—Nacho no tenía ni idea de por qué me secuestraron.

La odiosa vista de Massimo se posó en mis labios.

—¿Lo estás defendiendo?— Se levantó, dio tres pasos y se encontró a mi lado. —¿Lo estás defendiendo después de todo lo que has pasado?

Estaba parado frente a mí, respirando fuerte, y sus pupilas se dilataron para hacer sus ojos completamente negros.

Lo miré y me sorprendió descubrir que no sentía nada. Ni siquiera estaba enfadada o nerviosa. Fue raro. La medicación que me habían dado me había arrancado completamente de mis emociones, y lo único que indicaba lo que sentía eran las lágrimas que fluían por mis mejillas.

—No quiero que tengas enemigos porque me afecta.— Dije, e inmediatamente me arrepentí de mis palabras. Esta declaración, no literalmente, pero aun así, fue una acusación. Al no querer esto, sugerí que él era el responsable de mi condición.

Black suspiró y pensó, y se mordía el labio suplicando misericordia. Se levantó y se acercó lentamente a la puerta.

—Me voy a encargar de tu alta...— susurró y salió en silencio de la habitación.

Quería llamarlo y pedirle que se quedara, disculparme y explicarle que no quería hacer nada malo, pero las palabras se me atascaron en mi garganta. Cuando la puerta se cerró, me quedé allí un rato, mirándolo fijamente, finalmente me dormí.

Mi vejiga me despertó. Recientemente, había apreciado este sentimiento y el hecho de que puedo ir al baño sola. Estaba disfrutando de cada visita allí. Finalmente me quitaron el catéter y el



OTROS 365 DÍAS

doctor dijo que debía empezar a caminar, así que había estado dando pequeños paseos durante unos días. Con un soporte de goteo integral.

Me llevó un tiempo en el baño, porque ocuparse de una intravenosa no era lo más fácil y requería una destreza extraordinaria. Sobre todo porque tuve que arreglármelas sola, porque cuando me desperté, me sorprendió descubrir que Massimo había desaparecido de la habitación. El primer día de mi estancia en el hospital ordenó poner una segunda cama y durmió a mi lado, un poco como en las colonias. El dinero hizo maravillas. Si hubiera querido tener muebles antiguos y una fuente aquí, también se podría haber arreglado. Su ropa de cama estaba intacta, lo que significaba que tenía cosas más importantes que hacer esa noche que vigilarme.

No tenía sueño porque dormí todo el día, así que decidí salir a la aventura y salir al pasillo sola. Al cruzar el umbral, me agarré a la pared y al mismo tiempo vi con diversión cómo dos guardaespaldas crecientes se desprendían de mi vista. Les hice señas para que se sentaran, y arrastrando un puesto de goteo detrás de mí, salí por el pasillo. Desafortunadamente, ambos me siguieron.

Cuando me di cuenta de lo idiotas que parecíamos, quise reírme. Yo, con una ligera bata de baño y un emú rosado en los pies, con mi pelo rubio despeinado, apoyada en una percha de metal, y justo detrás de mí dos gorilas, en trajes negros con su cabeza brillando como los diamantes. Desafortunadamente, la velocidad que estaba desarrollando no fue suficiente para perderlos, así que nuestra caminata fue muy digna.

Tuve que sentarme un rato, porque mi cuerpo aún no estaba preparado para largas expediciones. Mis compañeros se pararon a unos metros de mí. Estaban mirando alrededor, buscando "peligro", pero no encontraron nada, así que entablaron una conversación. Era de noche, pero el pasillo del hospital estaba bastante ocupado. Una enfermera se me acercó y me preguntó si todo estaba bien. La calmé, le expliqué que sólo estaba descansando, así que se fue.



OTROS 365 DÍAS

Finalmente, me levanté y estaba a punto de volver a mi habitación, cuando de repente al final del pasillo vi una figura familiar. Estaba de pie junto a un gran cristal.

—Imposible — susurré y sujeté el goteo y me acerqué a la mujer.

—¿Amelia?— La chica se volvió hacia mí y una pálida sonrisa apareció en su rostro. —¿Qué estás haciendo aquí? — Pregunté sorprendida por su presencia.

—Yo estaba esperando...— ella respondió, señalando con la cabeza algo detrás del vidrio.

Miré a la izquierda y vi la habitación donde los niños estaban en las incubadoras. Eran diminutos, algunos no más grandes que un paquete de azúcar. Parecían muñecos, a los que se les unían tubos y cables. Esta vista me hizo sentir débil. *Luca*, pensé que era tan pequeño. Las lágrimas me vinieron a los ojos y las palabras se me atascaron en la garganta. Cerré los párpados y antes de abrirlos, giré la cabeza hacia la chica. La miré de nuevo, esta vez mejor. Estaba en bata, así que era una paciente.

—Pablo nació demasiado pronto—, dijo ella, limpiándose la nariz con la manga. Había rastros de lágrimas en sus mejillas. —Cuando me enteré de lo que le pasó a papá y...— su voz se quebró, y supe lo que quería decirme. Extendí mi mano y abracé su brazo, no sé si quería consolarla a ella o a mí misma. Luego mis guardaespaldas de al lado dieron unos pasos atrás, dándonos un poco de privacidad. Amelia puso su cabeza en mi hombro. Estaba sollozando. No tenía ni idea de lo que sabía, probablemente su hermano le ahorró detalles innecesarios.

—Lamento lo de tu marido.— Esas palabras apenas me pasaron por la garganta. No lo siento en absoluto. Incluso me alegro de que Nacho le haya disparado.

—En realidad, no era mi marido,— susurró. —Pero eso es lo que dije de él. Yo quería que lo fuera.

Se limpio la nariz y se enderezó.



OTROS 365 DÍAS

—¿Y cómo te sientes? — Sus ojos bondadosos se posaron en mi estómago.

—¡Laura!— Una voz detrás de mi cabeza no anunciaba nada bueno.

Me di la vuelta y vi un enojado Massimo con largos pasos atravesando el pasillo.

—Tengo que irme. Te encontraré.— Susurré. Me alejé de ella y me acerqué a mi marido.

—¿Qué es lo que haces?— Preguntó con molestia y me puso en la silla de ruedas que estaba contra la pared. Más tarde, apretó los dientes de ogro y maldijo en italiano y empujó lentamente la silla hacia mi habitación.

Entramos... yo preferí entrar, y él me puso en la cama y me envolvió en un edredón. Por supuesto, no habría sido él mismo si no hubiera dicho toda la letanía sobre mi irresponsabilidad y mi comportamiento imprudente.

—¿Quién era esa chica?— Preguntó, colgando su chaqueta en el respaldo de las sillas.

—La madre de uno de los bebés prematuros— susurré, apartando la cabeza de él. —No se sabe si su hijo sobrevivirá,— mi voz se quebró. Sabía que el tema del niño, Black no iba a continuar.

—No entiendo para nada por qué fuiste a esa sala...— dijo con reproche. Había un silencio incómodo, en el que sólo se oían las respiraciones profundas de mi marido. —Deberías descansar,— dijo, cambiando de tema. —Mañana nos vamos a casa.

Fue una noche difícil. De vez en cuando me despertaba de mis sueños, en los que aparecían niños, incubadoras y mujeres embarazadas. Esperaba que en casa pudiera alejarme de todos esos pensamientos que me atormentaban. Por la mañana, no podía esperar a que Massimo me dejara en paz y fuera a molestar al consejo médico que se había reunido en relación con mi alta. Los médicos no estaban muy contentos de que mi marido me sacara del hospital. No pensaron que el tratamiento había terminado.



OTROS 365 DÍAS

Estuvieron de acuerdo con esto sólo con la condición de que mi tratamiento posterior fuera escrito en detalle y que se siguieran sus recomendaciones. Don trajo médicos de Sicilia a Tenerife para este propósito y todos se sentaron juntos a hablar.

Decidí usar esto para ver a Amelia. Me vestí con un chándal preparado para mí y me puse los zapatos en los pies. Me asomé a la habitación con cuidado. Me sorprendió y sentí alivió descubrir que no había nadie afuera. Al principio, estaba asustada. Estaba convencida de que alguien se había ocupado de mis guardaespaldas y que vendría por mí en un momento, pero inmediatamente recordé que no estaba en peligro. Fui a través del pasillo.

—Estoy buscando a mi hermana,— dije, de pie en el mostrador de recepción de la sala de neonatos. La enfermera mayor, que estaba sentada en una silla giratoria, dijo unas palabras en español, volteó sus ojos y desapareció. Después de un tiempo, una joven y sonriente chica tomó su lugar.

—¿En qué puedo ayudarle? — Preguntó con fluidez en inglés.

—Estoy buscando a mi hermana, Amelia Matos. Ella está en su pabellón, dio a luz prematuramente.

La mujer miró el monitor durante un rato, luego me dio el número de habitación y me indicó la dirección.

Me paré en la puerta y me quedé paralizada con la mano lista para llamar. “¿*Qué demonios estoy haciendo?*”, pensé. “*Voy a ver a la novia del asesino a sueldo que me secuestró, y quiero preguntarle cómo se siente después de que el tipo me disparó y quiso matarme.*” Era tan surrealista que no podía creer lo que quería hacer.

—¿Laura? — La escuché a mis espaldas. Me di la vuelta. A mi lado, con una botella de agua bajo el brazo, estaba Amelia.

—Vine a ver cómo te sentías. — Dije, respirando profundamente.

Abrió la puerta y, al entrar, me tiró de la mano. La habitación era aún más grande que la mía, tenía algo así como una sala de estar y



OTROS 365 DÍAS

un dormitorio extra. Había un olor a lirios por todas partes, de los cuales probablemente había varios cientos en la habitación.

—Mi hermano me trae un ramo fresco cada día...— suspiró, se sentó y me paralizó. En pánico, comencé a mirar a los lados y a retirarme hacia la salida.

—No te preocupes, se fue, no estará aquí hoy.— Me miró como si estuviera leyendo en mis pensamientos. —Me lo contó todo.

—¿Y qué exactamente? — Pregunté, sentándome a su lado en la silla. Incluyó la cabeza y comenzó a agarrar sus uñas. Parecía una sombra, no había ni rastro de una chica hermosa.

—Sé que no eran pareja y que mi padre te hizo secuestrar, y Marcelo iba a hacer que te sintieras cómoda y a cuidarte...— se acercó a mí. —Laura, no soy estúpida. Sé lo que hacía Fernando Matos y en qué familia nací...— suspiró. —Pero que Flavio estaba involucrado en todo esto...— su voz se quebró cuando me miró la barriga. —¿Cómo es que tu... — ...ella se separó, viéndome sacudir mi cabeza suavemente y las lágrimas fluyendo en mis ojos. Cerró sus párpados, y después de unos segundos, las primeras gotas comenzaron a fluir por sus mejillas. —Lo siento.— Ella susurró. —Perdiste un hijo por culpa de mi familia.

—Amelia, no es por ti. No eres tú quien debería disculparse conmigo.— Dije con la voz más segura que pudo salir de mí misma. —Podemos agradecer a los hombres con los que tenemos que vivir por eso. Tú al tuyo por el hecho de que Pablo está luchando por su vida, y yo al mío por el hecho de que estuve en esta isla absolutamente en peligro— lo dije en voz alta por primera vez, y al sonido de estas palabras me calentaron el pecho. Por primera vez, expresé mi dolor por Massimo directamente. De hecho, no fui del todo honesta con Amelia, porque Flavio fue el único culpable de todo el incidente... Pero no quería añadir nada más.

—¿Cómo está tu hijo?— Le pedí queriendo que dejara de llorar. Aunque deseaba lo mejor para el pequeño y su madre, esas palabras no pasaron por mi boca a la ligera.



OTROS 365 DÍAS

—Creo que está mejor.— Ella sonrió. —Como puedes ver, mi hermano se encargó de todo.— Señaló con la mano la habitación.

—Sobornó o aterrorizó a los médicos, así que me tratan como a una reina. Pablo tiene los mejores cuidados y se está haciendo más fuerte cada día.

Hablamos unos minutos más, hasta que me di cuenta de que si Black no me encontraba en la habitación, estaría en problemas.

—Amelia, tengo que irme. Hoy vuelvo a Sicilia.— Me levante con un gruñido silencioso, apoyándome contra la silla.

—Laura, espera. Hay una cosa más...— La miré haciendo preguntas.

—Marcelo... Quiero hablarte de mi hermano.

Hice ojos grandes, y ella empezó a hablar con un poco de moderación.

—No quiero que lo odies, especialmente porque creo que piensa en ti...

—No tengo nada que ver con él.— La interrumpí, temiendo lo que quería decir. —En serio, salúdalo. Tengo que irme.— Dije y casi salí corriendo de la habitación, besándola y abrazándola suavemente.

Salí al pasillo y me apoyé en la pared, recuperando mi aliento.

Estaba un poco enferma y al diablo con mi pecho, pero, extrañamente, no podía oír mi corazón. Ese terrible estruendo en mi cabeza que acompañaba a casi todos los ataques de pánico. Por un momento quise volver a Amelia y pedirle que terminara, pero entré en razón y me dirigí a mi habitación.



OTROS 365 DÍAS

CAPÍTULO 3

—Maldita sea,— Olga gritó cuando entró corriendo a mi habitación y vio que todavía estaba enterrada en la ropa de cama. —¿Cuánto tiempo puedo esperarte, perra?

Quería abrazarme, pero a mitad de camino, recordó que estaba destrozada por todos lados, y me dejó sola. Se arrodilló en la cama y un chorro de lágrimas entró en sus ojos y explotó después de un rato.

—Estaba tan asustada, Lari...— ella rugió, y yo lo sentí. —Cuando te secuestraron, yo quería... No sabía...— se estaba ahogando con la histeria.

Agarré su mano y empecé a acariciarla suavemente, pero ella siguió aullando como un bebé con su cabeza presionada contra mi cuello.

—Yo debería estar consolándote ahora, no tú a mí.— Se limpió la nariz y me miró. —Estás tan delgada.— Ella se quejó. —¿Estás bien?

—Si no cuentas el dolor después de la cirugía, el hecho de que no haya estado aquí por casi un mes, y el hecho de que perdí a mi bebé...— Debe haber oído sarcasmo en mi voz, porque se calló y dejó caer la cabeza. Por un momento pensó intensamente en algo, hasta que finalmente respiró profundamente.

—Massimo no le dijo nada a tus padres. Tu madre se está volviendo loca, y él la ha estado engañando. Primero, cuando quisieron despedirse de ti el día que se fueron, me hizo decirles... Sabes, me dijo que hablara con ellos y empujara la mentira..— ella gritó.

—Dije que Massimo te preparó un viaje sorpresa y organizó un secuestro.— Se levantó con una ceja divertida. —Grotesco, ¿eh? Que te secuestró para la República Dominicana como regalo de Navidad. Ya sabes, está muy lejos y la cobertura es débil. Le he contado la misma mentira a tu madre durante tres semanas. Cada vez que llamaba. A veces no lo creía, así que le escribí en Facebook, por



OTROS 365 DÍAS

supuesto como tú.— Olga se encogió de hombros. —Pero por desgracia, Clara no es estúpida.

Se cayó a mi lado y escondió su cabeza entre sus manos.

—¿Sabes por lo que he pasado? Cada mentira nació después de otra, cada historia se aferraba cada vez menos a la otra.

—¿Qué pasó?— Le pregunté con la mayor calma posible cómo era posible.

—Le dije que estabas haciendo negocios en Tenerife y tu teléfono se ahogó en el océano.

Giré la cabeza y la miré. *Así que voy a tener que mentir sobre ello otra vez, pensé.*

—Dame tu teléfono. Massimo no me dio el mío.

—Lo tengo yo.— Sacó el smartphone del cajón junto a la cama.

—Cuando te secuestraron, lo encontré en el pasillo del hotel.

Se levantó y se arrodilló a mi lado.

—¿Sabes qué, Lari? Te dejaré en paz.

Estaba asintiendo con la cabeza y cogí el teléfono. Miré la pantalla y "mamá" en la lista de contactos. No sabía si debía decirle la verdad o mentir. Y si le mentía, ¿qué se suponía que debía decirle? Después de un tiempo, me di cuenta de que la honestidad en este caso sería cruel. Sobre todo ahora que todo está arreglado, y ella ya casi amaba a mi marido. Respiré profundamente y marqué. Me puse el teléfono en el oído.

—¡Laura!— Los gritos de mi madre me partieron el cráneo. —¿Por qué diablos no hablaste tanto tiempo? ¿Sabes por lo que he pasado? Tu padre estaba preocupado...

—Estoy bien.— Giré los ojos y sentí lágrimas bajo los párpados.

—Hoy volví, no tenía teléfono, se ahogó.

—No lo entiendo. ¿Qué pasa, cariño?



OTROS 365 DÍAS

Sabía que me vería. También supe que esta conversación finalmente venía a mí.

—Cuando estábamos en las Islas Canarias, tuve un accidente...—
Suspiré, y hubo silencio en el teléfono. —El coche que conducía
chocó con otro y...— mi voz temblaba en mi garganta, y corrientes
saladas corrían por mis mejillas. —Yo... — Traté de hablar otra
vez, pero no pude. Me puse a llorar. —Perdí a mi bebé, mamá.

Había un terrible silencio en el otro lado. Pero sentí que ella también
estaba llorando.

—Querida,— susurró, y supe que no podía decirme nada más ahora.
—Mamá, yo...

Ninguna de nosotros podía hablar, así que nos quedamos en silencio
y lloramos, las dos. Y aunque estábamos a miles de kilómetros de
distancia, sabía que ella estaba conmigo.

—Iré,— dijo después de unos minutos. —Yo te cuidaré, cariño.

—Mamá, no tiene sentido, tengo que... tenemos que lidiar con esto
solos. Massimo me necesita ahora más que nunca. Y yo lo necesito.
Vendrás cuando esté mejor.

Me llevó mucho tiempo convencerla de que era una adulta y que
tenía un marido con el que tenía que pasar este difícil momento
juntos. Después de unos minutos, finalmente se rindió.

Hablar con ella fue como una catarsis por un lado, pero por otro
lado, terminó cansándome tanto que me quedé dormida. Un ruido
abajo me despertó. Viendo el brillo de las llamas de la chimenea, me
levanté y me dirigí hacia las escaleras. Cuando bajé las escaleras, vi
a Black tirando leña a la chimenea. Agarré el pasamanos y caminé
lentamente hacia él. Llevaba pantalones de traje y una camisa negra
abierta. Cuando estaba en el último escalón, me miró.

—¿Por qué te levantaste?— Gritó y cayó en el sofá, mirando
fijamente al fuego. —No debes cansarte. Vuelve a la cama.

—No tiene sentido sin ti,— dije, sentándome a su lado.



OTROS 365 DÍAS

—No puedo dormir contigo.

Agarró una botella casi vacía y la vertió en un vaso de líquido ámbar.

—Podría hacerte algo sin querer, y ya has tenido suficiente por mi culpa.

Suspiré con fuerza y le levanté la mano para apretarla bajo mi mano, pero él la quito.

—¿Qué pasó en Tenerife?

Había una acusación en su voz y algo que nunca había oído antes.

—¿Estás borracho?— Giro su cabeza en mi dirección.

Me miraba con una expresión sin pasión, y la ira ardía en sus ojos.

—¡No me has contestado!— su voz se elevó.

Mil pensamientos por segundo corrían por mi cabeza, especialmente uno: *¿Él lo sabe?. Me preguntaba si sabía lo que había pasado en la casa de la playa y si conocía mi debilidad por Nacho por algún milagro.*

—Tampoco me respondiste.— Me levanté demasiado rápido. Sentí dolor y me atrapo en el sofá. —Pero ya no tienes que decir nada. Estás borracho, así que no hablaré contigo.

—¡Lo harás!— Gritó, escapando a mi espalda. —Eres mi esposa, maldita sea, y me responderás cuando te lo pida.

Presionó el vaso contra el suelo, y el vidrio cayó sobre él.

Me quedé allí descalza, cojeando cuando estaba tan por encima de mí. Su mandíbula caminaba al ritmo de sus dientes apretados. Sus manos apretadas en un puño. Permanecí en silencio, aterrorizada por lo que vi, y él esperó un momento y cuando no tuvo respuesta, se dio la vuelta y se fue.

Tenía miedo de lastimarme, así que me senté en el sofá y levanté los pies sobre una almohada suave. El recuerdo más indeseado vino a la velocidad de la luz y delante de mis ojos vi a Nacho limpiando los



OTROS 365 DÍAS

pedazos de vidrio para no salir herida. Recuerdo que me agarró y me puso a su lado para que pudiera limpiar todo a fondo.

—Mi querido Dios,— susurré aterrorizada de lo que mi mente me había enviado.

Me acurruqué en el sofá y agarré la manta que estaba a mi lado. Me envolví en ella, y mirando fijamente al fuego, me quedé dormida.

Los siguientes días, o tal vez semanas, se veían exactamente iguales. Estaba acostada en la cama, llorando, pensando, recordando, y luego llorando de nuevo. Massimo estaba trabajando, aunque no sé muy bien lo que hacía, porque lo veía muy de vez en cuando.

Normalmente cuando los médicos aparecían y me hacían exámenes o rehabilitación. No durmió conmigo, ni siquiera sabía dónde lo hacía, porque la mansión era tan grande y tenía tantas habitaciones que aunque lo intentara, no lo encontraría.

—Lari, eso no puede ser,— dijo Oli, sentada a mi lado en un banco del jardín. —Ya estás sana, estás bien, y actúas como si estuvieras enferma ocupacionalmente.

Levantó las manos, cubriéndose la cara.

—¡Ya he tenido suficiente! Massimo se enfada y sigue llevando a Domenico a algún sitio. Ruges o mientes como una marioneta. ¿Y yo?

Me di la vuelta y la miré. Estaba sentada con los ojos fijos en mí esperando.

—Déjame en paz, Olga.— Le dije.

—No puede ser.— Se separó y me tendió la mano. —Vístete, nos vamos.

—Lo diré de la forma más eufemística posible: jódete.

Mi vista se fue una vez más al mar en calma. Podía sentir la ira de Olga hirviendo, el calor que su cuerpo emanaba, casi me quemo.



OTROS 365 DÍAS

—Maldita egoísta.— Se puso de pie y me tapó la vista. Empezó a gritarme. —Tú me trajiste a este país, me dejaste enamorarme. Y eso no es todo: me comprometí. Y ahora me dejas sola.

Su tono era conmovedor, aterrador, y me causó un profundo remordimiento. No sé cómo lo hizo, pero se las arregló para arrastrarme arriba y meterme en un chándal. Luego me cargó en el coche. Nos detuvimos en una pequeña casa siciliana en Taormina. Cuando salió del coche, la miré como un idiota.

—Mueve el culo, tonta—. Ella estaba lloriqueando mientras yo todavía estaba atascada en el asiento.

Pero no había ira en su voz, sino más bien preocupación.

—¿Puedes explicarme qué estamos haciendo aquí?—Pregunté cuando el guardaespaldas estaba cerrando la puerta del coche detrás de mí.

—Nos estamos curando.— Apuntó sus manos hacia el edificio. —Se dice que Marco Garbi es el mejor terapeuta de la zona.

Al oír eso, agarré la manija para esconderme en el auto, pero ella me alejó de ella.

—Podemos hacerlo nosotras mismas, o tu apodíctico marido te encontrará un maldito médico que le informará cada vez que vengas.

Estaba levantando las cejas y esperando.

Me apoyé en el coche cuando me negué. No tenía ni idea de lo que quería, de cómo ayudarme a mí misma y si tenía algún sentido ayudarme. Además, estaba bien.

—Por qué me levanté de la cama.— Suspiré, pero finalmente me dirigí hacia las escaleras.

El doctor resultó ser un tipo muy especial. Esperaba a un siciliano de 100 años al que le saltaran las canas al verlas brillar como diamantes y con gafas, qué me dijera que me tumbara en un sofá freudiano. Sin embargo, Marco era apenas diez años mayor que yo, y toda la conversación tuvo lugar en el mostrador de la cocina. No parecía el



OTROS 365 DÍAS

típico terapeuta. Llevaba vaqueros, camisas de balancín y zapatillas de deporte. Tenía el pelo largo y rizado atado en una cola de caballo y empezó a preguntarnos si queríamos tomar algo. No parecía profesional, pero él era un especialista, no yo.

Cuando finalmente se sentó, dijo que sabía de quién era esposa. Y añadió lo mucho que no le importaba. Me aseguró que Massimo no tenía poder en su casa y que nunca sabría de nuestras conversaciones.

Más tarde me pidió que le contara detalladamente el último año de mi vida, pero cuando llegué al accidente, me detuvo. Me vio ahogarme por el llanto. Luego me preguntó qué me gustaría, qué planes tenía antes de Año Nuevo, lo cual me alegro.

En realidad, sólo fue una conversación con un extraño. No me sentí ni mejor ni peor después de eso.

—¿Y qué? — Olga se levanta de su silla en el pasillo donde me estaba esperando. —¿Cómo fue?

—¿Fue...—...me encogí de hombros. —No sé cómo me va a ayudar a hablar.

Nos metimos en el coche.

—Además, me dijo que no estoy enferma de nada, pero que necesito terapia para entenderlo todo.— giré mis ojos. —Cree que puedo seguir mintiendo si quiero. — Le mostré mi lengua. —*No sé si quiero hacerlo.*— Pensé... —Porque de toda esta visita, me di cuenta de que estoy aburrida y ese es mi mayor problema. Creo que sugirió, aunque no estoy segura de que buscara un trabajo para empezar. Aparte de esperar que mi antigua vida regrese.— Apoyé mi cabeza contra el vidrio.

—Bueno, eso es genial. — Oli saltó al asiento, aplaudiendo.

—Empezaremos la clase hoy. Te traeré de vuelta, ya verás.

Se arrojó alrededor de mi cuello y luego le dio una palmadita al conductor en el hombro.

—Nos vamos a casa.



OTROS 365 DÍAS

La miré con una cara estúpida y me pregunté qué quería decir.

Cuando nos detuvimos en la entrada, vi una docena de autos estacionados en ella. *¿Teníamos invitados de los que no tenía ni idea?* - Pensé y miré mi traje. El chándal beige de *Victoria's Secret* era bonito, pero no era adecuado para mostrarme a la gente en el. La gente normal lo hace, pero no los contratistas de mi marido, gángsters de todo el mundo. Por un lado, me importaba una mierda, pero por otro, no quería que nadie me viera así.

Atravesamos la maraña de pasillos, rezando en espíritu para que nadie dejara ninguna puerta. Por suerte, no nos encontramos a ningún desconocido. Me sentí aliviada al caerme en la cama de nuestro dormitorio y cuando estaba a punto de volver a enterrarme bajo el edredón, la mano de Olga me lo quitó y lo tiró al suelo.

—Probablemente estas jodida si piensas que después de haberte esperado casi una hora en la casa de ese roquero, ahora voy a dejar que te pudras en la cama. Mueve el culo. Necesitas vestirme y limpiarte.

Olga entrecerró los ojos, me agarró la pierna y me tiró en su dirección.

Agarré la cabecera de la cama. Hice lo que pude para no rendirme. Gritaba que acababa de salir de una cirugía y que no me sentía bien, pero no funcionó con ella. Cuando nada funcionó, finalmente me dejó ir. Creí que había terminado, pero ella volvió a agarrar ambos pies, esta vez, y me empezó a hacer cosquillas. Fue un golpe por debajo de la cintura y ella lo sabía. Mi abrazo se debilitó y después de un rato me acosté en la alfombra y Olga me arrastró hacia el armario.

—Eres cruel, traicionera, malvada...— Grité.

—Sí, sí, yo también te quiero,— dijo, riendo, respirando sin esfuerzo. —Bien, ¡ahora a trabajar!— dijo cuando llegamos al vestidor.



OTROS 365 DÍAS

Estaba acostada en la alfombra con mi cara de disgusto y mirándola con las manos sobre mi pecho. Por un lado, no tenía ganas de vestirme, sobre todo porque la pijama había sido el atuendo de mi compañía durante muchas semanas, y por otro lado, sabía que Olga no me soltaría.

—Por favor... — susurró, cayendo de rodillas a mi lado. —Te echo de menos.

Fue suficiente para que las lágrimas fluyeran en mis ojos. La tomé en mis brazos y la abracé.

—De acuerdo, haré lo que pueda.— Cuando saltó de alegría, levanté mi dedo índice. —Pero mientras tanto no esperes demasiado entusiasmo de mí.

Oli saltó y bailó, gritando algunas tonterías, y luego se movió al estante de los zapatos.

—Las botas Givenchy,— dijo, levantando una bota beige.

—Mientras sea caliente, yo apuesto por ello, y tú eliges el resto.

Giré la cabeza y me levanté, acercándome a cientos de perchas. No tenía agallas, pero por otro lado eran mis queridas botas. Sentí que no podía conseguir nada con ellas.

—Nos lo tomaremos con calma— dije, alcanzando un vestido corto de manga larga trapezoidal. Tenía el mismo color que las botas. Saqué mi ropa interior del cajón y fui al baño.

Me paré frente al espejo y me miré por primera vez en semanas. Me veía terrible. Estaba pálida, terriblemente flaca y tenía un crecimiento en el cabello oscuro y feo. Me incliné sobre el espejo y me alejé de mi reflejo lo antes posible.

Abrí el agua y me lavé el pelo, me afeité las piernas y todo lo demás, y luego, envuelta en una toalla, me fui a maquillar. Me llevó mucho más tiempo de lo habitual. Después de casi dos horas estaba finalmente lista. Aunque esto puede ser demasiado para decir, porque la imagen de la miseria y la desesperación no desapareció, sólo fue un poco camuflada.



OTROS 365 DÍAS

Cuando entré en el dormitorio, Oli estaba acostada en la cama y mirando la televisión.

—Oh, qué jodidamente guapa eres,— dijo, dejando el control a distancia. —Casi me olvido que eres un petardo. Pero ponte un sombrero, te lo ruego, porque te pareces a esos aldeanos que llevan un chándal con botas blancas y tienen el pelo blanco y negro.

Giré los ojos y volví al armario para buscar algo para mi cabeza. Después de diez minutos y empacando una brillante bolsa de Prada estábamos listas, me puse los anteojos redondos de Valentino en mi nariz y me dirigí a la salida. Quería meterme en el coche, pero recordé que Massimo me prohibió salir de la residencia sola. Así que tuvimos que instalarnos con un todoterreno negro y la inseparable compañía de dos guardaespaldas.

—¿Adónde vamos?— Pregunté cuándo arrancó el coche.

—Ya verás—, dijo Olga con diversión.

Unas docenas de minutos más tarde nos quedamos en el mismo hotel donde estábamos justo después de volver de mi luna de miel. Bajo el mismo hotel me escapé de los guardaespaldas para sorprender a mi marido, y encontré a su gemelo fumando en el escritorio de Anna. No pensé que lo recordaría con un ligero anhelo y una sonrisa en los labios, pero lo hice. En algún lugar en el interior, prefiero experimentarlo de nuevo que sentir lo que siento ahora, el vacío.

Toda la acción que siguió se parecía un poco a la de la película donde desentierran a un cavernícola congelado, él cobra vida, así que tienen que ponerlo en orden. Primero, una consulta con un médico de medicina estética sobre la reducción de cicatrices. Mi cuerpo no era tan perfecto como antes y eso tampoco me hizo sentir mejor. El doctor dijo que todavía era demasiado pronto para métodos radicales, pero empezaremos con tratamientos suaves y cosméticos, y con el tiempo eliminaremos todas las manchas con láser.



OTROS 365 DÍAS

Más tarde fue más agradable y placentero: tratamientos corporales, peeling, mascarillas, lociones, masajes. Luego las uñas, y la parte que da miedo, la peluquería. Mi estilista se quedó allí unos largos minutos, alisando una paja en mi cabeza y murmurando algo en italiano. Luego sacudió la cabeza y gimió hasta que finalmente se asfixió en inglés:

—¿Qué te ha pasado, cariño?— Sus hombros gays se cruzaron en su pecho. —Hemos estado cuidando estos suaves cabellos rubios durante meses, y ahora... ¿Dónde has estado? ¿En alguna isla desierta? Porque supongo que es el único lugar donde la gente no huyó para verte crecer.— Agarró una hebra en sus dedos y la dejó ir con asco. —Estaba fuera, eso es un hecho.— Estaba asintiendo con la cabeza, asintiendo con él.

—¿La última vez que nos vimos en Nochebuena?— Lo confirmó con un asentimiento. —Bueno, mira cómo han crecido en esos tres meses.— Él subestimó mi broma. Me miró y se hundió en su silla giratoria— ¿Y qué, iluminar y cortar?— Dije y giré la cabeza en la dirección opuesta.

—Estoy a punto de morir. — Se agarró ostentosamente el pecho y se apoyó en el asiento, fingiendo tener un ataque al corazón. Pero estaba pensando en mi conversación con mi terapeuta y lo que me dijo: **el cambio es bueno.**

—Ahora serán oscuros y largos. ¿Puedes ponerme el pelo?

Estuvo pensando un rato, moviendo la cabeza, balbuceando algo hasta que se movió como si le hubiera alcanzado un rayo.

—¡Sí! — gritó. —Largo, oscuro y con flecos. Se subió a una silla y aplaudió. —¡Elena, lávate!

Miré a mi lado y vi que Olga estaba sentada con la boca abierta, o mejor dicho, acostada en un sillón contra la pared.

—Quieres acabar conmigo, Lari.— Bebió un sorbo de agua del vaso. —Sólo estoy esperando que te sientes en esa silla un día y les digas que te dejen calva.



OTROS 365 DÍAS

No sé cuántas horas después, con la cabeza y el cuello doloridos, cansada al levantarme de la silla después del maratón. Oli tuvo que admitir que yo tenía razón otra vez. Me veía como una loca. Me paré como hipnotizada, mirando mi hermoso cabello largo y el maquillaje perfecto que sobresalía por debajo de mi flequillo de corte recto y que seguía las cejas. No podía creer que fuera tan bonita. Especialmente después de haber parecido el vómito de un bebé durante varias semanas. Me puse mi vestido y tomé mi sombrero, que ya no necesitaba.

—Tengo una propuesta, y como es fin de semana, será una propuesta irrechazable.— Olga levantó el dedo. —Y si te niegas, encontrarás una cabeza de caballo en la cama.

—Creo que ya sé lo que vas a decir...

—¡Una fiesta!— Ella gritó, arrastrándome al coche. —Bueno, mira. Somos hermosas, suaves, refinadas. Sería una pena desperdiciarlo. Eres encantadora, flaca...

—...y no he estado borracha durante meses.— Suspire.

—Así es, Lari. Se supone que debe suceder. Este día, el terapeuta, los cambios, todo está bien.— Me llevó hacia el coche. Los guardias no me reconocieron al principio. Me encogí de hombros cuando estaban de pie como pilares mirándome. Los pasé y entré. Me sentí bien. Atractiva, sexy y muy femenina. La última vez que me sentí así... fue con Nacho.

Ese pensamiento hizo que alguien me tirara una piedra al estómago. Me tragué mi saliva, pero la olla en mi garganta no desapareció. Un chico colorado y su amplia sonrisa estaba ante mis ojos. Me congele.

—Laura, ¿qué pasa? ¿Te sientes mal?

Olga me tiro del hombro y yo seguía sentada ahí con los ojos clavados en la silla.

—Estoy bien.— Dije, guiñando nerviosamente un par de veces.

—Me mareé.

—Hoy, dejemos la fiesta.



OTROS 365 DÍAS

—¿Ahora? ¿Cuándo estoy hermosa y lista? Vamos.

Miré a Olga con una risa falsa. No quería que lo supiera. No estaba lista para decirle a nadie lo que sentía. Tengo un marido. Lo amo. Estaba en mi mente cuando mi conciencia me atacó de nuevo con una imagen no deseada.

—¿Cuándo planeas tu boda?— Le pedí a Olga que cambiara de tema y se centrara en otra cosa.

—Oh, no lo sé. Estábamos pensando en mayo, pero podría ser junio. Sabes, no es tan simple...

Un torrente de palabras comenzó a salir de la boca de Olga, y me sentí aliviada de involucrarme en la conversación, compartiendo su felicidad.

Cuando salimos del coche, todavía había coches sospechosos delante de la mansión. Pero esta vez no tenía intención de esconderme de nadie. Sorprendentemente, me sentí cada vez mejor. Entramos en la casa y me vi inmediatamente atrapada en una absoluta falta de servicio. Normalmente caminando por el pasillo, nos encontrábamos con alguien enseguida, pero hoy la casa era como un fantasma.

—Me voy a casa,— dijo mi amiga. —Te veré en media hora y nos vamos a cenar. A menos que me equivoque en el armario, vendré a ti a buscar ayuda.

—Vienes—, dije entre risas, mirando el contenido del armario en mi mente.

Caminé por el pasillo, agitando mi bolso, que tenía en una mano, y mi sombrero en la otra. Cuando pasé por la puerta de la biblioteca, se abrió de repente y Massimo apareció en ella. Estaba inmovilizado. Se paró frente a mí y le dijo algo a la gente de adentro, y después de un rato se dio vuelta.

Mi corazón latía como loco cuando cerró la puerta detrás de él sin ninguna sorpresa. Sus ojos vagaban alrededor de mi figura desde los tobillos hasta la parte superior de mi cabeza, y no estaba fuera de



OTROS 365 DÍAS

nervios. Fui capaz de estrangular las palabras. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que lo vi mirarme como una mujer. Su mujer. Aunque el pasillo estaba oscuro, podía ver claramente sus pupilas dilatadas y oírle respirar rápido. Estuvimos atascados allí un rato, mirándonos, hasta que mi cerebro se despertó de nuevo.

—Tienes una reunión, lo siento—, susurré completamente inútil, pero no tenía idea de qué más podía decir. *Después de todo, tu eres la que vino aquí, idiota, así que por qué te disculpas con él*, estaba gritando mi mente.

Di un paso adelante, pero me reemplazó. El pálido resplandor de la linterna alrededor de la casa cayó sobre su cara. Era serio, centrado y... caliente. Me agarró y me metió la lengua en la boca. Se metió en ella brutalmente. Gemí sorprendida cuando me apoyó contra la pared, todavía besándome, mordiendo y asfixiando.

Movió sus manos sobre mi cuerpo hasta que llegó al borde del vestido. Sin interrumpir el beso, lo levantó y me agarró por las nalgas desnudas. Algo como un zumbido salió de su boca cuando la apretó lentamente y empezó a quitarme la ropa interior.

Los dedos estaban masajeando la delicada piel de mi trasero, y podía sentir su entrepierna despertando con sed. Consciente de la masculinidad que se frotaba contra mí, recuperé el control de mis manos y le agarré el pelo. Lo he despertado. A Black le encantaba esta sutil brutalidad, así que cuando sintió el tirón, sus dientes se apretaron en mis labios. Gemí de dolor y abrí los ojos. Sonreía inteligentemente, todavía dirigía sus labios con los dientes.

Entonces sentí que mis bragas se deslizaban por mis muslos, mis rodillas, hasta que se cayeron a mis tobillos. Massimo me recogió del suelo, me plantó en sus caderas y se dirigió hacia la siguiente puerta. Cruzamos el umbral, lo pateó y me apoyó la espalda contra la pared. Respiraba fuerte, y sus movimientos eran nerviosos, claramente en un apuro. Sujetándome con una mano, me desabrochó la cremallera, y cuando su polla lista fue liberada, sin previo aviso, se deslizó rápidamente.



OTROS 365 DÍAS

Sentí que el grueso pene de mi marido se rompía en mi centro perdido. Grité en voz alta, apoyando mi frente contra la suya, y nuestros cuerpos se unieron en una lucha apasionada. Los movimientos de Don eran fuertes, pero muy lentos, como si estuviera disfrutando del momento y disfrutando de la experiencia. Me mordió los labios, los lamió y se metió cada vez más dentro de mí. En mi abdomen bajo, como un tornado, un poderoso orgasmo estaba llegando. No hace tanto tiempo que lo sentí dentro de mí, y sobre todo tan cerca de mí. Mi hombre vestido con un traje oscuro me estaba follando como un loco, y yo estaba subiendo a la cima del placer. En un momento dado, sentí un poderoso orgasmo que recorrió todo mi cuerpo y me dejó sin aliento. Intenté gritar, pero Massimo amortiguó el sonido con un beso, y se vino justo después de mí. Estaba sudoroso, le temblaban los brazos y las piernas. Me retuvo durante un tiempo más. Después de unos segundos, me puso en el suelo y se apoyó contra la pared.

—Te ves...— susurró, tratando de recuperar el aliento. —Laura, tú eres...— su pecho se agitaba a un ritmo loco y su boca no podía seguir el ritmo del aire.

—Yo también te extrañé...— dije en voz baja y lo sentí sonreír. Sus labios encontraron los míos una vez más, y su lengua se rompió, antes de que pudiera decir otra palabra. Esta vez sus caricias fueron suaves, lo hizo lenta y sensualmente.

Finalmente, oímos voces. Don se congeló. Levantó el dedo a su boca, mostrándome que me quedara en silencio. Volvió a lo que había hecho antes. Las voces en el pasillo no se callaban, y él seguía acariciando mis labios apasionadamente. Sus largos dedos se deslizaron en mi clítoris aún palpitante. Estaba inmovilizada. Después de una pausa tan larga, cada toque suyo fue como una descarga eléctrica para mí, me paralizó todo. Me quejé sin querer, y él me absorbió con más avidez para detener los sonidos.

En el vestíbulo se escuchaban los murmulos detras de la cerradura, las conversaciones eran silenciosas, y yo suspire de alivio y cedí a lo que Black estaba haciendo. Puso dos dedos en mi todavía insaciable



OTROS 365 DÍAS

medio y masajeaba el lugar más sensible con un dedo, enviándome al espacio una vez más.

—Joder—. Gruñó cuando su bolsillo empezó a vibrar. Sacó el teléfono, miró la pantalla y suspiró con fuerza. —Tengo que tomar esto.— Se puso el teléfono en el oído y siguió haciendo lo que hacía con los dedos, habló durante un tiempo. —Me tengo que ir.— Susurró resignado cuando la persona que llamó colgó. —Aún no he terminado contigo,— añadió.

Esta amenaza era al mismo tiempo una promesa, al sonido de la cual nació el calor en mi bajo vientre. Me pasó la lengua por la boca y se cerró la cremallera.

Salimos de la habitación, y Massimo se inclinó y recogió mis bragas del suelo, que estaban en la esquina, escondidas en la oscuridad del pasillo. Mirándome a los ojos, las metió en su bolsillo, respiró hondo y agarró la manija de la puerta. Escuchamos el zumbido que venía de la biblioteca.

La puerta se cerró, y yo seguía de pie contra la pared, sin entender del todo lo que acababa de pasar. No hay vacaciones, después de todo, el sexo con mi marido es más bien la norma, pero después de tantas semanas o más bien meses sentí como si hubiera vuelto por lo menos al mes de agosto, cuando me secuestró, me encarceló, y finalmente cedí y lo amé.

Otro pensamiento me hizo petrificar.

Después de todo, ya no estaba embarazada y podía entrar en mí en cualquier momento. El horror que había abrumado mi cuerpo era incluso paralizante. Los flujos de pensamientos y guiones que desbordaban por mi cabeza hicieron que mi aliento se agitara en mi garganta y que las lágrimas fluyeran a mis ojos. No podía dejar que eso sucediera, no otra vez, no cuando el destino eligió para mí de manera diferente. Estaba nerviosa, me tambalee, pero sabía que no podía hacer nada estando atrapada aquí. Así que fui hacia el dormitorio.



OTROS 365 DÍAS

Encendí el ordenador y nerviosamente toqué las teclas, buscando el consejo de tío Google. Aparecieron tantas páginas que me sorprendió la cantidad de drogas de este tipo que existen en el mercado. Leí por un tiempo sobre sus efectos y cómo conseguirlos, y después de un tiempo, calmada por la facilidad con la que puedo tenerlas, me caí en la cama.

—Bueno, veo que estás jodidamente preparada,— dijo Oli, subiendo las escaleras. —No tengo una bolsa, pero veo que no tienes nada, así que está bien.

La mire.

Se veía muy sabrosa, vestida con un vestido blanco corto sólo debajo del busto. Incluso diría que era femenina, y el encaje del que estaba hecho le añadiría inocencia. Miré abajo y tome un suspiro de alivio: nada ha cambiado, las botas de cuero negro subían por sus piernas con dignidad hasta la mitad del muslo. Todo parecía decir: soy virtuosa, pero dame un látigazo, y ya verás. Cerré la computadora y la seguí.

Oli estaba revolviendo sus bolsas, así que empecé a revisar la ropa que podría haberme interesado. Con la cabeza en las perchas sentí una extraña sensación de ansiedad, así que la saqué y miré a Olga. Estaba de pie con una ceja levantada y sus manos cruzadas en su pecho.

—Te golpeaste la cabeza,— dijo divertida. —¿Cuándo te las arreglaste para hacer eso?— Giré mis ojos ostentosamente y volví a las perchas.

—¿Para qué lo tienes?— Pregunté, sacando más cosas que no me convenían.

—¿Quizás después de que te quedaras sin bragas?

Al oír eso, me quedé helada. Me miré en el espejo que estaba colgado en la pared opuesta. Sí, cuando levanté las manos, mi vestido corto no me cubría el trasero. Con una falsa vergüenza, bajé las manos y lo detuve.



OTROS 365 DÍAS

—Las bragas no son tu único problema.— Se sentó en la silla, poniendo el pie. —Tu pelo y tus labios hinchados por el beso también te traicionaron. O helado. Bueno, dime.

—Cristo, no hay nada. Nos encontramos en el pasillo y salió así.— Le tiré una percha. —Deja de divertirme y ayúdame, o saldremos por la noche.

—Nos encontramos en el pasillo y de alguna manera salió— repitió, divirtiéndose detrás de mí.

Media hora más tarde estaba en el umbral, viendo a Oli peleando con los tacones con una entrada de piedras. *Una situación grotesca*, pensé. Desafortunadamente, lo mismo me esperaba en un momento. Vestida con tacones de *Louboutin*, todos inflados con cristales, tenía menos posibilidades de éxito que mi amiga. No quería vestirme hoy, por eso me apreté el culo con vaqueros rotos y la más ordinaria camisa blanca en tirantes. Le puse una chaqueta gris de *Diora* y cogí un bolso blanco de *Miu Miu*. Me veía un poco como una adolescente y un poco como una perra que sólo pretendía ser educada. Mi nuevo cabello no tenía nada que ver con mi virginidad.

40



OTROS 365 DÍAS

CAPÍTULO 4

Mientras conducíamos cuesta abajo en dirección a Giardini Naxos, me di cuenta de que había olvidado informar a mi marido de que me iba. Pero cuando cogí el teléfono, recordé que él tampoco me explicaba todo lo que hace. Así que metí mi smartphone en mi bolsa microscópica. De todos modos, estaba segura de que tan pronto como Black se separara de sus compañeros, empezaría a buscarme y descubriría que me había ido. Impulsada por este pensamiento, giré mis ojos ostentosamente, lo que no escapó de la atención de Oli.

—¿Qué pasa?— Preguntó, volviéndose hacia mí.

—Tengo una petición— baje mi voz en secreto, como si alguien más entendiera el polaco. —Quiero que vayas al médico mañana para que te dé una receta.

Sus cejas arrugadas y su cara torcida me dijeron que no tenía ni idea de lo que quería decir.

—Necesito una pastilla "*post-day*".

En ese momento, sus ojos se agrandaron y su cara se veía aún más sorprendida que ahora.

—¿Qué me estás diciendo?— Oli miró a su alrededor, como si estuviera comprobando si alguien estaba escuchando a escondidas.

—Lari, tienes un marido.

—Pero no quiero tener un bebé con él otra vez.— Bajé la cabeza.

—Al menos no ahora.— La miré suplicantemente. —Sabes, prefiero no aplicar la regla, lo que has estado pensando, eso es lo que no quiero. Además, después de todas estas cirugías, no debería quedar embarazada.

Recé en mi cabeza para que fuera verdad, porque no lo discutí con los médicos.

Oli se sentó un rato, mirándome y observándome detalladamente hasta que finalmente respiró profundamente y dijo: —Lo entiendo y



OTROS 365 DÍAS

por supuesto lo haré por ti. Pero piensa en qué hacer a continuación. No puedes tomar estas cosas cada vez que te acuestes con él. ¿Por qué no tomo también una receta para tus píldoras anticonceptivas?

—Esa era la segunda cosa qué quería pedirte que hicieras.—

Tartamudeé. —No quiero que Massimo lo sepa. Además, no voy a volver a hablar con él sobre los niños...— Estaba sacudiendo la cabeza y apoyándose en el asiento.

Después de un rato, el coche se paró debajo del restaurante.

—¿En serio?— Miré a Olga molesta.

—Joder, Lari, ¿y dónde querías ir? Todos los mejores bares pertenecen a Torricelli. Además, creo que Massimo sabe que estás fuera.

Ella me miraba, y yo miraba el asiento.

—¡¿No lo sabe?!— gritó, y luego se rió. —Bueno, entonces vamos a estar jodidas. Vamos.

Salió del coche, cruzó la acera y se dirigió a la entrada. La idea de lo loco que estaba mi marido, me hacía reír. También sentí una extraña satisfacción.

—Espera— grité, asintiendo con la cabeza a mis zapatillas de cristal.

Justo después de entrar en el restaurante pedimos una botella de champán. No había nada para beber, pero el hecho de que no había ninguna posibilidad, también lo hizo. El gerente del restaurante, tan pronto como nos vio, casi ordenó que nos llevaran allí. Entonces nos sirvió más de lo necesario. Puso un camarero junto a la mesa, a quien Oli ordenó culturalmente que se presentará, explicando que no necesitábamos un tratamiento especial. Sólo comemos y nos vamos.

Cuando la botella finalmente apareció en la mesa, sentí una excitación enfermiza. Por primera vez en muchos meses sentí el sabor del alcohol en mi boca.

—Por nosotras—, dijo Oli, tomando un vaso. —Por las compras, los viajes, para la vida, por lo que tenemos y lo que nos espera.



OTROS 365 DÍAS

Me guiño un ojo y tomó un sorbo. Yo, tan pronto como sentí mi amado gusto, como un verdadero patán, vacié el vaso con un solo trago. Mi inteligente amiga giro la cabeza y alcanzó la botella para rellenarla. Desafortunadamente, su mano ni siquiera se acercó a la nevera, porque el gerente demasiado entusiasta ya estaba a la espera. Hermoso, tenemos una niñera, pensé, echándole un vistazo bajo el título de "ganador".

Estaba comiendo mejillones en vino blanco cuando mi bolsa microscópica empezó a vibrar. Sólo podía esperar una llamada de dos personas: mamá o Massimo. Respondí sin mirar la pantalla.

—¿Te sientes mejor?

El tenedor que tenía en la mano golpeo el plato. Aterrorizada, me levanté de la mesa y, asustada, miré a Olga, que me dio una mirada interrogante.

—¿De dónde sacaste mi número?— Estaba resoplando, corriendo fuera del lugar.

—¿Me preguntas eso después de que te secuestrara en una fiesta donde docenas de guardaespaldas te protegían?

La risa de Nacho que sonó en el teléfono fue como una explosión nuclear. Sentí que el alcohol me golpeaba en la cabeza y mis piernas se negaban a obedecer.

—Entonces, ¿cómo te sientes?— repitió.

Me senté en un banco y uno de mis guardaespaldas saltó de un coche aparcado a unos metros. Al verlo, levanté la mano y lo saludé para hacerle saber que estaba bien.

—¿Por qué llamas?

Estaba respirando profundamente.

—Es difícil aprender algo de ti.— Nacho suspiró cuando volví a ignorar su pregunta. —Se suponía que éramos amigos. Los amigos a veces se llaman y dicen lo que sienten.— Dijo . —¿Entonces?

—Me teñí el pelo...



OTROS 365 DÍAS

—Eres bonita con el pelo oscuro. ¿Pero cómo pueden ser tan largos, después de todo...

Se quedó en silencio, y un momento después, dijo algunas palabras en español.

—¿Cómo has...?—pregunte a medias y antes de que colgara.

Estaba mirando el teléfono que aún tenía en la mano y analizando lo que realmente pasó. En mi cabeza estaba corriendo sangre rápidamente, y tenía miedo de mirar hacia arriba, temiendo que Nacho estuviera delante de mí en un momento. Estaba tan doblada por la mitad que tuve el coraje de levantar los ojos. Me enderecé lentamente y miré a los lados. Gente caminando, coches, mi seguridad, nada especial. Por dentro, sentí algo como una decepción. Y luego miré hacia adelante. Oli estaba de pie en la puerta del restaurante con la cara enfurruñada, tocando el reloj con el dedo. Me levanté y tropecé unas cuantas veces con mis zapatos extremadamente altos y moderadamente cómodos y volví a entrar para comer mi carne fría.

Me senté e inmediatamente me serví una copa de champán ligeramente gaseosa.

—¿Quién llamó?

Las manos cruzadas de Oli me estaban tamborileando fuera de combate un ritmo nervioso con sus dedos.

—Black— dije sin mirarla.

—¿Por qué mientes?

—Porque la verdad es demasiado dura.— Suspire. —Además, no sé qué decirte.

Tomé un tenedor y empecé a poner la carne en mi boca para que se atascara y no tuviera que responder más preguntas. Le pedí a Oli que nos sirviera a las dos y dejara que el camarero trajera la siguiente botella.

—¿Qué pasó en Islas Canarias?



OTROS 365 DÍAS

Dios, cómo odiaba esa pregunta. Cada vez que lo oía, me sentía culpable y pensaba que había hecho algo malo allí. Además, fue difícil para mí decirle a la gente que se moría de preocupación por mí que me estaba divirtiendo allí. Excepto, por supuesto, por el intento de asesinato y todo lo que pasó después...

Levanté los ojos, posándolos en la ya ligeramente molesta Oli.

—Todavía no... — estaba entrecerrando los ojos, tomando otro poderoso sorbo. —No hoy. Estoy empezando a recuperarme, y me estás haciendo las peores preguntas posibles.

—¿Y a quién quieres contárselo, si no a mí?— se inclinó sobre la mesa, acercando su cara a la mía. —No se lo dirás a mamá, y a juzgar por tu comportamiento, Massimo nunca debe saber lo que paso allí. Pero cuando te veo por ahí, estoy segura de que la mejor manera sería confesar. Sabes, no estoy presionando. Si no quieres, no hables.

Se apoyó en la silla, y yo me quedé callada un rato, analizando lo que decía. Sentí un grito en mi interior.

—Era tan diferente.— Suspiré, girando la copa. —Él tipo que me secuestró. Marcelo, Nacho Matos.— Había una sonrisa incontrolable en mi cara. Olga se puso pálida. —Me olvidaré de él.— Intenté calmarla. —Ya lo sé. Pero por ahora no puedo.

—Joder.— Finalmente susurro Oli. —Tú y él...

—Nada de eso. No es tan malo como todos piensan.— Cerré los ojos, y olas de recuerdos de Tenerife me recorrieron la cabeza.

—Era libre, casi... Y me cuidó, me cuidó, me enseñó, me protegió...

Sabía que mi tono soñador era algo muy malo. Pero no pude evitarlo.

—¡Maldita sea, estás enamorada!— Oli me interrumpió, haciendo grandes ojos.

Me quede callada. No podía negarlo de inmediato. ¿Me he enamorado? No tenía ni idea. ¿Tal vez me enamoré? Tenía un



OTROS 365 DÍAS

marido. Lo amaba. Era maravilloso. El mejor tipo con el que podría soñar. Pero, ¿estaba segura?

— ¡Me estás jodiendo! — grite mirando a Oli con una sonrisa. Me estaba golpeando la cabeza. —Es sólo un tipo. Además, me ha hecho daño...— Saqué mi dedo índice. —Perdí el bebé. Eso es lo primero. — Junte el dedo medio. —Segundo, estuve en el hospital por unas semanas, y aún más tiempo en casa, recuperándome.— El tercero fue mi pulgar. —Mi marido se ha alejado de mí y me trata más como un enemigo que como una esposa.

Levanté las cejas esperando, rezando para que Oli creyera lo que acababa de decir. Yo también quería creer en ello.

—Oh, Lari,— Olga suspiró. —No puede perdonarse por todo esto. Está huyendo de ti porque se siente culpable de que hayas perdido a tu hijo. Y aún más, que tuviste que pasar por todo esto.— Ella agacho la cabeza. —¿Sabes que quería enviarte de vuelta a Polonia para que nadie te hiciera daño por su culpa? Estaba dispuesto a devolver lo que más amaba. Quería que estuvieras a salvo.

Oli giro la cabeza, bebiendo de un vaso.

—Una noche me colé en la biblioteca y le oí hablar con Domenico, estoy aprendiendo ese maldito italiano, pero aun no lo entiendo. Pero entonces no tuve que entender para saber lo que estaba pasando.— Levantó los ojos, con lágrimas en ellos. —Laura, estaba llorando. Pero... Era un sonido como si alguien hubiera matado un animal, un rugido salvaje.

—¿Cuándo fue eso?— Pregunté, respirando profundamente.

—Por la noche, justo después de que volviste a Sicilia,— ella dijo después de un tiempo. —Bien, pero no más de esto, bebamos.

Estaba barajando los recuerdos en mi cabeza esa noche. Fue entonces cuando rompió el vidrio y fue cuando nuestra soledad comenzó. Esa noche lo cambió todo, y mi marido se alejó de mí.

Terminamos la segunda botella y dejamos el lugar con un paso ligeramente tambaleante. A esta hora era difícil apretar un dedo



OTROS 365 DÍAS

aquí. El gerente personalmente me abrió la puerta del coche. El guardia de seguridad lo puso casi debajo de la entrada, llamando la atención de todos los invitados que nos esperaban. Parecíamos estrellas, diría damas, pero balanceándonos y riendo alegremente, no lo éramos.

Nos sentamos en los asientos, lo que nos dificultó mucho, Olga le dio las instrucciones al conductor y el auto arrancó.

Eran más de las doce, y en la entrada del club había varias docenas de personas amontonadas. Por supuesto, también era propiedad de Torricelli, así que no esperamos ni un minuto para que nos dejaran entrar. Casi corrimos sobre una alfombra negra, que nos llevó hacia adentro, protegiéndonos mutuamente de la caída. En el interior, nuestros guardaespaldas nos allanaron el camino. Después de atravesar la multitud nos sentamos. Ya estábamos bien preparadas, por no decir borrachas, cuando estaba mirando el lugar al que habíamos llegado. Por desgracia, desde detrás de los cuatro hombres que nos custodiaban, no pude ver mucho. Cuando Olga le dijo a Domenico que íbamos a una fiesta, él se encargó de todo. Tan bien que no tuvimos la más mínima oportunidad de hablar con nadie.

El champán llegó a la mesa. Oli agarró un vaso y comenzó a retorcerse rítmicamente en la plataforma junto al sofá. Estábamos en el entresuelo, así que cuando bailaba en la barandilla, la gente de abajo tenía una buena vista de sus bragas.

Tomé un vaso y me puse a su lado. Estaba tan borracha que si intentaba bailar, probablemente acabaría cayendo entre la multitud debajo de nosotros. Vi a la gente jugando en el club hasta que en algún momento sentí que alguien me observaba. No podía ver muy claramente, porque el alcohol estaba golpeando mi cabeza cada vez más fuerte, así que cerré un ojo para captar enfocar. Y luego...

Al final de una larga barra, Marcelo Nacho Matos estaba parado con las manos entrelazadas y me miró.

Casi vomito.



OTROS 365 DÍAS

Cerré los ojos para abrirlos de nuevo después de un tiempo. El lugar donde estaba parado hace un momento estaba vacío. Empecé a parpadear nerviosamente. Busqué a un chico con la cabeza calva, pero desapareció. Me senté en el sofá y me bebí el contenido del vaso. Creo que es la primera vez que tengo una alucinación después del alcohol. ¿O era el resultado de un largo período de no beber? Cuando de repente vertí tanto alcohol en mí, mi cerebro se rebeló...

—Voy al baño— le grité a Olga, que estaba metida al ritmo de la canción, colgada casi al otro lado de la barandilla. Se inclinó hacia mí con la mano y se inclinó aún más.

Le dije al guardaespaldas a dónde iba, así que empezó a allanarme el camino. Entonces, en la oscuridad, junto a la pared, junto a la cual había una escultura gigante, lo vi de nuevo. Se puso de pie con las manos cruzadas sobre el pecho, sonriéndome con sus dientes blancos.

Sentí que mi estómago se apretaba y mi respiración se atascaba en mi garganta. Si mi corazón siguiera enfermo, definitivamente perdería la conciencia. Pero ahora probablemente estaba de pie, pero no podía respirar.

—¿Desde cuándo te vas sin mi permiso?!— Me detuve de repente. La voz de Massimo irrumpió en mí, ahogando la música, y luego la poderosa silueta de mi marido cubrió mi mundo.

Levanté mis ojos y lo vi pararse frente a mí con sus mandíbulas apretadas. Quería decir algo, pero todo lo que pude hacer fue arrojarme alrededor de su cuello para mirar a sus espaldas. El chico de colores desapareció, y yo estaba aún más asustada. ¿Quizás combinar las drogas que todavía tomaba y el alcohol no era una idea feliz?

Estaba colgando del cuello de Don, preguntándome qué pasaría ahora. ¿Me darán un maldito año de mierda? ¿O tal vez me va a arrastrar por mi nuevo pelo a su coche? Preocupada porque no pasara nada, me alejé de él y me sorprendí al descubrir que sonreía un poco.



OTROS 365 DÍAS

—Me alegro de que te hayas levantado,— dijo, poniendo sus labios en mi oreja. —Vamos.

Me agarró de la muñeca y me tiró por donde acababa de llegar. Me di la vuelta para mirar detrás de mí, pero no había nadie en el rincón de la habitación.

Cuando llegamos al asiento, vi a Domenico y Olga en una aventura amorosa, o mejor dicho, un encuentro sexual. Ella estaba sentada encima de él, y sus lenguas eran más rápidas que el ritmo de la canción que salía de los altavoces. Es bueno que el lugar donde estaban los sofás estuviera absolutamente fuera de la vista de todos. Los invitados del club podrían pensar que estábamos filmando porno aquí.

Black se sentó en el sofá, y cuando sus nalgas tocaron la suave felpa, una joven camarera apareció delante de él con una botella de líquido ámbar y una bandeja. Puso todo sobre la mesa delante de él y, agradecida, se dirigió hacia la salida de la logia. Me quedé borracha, viendo a Don llevarse el vaso a la boca y dar el primer sorbo. Se veía despreocupado y sensual, todo oscuro, con los brazos apoyados en el reposacabezas del sofá. Me miró, o más bien me cortó con sus ojos, vaciando el vaso. En un momento se sirvió y se emborrachó a medias, lo que me sorprendió un poco. Nunca había visto a Massimo beber tanto, y mucho menos a este ritmo. Lo pinché para hacerme sitio y me senté a su lado. Alcancé mi vaso. La música retumbaba a nuestro alrededor, y Domenico y Olga casi copulaban.

Massimo se inclinó y quitó la tapa de la bandeja de plata. Me quejé al ver las líneas blancas uniformemente dispersas en la superficie del espejo. Don sacó una nota de su bolsillo, la enrolló, la metió dentro y dio un suspiro. No me impresionó mucho lo que vi, pero mi marido no hizo nada al respecto. Bebía de un vaso y me miraba fijamente, entrecerrando los ojos de vez en cuando. Mi gran humor me dejó. Me preguntaba si lo hacía a propósito o si sólo era un drogadicto.



OTROS 365 DÍAS

Después de unas docenas de minutos, los tres vaciaron la bandeja, riendo y bebiendo. En un momento dado no pude soportarlo. Agarré la nota que estaba sobre la mesa, me incliné y me metí el polvo en la nariz. Black me agarró las manos y me dirigió hacia él. Parecía enfadado.

—Todos ustedes están golpeando esta mierda, así que yo también puedo...— grité.

Un momento más tarde, sentí un desagradable sabor amargo goteando por la parte posterior de mi garganta. Tenía la sensación de que mi lengua se estaba convirtiendo en un alfiler en mi garganta y mi saliva se estaba volviendo anormalmente espesa.

—No respetas tu nuevo corazón, Laura.— Massimo estaba gruñendo entre dientes.

No me importaba lo que me dijera, estaba demasiado ocupada haciéndole enfadar. Me asomé al club y me levanté, asintiendo de lado. Me quedé allí preguntándome qué hacer, y cuando nada sabio vino a mi mente, le mostré mi dedo medio y me dirigí hacia la salida del palco. El gran guardaespaldas que me amenazaba miró a mi marido y, para mi sorpresa, se alejó, dejándome pasar. Estaba golpeando en el frente en un ambiente de combate. Entonces sentí que alguien me agarró del codo y me arrastró a una habitación escondida en la oscuridad del pasillo. Salí y me di la vuelta, casi chocando con black, que me bloqueó mi salida.

—¡Déjame ir!— Dije en voz baja, casi en un susurro.

Massimo giró la cabeza y se inclinó hacia mí. Sus ojos eran completamente extraños, pensé que estaba completamente ausente. Me agarró la garganta y se dio la vuelta cerrando la puerta. Estaba aterrorizada por la vista, así que empecé a mirar alrededor de la habitación. Era completamente oscura, forrada con material acolchado, y en el medio había una pequeña plataforma y un tubo. Enfrente había un sillón, junto al cual se colocó una pequeña mesa con vasos y botellas de alcohol. Black presionó algo en un panel



OTROS 365 DÍAS

montado en la pared. Las lámparas estaban encendidas, y la música comenzó a salir de los altavoces.

—¿Qué pasó en Tenerife?

Las mandíbulas apretadas de Don le dieron una expresión aún más severa.

Me mantuve en silencio, estaba tan borracha que no tuve fuerzas para discutir. Pero él seguía de pie y esperando, fortaleciendo el agarre en mi cuello de vez en cuando. Cuando el silencio se prolongó, me dejó ir. Se quitó la chaqueta y se acercó a la silla. Agarré la manija, pero la puerta estaba cerrada. Apoyé mi frente contra la pared.

—Bailarás para mí,— dijo. Le oí poner hielo al vaso. —Y luego me la chuparás.

Me di la vuelta y vi que estaba sentado en un sillón y deshaciendo su camisa.

—Y después de que te haya follado la boca, te voy a coger— terminó, bebiendo un sorbo.

Me quedé mirándolo, y después de un rato me di cuenta de que estaba casi sobria. Respiraba profundamente, y una sensación se despertaba dentro de mí que no conocía. No entendía por qué, pero estaba bien. Estaba relajada, satisfecha, incluso feliz. Era un sentimiento un poco diferente de un estado de amor fuerte. ¿Así es como funcionaba la cocaína? Pensé. Entonces dejó de ser un misterio para mí por qué le gustaba tanto a Black.

Me quité la chaqueta de los hombros y me acerqué lentamente al tubo. Pero después de la cirugía, apenas me moví, así que bailar sobre el estaba fuera de discusión. Apoyé mi espalda contra el poste y empecé a deslizarme lentamente, sin perder de vista a mi hombre. Balanceé las caderas y froté mis nalgas contra el metal. Envolví mi pierna alrededor del palo. Me di vuelta, me lamí los labios y envié una mirada provocativa a Black.



OTROS 365 DÍAS

Agarré mi camisa y me la quité lentamente. La tiré en la dirección en la que él se sentó. Cuando Don vio el sostén de encaje, guardó el vaso y desató su cremallera, liberando su impresionante erección. Se agarró la polla con la mano derecha y empezó a moverla de arriba a abajo. Me quejé cuando vi lo que estaba haciendo y la excitación se arremolinó en mi abdomen. Desabroché el botón de mis pantalones, luego otro, hasta que finalmente pude abrirlo para que se viera mi tanga. Massimo mordía su labio inferior y sus movimientos eran cada vez más rápidos y fuertes. Inclino la cabeza y observó lo que yo hacía con los ojos medio cerrados.

Le di la espalda y me puse de rodillas.

Me bajé los pantalones hasta los tobillos. Es bueno que mi columna vertebral estuviera bien, y mi cuerpo aún estaba estirado. Esto le dio a mi marido una vista impresionante.

Agarré el tubo y con gracia me saqué los zapatos de las piernas de mi pantalón. Todo lo que estaba delante de él ahora estaba en ropa interior y tacones. Gotas de sudor fluían en su frente y la cabeza de su pene se hinchaba y oscurecía a cada segundo. Me bajé lentamente del escenario y me acerqué a él. Me incliné y metí mi lengua en su boca. Era amargo y sabía a alcohol, pero no me molestaba en absoluto. Me arrodillé sobre él y sin apartar la vista de sus ojos negros, me incliné hacia atrás en mis bragas, y luego lentamente me acerqué a él. Un grito de placer salió de su garganta y sus párpados se apretaron como si no pudiera soportar lo que sentía. Me agarró de las caderas con sus grandes manos y comenzó a levantarme y bajarme sobre sí mismo. Estaba gimiendo, y mi trasero empezó a oscilar involuntariamente al ritmo de la música que salía de los altavoces. Black respiraba rápido y su cuerpo estaba completamente mojado. Estaba congelado en la quietud. Mis dedos fueron a los botones de su camisa, los desabroché todos, sintiendo su impaciencia. Cuando terminé, me levanté, salí y me arrodillé al otro lado.

—Me gusta mi sabor,— dije, antes de tomarlo todo en mi garganta.



OTROS 365 DÍAS

Fue demasiado para él. El vaso que tomó unos segundos antes golpeó la alfombra blanda y sus manos fueron a la parte de atrás de mi cabeza. Me cortaba la garganta a un ritmo frenético, me metió su hombría en la boca. Gritó y respiró, y su cuerpo, mojado por el sudor, comenzó a temblar.

Entonces sentí las primeras gotas de espermatozoides en mi lengua, y en un momento disparó, asfixiándome con su volumen. El líquido pegajoso fluía por mi garganta, y él gritaba y se sacudía, como si estuviera luchando contra sí mismo. Aunque terminó, no aflojó su agarre ni siquiera por un momento. Se congeló y miró fijamente a mis ojos afligidos. Cuando empecé a ahogarme, esperó unos segundos más y me soltó, y me caí sobre la alfombra.

—Pareces una puta con ese pelo.— Se levantó y se abrochó los pantalones. —Mi puta.— Se puso su camisa sin quitarme los ojos de encima.

—¡Creo que te olvidaste de algo! — Dije poniendo mi mano bajo las bragas de encaje. —Iba a bailar.

Empecé a mover mis dedos lentamente.

—Detente.

Doblé un poco la tela para que pudiera ver lo que estaba haciendo.

—Y luego se suponía que me follaras.— Me quité la tanga y la tiré a mi lado, y luego me puse boca abajo y me arrodillé sobre mis nalgas. —Todo aquí es tuyo.

No podía ignorar esa provocación. Me agarró de las caderas y antes de que pudiera coger aire, lo sentí zambullirse en mí. No fue gentil, lo hizo brutal y rápidamente, sacudiéndome por mi pelo oscuro. El primer orgasmo vino después de un tiempo, pero el borracho Massimo bajo la influencia de las drogas era como una ametralladora. Lo miraba una y otra vez, y él seguía burlándose de mí a un ritmo constante. Después de una hora y una docena de cambios de posición, finalmente se vino de nuevo y se volcó sobre mí.



OTROS 365 DÍAS

A pesar de muchos intentos no fui capaz de recuperarme de esta maratón. Maldije el hecho de que nos fuimos de casa y ahora no estaba tirada en la alfombra junto a la chimenea.

—Vístete, vamos a casa—, dijo Black, abrochándose la chaqueta.

Me incliné para escuchar su tono indiferente, pero no tuve la fuerza para ser engañada. Recogí mis cosas y unos minutos después fuimos al club ruidoso y animado.

Resultó que Domenico y Olga no podían soportar esperarnos, y habían estado en la residencia hace mucho tiempo. Los envidiaba. El esfuerzo físico me hizo tener resaca y me dolía la cabeza, por lo que tenía la impresión de que me caería en cualquier momento. Salir del cuarto oscuro fue lo último que recuerdo esa noche.



—Eres perfecta— susurró Nacho, acariciando mi mejilla.

Sus suaves manos con olor a mar acariciaban tiernamente mi piel desnuda. Me miró por un momento con ojos verdes y alegres, hasta que en algún momento se acercó a mí con sus labios. Primero me besaron la nariz, luego se movieron a mis mejillas, barbilla y cuello, y finalmente abrazaron mis labios. Apresuradamente, sin usar la lengua, los acarició, sólo para ser forzados a entrar una docena de segundos después. Me acosté, moviendo suavemente mis caderas al ritmo de su beso. Deslicé mi mano sobre sus costillas hasta que llegó a las nalgas duras como una roca. Ronroneaba en silencio, sintiendo mis dedos, y yo disfrutaba del calor de su cuerpo. Estaba tranquilo, sin prisa, cada movimiento, cada gesto estaba lleno de pasión y ternura.

—Quiero entrar en ti...— me susurró, mirándome a los ojos.—
Quiero sentirte, pequeña.

Sus labios descansaron en mi frente cuando movió sus caderas para estar exactamente enfrente de mi entrada. Respiraba fuerte,



OTROS 365 DÍAS

esperando ser atacada, pero él sólo miraba, como si estuviera esperando un permiso.

—Hazme el amor— le dije, instándole, y entonces al mismo tiempo entró en mí y me metió profundamente la lengua en la garganta...

—Estás tan mojada...— Oí un acento británico familiar y me quedé helada. —Ya he olvidado lo alcohólica que eres.

Apenas abrí los ojos, sintiendo millones de agujas bajo los párpados. El dolor de cabeza pulsante me quitó el deseo de despertar, pero estaba tan confundida de que tenía que resolver la situación. Miré hacia abajo y vi a Massimo entre mis piernas, pegando su lengua a un clítoris palpitante.

—Estás tan lista— susurró, sumergiéndose en mí.

Me quejé cuando empezó a lamerme y a chuparme. Sólo después de un tiempo me di cuenta de por qué estaba tan emocionada.

Fue un sueño...

Estaba un poco decepcionada y aburrida mientras mi hombre intentaba satisfacerme oralmente. No podía concentrarme en lo que hacía, porque cada vez que cerraba los párpados, un surfista de ojos verdes se paraba frente a mis ojos. Fue una tortura. Solía esperar a que Black me tocara, y ahora rezaba para que el orgasmo llegara rápido y me dejara en paz. Pero los siguientes minutos pasaron, y a pesar de mis esfuerzos, no fui capaz de acercarme a la cima.

—¿Qué es lo que está pasando?— Preguntó, levantándose y frunciendo ligeramente el ceño. Lo miré fijamente, buscando una buena explicación en mi cabeza, pero Massimo no era una persona paciente. Esperó unos segundos más, se levantó y fue al vestidor.

—Tengo una resaca terrible...— me estaba excusando cuando se fue.

En realidad, era cierto. Mi cabeza palpitaba al ritmo de la música *tecno del Mayday*. Podría correr detrás de él y disculparme, pero ¿cuál era el punto? Además, sabiendo su terquedad no habría funcionado de todos modos.



OTROS 365 DÍAS

Cuando desapareció en las escaleras, algo me apuñaló en el pecho.

Recordé lo que dijo anoche.

—Massimo,— grité, y él se detuvo y se dio la vuelta. —Ayer dijiste que no respeto mi nuevo corazón. ¿Qué querías decir?

Se quedó allí mirándome fijamente, helado, sólo para decir sin emoción:

—Te hicieron un trasplante, Laura.

Lo dijo como si hubiera pedido un sándwich de jamón y desapareció. Me di la vuelta y me enterré en la ropa de cama, tratando de digerir lo que acababa de oír. Luché contra una terrible necesidad de vomitar, pero finalmente me dormí.



—¿Estás viva? — me preguntó Olga, sentada en el borde de la cama y poniendo una taza de té y leche en mis manos.

—Estoy muerta, y voy a estar más enferma en un minuto— dije, enterrando mi cabeza bajo el edredón. —Black es un maldito superhéroe. —Dije tomando un sorbo.

—Se ha ido con Domenico hace una hora, pero no preguntes dónde, porque no tengo ni idea.

Cuando escuché eso, lo sentí. Es como si fuera ayer cuando empezó a funcionar, y tuve que arruinarlo con un salto sin sentido.

—¿Por qué se ofendió?— Me preguntó Oli, empujando sus piernas bajo el edredón y tomo el control remoto y cubrió las persianas.

—Porque no me vine.— Giré la cabeza, sin creer lo que estaba diciendo. —Tengo dolor de cabeza, quiero vomitar, y él tiene que divertirse.

—¡Ajá!— dijo Oli y encendió la Televisión.



OTROS 365 DÍAS

La ventaja de la resaca, cuando vives en una casa con sirvientes, es que sólo tienes que levantarte al baño. Aunque probablemente si quisiéramos un orinal, alguien nos lo daría. Así que nos pudríamos todo el día en la cama, pidiendo más comida y viendo películas. Si no fuera por el hecho de que mi marido se ofendió mucho y ni siquiera contestó el teléfono, diría que el día fue un éxito.



OTROS 365 DÍAS

CAPÍTULO 5

Al día siguiente me desperté antes del mediodía y me sentí aliviada al descubrir que no tenía que hacer nada en absoluto y que podía volver al ritual de autocompasión en pijama. Estaba enterrada en mi cama y viendo la televisión hasta que me di cuenta, que no tenía ninguna razón para deprimirme. Casi superaba la pérdida de mi hijo, por supuesto que todavía sentía dolor cuando pensaba en mi hijo, pero se estaba alejando, como un eco. Mi salud mejoraba cada vez más, ya casi no sentía los efectos de la cirugía. La primavera comenzó en Sicilia. Hacía calor y el sol brillaba, y yo seguía siendo asquerosamente rica y la aburrida esposa de mi marido.

Me levante de la cama y corrí al baño. Me duché, me peiné el pelo largo y artificial y me maquille. Luego me quedé atascada en mi vestidor durante mucho tiempo, desenterrando kilómetros de perchas. No había estado comprando nada durante mucho tiempo y no iba a ir en mucho tiempo, porque el setenta por ciento de las cosas de mi armario todavía tenían etiquetas. Después de unas docenas de minutos de cavar, saqué unos leggins de cuero y un suéter *Dolce & Gabbana* que me cubría el trasero. Cogí mis amadas botas de *Givenchy* y asentí con la cabeza con aprobación. Vestida de negro, me veía oscura y sensual, como debería: como la creadora de una nueva marca de moda.

En la cama, mientras bebía mi té, esa era la idea que me hacía funcionar. Recordé el maravilloso regalo que Massimo me dio para Navidad. Sobre mi propia compañía. Ahora tenía que empezar, así que cargué mi bolsa negra *Phantom de Celine*, me puse un poncho corto con un cuello de color de La Manía y fui a buscar a mi compañera para llevar a cabo mi malvado plan.

—¿Por qué sigues en la cama?— Le pregunté a Olga cuando entré en su dormitorio.

OTROS 365 DÍAS

Su vista valía todo el dinero. Me miraba fijamente, y sus ojos eran del tamaño de un satélite que orbita la tierra. Todavía tenía la boca abierta, y yo me apoyaba despreocupadamente en el marco de la puerta, esperando que se levantara.

—Yo...— empezó con gracia. —Pareces una perra de raza. ¿Adónde vamos?

—Bueno, ése es el problema. Tengo que ir a encontrarme con Emi.— Me quité las gafas oscuras. —Quería preguntarte si querías venir conmigo.

Normalmente, pondría a Oli delante del hecho de lo que hacía, pero como sabía que Emi era la ex-novia de Domenico, no quise presionarla. Se sentó en la cama, agachada y suspirando, pero finalmente se levantó y dijo sin emoción:

—Por supuesto que voy a ir. No sé por qué se te ocurrió que te dejaría ir sola.

Se las arregló para desnudarse y vestirse unas cuantas veces antes de que estuviera finalmente lista. Se veía que no se preparaba para una simple salida, sino para una guerra de moda sin palabras. Me sorprendió aún más su elección. Se veía... normal. Los vaqueros de Versace, la camiseta blanca y los alfileres de *Louboutin* rosa polvo. Se puso un pelaje muy ostentoso en los hombros y colgó un bolso color oro.

—¿Nos vamos?— Ella preguntó, pasando de largo, y yo me reí a carcajadas.

En sus gafas sombreadas de Prada se parecía un poco a *Jennifer Lopez* en el video *Love Don't Cost a Thing*. Tomé mi bolsa y fui tras ella.

Por supuesto, hice una llamada antes para que Emi no se sorprendiera de verme. También le expliqué brevemente de qué se trataba. No era nuevo para ella. Massimo ya había hablado con ella en invierno para que me ayudara a montar mi negocio.

Entramos en un hermoso atelier, y Olga ostentosamente se desgarró



OTROS 365 DÍAS

—Hola—. Pero nadie le respondió.

Le di un puñetazo en el hombro. Pensé que un saludo tan alegre no encajaba en la situación. Entonces la puerta al final de la habitación se abrió y Dios caminó a través del umbral. Ambas, como hipnotizadas, miramos a un hombre de pantalones negros y sueltos que caminaba descalzo y con una taza en la mano hacia un gran espejo. Con la boca abierta y en absoluto silencio, estábamos congeladas así, moviendo la mirada detrás de la musculosa silueta. El pelo largo y negro cayó descuidadamente sobre su musculoso y oscuro cuerpo. Lo peino con la mano y se dio la vuelta, y luego su mirada cayó sobre nosotras. Se quedó allí, bebiendo de una taza, y sonriendo felizmente. Y nosotras, como clavijas, nos quedamos atascadas en el suelo con nuestros caros zapatos.

—Hola— Escuché la voz alegre de Emi y me sacudí del drama.

—Veo que ya has conocido a Marco.— El Adonis medio desnudo nos saludó con la mano.

—Mi nuevo juguete — dijo Emi, dándole una palmadita en la nalga.

—Siéntate, come algo, toma un poco de vino... Puede que nos lleve un tiempo.

Me sorprendió su maravilloso estado de ánimo, por no hablar de su actitud hacia Olga, que era absolutamente nada. A ella no le importaba en absoluto que Domenico eligiera a mi amiga, pero mirando al Dios de pelo largo que solía pasar por la habitación de vez en cuando, adiviné por qué.

Después de unas horas de conversaciones, almuerzo y tres botellas de vino espumoso, Emi se extendió en una silla de felpa y comenzó a masajearse las sienes.

—Elegiste a los diseñadores de la academia de bellas artes con los que quieres trabajar,— dijo, —pero todavía hay un problema de casting. Sabes, no tienes que hacerlo bien con todo el mundo. Creo que lo mejor para ellos es diseñar algo que simbolice su marca.

Escribió algo en un pedazo de papel.



OTROS 365 DÍAS

—Los siguientes en la lista son los tipos de zapatos. Pero sé que ya tienes una visión de cómo probarlos.

Emi sonrió y asintió con la cabeza. Ella conocía bien mi gran amor por los zapatos.

—Nos reuniremos con los talleres de costura esta semana y empezaré a enseñarte de qué se trata, cómo mirar las puntadas y bla bla bla. También tendrás que ir al continente para reunirte con los fabricantes de telas.— Alcanzó un vaso. —¿Tienes idea de cuánto trabajo nos espera?— preguntó con una sonrisa. —¿Y te das cuenta de lo rica que serás si funciona?

—Y sólo porque quiero comprar una isla algún día, estoy dispuesta a sacrificarme.— Levantó la mano en alto y me choco los cinco.



Las siguientes semanas fueron las más intensas de mi vida. De hecho, mi terapeuta tenía razón al decir que antes sólo estaba aburrida. Aunque no había signos de depresión, todavía iba a verlo dos veces a la semana. Sólo para asegurarme de hablar.

He estado trabajando. No pensé que una industria de la que casi no sabía nada pudiera darme tanta satisfacción. La moda era una cosa, y crear una empresa que se suponía que iba a obtener beneficios es una cosa completamente diferente. La gran ventaja de toda la situación era que el negocio de mi marido me hacía asquerosamente rica. Gracias a eso pude desarrollar todo muy rápido, contratar más gente y no pensar en los costos.

Massimo también estaba bien. Especialmente porque odiaba mis gruñidos, cuando el siguiente chorro de cocaína penetraba en su cuerpo. Ni siquiera trató de esconderse de mí nunca más. Había estado bebiendo, consumiendo drogas, y ocasionalmente satisfaciéndome. No lo conocía de este lado, aunque por las historias que escuché una vez, parecía que volvía a sus viejos hábitos.



OTROS 365 DÍAS

Hubo una noche en la que volví del estudio. Estaba convencida de que Black se había ido. Ya lo había oído hablar con Mario, que insistió en que Don fuera a una reunión. Durante algún tiempo me había acostumbrado a vivir separada. Hablé con mi terapeuta sobre ello. Dijo que pasaría. Y que Massimo iba a digerir el dolor después de perder el bebé, así que tenía que respetar su dolor. Además, pensó que Black seguía luchando por ver si no era demasiado peligroso para mí al estar con él. Y eso significó que luchó contra su propio egoísmo. El mensaje del Dr. Hump fue corto.

Si quieres que vuelva, déjalo ir despacio. Sólo entonces volverá a ti como lo fue una vez para ti.

Gracias a mi trabajo, del que escapé de pensamientos estúpidos, no tuve problemas con mi tiempo libre, porque simplemente no lo tenía. También tuve una reunión de negocios esa noche, y para mi desgracia en Palermo.

Llegué a casa como un huracán, casi corriendo por los pasillos y pisoteando a la gente que conocía. En una hora y media, tenía que subirme a un avión. Me peiné en el estudio, gracias a que mi amado estilista estaba de guardia y el vestido... bueno, era dueña de una marca de ropa. Una de mis diseñadoras, Elena, era extremadamente talentosa. Me gustaban mucho sus diseños, pero se lo merecían. Eran simples, clásicos, delicados y muy femeninos. No exageré nada. Prefería complementar sus creaciones con accesorios en lugar de hacer algo que abrumara el proyecto. Me encantaba todo lo que salía de su máquina, desde camisetas normales hasta vestidos. Y yo iba a usar uno de esos vestidos hoy.

Un simple top negro sin tirantes, extendido desde la cintura hasta el suelo, a rayas blancas y negras, cortado en círculo, una forma espectacular y ancha que a pesar de su tamaño, era ligera y soplaba mientras caminaba. Pero en ese momento estaba corriendo, sosteniéndolo en una percha con el conocimiento de que tenía media hora para ducharme y maquillarme.



OTROS 365 DÍAS

Es bueno que mi peluquero me sujetara el pelo en alto porque si me hubiera puesto rizos ligeros, tendría heno en la cabeza después de bañarme a este ritmo. Pero esta vez era más como una colmena que una ola del océano, así que estaba bien. Dejé caer mi túnica ligera en mi ropa interior, casi cayendo sobre mis zapatos, me caí en mi vestidor. Me quité las bragas y el sujetador, y luego todo en modo carrera rompí el récord mundial de velocidad de lavado. Parecía que estaba loca.

No había tiempo para limpiarse, así que descubrí que me estaba embalsamando mi cuerpo húmedo, y durante el proceso de maquillaje todo sería absorbido. Como pensaba, lo hice. Cuando intenté maquillarme, con la precisión de un francotirador, casi me arranqué el ojo con un crayón negro.

—Algún jodido chiste— estaba murmurando, pegando pestañas artificiales y mirando mi reloj. Después de todo, era Laura Torricelli, deberían esperarme. Y sin embargo soy yo quien tenía prisa, gire la cabeza. —¡No puede ser!

Me metí en un vestido y me paré frente al espejo. Así es como se suponía que tenía que ser. Ya estaba un poco bronceada, volví a hacer ejercicio, así que mi cuerpo se veía saludable de nuevo, y casi no había señales de cicatrices de operaciones. El láser puede no haber sido el tratamiento más agradable, pero no era imposible negarlo. Pero lo más importante fue que volví a ser yo misma. Y aún más, era una mejor versión de mí misma.

Agarré el bolso de mano de cristales y preparé una maleta. Sabía que me quedaría en Palermo por la noche. Escuché que la puerta de abajo se cerraba detrás de alguien. Mi tiempo se había acabado.

—Estoy arriba.— Grite. —Tome por favor la bolsa que está en el dormitorio.— Le grité al conductor, aunque todavía no lo había visto, y corrí al baño a echarme un litro de perfume. —Espero que podamos lograrlo, porque no puedo...

Me interrumpí y me quedé ahí como si estuviera petrificada. Massimo estaba ante mí. Vestido con un esmoquin gris, estaba



OTROS 365 DÍAS

delante de mí y no dijo ni una palabra. Sus mandíbulas se apretaban cuando miró cada centímetro de mi cuerpo. Conocía bien esa mirada y sabía que lo que él quería, no tenía ni el deseo ni el tiempo.

—Creí que era el conductor,— dije, tratando de pasar a través de él.

—Tengo un avión en una hora...— gruñí molesta.

—Es privado— dijo con voz tranquila y no se movió ni un centímetro a un lado.

—Tengo una reunión muy importante con...

En ese momento Black, con un hábil movimiento, me agarró por el cuello y me clavó a la pared. Me lamió y me chupó con sus labios, y sentí que mi fuerza de voluntad y la disposición para reunirme en sus negocios disminuyó.

—Si quiero, te esperará hasta el año que viene...— se ahogó entre besos.

Encantada por esta inusual experiencia, que era tan ordinaria hace unos meses, esta vez me di por vencida. Los delgados dedos de Don desabrocharon la cremallera, liberando mi cuerpo del vestido apretado que cayó al suelo. Me levantó un poco, me sacó de ahí, y vestida sólo con tanga y tacones, me llevó a la terraza. Era la segunda mitad de abril, no hacía calor afuera, pero tampoco hacía frío. El mar zumbaba, un viento salado soplabá desde la orilla, y me pareció que estaba retrocediendo en el tiempo.

La reunión, la compañía y las negociaciones ya no eran importantes. Massimo estaba de pie delante de mí, sus pupilas me inundaban los ojos y ya nada importaba. Sus manos abrazaron mi cara y se aferró a mí otra vez con un beso apasionado. Entrelace mis dedos en su aterciopelado cabello y me sumergí en el gusto de este notable hombre. Se las empujé por el cuello hasta llegar al primer botón de su camisa. Con manos temblorosas, empecé a desabrocharle, pero me agarró las manos y las inmovilizó. Agarrando una mano por el cuello y la otra por las nalgas, me puso encima de él y se dirigió hacia el sofá. Me bajó y me miró profundamente a los ojos y se lamió dos dedos, que me metió profundamente sin ninguna



OTROS 365 DÍAS

advertencia. Gemí sorprendida por la dolorosa pero agradable sensación, y él sólo sonrió. Poco a poco le dio ritmo a su muñeca, sin quitarme los ojos fríos. Era como un hombre poseído, y no había ni una pizca de ternura en su mirada. De vez en cuando se lamía los labios. Vio en mi mirada que sus dedos eran a la vez dolorosos y deliciosos. Disfrutó de su sabor mientras los sacaba y los volvía a meter, dando a su mano un ritmo despiadado. Respiré y me retorcí bajo su toque, y cuando pensó que estaba lo suficientemente lista, me dio vuelta sobre mi estómago y lo sacó. Su polla dura y gorda era como una droga muy querida para mí. Sintiéndolo dentro de mí, me vine de inmediato. Grité fuerte y largo, y me mordió el brazo, empujando sus caderas cada vez más fuerte. Me levanto el culo cada vez más alto, hasta que finalmente se enderezó, arrodillándose detrás de mí. El primer azote cayó sobre mi nalga, y su eco se extendió por el jardín. No me importaba que su gente pudiera oírnos. Finalmente lo sentí de nuevo, y me follo con su desenfreno salvaje. Después de un tiempo, sentí que su mano golpeaba de nuevo en el mismo lugar. Grité más fuerte y él amortiguó el sonido, poniendo sus dedos en mi boca. Cuando los sacó, se inclinó y frotó su saliva fuertemente en mi clitoris pulsante.

—Más fuerte— Estaba gruñendo, sintiendo otro orgasmo colgando justo encima de mí. —Fóllame más fuerte.

Los dientes de Massimo empezaron a roer justo detrás de mí oreja, y sus caderas golpeando mis nalgas se volvieron aún más poderosas. Movié sus manos sobre mi pecho y comenzó a apretar sus dedos firmemente sobre mis duros pezones. El dolor se mezcló con la excitación, y el sudor frío inundó mi cuerpo. Estaba temblando por todas partes y sentí que el final estaba cerca. Luego explotó, llevándome a la cima junto con él. No se detuvo, gritó y me golpeó el trasero con su pelvis hasta que mis piernas se negaron a obedecerle. Luego cayó sobre mí, y su aliento cálido y rebotante alrededor de mi cuello me hizo sentir un orgasmo.

Nos quedamos allí unos minutos hasta que me dejó sin avisar, dejando un vacío. Se abrochó la cremallera. Esperé lo que él haría,



OTROS 365 DÍAS

pero se quedó ahí parado mirando. Se llenó con la visión de mi cuerpo profanado.

—Eres tan frágil.— Susurró. —Tan hermosa... No te merezco.

Al oír eso, se me apretó la garganta. Escondí mi cara en el colchón un momento. Tenía miedo de empezar a llorar. Cuando levanté los ojos para mirarlo, estaba sola. Me senté en el sofá y estaba furiosa y dolorida. Se había ido. Simplemente se alejó de mí.

Quería llorar de nuevo, pero sólo por un momento, porque entonces tuve una extraña sensación de paz. Me envolví en una manta que colgaba del respaldo del sillón y me acerqué a la barandilla. El mar negro era acogedor y el viento olía a lo más maravilloso del mundo. Cerré los ojos. El más indeseado vino frente a mis ojos - pensé en alejar esa ilusión- Nacho en sus jeans. Quería abrir los párpados para que lo que había visto desapareciera. Pero yo no era tan buena... No podía explicar lo que estaba pasando en mí, pero la paz y la alegría que me llenaba con este recuerdo hicieron que mis lágrimas se fueran. Suspiré, bajando la cabeza.

—Laura—, mi guardaespaldas está en el umbral de la terraza. —El coche está esperando, el avión también..

Me golpeé la cabeza y fui al vestidor. Tenía que encontrar mi vestido.

Era sólo una de las atracciones que mi marido financió para mí, pero no me importó en absoluto. El sexo se había convertido en algo secundario para mí. Mi nueva pasión, era mi marca, estaba en primer lugar.

—Deberías leer este correo electrónico, Lari—. Oli dijo, agitando un trozo de papel.



OTROS 365 DÍAS

Llegó el mes de mayo, ya hacía mucho calor en Sicilia. Desafortunadamente, o afortunadamente, no tuve tiempo de disfrutar del clima, porque casi nunca salía de la oficina. Me acerqué a Oli, me apoyé en la silla en la que estaba sentada y miré la pantalla del ordenador.

—¿Qué es tan importante allí?— Le pregunté, leyendo las primeras frases. —¡Mierda!— Grité, la empujé y me senté en su asiento. Era una invitación a la feria de moda en Lagos, Portugal.

¿Cómo puedes ser eso? Pensé. El correo explicaba brevemente qué tipo de fiesta era. Diseñadores europeos, nuevas marcas de moda y fabricantes de telas se exhibían allí. *La fiesta perfecta para mí...* pensé, aplaudiendo y saltando.

—¡Olga!— Me volví hacia ella. —Estamos volando a Portugal.

—Supongo que tú...— estaba gruñendo, golpeando la cabeza. —Me voy a casar en dos meses, ¿recuerdas eso?

—¿Y qué?— Me gire, parodiando su cara. —Tal vez quieras decirme que tienes en mente ya sea una reparación o algo?— Quería decir algo, pero levanté el dedo. —¿O un vestido?— Apunté con mi mano a una espectacular creación de tela blanca que estaba en la esquina que se extendía sobre un maniquí. —¿Tienes más excusas?

—Si no follo con regularidad, no le seré fiel a mi marido porque los portugueses son increíbles— se rió como si se hubiera deslumbrado de repente. —Así que hasta que me vaya, me lo follaré unas cuantas veces al día. Tal vez entonces pueda mantenerlo bajo control.

—Oh, vamos. Es sólo un fin de semana. Además, mírame. Mi marido sólo me folla una vez, y sólo lo hace cuando le apetece.— Me encogi de hombros.— Pero ya sabes... una vez que entres allí...

Estaba sacudiendo la cabeza con agradecimiento.

—Déjame adivinar. Estás hablando de sexo,— dijo Emi, entrando en la habitación.

—Sí y no. Recibimos una invitación a la feria de modas Lagos.— Bailé de forma divertida.



OTROS 365 DÍAS

—Lo sé, lo vi. No puedo ir.— Se inclinó y cayó en su silla.

—Oh, lo siento mucho—. Murmuró Olga en polaco. La estaba mirando con ojos grandes.

—Cállate— le susurré a ella a través de mis dientes y me volví a Emi. —¿No vienes con nosotras?

—Desafortunadamente, tengo planeado este fin de semana. Una reunión familiar.

Giré mis ojos ostentosamente. —Diviértete.

—¡Fiesta!— Oli dijo, cantando. —¡Fiesta! ¡Fiesta!

Le golpeé en la cabeza y me senté frente al monitor, mirando el resto de los e-mails.

Los dos días siguientes, me atravesé los dedos. Estaba ocupada con mi trabajo y los preparativos para el viaje. Elena me hizo un vestido para el banquete, que iba a tener lugar el sábado, y algunas creaciones casuales para los tres días restantes. Quería que todo se mantuviera en colores terrosos, neutros, sin patrones o decoraciones innecesarias. Pero la joven diseñadora se opuso, sirviéndome un delicioso vestido rojo sangre, sin espalda y con un corte duro y de frente arrugado.

—Tetas— dije cuando me puse la cosa terminada. —Tienes que tener tetas para eso.

—Tonterías— se río, clavando los últimos alfileres. —Te mostraré algo,— dijo, sacando los parches transparentes del cajón. —Le pegaremos estas para que, en primer lugar, se queden en su lugar, y debajo de la tela se levantarán y se harán más grandes. Por lo menos ópticamente, bueno, lleva las manos a los lados.

De hecho, después de que me pegara las almohadillas raras en el cuerpo, mi busto de repente empezó a verse extra. Estaba encantada de ver cómo el vestido se envolvía perfectamente alrededor de mi cuerpo, y todos sus fallos se ajustan a la silueta. El color, aunque al principio no me convencía, combinaba perfectamente con mi pelo, mis ojos y mi bronceado. Parecía real.



OTROS 365 DÍAS

—Todo el mundo te mirará fijamente—, dijo Elena con orgullo. —Y ese es el punto. Pero no te asustes. Cosí el resto de la ropa como tú querías.

—Eres una descarada.— Me estaba dando la vuelta, no podía creer lo bien que me veía. —Yo soy la que te contrata. Tu tienes que escucharme.— Me ahogué de risa cuando ella estaba manejando otro alfiler.

—Sí, sí, puedo intentarlo si quieres.— Se sacó la última de su boca. —Ahora quítate el vestido. Todavía tengo que trabajar en los detalles.

Una hora más tarde, empaquetado en treinta bolsas de papel, estaba lista para irme. En mi primer instinto, traté de llevarlos al coche yo sola, pero después del decimoquinto intento fallido, me rendí y llamé al conductor que estaba esperando abajo. Viendo las bolsas rotas y medio desgarradas, me miró. Luego agarró las bolsas. Me encogí de hombros y sintiéndome cansada por los kilos de ropa, lo seguí.

Tenía el vuelo programado para la noche, porque toda la fiesta empezaba el viernes por la mañana y no quería perderme nada. Planeaba dormir un poco, hacer la deidad e ir a conquistar los corazones de los contratistas europeos. Por supuesto, como Olga y yo solemos hacer, también planeábamos tener un gran descanso, y como el clima en Lagos era bueno para las fiestas, también decidí tomarme un pequeño descanso. Me merecía un poco de descanso, así que reservé un apartamento en un hotel por una semana. Incluso se me pasó por la cabeza informar a Massimo de ello, pero no estaba allí. *Dios mío, qué desperdicio*, pensé, puse otro bikini en mi maleta. Durante mi aventura con el mundo de la moda resultó que también podía diseñar algo. Pero no se trataba de coser. Mi ropa interior y mi traje de baño eran los mejores. Equipado con docenas de juegos, cerré la última bolsa.

—¿Nos mudaremos?— Oli se apoyó en el marco de la puerta del armario y masticó una manzana. —¿O un país pequeño necesita



OTROS 365 DÍAS

vestir a toda una nación?— Estaba moviendo sus cejas masticando otro pedazo. —¿Qué carajo es todo esto?

Me senté, crucé los brazos sobre mis pechos y la destrocé con mis ojos.

—¿Cuántos pares de zapatos llevas?

Ella buscaba la respuesta mirando al techo. —Diecisiete. No, veintidós. Bueno, ¿cuántos tomaste?

—¿Con o sin aletas?

—Tomé treinta y uno con aletas.— Oli explotó de risa.

—Ahí tienes, hipócrita.— Le mostré el dedo medio.

—En primer lugar, vamos a una fiesta...

—Al menos una,— Oli se rió.

—Al menos una,— lo confirmé. —Y en segundo lugar, existe la posibilidad de que nos quedemos allí una semana o más. Y tercero, no voy a cargar con esto. Quiero elegir. ¿Es eso tan terrible?

—La tragedia es que creo que tengo más equipaje.— Oli movía nerviosamente su cabeza. —¿Este avión nuestro tiene límites de peso?

—Probablemente sí, pero creo que encajaremos tranquilamente.— Yo asentí con mi dedo a ella. —Ven aquí y aplástala. Mi maleta no se cierra.

Aprendí de la experiencia, tomé unas copas de vino y me subí al avión. Aún no me había sentado en la silla, cuando me sentí borracha. Me fui navegando.

Semiconsciente y con aire de resaca, me subí al coche y me senté en el asiento. Olga estaba en una condición similar, así que ambas nos arrojamos inmediatamente sobre el agua mineral que estaba en el reposabrazos. Todavía era de noche, y por desgracia ya no estábamos borrachas.

—Me duele el culo—. Olga dijo entre sorbos.



OTROS 365 DÍAS

—¿Del asiento del avión?— Me sorprendió. —Tiene un ajuste.

—De la maldita cosa. Creo que Domenico quería que tuviera suficiente para toda una semana.

Esa información casi me puso sobria. Sólo me acerqué, como si alguien me hubiera levantado de la silla.

—¿Estaban en la residencia?— Estaba gritando con sorpresa.

—Lo estaban, todo el día. Pero luego se fueron a alguna parte.—

Olga me miro con lastima. —¿Qué, él no fue a ti?

—No,— giré la cabeza de forma negativa. —Ya he tenido suficiente de esto. Por la mitad de nuestro matrimonio, actúa como si me odiara. Desaparece durante días, no sé qué hace, si contesta el teléfono o no.— La miré. —¿Sabes qué? No creo que vaya a arreglarlo—. Susurré. Las lágrimas me vinieron a los ojos.

—¿Podemos hablar de esto mientras tomamos unos tragos en la playa?

Sólo estaba moviendo la cabeza y limpiando la primera gota de mi mejilla.



OTROS 365 DÍAS

CAPITULO 6

Me detuve y alcancé el control remoto de las cortinas. No quería dañar mi vista con el sol, así que presioné nerviosamente el botón para levantarlo un poco. Una corriente de luz entró en la habitación a través de una grieta en ellos - me permitió acostumbrarme al hecho de que ya era de día. Estaba mirando por el apartamento, ahuyentando el resto de mi sueño. Era moderno y elegante, todo parecía estéril, blanco e increíblemente frío en él. Sólo las flores rojas colocadas casi en todas partes le dieron al interior un poco de calor.

De repente, llamaron a la puerta.

—Yo abriré.— Los gritos de Oli me despertaron completamente.

—Es el desayuno, mueve el culo. Es tarde.

Murmurando maldiciones y amenazas de castigo contra mi amiga demasiado excitada, me dirigí al baño.

—Cacao— puso un vaso delante de mí.

—Salvaste el mundo— Lo agarre y lo bebí con mi alma. —Jesús, qué bueno es eso. ¿A qué hora tenemos al peluquero?

—¡Ahora!

Al mismo tiempo alguien llamó a la puerta otra vez.

Volví mis ojos, porque no me gustaba apresurarme, pero últimamente era mi segundo nombre. Le mostré los dedos para que me diera dos minutos, y corrí hacia la ducha.

Dos horas y diez litros de té helado después estábamos listas. Mi pelo largo y oscuro estaba atado en un moño descuidado, de la que caían hebras rebeldes. Parecía que acababa de salir de la cama después de un buen sexo. Me puse pantalones altos de lino blanco y una blusa corta que mostraba suavemente mi musculoso vientre. Me puse tacones de plata de Tom Ford en los pies y un bolso a juego que uno de mis diseñadores me hizo. Era cuadrado, hermoso y



OTROS 365 DÍAS

extremadamente elegante. Me puse las gafas en la nariz y me paré en la puerta del dormitorio de Oli.

—El coche ya está esperando—, dije coquetamente y ella silbó.

—Así que vamos a conquistar el mercado.— dijo, giró sus caderas y me agarró la mano.

Esperaba que fuéramos las personas mejor vestidas de la feria, pero lo descarté. Casi todas las mujeres hicieron exactamente lo mismo esta mañana. Y todas parecían sacadas de "Vogue". Peinados elegantes, trajes extraños y maquillaje perfecto. La chica que me invitó a esta fiesta nos mostró los alrededores y nos presentó a las siguientes personas con las que intercambié notas y tarjetas de visita. Especialmente en Italia, mi nombre era muy grande e impresionante. Pero no estaba muy segura, porque me di cuenta de que sus sonrisas tontas decían: *es el culo de ese gángster*. Los estaba haciendo enojar. No podía negar que le debía el comienzo a mi marido, pero ahora sólo estaba subiendo por mi determinación. Ese pensamiento me dio algo de fuerza.

Vimos algunos programas, escribí los nombres de tres y fue casi de tarde. Un poco cansadas de los vapores de la purpurina que flotaban en el esnobismo del mundo de la moda, decidimos tomar un respiro. El día era maravillosamente cálido y el largo paseo que se extendía a lo largo de la orilla del océano nos animaba a pasear.

—Vamos.— Le di un golpecito a Oli en la espalda. Movié sus brazos, pero finalmente me siguió.

Por supuesto, Massimo no sería él mismo si no hubiera enviado protección detrás de mí, así que los trogloditas con el diamante en la cabeza condujeron diez por hora para acompañarnos. Caminamos, hablando de tonterías y viendo a los tentadores portugueses. Recordamos los buenos tiempos de libertad, y Olga casi se arranca los ojos.

Finalmente, llegamos a un lugar donde las multitudes agolpaban en la playa. Nos pusimos de pie, apoyadas contra la pared. Algún tipo de fiesta o competición de natación se estaba llevando a cabo sobre



OTROS 365 DÍAS

el océano. Me quité los zapatos y me senté en el muro de piedra que nos separaba de la arena. Luego miré las cabezas que sobresalían del agua. La gente con tablas estaba sentada, esperando las olas.

Algunos estaban nadando, otros se relajaban en la playa. Así que era una competición de surf. Sentí una piedra en el estómago, y mi corazón comenzó a galopar sobre el recuerdo de Tenerife. Sonreí, apoyé mi barbilla contra mis rodillas, y suavemente gire mi cabeza. Entonces la voz en inglés que venía del megáfono me hizo dejar de respirar.

—Ahora demos la bienvenida al actual campeón, este es Marcelo Matos.

Tragué saliva, pero había muy poca saliva, así que por un momento sentí que estaba a punto de vomitar. Me congele y, en un ligero pánico, miré a través de la multitud que estaba a varios metros de mí. Y de repente ahí estaba, un colorido chico corrió hacia el agua con una tabla y sus pantalones reflectantes brillaban al sol como una linterna en la noche. Me mareé. Sentí un hormigueo en los dedos. Sé que Olga me hablaba, pero sólo pude oír el silencio ensordecedor y sólo lo vi a él. El cuerpo tatuado cayó sobre una tabla. Marcelo comenzó a remar hacia las olas. Quería huir, realmente quería, pero mis músculos dejaron de escucharme, así que me senté y lo miré fijamente.

Cuando saltó en la primera ola, sentí que alguien me golpeó en la cabeza. Era tan perfecto. Sus movimientos confiados y dinámicos hicieron que la tabla hiciera lo que él quería. Parecía que todo el océano le pertenecía, y el agua escuchaba todas las órdenes que daba. Jesucristo, recé en espíritu para que fuera sólo un sueño y que en un momento abriera los ojos en otra realidad. Pero desafortunadamente, todo esto estaba sucediendo realmente. Por suerte para mí, todo terminó después de unos minutos. Hubo un aplauso atronador en la orilla.

—Vamos— grité, enredándome en mis propias piernas, y me caí con un golpe en la espalda.



OTROS 365 DÍAS

Olga me miró con una expresión idiota en su cara, y después de un rato estalló en risa. —¿Qué estás haciendo, idiota?

Ella se paró a mi lado mientras yo estaba sentada en la acera apoyándome en la pared para esconderme detrás de ella.

—¿Ya ha salido del agua el tipo de los pantalones brillantes?— Olga miró al océano.

—Ya se está yendo—. Miró unas cuantas veces. —Buen material.

—Oh, Dios mío, estoy jodidamente...— estaba murmurando, incapaz de moverme.

—¿Qué hay de ti?— Preguntó de nuevo, ligeramente asustada, y se arrodilló a mi lado.

—Es... ese...— Estaba golpeando. —Ese es Nacho.

Sus ojos ahora parecían dos monedas, y crecían en diámetro a cada momento.

—¿Ese es el tipo que te secuestró?— Ella tiró su dedo hacia él, pero yo la bajé.

Empieza a agitar la bandera para que nos vea. Escondí mi cara en mis manos.

—¿Qué está haciendo?— Susurré en voz baja como si temiera que me oyera.

—Oh, está saludando a alguien. La abraza y la besa. Dios, cuánto lo siento.— Escuché demasiado sarcasmo en su voz. —¿Su Novia?

Sentí como si alguien me hubiera pateado en la barriga. Dios, lo que me está pasando. Con el resto de mis fuerzas, me obligué a levantarme un poco y mirar desde detrás del muro. De hecho, Nacho estaba abrazando a una linda chica rubia que saltaba de arriba a abajo. De repente la chica se dio la vuelta un poco y me sentí aliviada.

—Es Amelia. Su hermana.



OTROS 365 DÍAS

Me caí en el pavimento de piedra otra vez. Oli se sentó a mi lado e hizo una cara como si se lo preguntara.

—¿Conoces a su hermana?—Se acurrucó. —¿Tal vez otros miembros de la familia?

—Tenemos que salir de aquí.— Susurré.

Estaba mirando a mis guardaespaldas que no sabían realmente qué hacer, y me preguntaba cómo sucedió este encuentro.

Mi querida amiga me miró acusadoramente, y no tuve nada sabio que decirle. Ella entrecerraba los ojos y hurgaba con un palo en las grietas entre las piedras en las que estábamos sentadas.

—Te acostaste con él...— dijo con cierta voz.

—¡No!— Grité indignada.

—Pero tú querías hacerlo—. La miré.

—Tal vez... Por un tiempo...— Lo saqué y apoyé mi frente contra nuestro refugio. —Jesús, Oli, está aquí.

Escondí mi cara en mis manos.

—No hay que esconderse.

Estuvo pensando durante mucho tiempo. Finalmente dijo: —Vamos, no nos prestará atención. No tiene ni idea de que estás aquí.

Recé para que ella tuviera razón. Me puse los zapatos y me levanté un poco hacia arriba, mirando la playa. No estaba aquí. Mi amiga me agarró la mano y me dirigió hacia el coche.

Sólo cuando me senté en el asiento del pasajero me sentí segura. Respiraba profundamente, sintiendo las corrientes de sudor que goteaban por mi espalda. Debí parecer muy débil, porque mi seguridad me preguntó si todo estaba bien. Le dije que era por el estrés y el clima y agité mi mano para que se movieran. Entonces giré la cabeza hacia el cristal. Lo busqué entre la multitud de gente en la playa, quería volver a verlo.



OTROS 365 DÍAS

Entonces sonó la bocina, el coche se detuvo, y casi me tumbó los dientes contra el asiento del pasajero. El conductor le gritó algo al tipo del taxi que lo había atropellado, y él salió del coche, agitando las manos. Y luego, detrás de la ventana vi a Nacho, y mi mundo se detuvo. Me mordí los labios y lo vi acercarse a su coche. Se inclinó y sacó el teléfono de su bolsa. Miró algo durante un rato y luego, interesado en el argumento, levantó los ojos. Nuestros ojos se encontraron, y me convertí en un tronco. Se quedó allí de pie y parecía como si no pudiera creer lo que veía. Su pecho empezó a agitarse más rápido. ¿Y yo? No podía girar la cabeza y me quedé mirándolo. Se acercó a nosotros, pero en ese momento mi coche se alejó y se quedó a medio paso. Con los labios ligeramente abiertos, lo miré y cuando desapareció, me di la vuelta y miré por la ventana trasera. Estaba de pie detrás de él con las manos bajadas a lo largo del cuerpo. Después de un tiempo, otro coche lo cubrió.

—Me vio...— Yo susurré, pero Olga no lo oyó. *Jesús, sabe que estoy aquí.*

Dios era un chico vicioso cuando me trajo a este lugar, y ahora que mi vida finalmente ha empezado a parecer normal. La presencia de Nacho hizo que todo dejara de tener sentido, ya nada era importante, y los demonios del pasado abrieron la puerta a mi mente.

—Bueno,— dijo Olga cuando el camarero puso una botella de champán en nuestra mesa. —Vamos a beber, y luego quiero oír toda la historia, no sólo la mierda lacónica.

—Bueno, en realidad vamos a beber—. Extendí mi mano para tomar un vaso.

Después de dos horas y dos hectolitros de alcohol, le dije todo en detalle. Sobre el plato que rompí, sobre cómo me salvó, sobre la casa de la playa, aprendiendo a nadar, sobre el beso y cómo le disparó a Flavio. Entonces hablé completamente desde el principio, confesando lo que sentía y pensaba, y ella escuchó con horror al descubierto.



OTROS 365 DÍAS

—Diré esto:— balbuceó, dándome una palmadita en el hombro.

—Estoy jodida, pero tú estás más jodida, Lari.

Me estaba doliendo la cabeza, y el alcohol le doblaba la cara.

—De la lluvia al canalón. Si no es un aficionado siciliano, es un español tatuado.

—Canario—. Sólo estaba resoplando en el vaso, meciendo un poco la silla.

—Un chupavergas,— dijo, agitando la mano, lo que el camarero percibió como una llamada. Cuando se acercó, ella lo miró sorprendida. —¿Qué quieres?— Estaba farfullando en polaco, y una risa estúpida me abrumó.

—Señora.— No podía respirar por diversión.

—Jugamos cuando damos, cuando no damos, no jugamos.

Divertida Olga miraba al camarero, y cuando resultó que él no compartía su humor, añadió el inglés: —Una botella más y Alka-Seltzer.

Lo envió de vuelta con un movimiento de cabeza.

—Lari...— ella empezó cuando él se fue. —Tenemos un importante banquete mañana, pero hoy puedo decirte que nos veremos cómo mierda hinchada. Ya sabes, del tipo que flota en el agua cuando un niño pequeño llega a la piscina.

Yo me reía como una loca, y ella levantó su dedo índice.

—Eso es lo primero. La segunda es que soy fácil después de beber, así que no se me ocurre nada más inteligente que follar.

Cayó sobre la mesa, y el vaso sobre ella saltó con un golpe.

Miré a mi alrededor en una conspiración y descubrí que todo el mundo nos está mirando. No me sorprendió especialmente porque estábamos haciendo una buena escena. Intenté sentarme derecha, pero cuanto más me apretaba en el sillón, más me deslizaba.



OTROS 365 DÍAS

—Tenemos que ir a la habitación— susurré, inclinándome hacia ella. —Pero no puedo. ¿Me llevarás?

—¡Sí!— gritó alegremente. —Justo después de que me lleves.

En este punto, el joven camarero se acercó a la mesa y abrió otra botella. Ni siquiera logró darle la vuelta cuando Oli la agarró y, levantándose, se dirigió hacia la salida. Aunque "se movió" era quizás una palabra demasiado grande, porque era más probable que se moviera hacia atrás que hacia adelante. Después de muchos minutos de vergüenza y lucha con el espacio giratorio, finalmente llegamos al ascensor. A pesar de la fuerte intoxicación alcohólica en el destello de la conciencia que me alcanzó, cuánto sufrimiento me esperaba mañana. Me acidifiqué silenciosamente para pensar en ello.

Entramos en el apartamento, o más bien caímos, cayendo sobre la alfombra que estaba en el pasillo. Cristo, todavía lo echaba de menos, así que me pegue en la cabeza, pase, golpeando la mesa de flores en medio de la sala con mi mano. Olga se puso histérica y se revolcó en el suelo hasta que encontró la puerta de su dormitorio. Se arrastró dentro y se balanceó felizmente, retorciéndose como un gusano. La miré con un ojo, sosteniendo en mi mano una botella de champán milagrosamente guardada. Cuando abrí la otra puerta, la vi triple, así que preferí una forma de absorber la realidad con un solo ojo.

—Vamos a morir.— Grité — y vamos a empezar a acostarnos en esta suite de lujo.

Caminé como si estuviera arrastrando mis pies desnudos. Me quité los zapatos en el restaurante.

—Nos encontrarán cuando empecemos a oler...— estaba murmurando. Me caí en la cama y me arrastré bajo el edredón. Ronroneé satisfecha cuando finalmente puse mis manos en la ropa de cama.



OTROS 365 DÍAS

—Nacho, querido, apaga la luz— dije, mirando la silueta sentada en la silla.

—Hola, pequeña.— Se levantó y se fue a la cama.

—Pero estoy teniendo unas alucinaciones alcohólicas increíbles,— dije, divertida.— Aunque estoy bastante dormida y soñando, y eso significa que estamos a punto de hacer el amor.

Lo saludé alegremente a través de la cama, y él se paró sobre mí y me sonrió con sus dientes blancos.

—¿Quieres hacer el amor conmigo?— Preguntó, tumbado a mi lado. Hice espacio para él.

—Mmm...— Ronronee sin abrir los ojos. —He estado soñando con ello y he estado haciendo el amor contigo mientras dormía durante casi seis meses.

Intente quitarme los pantalones, pero no funcionaba. Los delgados dedos del calvo me quitaron el edredón. Agarró el botón con el que yo estaba luchando. Luego las deslizó suavemente a lo largo de mis piernas y las dobló en un pulcro tobillo. Levanté mis manos, señalándole que ahora era el momento de la blusa. Encontró una cremallera en mi espalda y me privó de un top estrecho. Yo estaba dando vueltas y frotando mi trasero contra el colchón, invitándolo a jugar, y él estaba poniendo su ropa en la cómoda.

—Sé como siempre— susurré. —Hoy necesito tu delicadeza, me la he perdido.

Sus labios tocaron primero mi hombro y luego mi clavícula. Era sólo una sensación de hormigueo, pero el calor del toque de Nacho me hizo sentir un hormigueo en todo mi cuerpo. Agarró el edredón y lo deslizó sobre mí.

—Hoy no, pequeña.— Me besó la frente. —Pero pronto.

Suspiré decepcionada y apreté mi cabeza entre las suaves almohadas. Me encantaban esos sueños.



OTROS 365 DÍAS

La resaca de la mañana me abrió la cabeza, y en cuanto abrí los ojos, vomité cuatro veces. A juzgar por los ruidos que venían del baño del otro lado del apartamento, Olga hizo lo mismo. Me duché y, esperando sentirme aliviada, tomé las pastillas de paracetamol que encontré en mi equipaje.

Me paré frente al espejo y me quejé, viendo mi reflejo. "Te ves mal" sería un cumplido hoy. Parecía como si alguien me hubiera castigado, golpeado, comido y expulsado. A veces olvidaba que no tengo dieciocho años, y el alcohol no es agua, tienes que beber al menos tres litros al día.

Sobre mis suaves piernas, volví a la cama y me acosté, esperando que la píldora funcionara. Intenté recordar lo que pasó anoche, pero mi mente se detuvo en el restaurante, donde nos comportamos como unos patanes. Estaba escarbando en los rincones de mi memoria para encontrar algo reconfortante, por ejemplo un viaje exitoso a mi habitación, pero desafortunadamente no sirvió de nada.

Frustrada por mi propia irresponsabilidad, tomé una llamada telefónica para posponer mi peluquero a una hora después. Un mensaje enviado desde un número desconocido apareció en la pantalla desbloqueada:

"Espero que hayas soñado con lo que querías."

Me incliné y miré la pantalla y analicé el significado del SMS. Y de repente, como un rompecabezas en mi cabeza, se dispuso la imagen de un hombre canario sentado en una silla. Aterrorizada, miré a mi izquierda: el asiento fue empujado a la cama. El dolor de cabeza se intensificó, miré la cómoda, donde yacían mis cosas dobladas a mis pies. Sentí que el agua me llegaba a la garganta un momento antes. Me escapé corriendo hacia el baño. Después de otra dolorosa descarga del contenido de mi estómago, volví al dormitorio, aterrorizada. Vi que en mis pantalones blancos había un pequeño colgante con una tabla de surf.

—No fue un sueño— susurré.



OTROS 365 DÍAS

Mis piernas se doblaron debajo de mí y caí de rodillas entre la cama y la cómoda.

—Él estuvo aquí.

Estaba aterrorizada. Me sentí aún peor que hace un cuarto de hora. Intenté recordar exactamente lo que decía y hacía, pero creo que mi cerebro decidió protegerme de esa imagen y no dejó que se abriera el cajón de mi memoria. Estaba tirada en el suelo mirando al techo.

—¿Moriste?— Oli se inclinó sobre mí. —No me hagas esto.

Massimo me matará si mueres de intoxicación alcohólica.

—Sí, quiero morir—. Entrecerré los ojos y apreté los párpados.

—Lo sé, yo también. Pero en lugar de agonía, sugiero carbohidratos.

Oli se acostó a mi lado para que nuestras cabezas se encontraran.

—Necesitamos comer muchos alimentos grasos, nos pondremos sobrias.

—Vomitare.

—Mentira, no te queda nada.— Ella puso sus ojos en mí. —Pedí el desayuno y un montón de té helado.

Estábamos tiradas ahí, sin poder movernos, y yo luchaba por ver si ella debía saber lo que paso por la noche. Estaban llamando a la puerta, pero ninguna de las dos se movió.

—Joder...— Olga se levantó.

—Yo sólo...— asentí con dolor. —No me voy a mover. Además, tú eres la que quiere comer, así que sigue adelante.

Estábamos literalmente caminando por la comida, sobre todo porque Oli ordenó salchichas, tocino, huevos fritos, pasteles. Generalmente una bomba de grasa-carbohidratos. Agradecí al destino que las reuniones comenzaran por la tarde, en un banquete, porque de otra manera el día hubiera sido completamente improductivo. Sólo podíamos tumbarnos en la terraza, tomar el sol desnudas y beber té helado en cantidades industriales. Esta era una de las ventajas incuestionables de nuestro apartamento: una terraza con vista al mar



OTROS 365 DÍAS

y surfistas. Es cierto que desde el suelo donde estábamos parecían puntos colocados con un bolígrafo en un papel, pero la conciencia de que podía estar ahí me estimuló.

Me preguntaba cómo me encontró, cómo entró aquí y sobre todo por qué diablos no hizo nada. No se podía ocultar que esta noche era lo más fácil posible. Todo lo que tenía que hacer era quitarme las bragas.

Recordé nuestra discusión en la casa de la playa cuando dijo que sólo quería cogerme. Entonces esperaba que estuviera mintiendo. Hoy estaba absolutamente segura de eso. No podía dejar de pensar en estar tan borracha. Y lo que más me enfadó fue que estaba tan cerca, y no hice nada al respecto. Lo hice... dejé que me quitara la ropa y que me viera casi desnuda.

—¿En qué estás pensando?— preguntó a Oli, escondiendo sus ojos del sol. —Estás perforando tu trasero sobre un colchón como si estuvieras tratando de follarlo.

—Porque me lo estoy tirando,— dije despreocupadamente.

A las diecinueve, un equipo de estilistas dejó la habitación, y nosotros, hidratadas y tratadas con un paquete de medicinas, nos quedamos en la sala de estar. Nos miramos con aprobación, estábamos listas. Yo con un impresionante vestido rojo sangre y Olga con un vestido cremoso sin hombros. Ambas de mis diseñadores, de lo contrario no tendría ningún sentido. El evento de hoy fue el último en el que pude aturdir a un grupo más grande de figuras influyentes de la industria con el talento de mi gente.

Mi celular en un pequeño bolso vibraba y una voz en el auricular decía que el auto estaba esperando. Colgué y miré el monitor de nuevo porque el teléfono hizo un sonido corto. Mi batería se estaba agotando y no tenía cargador. Maldije en mi mente y puse mi celular de nuevo en mi bolso.

Bajamos al coche y metimos nuestros elegantes culos en la limusina, que nos llevó al lugar donde se celebró el banquete.



OTROS 365 DÍAS

—Quiero una cerveza— Olga dijo cuándo le di la invitación al hombre que estaba en la entrada. —Una cerveza fría y espumosa...— nos arrastró mirando de reojos.

—La taza combinará perfectamente a tu vestido,— dije. En respuesta, ella sacó su dedo medio hacia mí e inmediatamente se apresuró a la barra.

Mi tutora portuguesa me tiene como un antílope leonino hambriento. Me agarró la mano y me arrastró hacia la multitud. Me sorprendió un poco su comportamiento, porque no se ocupó de nadie más que yo. Y aún así invitó a algunas personas más. Repelí ese pensamiento, pero en algún lugar de mi cabeza tenía la convicción de que era mi marido quien tenía sus delgados dedos de gángster en él.

Dos horas más tarde, creo que conocía a todos los que valía la pena conocer. Fabricantes de telas, dueños de salones de costura, diseñadores, algunas estrellas con Karl Lagerfeld al timón, que asentían con la cabeza con aprobación al ver mi vestido. Pensé que me caería o saltaría, chirriando como una adolescente, pero me quedé como el resto de la clase y sólo asentí con la cabeza.

Mientras intentaba construir mi imperio, mi amiga se dedicaba a la fabricación de cervecerías, y se juntaba alegremente con el encantador portugués que le servía. De hecho, el chico era encantador y alguien que lo puso tras la barra hizo un excelente movimiento de marketing. Desafortunadamente, la continua estancia en la barra resultó en el hecho de que después de menos de tres horas Oli estaba muy borracha.

—Laura, este es Nuno.— Extendió su dedo hacia el hombre que amablemente asintió con la cabeza y me sonrió, mostrando maravillosos hoyuelos en sus mejillas. —Y si no me sacas de aquí, Nuno, que estará terminando su trabajo en una hora, me cogerá en la playa— estaba balbuceando en polaco, y yo sabía que terminaría así.

Sonreí encantadoramente a un portugués decepcionado y arrastré el cuerpo flácido de mi amiga hacia la salida. Cuando mi guardia de



OTROS 365 DÍAS

seguridad vio lo que pasaba, me ayudó discretamente a meter a Olga en el coche. Desafortunadamente, cuando salió, vio algo y quiso volver inmediatamente.

—Creo que tomaré otro trago de esto,— estaba murmurando, tambaleándose y vagando por ahí con su vestido.

—¡Entra en el coche!— Yo ordené, empujándola hacia la puerta abierta.

Pero Olga no tenía la menor intención de meter su pegajoso trasero. Mi guardaespaldas la atrapó y, sosteniéndola en sus brazos, me miró con anticipación. Asentí.

—Súbete atrás con ella y sujétala o saldrá a mitad de camino.— Suspiré. —Todavía necesito hablar con algunas personas más.

—No dejaré que te quedes desprotegida.

—Vamos, estoy a salvo aquí.

Abrí mis brazos, mostrándole el lugar. La playa, las palmeras, el mar en calma.

—Llévala y vuelve por mí.

Me di la vuelta y volví a la habitación donde unas cuantas personas sorprendidas siguieron el espectáculo que habían organizado fuera.

Estaba parada entre los invitados, que me acosaban de vez en cuando, y bebiendo champán. No me apetecía especialmente esa noche, pero a pesar de la resaca, el sabor de Moët Rose me tranquilizó.

—¿Laura?— De repente oí una voz familiar. Me di la vuelta y vi a Amelia corriendo hacia mí por el pasillo.

Sentí un pinchazo en el esternón y el champán bebido un segundo antes me golpeó en la cabeza. Me sorprendieron mis piernas. Una chica me tomó en sus brazos y me abrazó.

—Te he estado observando durante una buena hora, pero no fue hasta que vi tu seguridad, que me aseguré de que eras tú—. Sonrió radiante. —Te ves increíble.



OTROS 365 DÍAS

—Es un hecho...

El sonido de esa voz me hizo crecer en el suelo y mi aliento se desvaneció.

—Realmente te ves impresionante,— dijo Nacho, creciendo a espaldas de su hermana como un fantasma.

También se veía increíble con un traje gris claro, camisa blanca y corbata del mismo color que la chaqueta. Su cabeza afeitada era ligeramente brillante y su piel bronceada hacía que sus ojos verdes brillaran como luces de Navidad. Se puso serio, abrazando a su hermana, que no paraba de decir algo. Pero no tengo ni idea de qué, porque el mundo entero desapareció cuando se paró frente a mí, pretendiendo ser un mafioso duro. He visto esta pose antes. Ese fue el día en que me dispararon. Y ahora Amelia seguía pisoteando como un cerdo, y nos quedamos allí fascinados por nosotros mismos.

—Bonita corbata.— dije a una corbata sin sentido, interrumpiendo a Amelia. La chica se congeló con la boca abierta y luego la cerró, agazapada cuando se dio cuenta de que era absolutamente innecesaria aquí.

—Disculpenme un momento,— dijo y se dirigió al bar.

Seguimos mirándonos, pero manteniendo una distancia segura. No queríamos llamar la atención de nadie. Separe mis labios para tomar una respiración más profunda. Nacho tragó su saliva profundamente.

—¿Dormiste bien?— Preguntó cuándo había pasado el siguiente minuto de silencio.

Sus ojos bailaban alegremente, pero seguía intentando tener una cara seria. Estaba mareada cuando recordé lo que estaba pasando por la noche.

—Me siento débil.— susurré, girando hacia la puerta que daba a la terraza. Agarré el vestido en mi mano y casi corrí hacia la salida. Corrí hacia la barandilla y me quedé apoyada en ella. Unos segundos



OTROS 365 DÍAS

después ya estaba a mi lado. Sacó mi bolso de mi mano y puso sus dedos en mi muñeca para medir mi ritmo cardíaco.

—Ya no tengo problemas de corazón—. Estaba agotada. - Esta es una de las ventajas de estar en Tenerife. Tengo unos nuevos.

—Lo sé.— Dijo brevemente, mirando el reloj.

—Así, ¿Cómo lo sabes?

Me sorprendió mucho. Le arranqué la mano, pero la volvió a agarrar y me regañó con los ojos.

—¿Hablaste con tu marido sobre ello?— Me pregunto, dejándome ir. Ahora apoyó sus nalgas contra la barandilla.

No quería contarle mis problemas maritales, sobre todo porque he estado viendo a Massimo muy poco esporádicamente durante varias semanas. Por lo tanto, no hubo ninguna conversación entre nosotros.

—Ahora estoy hablando de ello contigo y quiero saber tu versión.

Suspiró y bajó la cabeza. —Lo sé porque... Te conseguí este corazón.— Me estaba mirando, y mis ojos se expandieron por sorpresa. —Y a juzgar por la expresión de tu cara ahora, no tenías ni idea. Mis doctores no te dieron muchas posibilidades de sobrevivir sin un nuevo órgano, así que...— bajo la voz como si quisiera ocultarme algo. —Así que ahora tienes uno nuevo— terminó, todavía no sonreía.

—¿Debería saber cómo llegó este corazón a mí?— Le pregunté con incertidumbre, levantando la barbilla para que me mirara directamente a los ojos.

Sus ojos verdes se deslizaron por mi cara y su lengua mojaba ligeramente su boca seca. *Dios, ¿lo hace a propósito?* Pensé y olvidé la pregunta que hice hace un momento. El olor del chicle de menta y el agua fresca del baño me intoxicó. Nacho estaba de pie con una mano en su bolsillo, la otra estaba alisando mi bolso y mirándome. El mundo se detuvo, todo se detuvo, sólo éramos él y yo.



OTROS 365 DÍAS

—Te extraño.

El sonido de estas palabras me dejó sin aliento, y las lágrimas fluyeron a mis ojos.

—Estuviste en Sicilia...— Susurré, recordando todas mis alucinaciones.

—Estuve— confirmo con un tono serio. —Varias veces.

—¿Por qué?— Pregunté, pero subconscientemente ya sabía la respuesta.

—¿Por qué te echo de menos, ¿Por qué? por qué me fui y por qué quería verte?

—¿Por qué haces esto?

Mis ojos habían estado brillando con lágrimas. Quería huir antes de que respondiera a la pregunta.

—Quiero más.

En ese momento, el hermoso rostro de Nacho se cubrió con una amplia sonrisa que había sido suprimida desde que estaba a mi lado. Levantó las cejas con alegría y su cuerpo se relajó.

—Quiero más de ti, quiero enseñarte a surfear y mostrarte cómo atrapar pulpos. Quiero ir en moto contigo y mostrarte las laderas nevadas del Teide. Quiero...— Levanté mi mano, interrumpiéndolo.

—Tengo que irme—. Me di la vuelta, agarrando los lados del vestido.

—Te llevaré de vuelta.— Él gritó, siguiéndome.

—Mi seguridad lo hará.

—Tu seguridad está resguardando a Olga hacia el hotel, así que no creo que lo hagan.

Me di vuelta vigorosamente y estaba a punto de preguntarle cómo lo sabía cuándo recordé que lo sabía todo. Incluso sabía el tamaño de mi sostén.



OTROS 365 DÍAS

—Gracias, llamaré un taxi—, dije y en ese momento miré su mano derecha, donde tenía mi pequeño bolso, agitándolo hacia mí.

Se puso divertido y lo elevo a pesar de los altos tacones que llevaba puestos. Alcancé mi bolso, pero él lo levantó más alto, girando la cabeza a los lados.

—Mi coche está frente al hotel, por favor— dijo evitándome, se dirigió hacia la salida.

Si no fuera por el hecho de que tenía un teléfono en mi bolso, que probablemente ya se había descargado, lo habría dejado. Pero desafortunadamente no pude. Era adicta a mi teléfono celular. Lo seguí a una distancia segura hasta que finalmente salimos. Luego me agarró de la muñeca y me arrastró a la oscuridad. Cuando sus dedos entraron en contacto con mi piel, estaba temblando por todo mi cuerpo. Debió sentir lo mismo porque se detuvo y me miró sorprendido.

—No hagas eso.— Le susurré escondida en la oscuridad de la noche. Entonces su mano me soltó la muñeca, una mano me agarró la región lumbar y la otra me agarró el cuello. Me atrajo hacia él, y sin quererlo, doblé mi cuello para que le fuera más fácil acceder a mi boca. Estábamos muy cerca, respirando ligeramente, y él me miraba. No se movió, no hizo nada, sólo miró. Sabía que era una mala idea, sabía que debía huir, dejar el teléfono y correr al hotel incluso corriendo. Pero no pude. Él estaba aquí, finalmente, el verdaderamente estaba de pie justo a mi lado, y el calor de su cuerpo se derramaba sobre mí.

—Mentí— susurró —cuando dije que sólo quería follarte.

—Lo sé.

—También mentí cuando dije que quería ser tu amigo.

Suspiré profundamente, temiendo lo que diría a continuación, pero se calló y me dejó ir.

Presionó una tecla y las luces del coche se apagaron. Abrió la puerta del pasajero y esperó. Me enrollé el vestido y me senté dentro,



OTROS 365 DÍAS

esperando que se uniera a mí. Una vez más, estaba sentada en un extraño y hermoso coche que ciertamente no era de nuestra época. Por lo que pude ver en la pálida luz del faro, era azul y tenía dos rayas blancas que atravesaban la mitad del cuerpo. Miré dentro, asintiendo con la cabeza con aprobación. Era un coche normal, pensé, no una nave espacial. Tenía tal vez tres indicadores y cuatro interruptores, y no había botones en el volante de madera. Brillante. La única desventaja y posible inconveniente era la falta de un techo.

—Definitivamente este no es el coche que conducíamos en Tenerife— dije cuando se sentó a mi lado y puso la bolsa en mi regazo.

—Tu inteligencia me sorprende...— dijo con una amplia sonrisa.

—En Tenerife hay una raya en el *corbette*, y este es una *shelby* cobra. Pero apuesto a que ni siquiera conoces al marica del *Ferrari*.

Se rió irónicamente y encendió el motor.

—Un coche debería tener alma, no sólo costar dinero.

Cuando empezó, *Guano Apes - Lord of the Boards* - resonó en los altavoces. El sonido de la pesadez me hizo saltar en el asiento. Nacho se rió.

—Haré el ambiente para nosotros— dijo alegremente, levantando las cejas y pulsando algún botón del modesto salpicadero del coche. Entonces los sutiles sonidos de *Mi Inmortal de Evanescence* llenaron el espacio. Primero el piano y luego la delicada y profunda voz de la vocalista, que cantaba sobre el cansancio de estar aquí, asfixiada por todos los miedos infantiles...

Cada palabra de esta canción, cada parte de ella era como si la cantara yo misma. ¿Nacho eligió esta canción a propósito, o fue una canción completamente al azar?

"*Your face haunts my once pleasant dreams, your voice has scared all my sense out of me.*" - la interprete cantó con una voz cada vez más fuerte. Lágrimas de pánico fluían en mis ojos mientras



OTROS 365 DÍAS

conducíamos sin prisa y sin palabras por las calles casi vacías de la ciudad, alejándonos cada vez más de la playa. *"I tried so hard to convince myself that you were gone. And though you're still with me, I've been lonely the whole time..."*

No podía soportar más este verso.

—¡Alto! ¡Alto!— Grité cuando sentí que estaba a punto de explotar.
—Detén el maldito auto.

Yo estaba gritando, y él se estacionó al borde de la calle y me miró con ojos asustados. —¡Cómo pudiste!— Abrí la puerta y salí corriendo del coche. —¡Cómo pudiste hacerme esto! Estaba feliz, todo estaba arreglado. Estaba perfecto antes de que aparecieras...

En ese momento Nacho me tomó en sus brazos y me apoyó en la pared de la casa a la que nos enfrentábamos. No luché con él, no pude. No me defendí ni siquiera cuando lentamente, como pidiendo permiso, se acercó a mí con sus labios. Pero él seguía esperando. Y no podía esperar más. Agarré su cabeza con firmeza y puse mi boca en sus labios. Las manos del Canario se movieron lentamente hacia arriba, a través de mis caderas y cintura, sus brazos, hasta que finalmente me agarraron la cara. Nacho mordió suavemente mis labios, los acarició, los lamió, hasta que se detuvo con su lengua y me besó profundamente, en silencio.

La canción en bucle resonó de nuevo cuando fuimos congelados juntos por algo que era inevitable. Nacho era cálido, gentil y extremadamente sensual. Sus labios suaves no pudieron separarse de los míos, y su lengua penetró más y más profundamente hasta que me quitó el aliento. Era tan bueno que me olvidé de todo.

Y entonces llegó el silencio y nos puso sobrios. La música se silenció y el mundo entero se derrumbó en dos cuerpos unidos. Ambos lo sentimos. Cerré la boca, dándole así la señal de retirarse. Se movió un poco hacia atrás y apoyó su frente contra mi sien, apretando sus párpados.

—Compré una casa en Sicilia para estar más cerca de ti—, susurró.
—Te vigilo porque veo lo que está pasando, pequeña.— Levantó un



OTROS 365 DÍAS

poco la cabeza y me besó en la frente. —Cuando llamé por primera vez, estaba sentado en el mismo restaurante que tú. Yo también te vigilaba en el club, sobre todo porque estabas terriblemente borracha.

Los labios de Nacho se movían en mi mejilla. —Sé cuándo ordenas el almuerzo para la compañía y lo poco que comes. Sé que cuando vas con el terapeuta y cuando no te va bien con Torricelli durante semanas.

—Basta.— Susurré cuando sus labios se acercaron a los míos otra vez. —¿Por qué estás haciendo esto?

Levanté la vista y lo alejé un poco. Ahora tenía que enderezarse. Lo miré. La luz de la linterna me hizo notar que sus ojos verdes eran a la vez alegres y concentrados, y su hermoso rostro se suavizó cuando se perdió en la sonrisa.

—Creo que me enamoré de ti.— dijo no queriendo, dio la vuelta y se dirigió hacia el coche. —Vamos.

Se paró junto a la puerta abierta del lado del pasajero y esperó. Pegué mi espalda a las afiladas piedras de la pared alrededor de alguna propiedad. Yo también esperé. Yo estaba esperando para recuperar el poder en mis piernas, que perdí después de lo que Nacho acaba de decir. Me pareció obvio en algún lugar de la parte de atrás de mi cabeza, o más bien lo esperaba - especialmente después de lo que intentó decirme cuando nos detuvimos a admirar a Los Gigantes en el camino a la mansión de su padre. Lo estaba mirando, y paso unos segundos, tal vez minutos de todos modos. Finalmente, el sonido del teléfono en mi bolso me llevó al suelo. Nacho me dio el bolso, y yo dejé de respirar, viendo en la pantalla, las letras estaban puestas como "*Massimo*". Me tragué mi saliva, y cuando quise apretar el botón verde, mi teléfono hizo el último sonido y se apagó completamente.

—Maldita sea— Estaba gruñendo con mis dientes apretados.

—Estoy jodida.



OTROS 365 DÍAS

—No puedo decir que me preocupe que Don Torricelli se enoje un poco.

Nacho parecía divertido mientras miraba fijamente a la pantalla negra.

—Cárgalo pronto.

Me dio la mano y me ayudó a subir al coche.



OTROS 365 DÍAS

CAPÍTULO 7

Condujimos hasta la puerta, y él presionó el botón del control remoto. Por todo lo que pasó en los últimos treinta minutos, olvidé por completo que debía llevarme al hotel.

—No vivo aquí,— dije, mirando el hermoso jardín.

—Es un gran error.

Las comisuras de su boca se elevaron en una fila de dientes blancos.

—Tengo un cargador para tu teléfono,— dijo, apagando el motor.

—También tengo vino, champán, vodka, fuego y burbujas. No necesariamente en ese orden.

Estaba esperando a que me bajara, pero yo seguía atrapada en el auto.

—La casa más cercana está a unos siete kilómetros de distancia— se rió. —Te he vuelto a secuestrar, querida, así que vamos.

Desapareció en la puerta de la casa.

No me sentí secuestrada, sabía que no me estaba secuestrando y si insistía, me llevaría al hotel. ¿Pero no, preferiría quedarme? Pensando en lo que podría pasar esta noche, una manada de mariposas comenzó a circular por mi estómago. Era un horror mezclado con alivio y deseo que había estado quemando mi cuerpo durante meses.

—Dios, dame fuerzas.— Estaba susurrando, saliendo del coche y caminando hacia la entrada.

Estaba casi completamente oscuro por dentro. El estrecho pasillo se transformaba en una gran y hermosa sala de estar. Fue iluminado por varias luces que colgaban en las paredes. Entonces me di cuenta de una cocina abierta al salón, con una gran isla y un montón de cuchillos, sartenes y ollas colgando sobre ella. Uno podría correr alrededor de él. Seguí adelante. Vi el estudio, elegante, todo en



OTROS 365 DÍAS

madera. Estaba modestamente amueblado, pero con una enorme ventana que cubría toda la pared. Frente a ella sólo había un escritorio oscuro y rectangular y un sillón de cuero gigante.

—Tengo que trabajar a veces— susurró Nacho, y sentí el calor de su aliento en mi cuello.— Desafortunadamente, después de que mi padre murió, me convertí en el jefe.

Una copa de vino tinto apareció ante mi cara.

—Me gusta, o más bien me gustaba mi trabajo,— me dijo. Él seguía de pie detrás de mí, y yo estaba empapada en la cercanía y el suave sonido de su voz.

—Te acostumbras a todo, especialmente cuando lo tratas como un deporte.

—¿Matar y secuestrar gente es un deporte para ti?— Pregunté, todavía de pie en la puerta y mirando el gran escritorio negro.

—Me encanta cuando la gente tiembla al oír mi nombre.

Su voz tranquila y las palabras que dijo me hicieron temblar la piel.

—Y ahora en lugar de estar tirado con un rifle en el tejado o disparar a alguien en la cabeza, parado frente a él cara a cara, me siento detrás de un escritorio y dirijo el imperio de mi padre.

Suspiró y me tomó en la cintura.

—Pero nunca me temiste...

Me sorprendió ver mis caderas rodeadas por un hombro lleno de color. Me di cuenta de que Nacho tuvo que quitarse la ropa porque cuando salió del coche, llevaba un traje. Tenía miedo de voltearme convencida de que estaba parado desnudo a mis espaldas, y no podría evitar ver su cuerpo delgado.

—Desafortunadamente, no me asustas.— Tomé un sorbo de vino.

—Aunque sé que has intentado asustarme unas cuantas veces.

Me di la vuelta y me liberé de su abrazo.



OTROS 365 DÍAS

Lo vi parado en sus pantalones. Estaba descalzo, y al ver mis ojos mirándolo, su pecho comenzó a elevarse más rápido.

—Voy a tirar el mundo entero a tus pies, chica.

Empezó a acariciar mi hombro desnudo con su mano, siguiendo el movimiento de sus dedos.

—Te mostraré lugares que nunca soñaste.

Se inclinó y besó un trozo de piel que estaba acariciando.

—Quiero que veas el amanecer en Birmania cuando volemos en globo.

Sus labios se habían deslizado por mi cuello.

—Para que puedas emborracharte por la noche en Tokio, viendo las luces de colores de la ciudad.

Cerré los ojos cuando los labios de Nacho me acariciaron la oreja.

—Te haré el amor en una tabla en la costa de Australia. Te mostraré el mundo entero.

Me he alejé de él. Sentí que mi voluntad se debilitaba. Sin decir una palabra, atravesé la puerta abierta en la parte trasera de la monumental sala de estar y me encontré en una terraza que estaba casi directamente junto a la playa. Me quité los zapatos y caminé por la arena aún caliente. Mi vestido, tirando detrás de mí, dejó una raya en él. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Traicioné a mi marido con su mayor enemigo y su peor pesadilla. Podría haberle apuñalado por la espalda y retorcerlo, viéndolo sufrir. Me senté y escuché las olas y tomé un gran sorbo.

—Puedes huir de mí,— dijo, sentado a mi lado. —Pero ambos sabemos que no puedes huir de lo que está en tu cabeza.

No sabía qué responder. Por un lado tenía razón, por otro lado no quería cambiar en absoluto. No ahora, no cuando mi vida finalmente estaba tomando forma. Pensé en Massimo, y me quedé trágicamente deslumbrada.



OTROS 365 DÍAS

—Dios, mi teléfono— gemí aterrorizada. —Su gente está a punto de llegar, tengo un localizador incorporado y aunque el teléfono esté descargado, él sabe dónde estoy.

—Aquí no.— respondió con calma mientras yo estaba diciendo.

—La casa tiene sistemas para bloquear cualquier dispositivo de rastreo, llamadas telefónicas y toda esa mierda.

Me miró tiernamente.

—Puedes irte, chica, y puedes permanecer invisible todo el tiempo que quieras.

Me senté de nuevo en la arena, pero dentro de mí, los pensamientos y las emociones seguían siendo desesperadas. Una parte de mí quería volver al hotel a toda costa. La otra quería que Nacho me llevara a la arena húmeda. Estaba temblando, sintiéndome cerca de él, mi corazón galopaba y mis manos temblaban al pensar en su calor.

—Tengo que irme...— susurré, apretando los párpados.

—¿Está segura?— Preguntó, tumbándose de espaldas y estirándose.

—Oh, Dios... Lo haces a propósito.

Bajé la copa y me apoyé en las manos para poder levantarme.

Nacho me agarró y me detuvo, cubriendo su cuerpo conmigo. Me acosté sobre él, y él sonrió alegremente, sosteniéndome como si tuviera miedo de que yo estuviera a punto de huir. Cuando sintió que no me iba a resistir, puso sus manos bajo su cabeza.

—Quiero llevarte a un lugar,— dijo, y su cara brillaba como la de un niño al ver un chocolate. —No muy lejos de aquí mi amigo tiene una pista de carreras y algunas motocicletas.

Mis ojos se abrieron de par en par al sonido de estas palabras.

—Por lo que sé, puedes conducir, o al menos tienes una licencia de motocicleta.

Asentí con la cabeza.



OTROS 365 DÍAS

—¡Bueno, genial!

Se volvió hacia la arena. Me sujetó, así que ahora estaba acostada debajo de él.

—Mañana te invitaré a la carrera. Puedes llevarte a Olga contigo, y yo me llevaré a Amelia. Pasaremos un tiempo juntos, almorzaremos y tal vez nadaremos.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto que hablo en serio. Además, por lo que sé, alquilaste un apartamento por una semana, así que hay tiempo de sobra.

No podía creer lo que estaba escuchando. Por un lado, la perspectiva era tentadora, por otro lado, sabía que no volvería a huir de mi seguridad, que de todas formas probablemente tenga una pesadilla cuando Massimo se de cuenta de que no podía localizarme.

—Nacho, necesito tiempo,— susurré. Sonrió aún más.

—Te diré a qué conclusiones llegarás, sólo abre bien los muslos.

Me sorprendió, pero hice su petición. Se acercó a mí y se sentó, y mi lugar más sensible fue exactamente en su erección mecedora.

—En algún momento, te darás cuenta de que tu marido ya no es el hombre que conociste, sino sólo una imitación del hombre que querías ver en él. Cuando finalmente te independices de él, lo dejarás porque no creo que satisfaga tus necesidades básicas.

—¿Ah, sí?

Crucé los brazos sobre el pecho para crear una distancia entre nosotros. En ese momento, Nacho levantó ligeramente sus caderas. Me quejé en silencio cuando me frotó un bulto duro contra el clítoris.

—¡Oh, sí!— lo confirmó mordiéndose los dientes.

Una vez más, tomó mi cintura con una mano y me agarró el cuello con la otra. Presionó mi cuerpo contra sí mismo y levantó mis



OTROS 365 DÍAS

caderas aún más alto para darme una idea más fuerte de lo que pasaba entre sus piernas.

—Me quieres, chica, pero no porque tenga tatuajes coloridos y sea rico.

Hizo otro empujón, y yo involuntariamente incliné la cabeza.

—Me quieres porque estás enamorada de mí, igual que yo estoy enamorado de ti.— Las caderas de Nacho eran despiadadas.

Después de un tiempo, mis manos pasaron por su áspera cara con barba y empezaron a acariciarla.

—No quiero follarte como lo hace tu marido. No quiero tu cuerpo.

Sus labios comenzaron a acariciar suavemente mis labios.

—Quiero que vengas solo para estar cerca de mí. Quiero que quieras sentirme dentro de ti porque no podemos estar cada vez más cerca.

Me besó sutilmente, y le dejé hacer todo lo que hizo.

—Te adoraré, cada pedazo de tu alma será sagrado para mí, te liberaré de todo lo que te quite la paz.

La lengua canaria se deslizó una vez más en mi boca y comenzó a jugar con la mía.

Si alguien mirara esta escena desde un lado, estaría seguro de que estábamos enamorados. Mis caderas se frotaban contra él y las suyas contra las mías. Nuestras manos entrelazadas en la cara controlaban nuestras mejillas para facilitar que nuestras lenguas llegaran al lugar correcto. Un momento más y sentí una poderosa ola de orgasmo que subía desde el fondo de mi estómago. Nacho también lo sentía, traté de alejarme de él, pero me sujetó.

—No te resistas, cariño.

Su mano se deslizó bajo mi pelo y la otra fue a la nalga para poder empujarme más fuerte.

—Quiero darte placer. Quiero darte todo lo que quieras.



OTROS 365 DÍAS

Después de estas palabras, había llegado a la cima. Con un fuerte gemido, frotando contra la raya de sus pantalones cada vez más rápido, había llegado. La suave lengua de Nacho marcaba con calma el ritmo de los besos, y los abiertos y pegados ojos verdes estaban llenos de felicidad. No sé si esta situación funcionó para mí, o el hecho de que no había hecho el amor con mi marido durante unas semanas, o tal vez el hecho de que Nacho estaba conmigo y yo estaba realizando una de mis fantasías? Pero en ese momento no era importante para mí, lo que me hizo venir tan intensamente.

—¿Qué estamos haciendo?—Dije, un poco consciente. Sus caderas dejaron de moverse y sus labios desaparecieron de los míos.

—Estamos destruyendo tu vestido.

Su sentido del humor era contagioso.

—Tengo un gran problema ahora, mis pantalones sólo son lavables también.

Me escabullí y miré la mancha oscura de sus pantalones claros. Él también se vino. Fue increíble, incluso místico, él se vino conmigo, aunque ni siquiera hicimos el amor.

—La última vez que no pude dejar de eyacular fue en la escuela primaria.— Nacho se rió y cayó a la arena.

—Me voy al hotel.— dije, sonreí tontamente y me levanté.

—Te llevaré de vuelta— Se paró a mi lado y comenzó a sacudirse la arena.

—De ninguna manera, Marcelo, me conseguiré un taxi.

—No me hables así,— su tono era serio, pero trató de esconder su sonrisa en algún lugar profundo. —Además, tienes una gran mancha en tu vestido. Miré hacia abajo y descubrí que tenía razón. No estaba segura de si era la mancha de su semen o si estaba tan mojada.

Suspiré y me dirigí hacia la entrada.

—Dame un secador de pelo— le dije, frotando la mancha con el paño húmedo que encontré en la encimera de la cocina.



OTROS 365 DÍAS

—Un secador de pelo es algo que necesito absolutamente.— Nacho se acarició la cabeza calva y se rió juguetonamente. —Te daré algo de las cosas de Amelia, te cambiarás,— dijo y desapareció en la sala.

Lo seguí y lo vi vagando hacia las escaleras, quitándose los pantalones sucios, bajo los cuales no tenía ropa interior. La vista de sus nalgas tatuadas me hizo gemir en silencio.

—Escuché— dijo antes de desaparecer arriba.

Vestida con un chándal gris, una camiseta blanca y un maxi color rosa, estaba de pie frente a la casa, esperando a Nacho. No quise discutir, aunque yo le dije que no podía llevarme de vuelta, porque no sabía quién estaba vigilando el lugar donde vivía. Se detendría a unas pocas docenas de metros y continuaría a pie.

—Chica lista— dijo, dándome palmaditas en el trasero.

Fue descarado de una manera encantadora, infantil y varonil al mismo tiempo. Yo todavía estaba de pie contra la puerta principal, pero mi mirada estaba vagando detrás de Nacho. Mi secuestrador con un chándal negro y una sudadera con cremallera se veía muy atractivo. Cuando se acercó al coche y se inclinó, vi los tirantes del arma.

—¿Estamos en peligro?— Le pregunté, apuntando mi cabeza a las correas de cuero.

—No.

Me miró sorprendido, y luego se fijó en lo que estaba mirando intensamente.

—Oh, estás hablando de... Siempre llevo un arma. Es un hábito. Me gusta.

Se apoyó en el coche y miró mi camisa con los ojos ligeramente cerrados.



OTROS 365 DÍAS

—A veces soy tan brillante que envidio mi propio intelecto,— dijo divertido. —Tus pezones pegajosos harán nuestro viaje muy agradable.

Levantó las cejas y sonrió enseñando los dientes brillantes en la oscuridad. Miré hacia abajo y vi que mis pezones hinchados estaban perfectamente impresos en la camiseta que me había preparado. La última vez que me paré frente a él, me atacó con su boca. La única diferencia era que en ese momento estaba completamente mojada, y ahora la humedad sólo se escondía entre mis piernas.

—Dame la sudadera— estaba gruñendo, suprimiendo la risa y cubriendo mis pechos con las manos.

Condujimos lentamente, mirándonos de vez en cuando. Pero no intercambiamos ni una sola palabra. Estaba pensando en lo que pasaría ahora, en lo que debería hacer y si podría concentrarme en algo. Estaba pensando en su propuesta para la reunión de mañana. Por un lado, soñaba con pasar el día con él, por otro lado, sabía que Massimo lo descubriría más rápido que los demás y nos mataría a los dos. Olga habría tenido un ataque al corazón y yo tendría otro cadáver en mi conciencia. El torbellino de pensamientos en mi cabeza se precipitaba, causando una opresión insoportable. Giré la cara hacia la izquierda y miré a Nacho. Conducía solo con camiseta y dos enormes armas colgaban de su pecho de colores. En su mano izquierda, apoyada en su codo, apoyó su cabeza, sostuvo el volante con su mano derecha, y de vez en cuando tarareaba una canción que se filtraba por los altavoces.

—¿Quieres que te secuestre?— Preguntó cuándo llegamos a una parte de la ciudad que conocía, y luego se detuvo después de un tiempo.

—Pensé en ello— me quejé, me volví hacia él y me quité la sudadera. —Hubieras hecho mi decisión más fácil.

—Prefiero saberlo por ti— se rió.

—Pero por otro lado— Susurre —nunca superaría el pasado y cerraría la puerta, que todavía sigue abierta ahora.



OTROS 365 DÍAS

Suspiré, cubriéndome la cara con las manos. Tengo que pensarlo, juntarlo todo.

—Te he esperado estos meses, y antes de eso, esperaré toda mi vida, si es necesario, y años.

—No puedo verte mañana o pasado mañana... Por ahora, quiero que desaparezcas.

—Muy bien, nena.— Suspiró y me besó en la frente. —Estaré por aquí.

Cuando salí del coche y empecé a caminar por la acera, sentí un dolor insoportable en mi nuevo corazón. Era palpitante y las lágrimas se me vinieron a los ojos. Quería darme la vuelta, pero sabía que lo vería y me daría la vuelta, me tiraría al cuello y dejaría que me secuestrara. Me ahogué con lo que crecía en mi garganta y recé con el espíritu de que Dios me diera fuerza para todo lo demás que vendría.

Caminé por la entrada del hotel y fui al ascensor. Me olvidé de tomar mi bolso y una bolsa con un vestido del coche de Nacho. Gruñí y volví a la recepción para pedir una copia de la llave de la habitación. En el ascensor, todavía podía oler el olor incapacitante de un surfista canario. Estaba en todas partes: en mi, atado en mi pelo en un descuidado moño, en mi boca, en mi cuello. No podía soportar que mi anhelo me dejara anonadada, aunque lo hubiera dejado quince minutos antes. Qué estoy haciendo, me quejé, entrando en la habitación.

Subí a la cómoda, saqué mi teléfono del bolsillo y lo conecté al cargador.

—¿Dónde estabas?— y se encendió una pequeña lámpara al lado de la cama. —¡Contéstame, maldita sea!— Massimo gritó, flotando lejos de la silla.

Oh, joder...

Mi marido se acercó a mí, y su rostro rudo significaba problemas.

—No grites, despertarás a Olga.



OTROS 365 DÍAS

—Está tan jodida que ni siquiera una explosión nuclear la despertaría. Además, está con Domenico.

Me agarró de los hombros.

—¿Dónde estabas, Laura?

Sus ojos ardían de rabia, sus pupilas se expandían y sus mandíbulas se apretaban rítmicamente, causando que sus mejillas estallaran. Estaba enfadado. No lo había visto tan enojado todavía.

—Tenía que pensar,— dije, mirándolo a los ojos. —Además, ¿desde cuándo te importa tanto lo que hago?

Me escapé de su abrazo.

—¿Te pregunto con quién vas y adónde vas cuando desapareces durante días? La última vez que te vi fue hace mucho tiempo y de noche, hace una docena de días, cuando decidiste meterme la polla.

Grite y sentí una ola de ira que se elevaba dentro de mí para llenarme de ella.

—¡Estoy harta de ti y de tu forma de ser durante casi seis meses! Soy la que perdió el bebé y tuve que recuperarme de la cirugía.

Le di un golpeé en la cara.

—¡Y me dejaste, maldito egoísta!

Massimo estaba de pie con la boca cerrada, y casi oí su corazón latiendo.

—Si crees que me vas a dejar, te equivocas.

Agarró mi camisa con sus manos y la partió por la mitad, pegando sus dientes a mi pezón. Grité e intenté luchar contra el ataque, pero me agarró y me presionó en la cama.

—En un momento te recordaré lo mucho que me quieres— gruñó, sacándose el cinturón de los pantalones. Quise huir de él, pero me agarró la pierna y me la bajó, y luego se sentó encima de mí, tropezando por debajo. Me ató la correa a las muñecas de una manera que conocía muy bien, y luego la fijó al moderno armazón



OTROS 365 DÍAS

de la cama. Me estaba retorciendo y gritando cuando se levantó de mí y lentamente comenzó a desvestirme. Las lágrimas corrían por mis mejillas de la ira y mis manos ardían por la fuerza con la que estaban atadas. Mi marido me miraba con satisfacción, y había furia acechando en su mirada.

—Massimo, por favor,— susurré.

—¿Dónde estabas?— repitió la pregunta deshaciendo su camisa.

—Fui a dar un paseo. Tenía que pensar.

—Estás mintiendo.

Su tono era tranquilo y silencioso. Estaba asustada.

Colgó su camisa en el respaldo del sillón y se bajó los pantalones en un movimiento, que cayeron al suelo, revelando una gran polla pegajosa; estaba listo. Su cuerpo musculoso era más grande de lo que recordaba, y más esculpido, y su erección era realmente impresionante. En circunstancias normales, estaría hirviendo de excitación, y antes de que me tocara, explotaría como los fuegos artificiales de Año Nuevo. Pero no hoy. Mis pensamientos giraban en torno al cuerpo tatuado de un Canario que probablemente todavía estaba pegado donde lo dejé. La ventana estaba abierta y el aire oceánico entraba en la habitación. Si hubiera gritado su nombre, me habría escuchado y habría venido al rescate. Un torrente de lágrimas inundó mi rostro, dando alivio a mis pensamientos, y mi cuerpo estaba tenso cuando Massimo se inclinó sobre mí completamente desnudo.

—Abre la boca,— dijo, arrodillándose sobre mi cabeza, y la gire negándome.

—Oh, pequeña— se rió burlonamente, acariciándome en la mejilla.

—Lo haré de todas formas, ambos lo sabemos, así que sé educada.

Mis labios aún estaban apretados.

—Veo que estás de humor para una cogida muy aguda hoy.



OTROS 365 DÍAS

Me agarró la nariz y esperó a que mis pulmones se quedaran sin oxígeno.

Cuando mi cabeza empezó a dar vueltas, abrí los labios y él me frotó la garganta con todo el poder de sus caderas.

—Oh sí, pequeña— susurró, sumergiéndose en ellas brutalmente.

—Eso es todo.

Aunque traté de no hacer nada, todo el interior de mi boca estaba apretado en la polla gorda de mi marido. Después de unos minutos se levantó, se inclinó sobre mí y me besó profundamente.

Sentí el olor del alcohol y el sabor amargo de la droga. Estaba completamente intoxicado y era impredecible. En ese momento estaba aún más asustada, y el terror se mezcló con la confianza que siempre había sentido por él. Después de todo, era mi amado esposo, mi protector, el hombre que me adoraba. Pero ahora estaba tendida completamente indefensa frente a él y me preguntaba cuándo me haría daño.

Bajó la boca, me lamió el cuello hasta que llegó a mi pecho, tomó un pezón en su boca y empezó a chupar con fuerza. Lo mordió y los amasó con sus delgados dedos. Me retorcí, rogándole que parara, pero él ignoró mis sollozos. Se deslizó hacia abajo hasta llegar a mis muslos apretados, que rasgó a los lados en un movimiento y sin previo aviso comenzó a lamer, morder y follar mi coño con sus dedos.

—¿Dónde está tu vibrador?— Preguntó, levantando los ojos hacia mí.

—No lo tengo.— Me ahogue con mi llanto.

—Me estás mintiendo otra vez, Laura.

—No lo tengo. Está en casa, en un cajón cerca de nuestra cama.

Había subrayado deliberadamente la palabra "*nuestra*", creyendo que funcionaría. Pero sus ojos se llenaron de aún más ira, y un rugido salió de su boca.



OTROS 365 DÍAS

Se arrodilló delante de mí, levantó mis dos piernas y las puso sobre sus hombros, y luego me atacó con una erección temblorosa, yendo tan profundo como pudo. Grité, sintiendo el dolor punzante en mi abdomen.

—Así que... ..que..... Diablos...— estaba haciendo un esfuerzo con los dientes apretados, follándome en el medio de la nada. —...tuviste un orgasmo?

Sus caderas me estaban golpeando, y yo estaba gritando, interfiriendo con su sonido.

—¿O debería preguntar quién te ayudó con eso?

El ritmo loco y el dolor estaban jugando con mi cabeza. Abrí mis ojos llorosos y lo miré. En ese momento, lo odié con todo mí ser y lo que me hizo. Pero aun así, sentí que empezaba a llegar. No quería, pero no podía detener el placer que este desequilibrado hombre me daba. Después de un tiempo, el orgasmo se apoderó de mi cuerpo, y mientras me estiraba, arranqué un poderoso grito de la garganta.

—¡Eso es!— y sentí su esperma vertiéndose en mí. —¡Eres mía!— dijo con sus dedos firmemente pegados a mis tobillos, pero ya no sentía ningún dolor, sólo una ola de un enorme tsunami que me atravesó.

Los besos suaves en mi cuello me despertaron y repelieron el sueño en el que Nacho estaba conmigo de nuevo, y todos los acontecimientos de anoche fueron sólo una pesadilla. Suspiré y, abriendo mis ojos soñolientos, miré hacia atrás. Me encontré con los ojos de mi marido.

—Buenos días,— dijo sonriendo, y quería vomitar.

—¿Cuánto bebiste ayer?— Estaba gruñendo, y la alegría desapareció de sus ojos.—¿Por qué demonios estabas drogado?

Me levanté y me senté, y sus ojos se paralizaron cuando miró mi cuerpo desnudo y magullado. Mis muñecas y mi cintura estaban moradas porque estaba atada hasta esta mañana, y mis piernas y vientre llevaban sus huellas dactilares.



OTROS 365 DÍAS

—Cristo,— susurró y empezó a mirarme con nerviosismo.

Me paralice bajo la influencia de su tacto, y él sintió mi miedo perfectamente, moviéndome al otro extremo de la cama y escondiendo mi cara en mis manos.

—Laura... querida.

Cuando Don miró mi piel púrpura, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Ayer supe que no era él mismo, pero sólo su reacción me aseguró que no sabía lo que hacía. Suspiré fuerte y me cubrí para que no viera cuánto me había lastimado.

—Cómo puedes ver, tú y tu gemelo tienen más en común de lo que crees...

—Dejaré de beber y no volveré a tomar drogas,— dijo en voz alta, extendiéndome la mano.

—Mentira.— Resoplé con burla. —Si te encuentras conmigo como lo hiciste ayer, lo harás de nuevo.

Recorrió la cama, la rodeó y cayó de rodillas ante mí, llevándome la mano a la boca y besándola.

—Lo siento.— Susurró. —Lo siento...

—Tengo que ir a Polonia— dije a través de mis dientes, y él levantó sus ojos horrorizados hacia mí. —O me alejo de ti, o me das espacio para pensar.

Abrió la boca para decir algo, pero yo levanté la mano.

—Massimo, estoy a punto de pedirte el divorcio. Nuestra relación murió con nuestro hijo. Estoy tratando de hacer las cosas bien, y tú sólo me estás fastidiando. Tu dolor debe terminar también.

Me levanté de la cama, lo pasé y busqué mi bata de baño.

—O vas a terapia, dejas de beber y vuelves a mí como te conocí hace casi un año, o terminas con nosotros.

Me acerqué a él y saqué mi dedo índice, amenazándolo.



OTROS 365 DÍAS

—Y si en Polonia quieres controlarme, o mandas a tus gorilas a buscarme, o peor, vuelas, te juro que me divorciaré de ti y no me volverás a ver.

Me di la vuelta y desaparecí en el baño. Me paré frente al espejo y me miré la cara, y no podía creer que todo se me metiera en la garganta. Mi fuerza me asustó, y la firmeza que había olvidado fue sorprendente. En el fondo, sabía cuáles eran las razones y lo que me daba la fuerza, pero también era demasiado doloroso para mí poder considerarlo ahora y después de lo que pasó en la noche.

—No me dejarás. No te dejaré.

Levanté los ojos y en el espejo vi a Massimo de pie detrás de mí. Su voz era firme e imparcial, y sus ojos fingían ser indiferentes.

Agarré la bata y la dejé caer al suelo, y yo, desnuda y magullada, me puse delante de él, volviendo la cara hacia él. Tragó saliva en voz alta y suspiró fuertemente. Agacho la mirada y puso los ojos en mis pies.

—Mírame,— dije, y no reaccionó. —¡Mira, maldita sea, Massimo! Puedes encarcelarme y violarme, puedes cambiar mi vida de nuevo, pero sabes qué... No tendrás mi corazón y mi cabeza.

Di un paso adelante, y él lo dio atrás.

—No te estoy dejando. Sólo estoy tratando de arreglar las cosas.

Hubo un silencio largo, y me miraba con una mirada perdida, tratando de evitar los moretones recientes.

—El avión está a tu disposición, y prometo no ir a tu país.

Se dio la vuelta y salió del baño. Me caí sobre unas baldosas frías y lloré. No tenía ni idea de qué hacer, pero las lágrimas eran tranquilizadoras.

Fue esa tarde, cuando salí de la habitación. Durante varias horas ignoré el humor de Olga, que trató de sacarme de la cama a toda costa. No quería explicarle lo que había pasado ni mostrarle lo que mi marido me había hecho, porque me haría pedazos con sus propias



OTROS 365 DÍAS

manos. Pero tenía la impresión de que Domenico lo sabía todo, porque la llevaría a la ciudad e inventaría cosas por hacer para que me dejara en paz.

Me puse una brillante y delgada túnica de manga larga, un enorme sombrero, gafas y mis queridas zapatillas *Isabel Marant*, y luego salí de la habitación. Caminé por el paseo marítimo, mirando irreflexivamente al océano, y miles de pensamientos corrieron por mi cabeza. ¿Qué hacer, cómo comportarse, si dejar a Massimo, o restablecer todo con él? Cada una de las preguntas quedó sin respuesta, y cada pregunta sucesiva planteó otras nuevas. ¿Y si Nacho resulta ser un monstruo también? Me pareció que mi marido tampoco era un monstruo, pero su comportamiento de ayer me privó de la fe en cualquier cosa.

En la esquina vi un encantador restaurante portugués y decidí comer algo, beber vino y relajarme. Un buen anciano tomó mi orden y me acerqué al teléfono para llamar a mi madre y decirle que iba a ir. Cuando desbloqueé la pantalla, vi un mensaje: "Mira a la derecha". Giré la cabeza y sentí una ola de llanto inundando mis ojos ocultos tras unas gafas oscuras. Nacho estaba sentado en la mesa a mi lado y me miraba. Llevaba una gorra de béisbol, gafas y una camisa de manga larga que cubría completamente sus tatuajes.

—Siéntate de nuevo cerca de la calle,— dijo, sin levantarse. —Hay al menos un coche detrás de ti.

Lentamente me levanté y me senté, fingiendo que el sol me golpeaba. Miré hacia adelante, pero noté un auto parado a la izquierda.

—Massimo está en Lagos.— Susurré sin apartar la vista de la pantalla del teléfono.

—Lo sé. Me di cuenta una hora después de que te deje en el hotel.

—Nacho, me prometiste algo— suspiré y sentí lágrimas corriendo por mis mejillas.

—¿Qué pasó, chica?



OTROS 365 DÍAS

Su voz traicionó su ansiedad, pero yo me quedé callada.

El camarero mayor se acercó a la mesa y puso un vaso de vino delante de mí. Cuando la alcancé, la manga larga de mi túnica se enrolló un poco, mostrando rayas azules.

—¿Qué tienes en la mano?— El tono de Nacho se convirtió en un zumbido. —¿Qué te hizo ese hijo de puta?

Volví mi cabeza hacia él y vi sus ojos saliendo de su cabeza con una ardiente lujuria por asesinarlo. Aplastó los vasos que tenía en la mano con un crujido, y los vasos cayeron al suelo.

—Me levantaré en un momento,— dijo. —Voy a matar su seguridad, y luego voy a ir a por ese hijo de puta y matarlo también. Se levantó de la silla.

—Te lo ruego, no lo hagas.— Estaba retorciéndome, tomando un poderoso sorbo.

—Así que te levantarás, pagarás tu cuenta y te reunirás conmigo a dos calles de distancia. Ve a la izquierda, y luego una pequeña calle, la segunda a la derecha.— Asentí con la cabeza al camarero.

—Pero primero, bebe un poco de vino.

Caminé por una calle estrecha a lo largo de una hilera de casas de vecindad. De repente sentí que alguien me agarraba y me empujaba hacia una pequeña puerta. Nacho subió mi túnica en un movimiento y observó mi cuerpo herido, y yo estaba de pie con la cabeza colgando. Me quitó las gafas oscuras y miró mis párpados hinchados.

—¿Qué pasó, Laura?— Preguntó, mirándome a los ojos, y traté de ocultarle la vista. —Mírame, por favor.

En su voz se podía oír la desesperación y la ira, que trataba de cubrir con ternura.

—Quería follar... y... Me preguntó dónde estaba y...

Volví a llorar, y él me agarró con una mano y me abrazó.



OTROS 365 DÍAS

—Por la mañana voy a volar a Polonia— dije. —Tengo que pensar lejos de ustedes dos.

Se quedó en silencio, me abrazó a sí mismo, y su corazón se aceleró a un ritmo alarmante. Miré hacia otro lado y lo miré, estaba concentrado, frío, serio y completamente ausente.

—Bueno,— dijo, besándome en la frente. —Háblame cuando estés lista.

Me dejó ir, y me sentí vacía. Atravesó la puerta sin mirar y desapareció. Me quedé allí unos minutos más, ahogándome en mis lágrimas. Finalmente, volví al hotel.

Estaba haciendo mi última maleta cuando la andrajosa Oli entró en la habitación.

—¿Están peleando de nuevo?— Ella preguntó, sentada en la alfombra.

—¿Qué te hace pensar eso?

La miré tan impasible como pude.

—Porque Massimo alquiló un apartamento debajo del nuestro en lugar de quedarse contigo. Y aun así Domenico y yo estamos durmiendo al lado.

Estaba un poco nerviosa.

—Lari, ¿qué está pasando?

—Me voy a Polonia. Tengo que alejarme de toda esta mierda aquí.

—Oh, lo entiendo. Pero de Massimo, Nacho o de mi?— Se apoyó en la pared y se cruzó de manos en el pecho. —¿Qué hay de la compañía? ¿Y qué hay de todo lo que has estado construyendo tan sacrificadamente en los últimos meses?

—Nada. También tengo Internet allí. Además, tu puedes manejar a Emi por unos días sola.— Suspire. —Oli, tengo que irme. Estoy abrumada. Necesito hablar con mi madre. No me ha visto desde Navidad... Hay muchas razones.



OTROS 365 DÍAS

—Ve.— Ella dijo mientras se levantaba. —Sólo recuerda mi boda.

Me paré frente a la puerta de la habitación de Massimo y luché con la idea de llamar o no? Finalmente, el sentido común y el amor ganaron. Oí la manija de la cerradura y vi a Domenico suspirando y sonriendo pálido y dejándome entrar.

—¿Dónde está él?— Le pregunté, cruzando sus manos en su pecho.

—En el gimnasio— asintió con la cabeza, señalándome en la dirección.

Pensé que tenía una habitación grande, pero puedo ver que las mejores suites siempre están ahí para Don.

Resoplé irónicamente y caminé por las habitaciones contiguas, sorprendida al descubrir que el apartamento de mi marido era la mitad del piso.

En el fondo, había gritos y ruidos extraños que yo conocía bien. Entré por la puerta y vi a Massimo golpear con sus puños a uno de los guardaespaldas. Pero esta vez no había ni jaula ni nada. Un gran italiano estaba de pie con guantes en sus manos, y un hombre golpeaba ferozmente sus piernas y brazos contra ellas. Le dio algunas órdenes, y las ejecutó con el mayor poder.

No me prestaron ninguna atención, así que llame. Massimo se detuvo y le dijo algo a su hombre, y se quitó los grandes guantes y se fue. Don tomó una botella de agua en su mano, la bebió casi toda, y se acercó a mí.

Si no fuera por lo que pasó anoche, pensaría que su cuerpo era la vista más sexy del mundo ahora mismo. Las largas piernas de los leggings deportivos con inscripciones parecían más largas de lo que realmente eran, y su pecho sudoroso y sin esfuerzo estimulaba mis glándulas salivales. Massimo lo sabía bien, se quitó los guantes y se pasó las manos por el pelo chorreando.

—Hey,— dijo, se estaba acercando, y sus ojos eran negros y sensuales. —Así que te vas.

—Yo quería...— Al mirarlo, olvidé por completo lo que quería.



OTROS 365 DÍAS

—¿Sí?

Se acercó peligrosamente a mí, y me hizo llegar su maravilloso aroma. Cerré los ojos y me sentí exactamente como hace unos meses cuando lo quería por encima de todo.

—¿Qué querías, nena?— Preguntó de nuevo, y probablemente parecía que estaba dormida de pie.

—Decir adiós.— solté sin aliento mirándolo a los ojos. Lo vi inclinarse sobre mí. —No, por favor— susurré cuando sus labios se congelaron a una pulgada de los míos. Me encogí.

—Me tienes miedo.— Presionó la botella contra la pared. —Jesús, Laura, ¿cómo puedes...?

En ese momento, me levanté la manga que cubría el moretón, y él se calló.

—No se trata de eso, me follaste,— dije en voz baja. —El punto es que lo hiciste en contra de mi voluntad.

—Cristo, lo he hecho cientos de veces en contra de tu voluntad. De eso se trataba la diversión.

Me agarró la cara con las manos.

—¿Cuántas veces te he follado cuando me dijiste que parara porque no te habías lavado, porque iba a arrugar tu vestido o arruinar tu pelo... Pero luego me rogaste que no me detuviera.

—¿Y cuántas veces dije ayer que NO, que te detuvieras?— Los dientes de Black mordieron su labio inferior, y se movió un poco hacia atrás.

—¡Sí! Ni siquiera recuerdas lo que hacías, no recuerdas cómo en mis mejillas corrían lágrimas de dolor, no recuerdas cómo te rogué que pararas.

Sentí que la ira explotaba en mí.

—Me violaste.

Finalmente lo dije, y el sonido de esas palabras me enfermó.



OTROS 365 DÍAS

Massimo se quedó allí como una estaca, atrapando ráfagas de aire, estaba enfadado, resignado y desesperado.

—No tengo excusa...— se asfixió con sus palabras, parado frente a mí. —Quiero que sepas que hoy he hablado con el terapeuta.

Creo que en este momento mi cara había tomado una extraña expresión.

—Tan pronto como vuelva a Sicilia, empiezo la terapia,— dijo Don.

—Me curaré y no volveré a tocar esa mierda blanca, ya verás. Haré cualquier cosa para que no tengas miedo de mi toque otra vez.

Tomé su mano. Quería tranquilizarlo y mostrarle que lo apoyaba en esa decisión.

—Y luego tendremos una hija para que pueda perder la cabeza como todo el resto,— añadió entre risas, y le dí un toque en el costado.

Fue tan maravilloso en ese momento, sonriendo y casi relajado, aunque sabía, que sólo estaba más allá.

—Lo que pase después, ya lo veremos,— dije, y me aleje de él.

Me agarró la mano, pero lo hizo más suavemente que de costumbre y con más sentimiento. Me apoyó la espalda contra la pared y puso su cara delante de mí, como si esperara un permiso.

—Quiero meter mi lengua en tu boca y sentir mi sabor favorito,— susurró, y me calentó con el sonido de su voz vibrante.—Déjame besarte, Laura, y prometo no ir a Polonia y darte toda la libertad que necesites.

Tragué mi saliva en voz alta y respiré profundamente. El mayor problema en este momento era que mi marido se parecía a Dios, que era difícil de resistir.

—Se... — Me quejé, y él, sin esperar el final de la frase, se me metió en mi boca.

Pero era sorprendentemente amable y tierno, actuaba conmigo como si fuera de cristal, y cualquier toque podía aplastarme. Lentamente



OTROS 365 DÍAS

pasó su lengua alrededor de mí, examinando cada milímetro de mi boca.

—Te amo,— susurró al final y me besó la frente.



116

BLANKA LIPÍŇSKA

OTROS 365 DÍAS

CAPÍTULO 8

No quería protección, choferes y toda esa cuna que ha estado conmigo durante meses. Pero aunque Massimo me había prometido antes de irse que nadie me seguiría, sabía que no era posible. Caminé por la terminal VIP y vi a un sonriente Damian apoyado en el auto.

—No puedo creerlo...— grité, colgándome de su cuello.

—Hola, Lala— dijo, levantando sus gafas oscuras. —No sé qué ha pasado allí durante meses, pero tu marido llamó a Karlo y me pidió que te cuidara personalmente.

Me reí, cuando abrió la puerta del Mercedes. Sabía muy bien por qué Don hizo tal gesto. En primer lugar, quería demostrarme que tenía plena confianza en mí, y en segundo lugar, sabía que no podía faltar a su palabra, y sólo así podía protegerme sin protección.

—¿Adónde vamos?— preguntó el Guerrero, volviéndose hacia mí desde su asiento. —Expliquémonos algo: No usaré el sombrero de un chofer.

—Llévame a casa,— dije entre risas.

El camino no era muy largo, así que unos minutos después estábamos aparcando en el garaje. Le sugerí que pidiéramos algo y habláramos, y aceptó con gusto mi propuesta.

—Escuché lo que pasó,— dijo, poniendo una pierna de pollo de KFC sin comer en un plato. —¿Quieres hablar de ello o fingimos que no lo fue?

—¿Qué tan leal debes ser a mi esposo y a Karlo?

—Menos que a ti.— Dijo sin pensarlo dos veces. —En lo que a ti respecta, si estoy aquí para sacarte información, absolutamente no. Tu marido me paga un salario muy alto, pero no puede comprar mi lealtad,— se apoyó en el sofá. —Y estoy fuera de la oficina.



OTROS 365 DÍAS

—¿Recuerdas la última vez que hablamos por Skype?— Se estaba golpeando la cabeza.

—Sí, claro.

—Ese día, justo después de hablar, conocí al hombre que me secuestró y cambió toda mi vida.

Me llevó casi dos horas contar la historia. Yo hablaba y él escuchaba, de vez en cuando riéndose o moviendo la cabeza con desaprobación. Hasta que llegué a las últimas cuarenta y ocho horas. Por supuesto, le ahorré los detalles de la reunión con Nacho en Lagos y cómo me puse de rodillas. Tampoco le conté cómo mi marido me tomó por la fuerza.

—Sabes, hay algo malo en esa historia tuya...— Me dijo, sirviéndome otro vaso de vino, y echando agua en su vaso. —Ese tipo de España.

—De las Islas Canarias.— Lo corregí.

—Así es, estoy hablando de él. Estás extrañamente preocupada por él, y cuando hablas de él, tus ojos brillan.

Me asusté al oír sus palabras.

—¿Lo ves? Ahora que te he descifrado, tienes una cara como si quisieras que te diera un ataque al corazón. Así que dime sobre qué estabas callada.

Me rasque nerviosamente la cabeza y buscaba una buena explicación para mi comportamiento, pero después de un paquete de tranquilizantes que me ayudaron a sobrevivir el vuelo y media botella de vino no fui muy inteligente.

—Es por él que estoy aquí, sin Olga y sin Massimo,— suspire.

—Se metió en mi cabeza, probablemente porque yo se lo permití.



OTROS 365 DÍAS

—¿No crees que se metió en tu cabeza porque no eras tan feliz como creías?— Dijo, pero siguió mirándome.

—Si estás segura de algo, nada te disuadirá de ello y nada romperá la sólida estructura de tus sentimientos— levantó el dedo un poco.

—Pero si tienes al menos una sombra de duda, y los cimientos sobre los que se asienta algo no son sólidos, una pequeña explosión es suficiente y todo se derrumbará.

—Dices eso porque no te gusta mi marido.

—Me cago en tu marido. Esto es sobre ti.— Se rasco la barba de unos pocos días.

—Llevémonos a nosotros, a mí y a ti de hace años. Fui un idiota, y no me arriesgué, aunque sabes qué, es un ejemplo estúpido.

—Sí,— añadí con una risa. —Pero creo que sé lo que quieres decirme.

A la mañana siguiente debía ir a casa de mis padres, pero en cuanto abrí los ojos, se me ocurrió una idea diabólica. Corrí al baño en un alegre osito de peluche y una hora después estaba allí de pie, buscando las llaves. Era mayo, y en Polonia el clima era maravilloso, todo estaba floreciendo y despertando a la vida, como yo. El videoteléfono sonó, le informé a Damian que bajaría en un momento y agarré mi bolso. Me veía apetitosamente vestida con zapatillas altas color crema de *Louis Vuitton*, pantalones cortos casi blancos desgarrados y una sudadera fina que descubría casi todo el estómago. Un poco como una adolescente, pero la idea de que me golpeará como un tren a toda velocidad tampoco era muy madura.

—Hola, Gorila,— dije sentándome en el asiento.

—Tienes un buen culo,— dijo Damian, volviéndose hacia mí. —¿A tus padres?

Giré la cabeza.

—A la concesionaria de Suzuki.— Hice un pequeño ruido, y el fue un estúpido.



OTROS 365 DÍAS

—Protegerte significa que no puedes salir herida,— dijo.

—A la sala de *Suzuki*— Repetí, asintiendo con la cabeza.

Apunté con el dedo a la *GSX-R 750*, y el vendedor asintió con la cabeza en agradecimiento.

—Este,— dije, sentada en mi moto y viendo a Damian humeando por la ira.

—Laura, no puedo prohibírtelo, pero recuerda que dentro de un momento tendré que llamar a Karlo, y le diré a Massimo— se arrepintió.

—¡Llámallo!— dije en corto, sentada en el tanque.

—La potencia máxima de ciento cincuenta caballos de fuerza a más de trece mil vueltas por minuto— comenzó el joven vendedor. —La velocidad máxima...

—Veo lo que está escrito en la hoja.— Terminé con su tormento.

—¿Y sólo tienes uno de estos en negro?

El tipo giró sus ojos, y yo continué con la diversión. —Y el traje, también negro, preferiblemente Dainese, vi uno que me gustó, y los zapatos de Sidi, los que tienen estrellas rojas a los lados. Estaban parados ahí.

Me levanté de mi motocicleta.

—Déjame mostrarte cuál. Y en cuanto al casco, esa es la parte más difícil.

El pobre chico saltaba a mi lado, espiando a Damian de vez en cuando, y probablemente se preguntaba todo el tiempo si estaba hablando en serio y si estaba a punto de conseguir la mejor venta de la temporada.

Cuando todo estuvo elegido, salí del vestuario, con un traje de cuero ajustado, guantes, zapatos. Tenía mi casco en mis manos.

—Perfectamente,— dije, mirando a ambos hombres aturdidos.

—Me lo llevo todo, por favor, pongan mi moto bajo la entrada.



OTROS 365 DÍAS

—Señora Laura, sólo hay un problema... La motocicleta debe estar registrada para que pueda salir de aquí. Y la moto que elegiste es nueva...

—¿Qué quieres decir?— Me volví hacia él, entrecerrando un poco los ojos.

—Significa que si te preocupa el tiempo, una nueva moto de color negra no estará disponible hoy.— Se fue hacia la puerta.

—Pero tenemos una versión de demostración, los mismos parámetros. No todo es negro, es negro y rojo. Y lleva conducido unas pocas cientos de millas en pruebas de manejo.

Estuve pensando por un tiempo, mordiéndome el labio inferior, y la cara de Damian bailaba alegremente al pensar que mi malvado plan fallaría.

—El rojo coincidirá con las estrellas de las botas, supongo.

Le di al vendedor mi tarjeta de crédito, y mi gorila se golpeó la frente con su mano.

—Por favor, prepara los papeles.

Encendí el motor y mis ciento cincuenta caballos rugieron. Rechine los dientes y me puse el casco en la cabeza, inclinando el vidrio.

—Me despedirá—. Damian estaba esperando.

—Vamos, no hay opción. Además, se va a enojar tanto que querrá matarme a mí, no a ti. —Puse la primera marcha y arranqué.

Había pasado tanto tiempo desde que sentí el poder debajo de mí que al principio tuve una excitación enfermiza mezclada con miedo. Sabía que no había estado conduciendo durante mucho tiempo y tenía que acostumbrarme a conducir este monstruo antes de volverme loca.

Conduje por Varsovia con calma, sintiendo el aliento de mi guardaespaldas detrás de mí y las vibraciones en el bolsillo de mi traje. Oh, Massimo ya sabe lo de mi compra, pensé, desenroscando el manguito de gas. Había mucho tráfico, pero después de unas



OTROS 365 DÍAS

docenas de minutos recordé por qué amaba el deporte. El camino recto y ancho de la pista me animó a revisar la máquina, así que cuando se presentó la oportunidad, avancé bruscamente.

—Mi nueva perra es increíble,— dije, abofeteándola con agradecimiento cuando aparqué antes de entrar en la casa de mis padres.

Un momento después un Mercedes S saltó de la esquina con un chillido y el pálido Damian salió del coche.

—Joder, como corres.— dijo, dando un portazo. —¿Sabes por lo que he pasado?

—Mi marido llamó...— Dije divertida.

—¿Llamó? Tuve una teleconferencia constante con él, y gritaba en al menos tres idiomas.

—Oh,— dije, cuando mi bolsillo empezó a vibrar de nuevo, y "*Massimo*" se desdibujó en la pantalla. —Buenos días, esposo. Empecé con un inglés alegremente fluido.

—¡¿Cómo te estás comportando?! ¡Voy a volar a Polonia!— Gritaba tan fuerte en el auricular que lo aparté de mi oído.

—Recuerda nuestro acuerdo...— yo respondí. —Si vienes, me divorciaré de ti.

Su voz se quedó en silencio, y yo continué.

—Antes de conocerte, conducía una motocicleta y todavía lo voy a hacer. Después de todo, nada se interpondrá en el camino— suspiré.

—A veces una relación contigo parece más peligrosa que montar en lo que tengo entre mis piernas ahora.

—¡Laura!— Black estaba gruñendo en un auricular.

—¿Me equivoco, Don Torricelli? De alguna manera, durante veintinueve años, no me ha pasado nada, y en los últimos meses, heridas de bala, embarazos perdidos, secuestros...

—Es un golpe bajo, nena.



OTROS 365 DÍAS

—Eso es honestamente cierto, y deja de desquitarte con Damian, porque él sólo estaba de tu lado... Ahora, perdóname, pero estoy sudando en el traje.

Hubo silencio.

—Y deja de asustarte. Volveré sana y salva.

—Si te pasa algo, me mataran...

—¿Quien?— ...lo interrumpí con molestias.

—Tu misma... Porque mi vida sin ti no tiene sentido.— Se quedó en silencio, y luego me colgó.

Miré la pantalla negra y estaba llena de aprecio por su autocontrol y el arte de la negociación.

—Ya lo tienes.— Miré a Damian, que estaba apoyado en el coche.

—Y ahora puedes volver a la capital, porque estaré aquí unos días.

—Me quedaré. Tengo una habitación en un hotel a dos manzanas de distancia. Así que no te enfades porque te voy a vigilar, pero ya sabes cómo es Massimo.

Se encogió de hombros, y yo le mostré mi pulgar, aceptando lo que dijo, y subí por la entrada. Damián todavía irrumpió en el porche y desapareció.

Arranqué el motor y puse el gas al máximo sin ponerlo en marcha. El golpe fue tal que después de unos segundos mi asustado padre salió.

—Y ahora estoy celoso...— dije, bajando de mi motocicleta y lanzándome alrededor de su cuello.

—¡Bebé! —me abrazó fuerte, pero después de un tiempo se concentró en la máquina. —¿Te has comprado una moto? ¿Estás pasando por una crisis? Porque, ya sabes, tu madre sigue pensando que sólo compras juguetes como ese si quieres probar algo...

—¡Laura!



OTROS 365 DÍAS

Hablando del diablo. La voz de Klara Biel se había pegado tan fuerte en mi cráneo, que tenía ganas de volver a usar mi casco.

—Nena, ¿estás loca?

—Hola, mami.

Me desabroché el traje y le abracé el cuello.

—Antes de que empieces a gritar, quería decirte, que mi marido ya sabe sobre esto, lo pacifiqué, así que estoy bien.

—Hija,— empezó patética. —Basta con que tu padre me dé un ataque al corazón unas cuantas veces por temporada. ¿Y ahora tú también?

El gracioso de mi padre levantó las cejas.

—Además, ¿qué tienes en mente?

Me estaba devanando el pelo y recordé que la última vez que mis padres me vieron, era rubia.

—Tuve que cambiar algo después de... — Me tragué mi saliva.

—Han sido meses difíciles, mamá.

Su expresión facial se suavizó, como si acabara de recordar lo que había pasado en mi vida durante ese tiempo.

—Thomas, trae el vino de la nevera.— Mamá miró a mi padre, que seguía riéndose a sus espaldas. —Y tú te quitas la ropa, porque estás a punto de sudar.

—Ya estoy sudando.

Papá se volvió con una botella lo más rápido posible, y después de ducharme y vestirme con un chándal, me senté en un suave sofá en el jardín.

—Hace más de veinte grados, ¿por qué necesitas una blusa de manga larga?— Mamá preguntó, señalando mi traje.

Volví mis ojos a la idea de lo que diría cuando viera mis muñecas azules, y cambié de tema.



OTROS 365 DÍAS

—Esto es parte de la nueva colección, ¿te gusta?— La miré con una mirada alegre en mis ojos.

—¿Te has puesto las cosas que te envié recientemente?— Sólo estaba presumiendo. —¿Y qué?

—¡Son geniales! Estoy tan orgullosa de ti. Pero, cariño, estoy más interesado en cómo te sientes...

—Creo que estoy enamorada.— Tiré la carga más grande, y mi madre casi se ahoga con el vino.

—¿Qué?— gritó.

—Bueno, verás...

Empecé a hablar, y ella encendió un cigarrillo con sus manos temblorosas.

—Cuando estuve en Tenerife, conocí a un hombre que es uno de los mayores competidores de Massimo.

Mi subconsciente se estaba disparando así mismo en la cabeza porque estaba cociendo otra mentira.

—Y mi marido no tenía mucho tiempo para mí, y Nacho tenía mucho. Me enseñó a surfear, me llevó de viaje.

Dios, ¿de qué carajo estoy hablando? Pensé en tomar un sorbo.

—Me presentó a su familia, y me impresionó, y... y me besó.

Y entonces mi madre empezó a ahogarse con el humo.

—No importaría mucho si no fuera por el hecho de que Massimo había cambiado mucho después de perder a su hijo. Se alejó de mí y se escapó a trabajar. Tengo la impresión de que nunca volveremos al punto en el que nos quedamos...— suspiré. —Estoy cansada, él está cansado...

—Un niño...— mi madre empezó, apagando la colilla. —No diré "Te lo dije", pero el año pasado intenté que te dieras cuenta de que todo esto está pasando demasiado rápido.

Derramó el vino de la botella hasta el final.



OTROS 365 DÍAS

—Creo que fue el bebé el que causó la boda.— Oh, Dios, que equivocada de tu parte, pensé. —Y perder el bebé al mismo tiempo causó la pérdida del significado del matrimonio.— Klara se encogió de hombros. —Así que no me sorprende que cuando alguien intrigante se interpuso en tu camino en ese momento, te interesaste por él. ¿Y qué harías si Massimo no fuera tu marido, sino tu novio? ¿Y tú estuvieras en Polonia y no en Sicilia?

—Lo habría dejado,— respondí después de un breve pensamiento. —Odiaría que mi chico me ignorara y me tratara a menudo como a un enemigo.

—Así de simple, ¿lo harías?

—¿Simplemente lo haría? Sí— Estaba indignada. —Mamá, he estado luchando por esta relación durante meses. Sin ningún efecto. ¿Cuánto tiempo tengo que perder? Dentro de unos años, me despertaré con un hombre que no conozco en absoluto.

La cara de mi madre sonreía honestamente, pero un poco triste, y se golpeaba la cabeza.

—Así que ya ves, respondiste a la pregunta con la que viniste aquí.

Estaba tapiada. No fue hasta que alguien me obligó a decir lo que quiero, espero y necesito, que me di cuenta de que tenía derecho a todo lo que sentía. Tenía el derecho de cometer un error, tenía el derecho de estar equivocada, pero sobre todo tenía el derecho de hacer lo que me hiciera feliz.

—Cariño, te voy a dar un consejo de oro que creo que mi matrimonio con tu padre lleva casi treinta y cinco años.

Me incliné hacia ella.

—Debes ser egoísta.

Oh, se estaba volviendo intenso, encontré tranquilidad.

—Si pones tu felicidad en primer lugar, harás todo lo posible para que dure. Así que también te encargarás de la relación, pero una que no te destruya. Recuerda, una mujer que es sólo para un hombre



OTROS 365 DÍAS

siempre será infeliz, se sentirá oprimida y será una molestia. Y a los hombres no les gusta que las mujeres se quejen.

—Y los que no pintan— Estaba asintiendo con la cabeza.

—Oh, Dios no lo quiera. Aunque no tengas un hombre, tienes que cuidarte por ti misma— asintió con la cabeza

Sí, mi madre era la experta indiscutible en esto. Su siempre impecable cabello y maquillaje, sin importar la hora del día, parecía gritar: "Nací para ser hermosa".

Nos emborrachamos esa tarde. Me gustaba cuando estaba con mi madre. Luego se volvió divertida, y lo que fue con ella, un poco más relajada.

Los días siguientes fueron similares. Fui a pasear con mi padre, bebí vino por las tardes con mi madre y traté de averiguar cómo funcionaba el telescopio. El pobre Damián me siguió paso a paso, y Olga trató de controlar la compañía en mi ausencia. Nos reuníamos en Skype para elegir los cortes y discutir los proyectos. Y Massimo... estaba en silencio. Se tomó mis prohibiciones tan en serio que durante los casi diez días que pasé en Polonia, sólo me llamó una vez para joderme por comprar una motocicleta. Lo extrañaba, pero también extrañaba a Nacho. Mi mente enferma ya se estaba volviendo loca, porque soñaba con Don y la mafia Canaria alternativamente. Me desgarraron y golpearon mi cabeza contra la pared. Entonces decidí llamar a mi terapeuta.

—Hola.— dijo Marco cuando le llamé a través de facetime.

—Casi me acosté con Nacho,— y él silbó con admiración. —Pero al final, no lo hice.

—¿Por qué no lo hiciste?

—¿Porque no quería traicionar a mi marido?

—¿Por qué no quise traicionar a mi marido?— repitió la pregunta.

—¿Porque creo que lo amo?

—¿Por qué crees que fue la respuesta?



OTROS 365 DÍAS

Todas las conversaciones con Marco se veían similares. Yo decía algo, y él estaba recogiendo sus momentos más interesantes, guiándome a las soluciones que ya conocía. Me deshacía de las dudas de una manera muy natural, llegando yo misma a las soluciones.

Decidí dejar que la vida siguiera su propio camino, y sólo iba a observar su corriente. No quería influir en mis decisiones o juicios, necesitaba que toda la situación ocurriera fuera de mí. Estaba lista para aceptar cada final con humildad. Porque, al menos en teoría, todos fueron buenos conmigo.

El fin de semana, le ofrecí a mi padre un aventón. Estaba feliz de sacar su traje de chopper del garaje y vestirse con un disfraz de flecos de cuero. Estábamos tomando las rutas conocidas, saludando a otros motociclistas disfrutando del maravilloso clima. Estaba tranquila, feliz y aún sin respuestas, lo que debía hacer.

Nos detuvimos en la plaza del mercado de Kazimierz, y me quité el casco y sacudí la cabeza de forma sexy. El pelo largo se derramó sobre mis hombros. Como en las películas, todo lo que faltaba era la cámara lenta y lo único que faltaba era un sostén debajo del traje, con grandes tetas en él. Y aquí, por desgracia, ni un busto ni un sujetador tentador, sino una camiseta negra ordinaria.

La plaza del mercado de esta pequeña ciudad era el lugar de encuentro favorito de los motociclistas. Las máquinas alineadas en fila provocaron que los turistas apartaran la cabeza de los edificios históricos y echaran un vistazo a algo de la época actual.

—Como en los viejos tiempos,— dijo papá un poco decepcionado, abrazándome en la cintura. —¿Limonada?

Señaló con la cabeza nuestro pub favorito de al lado, y cuando asentí afirmativamente, me tiró hacia él.

En un abrazo sensible nos parecimos un poco a un padrino y a su cuidador, pero me importó una mierda el aspecto divertido de los jóvenes cuando me abrazó mi padre marchando hacia la mesa.



OTROS 365 DÍAS

—¿Cómo te va con mi madre?— Pregunté, dando el primer sorbo.
—Me lleva dos días apasionarme, y tú luchas contra ella todos los días.

—Cariño...—empezó, sonriendo tiernamente. —La amo, así como me las arreglé para tratar con ella durante el embarazo, más puedo tratar con su menopausia.

Sonreí al pensar que mi madre embarazada lo acariciaba en una marea de furia sin razón alguna, y él trayéndole lo siguiente que necesitaba inmediatamente. Me gustaba la compañía de mi padre. Era discreto, pero además de poder escuchar, también le gustaba hablar. Así que no tuve que hacerlo.

Después de una hora, habíamos pasado por todo, desde los caballos de fuerza hasta el alcohol, pasando por la inversión inmobiliaria. Papá hablaba, yo escuchaba, luego hablaba, y me demostraba que estaba equivocada. Dio consejos sobre la compañía y cómo tratar con la gente.

—Sabes, cariño, el propósito principal de este negocio es el beneficio...

El motor que zumbaba a unos tres metros de nosotros lo interrumpió y ambos giramos la cabeza. Un hermoso Hayabus amarillo entró en el mercado empedrado. Me quejé al ver esta maravillosa motocicleta. Soñé con ello, pero desafortunadamente nunca tuve la oportunidad de montar este monstruo. El conductor apagó el motor y saltó de la máquina. Como encantada, con la boca ligeramente abierta miré a la maravilla amarilla que estaba justo delante de mi nariz. Entonces un hombre de traje negro se quitó el casco, lo colgó del volante y se volvió hacia nosotros. Mi corazón retumbó como un galope, y todo mi cuerpo se tensó. Dejé de respirar cuando Nacho, dando literalmente tres pasos, se puso delante de mí.

—Laura— se mordió el labio y no me quitó sus ojos verdes de encima, ignorando completamente a mi padre.

—Jesucristo— susurré en polaco, y Tomasz Biel fue aún más estúpido.



OTROS 365 DÍAS

—Nacho Matos,— dijo, volviéndose hacia mi padre y estrechando su mano de la que se había quitado antes el guante. —Su hija va venir a pasar un rato conmigo, así que tal vez me siente.

Mis ojos se salieron de la órbita por el sonido del polaco en su boca.

—Tomasz Biel. ¿Entiendo que se conocen?— papá respondió, señalándolo.

—Jesucristo,— dije otra vez, y el hombre canario tomó su lugar, poniéndose las gafas en la nariz.

—Somos amigos, pero vivo bastante lejos, así que su hija puede estar un poco sorprendida de verme.

Nacho me miró, y tuve la impresión de que alguien estaba de pie detrás de mí y a punto de golpearlo en la cabeza con un bate de béisbol.

Papá me miró confundido, y luego miro al intruso que ya había pedido un té helado y se puso cómodo.

—Una hermosa máquina,— dijo Tomasz, girando un poco la cabeza. —¿Este es el modelo del año pasado?

—Sí, es la última versión...

Estaban hablando entre ellos, y yo tenía un impulso irresistible de romper y correr hasta que mis piernas se me metieran en el culo. Estaba aquí, sentado frente a mí otra vez, y yo miraba nerviosamente a los lados. Entonces vi un Mercedes negro y una vez más me quedé sin aliento.

—Ya vuelvo.— dije brevemente, moviéndome hacia Damian.

No tenía ni idea de si él sabía cómo era Nacho y si mi marido le dio alguna guía para saber que hombres estaban conmigo. Así que decidí hacer un farol.

—Guerrero,— dije cuando volteo a la ventana. —¿No tienes sed? ¿Puedo traerte algo?

—Lo tengo todo.— dijo levantando una botella de agua y se reía encantado. —¿Quién es el tipo?



OTROS 365 DÍAS

Me di la vuelta y miré hacia la mesa, donde ellos hablaron ferozmente sobre, creo, el monstruo amarillo.

—Amigo de papá— me encogí de hombros y respiré con alivio porque su pregunta reveló que Damian no tenía ni idea de con quién estaba sentado.

—Tiene una bonita máquina— estaba sacudiendo la cabeza con agradecimiento.

—A mí también me gusta.— Me quejé y me di la vuelta para volver a la mesa. —Si necesitas algo, házmelo saber.

Cuando me acerqué a mi silla, mi padre se levantó de repente y me besó en la cabeza, dijo:

—Cariño, tu madre se está volviendo loca. Ella cree que ya somos donantes de órganos, así que volveré para calmarla.

Se dio la vuelta y le dio una mano a Nacho.

—Fue un placer conocerte. Y recuerda lo de la lubricación.

—Gracias, Thomas, es un consejo valioso. Hasta luego.

Mi padre desapareció, y me caí en la silla, apuñalando furiosamente a Nacho.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, y cómo estás "tú" con mi padre?!

Nacho se apoyó en la silla y se quitó las gafas. Los puso en la parte superior.

—Estoy probando el estado de las carreteras polacas y tengo algunas observaciones.— Su sonrisa desarmante era contagiosa.

—Y tu padre es un buen tipo. Sugirió que lo llamara por su nombre.

—Pedí tiempo. Massimo lo entendió, y tú...

—Sólo porque él lo entendió, yo podría aparecerme aquí. No tienes ninguna protección, chica, excepto por ese luchador en el Mercedes.

Estaba levantando con una ceja divertida.



OTROS 365 DÍAS

—Me dejaste la última vez y te fuiste.

Me llenaron los ojos de lágrimas al recordar cómo desapareció, dejándome en la puerta.

Nacho suspiró y bajó la cabeza, y sus manos apretadas en sus puños cortaron el suministro de sangre a sus dedos.

—Temía que te castigara de nuevo por desobediencia y luego tuviera que matarlo.

Nacho me miró con frialdad.

—Y entonces te perdería...

—¿Por qué me hablas en inglés ahora?

Cambié de tema porque no quería seguir hablando de él, de Massimo y de mí.

—¿Desde cuándo sabes polaco?

Se apoyó en la silla y puso las manos detrás de la cabeza, y se le dibujó una sonrisa. Dios, cómo me gustaba esa sonrisa.

—Sé muchos idiomas, pero tú lo sabes bien.

Sus ojos estaban vagando alrededor de mi cara. —Te ves encantadora en ese traje. —Se lamió los labios, y una vez más sentí un bate de béisbol en la cabeza, que me golpeaba con tal fuerza que debería haber estado acostada bajo la mesa hace mucho tiempo.

—No cambies de tema. ¿Desde cuándo sabes polaco?

—Sé demasiado sobre eso.— Se inclinó y tomó el vaso. —Lo he estado aprendiendo durante dos años, pero durante seis meses he estado haciendo más.

Se acercó el vaso al borde de su boca y me miró juguetonamente, y supe que se estaba burlando de mí.

—Eres insoportable.

No podía soportarlo y había una sonrisa en mi cara.



OTROS 365 DÍAS

—¿Por qué has venido aquí?— Dije un poco más alegre y menos duro.

—No lo sé.— Movié los hombros. —¿Tal vez para ver cómo le hace la rabia a tu marido?

Su vista era gentil y divertida.

—O para ver cómo empiezas a vivir tu vida. Estoy orgulloso de ti, pequeña.

Se inclinó hacia mí.

—Te estás satisfaciendo a ti misma, estás haciendo lo que quieres otra vez, y te estás divirtiendo más y más cada día.— Volvió a la posición en la que estaba sentado antes, y se puso las gafas en la nariz.

—¿Hacemos unas carreras?— me preguntó, y yo exploté riéndome y gire la cabeza.

—Estás bromeando, ¿verdad? Probablemente tienes al menos setenta caballos más que yo. Además, si no tienes paradas, puedes ir casi el doble de rápido. Sin mencionar el hecho de que probablemente estés montando unos cientos de veces mejor que yo.

Nacho estaba sentado, sonriendo de una manera extraña, y escuchando lo que yo decía, sacudiendo la cabeza.

—Me impresionas,— casi susurró. —¿Qué mujer sabe lo que es un caballo de fuerza?

—Te burlas de mí y te burlas de mi intelecto.— Estaba gruñendo con una falsa ira. —Tienes mi sueño entre tus piernas, por el que siento un gran respeto, así que no me provocarás a perder.

—¿Admites tan fácilmente que me quieres?— Sus ojos estaban bien abiertos y su boca ligeramente abierta.

Entonces entendí lo que acababa de decir, y sentí un escozor en mi abdomen inferior. Levanté los ojos, metiéndolos en su mirada verde, y una cabalgata de lujurias de animales rodó sobre mi cabeza. Soñé que me llevaba en su máquina amarilla, o al menos se levantaba de



OTROS 365 DÍAS

la silla y me besaba. Pero lo que más quería era que me secuestrara de nuevo y me escondiera del mundo entero en una pequeña casa de la playa.

—Laura— me llamó en silencio cuando no le contesté. —Vamos.— Extendió su mano hacia mí y cuando se la di sin querer, tiró ligeramente. —Ponte el casco,— dijo, cuando el casco negro se deslizó a través de su cabeza calva y un cristal completamente oscuro le cubrió los ojos. Tiró una pierna a través de su motocicleta y me agarró la muñeca de nuevo para ayudarme a sentarme.

Miré el Mercedes. Damian, confundido, encendió el motor e intentó dar la vuelta. Entonces sentí la potencia de un motor de cuatro cilindros despertando a la vida bajo mi trasero. El canario me agarró las manos, envolviéndolas alrededor de su cintura, y cuando me agarré las muñecas, la máquina tiró hacia adelante. En mi estómago, sentí una bandada de mariposas, que se apresuraron a volar mientras él perseguía las estrechas calles delante de mí, y después de un rato se fue por el camino liso. Miré a mi alrededor y vi a Damian adelantando a otros coches. Desafortunadamente, la vaca clase S no pudo alcanzar a la ágil motocicleta y después de unos minutos sentí que estábamos solos. Acaricié mi cabeza en los anchos hombros de Nacho y estaba disfrutando cada kilómetro que recorrimos. Cuando disminuyó la velocidad, me agarró las manos y las apretó con fuerza, como si estuviera dando una señal de que me sentía y estaba feliz de estar aquí.

Después de unas docenas de kilómetros se convirtió en un camino forestal y se detuvo y sentí que Hayabusa definitivamente no era una motocicleta de cross. ¿Cómo conocía esos lugares, pensé, mirando la casa del lago escondida entre los árboles? Apagó el motor y sin bajar, se quitó el casco.

—¿Tienes un teléfono?— me preguntó en un tono serio cuando yo me lo quité.

—No tengo. Se quedó en el bolso de mi padre.

—¿Crees que llevas otros transmisores?



OTROS 365 DÍAS

Volvió la cabeza hacia mí. Negué con un gesto.

—Eso es bueno, así que tenemos toda la noche.

Respiré profundamente con el sonido de esas palabras, y el horror se mezcló con la excitación. Me apoyé en sus fuertes hombros y salté, y después de un rato me desabroché los guantes.

Nacho apoyó la moto y bajó y colgó su casco en el mango. Agarró la cremallera del traje con sus delgados dedos y la desató, mostrando su pecho desnudo y tatuado. Me tragué mi saliva y vi lo que hizo después. Se deslizó por toda la parte superior y se volvió hacia mí. Ahora, sin decir una palabra y sin mirarme a los ojos, tiró de la cremallera de mi traje y, poniendo las manos dentro, me liberó de la piel pegada a mi cuerpo. Podía sentir su aliento a menta en mi hombro, y el toque de su mano me hacía sentir la corriente de vez en cuando.

—¿Cómo es que cada vez que nos tocamos, siento que alguien me dispara?

Miré hacia otro lado y encontré una mirada verde; él estaba esperando.

Su piel bronceada estaba ligeramente sudada y sus labios humedecidos con su lengua brillaban y provocaban darle un beso.

—Yo también puedo sentirlo...— susurré cuando nos congelamos a unos pocos milímetros de diferencia. —Me temo que...— baje mi cabeza.

—Estoy aquí.— susurró, levantando mi barbilla.

—Y eso es lo que más temo.

Los dedos del hombre de las Islas Canarias se movieron a mi mejilla y su pulgar tomó mi mandíbula y la levantó. Inevitablemente me acerqué a sus labios. No tenía intención de luchar, huir o resistirme. En mi cabeza, las palabras de mi madre sobre ser egoísta y hacer lo que quería hacer sonaban como un mantra. Los labios de Nacho no tocaron los míos y se apretaron en su clavícula expuesta, luego en el cuello y las orejas. Estaba respirando, y mi cuerpo exigía más. Su



OTROS 365 DÍAS

nariz toco la mía, y cuando estaba segura de que me tocaría los labios en un momento, se congeló.

—Quiero alimentarte— susurró y entrelazo sus dedos con los míos. Nos dirigimos a la casa.

Dios, gemí en espíritu, la comida era lo último que quería comer. Todo mi cuerpo se aferraba a ella, y cada célula de mi cerebro quería tenerme. Pero metió la llave en la cerradura, abrió la puerta y me dejó ir delante de él. Miré alrededor y cuando oí la cerradura, me quedé tieso.

—Por favor,— dijo, dándome el teléfono. —Llama a tus padres y diles que no volverás por la noche.— Me dejó y caminó por el pasillo, al final del cual estaba la cocina.

Me mareé y me pregunté qué hacer. Pero lo más importante, como le explicaré a Clara Biel que no iré para la cena. Me di la vuelta y pasé por la primera puerta que encontré que conducía a la sala de estar.

Las paredes verde oliva y los sofás marrones encajaban perfectamente con los cuernos de ciervo que colgaban sobre la chimenea. Luego había una mesa para unas ocho personas, alrededor de la cual se colocaron sillas de madera pesada con asientos suaves de color borgoña. Todo parecía una exclusiva cabaña de guardabosques.

Después de un corto cruce con mi madre y otro millón de mentiras, puse el teléfono sobre una mesa de piedra y me senté en un taburete alto.

—Suka se quedó en el mercado.

Nacho se dio la vuelta. Sostuvo la sartén en su mano y me miró haciendo preguntas.

—Mi motocicleta— le expliqué —sigue estacionada donde la dejé.

—No tienes razón,— dijo, sonriéndome. —Yo tampoco viajo solo, pequeña. Puede que no sea tan ostentoso como Torricelli, pero dondequiera que esté, también está mi gente. Tu suka— resopló —está en el estacionamiento a unos cientos de metros de tu casa.



OTROS 365 DÍAS

Puso dos platos frente a frente y les puso camarones. Abrió el horno y después de un rato había tostadas con queso, aceitunas y una botella de vino delante de mí.

—Come,— ordenó, clavando un tenedor.

—¿Cómo sabes que me quedaré?— Pregunté, masticando el primer bocado de una comida deliciosa.

—No lo sé— respondió, sin mirarme. —Sólo puedo esperar.

Levantó los ojos hacia mí y su vista traicionó un miedo similar al mío.

—¿Qué harás conmigo si me quedo?

Estaba haciendo un tono juguetón. Lo percibió perfectamente.

—Te daré placer.

Me congele con el tenedor en alto, me miró sin sonreír y yo estaba digiriendo el significado de sus palabras.

—Oh,— gemí sorprendida y me quedé en silencio.

Decidí no hablar con él hasta el final de la comida. Me bastaba con mirarme a mí mismo, y había un deseo electrizante en el aire.

Cuando mi plato estaba vacío, Nacho escondió los platos en el lavavajillas y bebió un sorbo de cerveza de la botella.

—Arriba, en la primera habitación de la izquierda,— empezó a mirarme con calma. —Hay una bolsa en la cama, puedes ducharte y cambiarte. Tengo que llamar a Amelia, porque ha estado llamándome durante una hora.

Al pasar por la cocina, me besó en la frente y salió por la puerta de la terraza. Una vez más, estaba entre la espada y la pared. Era tan gentil, pero firme y varonil.

Escondí mi cabeza entre mis manos, preguntándome qué hacer y si no debería irme enseguida, subir a su moto y salir corriendo. Pero no tenía ni idea de dónde estaba, cómo llegar a casa, y sobre todo



OTROS 365 DÍAS

ninguna parte de mi cuerpo quería huir de Nacho otra vez. Me levanté de prisa y me moví en la dirección que me mostró.

Como dijo, en el primer dormitorio de la izquierda, había una bolsa en la cama, con ropa que conocía del armario de su apartamento en Tenerife. No se trataba de ropa de marca. Así que cogí los boxers de algodón rosa, la camiseta blanca de tirantes y me fui a la ducha.



OTROS 365 DÍAS

CAPÍTULO 9

—¿Tienes lo que has venido a buscar?— me preguntó Damian en nuestra última noche juntos. Cenamos juntos en el restaurante de Karlo.

—No,— respondí lacónicamente y seguí masticando el jugoso bistec.

—¿Y vas a volver?— Se sorprendió.

—Sí.— Decidí egoístamente que no haría nada y dejaría que todos mis problemas se resolvieran solos.

—Recuerda, Muñeca, si necesitas ayuda, yo siempre estaré.

—Lo sé.— Me acurrucé hasta su musculoso hombro, y Karlo me amenazó con un dedo.

Eran las once cuando me metí en una pequeña cáscara llamada avión y ligeramente empapada en tranquilizantes me sumergí en la silla. Miré por la ventana. Estaba tranquila, silenciosa y extremadamente enamorada. Después de la noche con Nacho tenía algo en que pensar, así que ni siquiera me di cuenta cuando nos fuimos. Esta vez no me dormí, pero con los ojos cerrados, recordé momentos extraordinarios de los dos.



Salí de la ducha y bajé las escaleras vestida con pijama que con el traje que podría haber sido oficial. Una sudadera y un chándal colgaba de una percha junto a las escaleras, así que la tiré sobre mis hombros y me puse con un aroma maravilloso. Salí lentamente de detrás de la pared y vi a Nacho sentado y viendo la televisión en el sofá con las piernas apoyadas en un banco bajo. Yo estaba de pie, y durante un rato a sus espaldas, miré los hombros de color que sobresalían del respaldo.



OTROS 365 DÍAS

—Puedo sentirte— susurró y apagó el sonido de la televisión.

—Cada vez que te acercas a mí, mi piel brilla.

Movió la cabeza como si estuviera aflojando el cuello.

—Siento el océano de manera similar. Cada vez que una gran ola se va y no la veo todavía, siento el mismo tipo de emoción.

Deslizó las piernas del banco, se levantó y se volvió hacia mí.

Me puse de pie contra la pared, con un pie envuelto detrás de la rodilla de la otra pierna, mi pelo estaba atado descuidadamente en un moño, y las puntas de mis dedos sobresalían de debajo de una blusa suelta.

—Nunca serás más hermosa que eso,— dijo, respirando profundamente antes.

Se acercó lentamente a mí, y me sentí abrumada por el terror. Tenía el pecho desnudo y pantalones de chándal delgados con piernas anchas. Sus pies desnudos casi entraron en contacto con los míos cuando se detuvo unos centímetros delante de mí. Nos quedamos mirándonos, pero ninguno estaba seguro de lo que debía hacer ahora.

—Ven a mí— dijo en voz baja y puso sus manos bajo mis nalgas. Me levantó.

Entrelace sus caderas con mis muslos y dejé que me sentara en el mostrador de la cocina después de unos pasos. Sus delgados dedos se deslizaron a lo largo de mis hombros y de mis manos, quitándome la blusa. Se tomó su tiempo y observó mi reacción todo el tiempo. Como si no quisiera cometer un error. Cada gesto que hacía parecía decir: "Esperaré si me dices que me detenga". Pero no quería que se detuviera. Cuando el material cayó al suelo, me empujó aún más cerca.

—Quiero sentirte.

Sus labios dijeron a unos pocos milímetros de los míos.

—Sólo siéntelo, pequeña.



OTROS 365 DÍAS

Cristo señor, ahora mismo voy, pensé cuando su voz baja se deslizó por mi cabeza.

Enganchó sus pulgares contra la parte inferior de mi camisa y empezó a subirla, exponiendo mi vientre, costillas, pechos. Respiré con un poco de pánico, pero sus alegres ojos verdes deambulaban por mi cara, trayendo paz y tranquilidad. Levanté las manos de la parte superior fría y las levanté, dando una señal de que podía desnudarme completamente. Cuando la camisa cayó al suelo, se paró tan cerca que casi se pegó a mí con sus coloridos dibujos. No miró hacia abajo, no quiso ver a una mujer indefensa sentada frente a él. Necesitaba sentirme. Una vez más, puso sus manos bajo mi trasero y me levantó, y me pegué a él.

—Dios,— gimió, y sus delgados dedos agarraron mi cabeza haciéndola a un lado para tener acceso a mi cuello. —Te siento.

Caminó por la habitación, subió las escaleras conmigo, volvió a girar y entró en el hermoso y oscuro dormitorio. En una gran cama de madera había coloridas mantas y almohadas. Se arrodilló y suavemente, sin separarse de mí, me acostó sobre ella y me cubrió con él. Mi corazón galopaba, y mi aliento temblaba en mi garganta. Dios, yo quería que lo hiciera.

Extendió mis manos a los lados y entrelazo sus dedos con los míos. Sus ojos verdes me miraban a la cara y su lengua estaba llena de mis labios. No pude soportarlo y, levantándome un poco, le agarré los labios con los míos, y luego le arranqué las manos y lo agarré por la cabeza y lo arrastré hacia mí. Quería atraparlo, pero me besaba lentamente, de vez en cuando, chupándome el labio inferior.

—Ese no es el tipo de placer que te voy a dar esta noche, Laura me estaba rechazando. Soy bastante estúpido. —Quiero que te entregues a mí, pensando sólo en mí, sin tener el juramento que hiciste ante Dios.

Cuando dijo eso, al principio quise dispararle en la cabeza e irme, pero después de unos segundos entendí lo que quería decir. No



OTROS 365 DÍAS

quería ser un amante. Quería ser el que yo amara. Presioné mi cabeza firmemente en la almohada y lo miré resignada.

Agarró una manta y nos cubrió con fuerza, y luego se quitó los pantalones y se acostó entre mis piernas otra vez. La consternación estaba pintada en mi cara, porque lo que estaba haciendo era completamente opuesto a lo que estaba diciendo.

—No voy a hacer el amor contigo hoy, voy a conocerte.

Le puse las manos en la espalda y le agarré las nalgas, y me sorprendí al descubrir que llevaba boxers.

—No me los quitaré, ni tú te quitarás los tuyos— una sonrisa radiante estaba bailando en su cara. —Conoceré tus deseos, pero el momento de satisfacerlos vendrá más tarde.

Se inclinó y empezó a besarme de nuevo, pero esta vez subió un poco el ritmo. Gemí sorprendida por este cambio de táctica y clave mis dedos firmemente en su espalda. Le hice un rasguño con mis uñas.

—Siento que te gusta un poco brusco, chica— me susurró y beso mis labios y sin saberlo froté las caderas contra su erección pegajosa.

—¿Pero brusco o muy rudo?— Preguntó, mientras apretaba su polla firmemente contra mi clítoris hinchado.

—¡Muy!— Grité y eché la cabeza hacia atrás, sintiendo su intenso movimiento.

Nuestros cuerpos se agitaban juntos, y las manos de Nacho me presionaban para que sólo la piel nos dividiera. Los dos estábamos acostados sobre nuestras manos mientras nuestros labios se encontraban de vez en cuando, para encontrar nuestros hombros, cuello, mejillas. Las abrasiones en sus caderas se volvieron más y más despiadadas y fuertes, tuve la impresión de que explotaría en un momento.

—Nacho,— le susurré, y él disminuyó la velocidad y me miró como si estuviera comprobando que todo estaba bien.



OTROS 365 DÍAS

—¿Y qué es lo que te gusta? Pregunté, lamiéndome un poco vulgarmente para provocarle. —¿Te gusta profundo?

Agarré sus caderas con mis manos y presioné mi grieta con firmeza.

—¿Profundo?

Una vez más, lo froté contra mí, y sus ojos verdes se empañaron.

Nunca antes había visto tal autocontrol en un hombre. Me emocionó, y al mismo tiempo traté toda la situación como un desafío. Solté sus nalgas con mi mano derecha y las deslicé bajo mis bragas de algodón. Dios, estaba tan mojado que la tela brillante definitivamente se volvió transparente. Jugué con mis dedos por un tiempo sin dejar de lado sus ojos ardientes, y luego saqué mis dedos húmedos y los puse en su boca.

—Siente lo que te estás perdiendo.

El hombre canario cerró sus ojos y los chupó, los mordió ligeramente, hasta que un fuerte gemido salió de su interior.

Con sus labios se pegó a los míos, y sus caderas empezaron a frotar con fuerza las mías. Me hizo el amor, fuerte e intensamente, sólo que no estaba dentro de mí. Aunque ni siquiera tuvo que hacerlo, porque casi sentí su pene volando todo mi interior.

—Cristo,— susurró y se detuvo, descansando su cara en el hueco de mi cuello. —Sueño con lamerte por todas partes, mimando cada centímetro de tu dulce coño. Dios, ¿a qué huele?— Gimió, y su cuerpo estaba temblando. —Amo y odio el poder que tienes sobre mí.

Se levantó y me miró juguetonamente.

—Tengo que ir a la ducha.

—¿Sólo te lo llevabas?— Entrecerré los ojos por sorpresa. Paso a través de mi... me besó en la nariz, levantándose. —En un momento estaremos juntos.

Lo sostuve cuando quiso escapar al baño.



OTROS 365 DÍAS

—Así será— Levanté las cejas con un hazmerreír y apreté mis muslos alrededor de sus caderas para inmovilizarlo. Seamos desagradables.

Yo me despegué, y él se congeló. Tenía una cara como la mía.

—De ninguna manera, pequeña.

Grité cuando me arrastró con él, me levanté y entré en el baño. Se paró en la ducha y abrió el agua helada. Grité, saltando de ella. Traté de huir, pero me sujetó, riéndose con su voz, y le cubrí los puños.

—Suéltame, psicópata— estaba gritando, y al mismo tiempo no podía dejar de reír, aunque el agua fría me quitaba el aliento.

—Nos hará bien a los dos si nos enfriamos.

En realidad, no fue la peor idea. Pero para que tenga sentido, nos lavamos, parados espalda con espalda. Salí primero y me envolví en una bata de baño, y luego mi vista se colgó en su trasero tatuado.

—No me daré la vuelta mientras estés ahí de pie,— dijo, inclinando ligeramente la cabeza hacia mí.

—No tienes que hacerlo, esta vista es mejor que la de enfrente—me reí sarcásticamente.

—¿Está segura?

En ese momento, se dio la vuelta, y un metro delante de mí, había una erección impresionante.

Abrí la boca para ver la polla más bonita y sencilla que he visto nunca. Una vez tuve la oportunidad de verlo, pero estaba colgando, e intenté no mirar. Ahora, sin embargo, no había tal fuerza que apartara mis ojos de ese milagro cuyo final era perforado con un arete. Gemí, y me mordí los labios sin querer. Nacho se apoyó en la pared con una mano y se rió.

—¿Y qué decías?— Me preguntó cuándo estaba tratando de salir del drama. —Siento como si ya estuvieras arrodillada ante mí en tu mente.

Se frotó con las manos el agua de su calva y se acercó a mí.



OTROS 365 DÍAS

Estaba tan cerca que su naturaleza desapareció de mi campo de visión. Me incliné decepcionada, e hice un puchero como una niña, y él alcanzó una toalla y me la envolvió alrededor de las caderas.

—A la cama— resopló con risa y me empujó hacia la puerta.

Esa noche no me hizo el amor de verdad, y para no tentar al destino, no me besó ni una vez. Estábamos allí hablando, riendo, jugando como niños y abrazándonos. Yo en camiseta y bragas, él en calzoncillos. Estaba claro cuando lo estaba abrazando. Cuando me desperté por la tarde, me hizo el desayuno, se sentó en su moto y me llevó al aparcamiento donde su gente dejó a mi Suka. Antes de que me pusiera el casco, me tomó la cara entre sus manos y me besó tan tiernamente que quise llorar.

—Siempre estaré cerca,— dijo, arrancando el motor del monstruo amarillo.

No me preguntó qué iba a hacer ahora o qué no iba a hacer. No pidió nada.

Me dio la oportunidad de conocerlo y desapareció.

Había vuelto a casa. En la puerta me encontré con un Damián enojado, que agitó sus manos y gritó, pero no me importó lo que tenía que decir.

—¿Lo llamaste?— Le pregunté cuando finalmente se quedó en silencio.

—No. Tu madre dijo que estabas a salvo y que no era asunto mío.

—Así es.— Sólo asentí con el dedo y camine hasta la entrada.

Tampoco hubo mucha discusión con mis padres. Klara Biel me miró a los ojos y suspiró, moviendo la cabeza. No era ella misma, sin preguntas, sin peticiones ni explicaciones, una sorpresa.



OTROS 365 DÍAS

—Sra. Laura, llegamos.— el capitán del cascaron de aire se inclinó sobre mí.

—Estoy lista.— Me arrastré, parpadeando nerviosamente.

Me puse gafas de sol en la nariz y bajé las pequeñas escaleras hasta llegar al final. Levanté la vista, y me acostumbre un poco a la luz, y vi a Massimo.

Mi esposo estaba parado en el auto y me sonreía. Con un fino traje gris claro y una camisa blanca, parecía loco y el suave viento le movía ligeramente el pelo. Sus fuertes y musculosos hombros fueron juzgados por su chaqueta perfectamente cortada, y sus largas manos, que sostenía en su bolsillo, le dieron confianza. Sentí que me faltaba saliva en la boca.

—Hola, nena.— Los ojos de Black se deslizaron por mi cuerpo, y mis dientes me mordieron el labio inferior.

Estábamos atascados así, mirándonos, pero ninguno de los dos iba a hacer un movimiento primero. Yo, porque estaba completamente confundida. ¿Y él? Sus ojos traicionaron el miedo a lo que yo haría si me tocara.

—Te llevaré a casa,— dijo, abriendo la puerta del coche para mí.

Dios, fue tan raro, tan oficial y sin emociones a primera vista. Su actitud hacia mí fue más conservadora que en los primeros días después de secuestrarme. Entré y él cerró la puerta, dio la vuelta al coche y tomó su lugar. Su seguridad nos llevó a la entrada de la terminal. Lo atravesamos y pasamos al Ferrari que estaba en la acera. "Es un Ferrari gay." Me reí en mi mente, recordando las palabras de Nacho. Pero cuando me acerqué, me di cuenta de que este no era uno de los coches que conocía. No podría haber sido un Ferrari, aunque sólo fuera porque su puerta se abría hacia arriba y no hacia el lado. Sorprendida miré a mi marido, que seguía sonriendo, esperando que me sentara.

—¿Nuevo?— Pregunté, mirando ese panqueque negro y brillante.

—Me aburría.— Massimo con su cara de listo se tocó los hombros.



OTROS 365 DÍAS

—Tu aburrimiento puede ser bastante caro, ¿eh?— Pregunté, entrando.

Don tomó el asiento del conductor y con un botón como el de la catapulta el motor se puso en marcha. Apretó el acelerador, y el *lamborghini* tiró hacia adelante con el poder que me golpeó en el asiento. Conducía como siempre con confianza, concentrado, pero a veces sentía que me estaba espiando. Pero no dijo ni una palabra. De repente vi que estábamos pasando el tramo de bajada y yendo hacia Messina. Tragué saliva más fuerte. No había estado en esa casa durante casi seis meses, desde el día en que vi por primera vez a Nacho en ella.

Massimo condujo hasta la puerta y aparcó, y me preguntaba si quería entrar.

—¿Por qué vinimos aquí?— Pregunté, girando mi cabeza hacia él.

—Quiero ir a la mansión, ver a Olga y descansar.

—Oli y Domenico se fueron a Ibiza para divertirse un poco, y yo tengo la única llave de la puerta, así que puedes considerarte secuestrada - levantó las cejas alegremente y abrió la puerta del espacio. —Y deja tu bolso dentro. No lo necesitarás.

Me miró.

—Especialmente el teléfono.

—¿Y si no quiero que me secuestren?— Le dije antes de que saliera del coche antes de que pudiera moverse y ayudarme.

—De eso se trata el secuestro.

Su tono tranquilo me asustó.

—Es retener a alguien contra su voluntad, cariño.

Me besó en la frente, o mejor dicho, tuvo que besarme con la boca, y se metió dentro.

Me golpee las piernas unas cuantas veces y borré docenas de maldiciones polacas, luego lo seguí.



OTROS 365 DÍAS

El interior se veía diferente de lo que recordaba, sin un gran árbol de Navidad parecía aún más espectacular. Black puso las llaves en el mostrador de la cocina y alcanzó una botella de vino.

—Alguien te está esperando.

Bajó dos vasos y sin soltar el vaso que tenía en la mano, cogió un sacacorchos.

—En el comedor— dijo con calma, y en su cara bailó una sonrisa.

Curiosamente, me moví hacia un lugar que sólo asociaba con el sexo, y salté. En un gran cojín junto a la mesa de madera había un perrito.

Camine y me incliné hacia una maravillosa y diminuta cosa, que a mi vista empezó a rodar después. Era la criatura más maravillosa que había visto nunca, parecía un peluche, un oso tan pequeño. Lo abracé y casi lloré de alegría.

—¿Te gusta?— Dijo Massimo, dándome un vaso.

—¿Qué si me gusta? Es maravilloso y tan pequeño, no mucho más grande que mi mano.

—Y depende completamente de ti, como yo.— La voz tranquila de Massimo había atravesado mi corazón.

—Si no lo cuidas, probablemente morirá. A mí me pasará lo mismo. Se arrodilló ante mí y me miró a los ojos.

—Moriré sin ti. Todos estos días...— Se peinó el cabello con las manos. —Lo que estoy diciendo,... horas, minutos, me sentí como...— Sus ojos estaban llenos de tristeza. —No puedo vivir sin ti y no quiero hacerlo.

—Massimo, esto es el colmo de la hipocresía.— Suspiré, abrazando a mi perro. —Me dejaste durante muchos días, muchos más de los que yo te dejé ahora.

—Sólo...— me interrumpió y me agarró la cara con las manos. —No fue hasta que me dejaste que me di cuenta de que te estaba



OTROS 365 DÍAS

perdiendo. Cuando ya no pude controlarte y no pude tenerte, me di cuenta de lo importante que eras para mí. Lo más importante.

Me dejó ir, y su cabeza cayó sobre su pecho.

—Lo arruiné todo, Laura, pero te prometo que arreglaré cada minuto malo de tu vida que has pasado por mí culpa.

Miré su cara triste y sus ojos humeantes. No había rastro del hombre que dejé atrás. No había brutalidad ni ira, sólo tristeza, cuidado y amor.

Dejé la bolita blanca y me senté en su regazo, abrazándolo. Me acercó aún más, como si quisiera esconderse en mi cuerpo, y apretó mis brazos tan fuerte que sentí cada músculo suyo.

—Pequeña,— susurró. —Te quiero mucho.

Había corrientes de lágrimas en mis mejillas. Apreté los párpados y al mismo tiempo vi a un feliz Nacho jugando conmigo. Lo vi besándome y abrazándome tiernamente. Todo el contenido de mi estómago llegó a mi garganta. ¿Qué es lo que mejor quería hacer? En ese momento agradecí a Dios la sabiduría del Canario que no me había permitido entregarme a él dos noches antes.

Puse mis manos en el pelo de Black y apoyé su cara contra mí.

—¿Cómo se llama?— Pregunté, y cuando vi que no entendía, señalé a la bolita. —El perro, ¿cómo se llama?

Massimo se enderezó y sonrió ligeramente, tomando a la mascota en sus brazos.

—No tiene un nombre todavía. Te estaba esperando.

Me hizo sentir muy triste al verlo. Mi gran y fuerte hombre abrazó a una criatura del tamaño de su mano.

—*Givenchy*,— le dije con confianza, y Black volteó los ojos. —Como la marca de mis queridos zapatos.

—Cariño— empezó serio, dándome a la bola blanca. —El perro debería tener un nombre de dos sílabas, para que sepas cómodo llamarlo.



OTROS 365 DÍAS

—¿Por qué debería llamarlo si siempre estará conmigo?— Pregunté, tratando de ocultar la diversión. —Así que Prada, como mi marca favorita de bolsos.

Massimo giro la cabeza y bebió un sorbo de un vaso.

—Pero Prada era un hombre, y esto es una perra.

—Olga solía tener un gato llamado Andrew, así que puedo tener una perra llamada Prada.

Besé una bolita blanca y ella empezó a retorcerse en mis manos.

—Ves, a ella le gusta.

—¿Cómo va la terapia?— Me atreví a preguntarle después de otra copa de vino e inmediatamente me mordí la lengua porque sabía que mi fragilidad podía hacer que se enfadara.

—No lo sé. Creo que deberías preguntarle a mi terapeuta.— Su tono era sorprendentemente suave. —Además, sólo han pasado dos semanas o cuatro reuniones, así que no espero milagros.

Lo recogió y desapareció en la cocina. Volvió unos minutos después con dos platos.

—Además, ya sabes, lo que he estado echando a perder durante más de treinta años no se arreglará en un momento. —Movié sus hombros. —María hizo una pasta de mariscos.

Puso los platos en el mostrador y puso uno encima.

—Vamos, ven a comer algo. Te vas a emborrachar tanto que tendré que cargarte.

—Se suponía que no debías beber— dije un poco demasiado acusadora cuando puso su vaso en la mesa.

—Ya no bebo— respondió divertido. —Es jugo de cereza y uva roja. ¿Quieres un poco?— Tomé su vaso en mi mano y le tome. Me sorprendió descubrir que no estaba mintiendo.

—Lo siento.— Me quejé. Me sentí estúpida.

150



OTROS 365 DÍAS

—Relájate, nena, te prometí que no bebería ni me drogaba. Es un pequeño precio a pagar para que vuelvas.

Me miró con sus ojos negros cuando dio otro mordisco.

—Y si quiero algo, siempre lo consigo al final. Esta vez también va a pasar.

Se enderezó, y su rostro adoptó una expresión inteligente.

Aquí está mi Don, fuerte, masculino, confiado y equilibrado. Esta vista me hizo retorcerme en la silla. No escapó a su atención.

—Ni siquiera lo pienses.— Susurró. —Ninguno de los dos está listo para ello todavía. Primero tengo que arreglarlo todo, y luego me llevaré lo que es mío.

El sonido de esas palabras y su significado hizo que un torbellino corriera por mi interior.

—Lo cual no cambia el hecho,— dijo Don, —de que sueño con entrar lentamente dentro de ti, sintiendo cada centímetro de tu estrecho coño.

Me tragué fuertemente el bocado que tenía en la boca.

Mi alma estaba en una nube tan oscura ahora mismo. Estaba revoloteando y peleando conmigo misma. Por un lado, respetaba su decisión y autocontrol, por otro lado, el desafío que me lanzaba era obvio, y él sólo esperaba que yo tomara la iniciativa.

—Estoy mojada— dije sin pensar, y su tenedor estaba golpeando el plato en un segundo.

—Eres cruel— suspiró, alejando la comida inacabada.

—¿No quieres sentir ese sabor, cariño?— Juguetonamente levanté una ceja, provocándolo.

Massimo se sentó delante de mí, me miró a los ojos con una mirada terriblemente negra, y sus dientes mordieron sin piedad su labio inferior y superior alternativamente.

—Necesitas refrescarte después del viaje. Tengo que trabajar.



OTROS 365 DÍAS

Apartó la silla de la mesa, tomó mi plato vacío y desapareció. Me senté aturdida y me impresionó la autodisciplina que había en ella.

—oh joder,— Deletreé, empujando hacia atrás la silla en la que estaba sentada con ímpetu. —Nadie quiere follarme, y de repente todo el mundo está bajo control.

Tomé a la bolita en mi mano y subí a nuestro dormitorio para ducharme todo el día.

Después de la ducha, vestida con una camisa de encaje y bragas, fui a buscar a mi ocupado marido. La elección de la ropa interior, por supuesto, no fue accidental. Estaba perfectamente consciente de lo que le gustaba a Don. No hay nada peor para una mujer que un hombre que dice que no la quiere o no puede poseerla. Entonces algo se despierta en nosotras que no tiene sentido para probarle que quiere y puede.

Sujetando a Prada en mis manos, caminé por los cuartos contiguos, al estudio, los cuartos de huéspedes, pero él no estaba en ninguna parte. Finalmente, fui a la cocina y puse a mi perro en el mostrador, sirviéndome otro vaso de vino. Por el rabillo del ojo vi movimiento en el jardín y me quedé paralizada. No vi seguridad en la casa, así que no era la gente de Massimo la que daba vueltas en la terraza. Quitó al perro de la parte superior porque tenía miedo de que si lo dejaba solo se cayera, y se movió lentamente hacia las ventanas.

En el césped blando detrás de la casa, mi marido, vestido sólo con pantalones sueltos, agitaba un palo. Su pecho y su pelo estaban mojados por el sudor, y cada músculo estaba apretado y cubierto de pequeñas venas. Lo que hacía era como luchar contra un enemigo invisible, un poco como tener una espada en la mano. Entré por la puerta, y mi blanco compañero corrió hacia él con las patas cortas.

—¡Prada!— Grité aterrorizada ante la idea de que Massimo le pisara sin querer.

Black se congeló, y cuando el perro corrió alegremente hacia él, lo agarró, lo levantó y vino hacia mí.



OTROS 365 DÍAS

—¿Así que no tendrás que llamarlo?— preguntó con una sonrisa inteligente, apoyándose en el palo.

Lo miré encantada, pensando en lo hermoso que era su cuerpo.

Mi libido me golpeó en la cabeza y me empujó hacia él.

—¿Qué es?— Apunté al palo cuando me dio el perro.

—oh, eso es un palo de pelea.

Se agarro el pelo con la mano, y sentí que su olor me golpeaba con la velocidad de un tren a toda velocidad.

—Volví a entrenar,— me silenció.

Giró el palo de madera unas cuantas veces.

—Es Jodo, una versión moderna de la esgrima japonesa, el arte de la autodefensa. Mira.— Hizo unos cuantos movimientos más con el palo mientras tomaba posiciones muy sexys. —Fue creado hace más de trescientos años a partir de una combinación de las más importantes técnicas de kenjutsu, es decir, el arte de la espada, el sojutsu...

Interrumpí su argumento extremadamente sexy pegando mis labios codiciosos a sus labios.

—Me importa una mierda lo que sea.— Estaba exhalando, y él soltó el palo y me agarró más fuerte.

—Puede que tengas algo más ahí,— gruñó, y sentí la ola de deseo fluyendo a través de mí.

Mi marido, mi frío mafioso, mi protector y el amor de mi vida, volvió a mí. Levantó mi cuerpo, lo plantó en sus caderas y se dirigió hacia la puerta. Suavemente puso al perro en el sofa y, sin interrumpir el beso, se dirigió hacia el dormitorio.

Estábamos como locos, nuestras manos seguían vagando alrededor de los cuerpos, y nuestras lenguas se movían a un ritmo loco. Cuando llegamos, Don se sentó en la cama, y estaba atrapada en su regazo. Con un movimiento seguro, me quitó la camiseta y se pegó



OTROS 365 DÍAS

a un pezón hinchado. Le tiré del pelo mientras se turnaba para chupar y morder.

—No puedo.— Me estaba dejando de repente. —No quiero hacerte daño.

—Pero quiero.

Salté de sus rodillas y le saqué los pantalones que ya se le habían caído de las caderas. Abrumado por la lujuria salvaje, casi los arranqué, y luego caí de rodillas, metiéndome su polla en la boca. Un grito salvaje salió de la boca de Massimo cuando, con avidez, me lo llevé al fondo de la garganta. Las manos de Black pasaron por mi cabeza y sus dedos me apretaron el pelo.

—Tienes que decírmelo.— Estaba exhalando. —Tienes que decirme si te duele. Tienes que decirme...

—Cállate, Don.— dije interrumpiéndolo y puse mis labios de nuevo en su hombría.

Lo absorbí con gusto, disfrutando cada centímetro de él que se deslizaba dentro de mí. Aunque mi marido controlaba el ritmo de sus movimientos de cabeza, era mucho más suave de lo habitual. Me sentí perfectamente cómoda controlándome y no renunciando a un momento. Lo dejé salir de mi boca, me levanté y me senté en los muslos de Don. Mis piernas lo apretaron en la cintura, me quité las bragas de encaje y me burlé de su pene duro.

Massimo se congeló con la boca abierta, haciendo un grito silencioso de sí mismo. No se movía, sólo miraba. Su pecho subía y bajaba mientras sus ojos se llenaban de deseo y horror vagando a mi alrededor.

—Quiero follar.— Estaba exhausto, agarrándolo por el pelo y tirando fuerte.

—No,— gruño.

Se dio la vuelta y sin dejarme, se acostó en la cama, cubriéndose. Ni siquiera se movió.



OTROS 365 DÍAS

—¡Massimo!— Le advertí con rabia, pero su mirada helada me atravesó.

—No,— dijo, haciendo su primer movimiento de cadera.

Eché la cabeza a un lado y gemí, sintiendo como si los lugares más sensibles se frotaran contra mí.

—Pequeña, por favor— susurró, moviendo sus caderas lentamente.

—No, Massimo.— Agarré sus nalgas y lo presioné para ir más profundo. —Soy yo, por favor.

Durante un tiempo me miró con sus ojos resignados como si se preguntara algo, y después de un tiempo me rompió brutalmente la lengua con su boca. Pero sus movimientos en mi coño eran todavía sutiles, casi indetectables. Pero sus labios me follaban como una ametralladora. Justo después de una docena de segundos sentí su cuerpo gruñendo y un géiser de esperma explotando en mí.

Massimo me arrancó la boca de los labios, escondió su cara en mi cuello y su cuerpo temblaba.

—¡Lo hiciste a propósito!— El tono acusador cortó el aire como un cuchillo de carnicero.

—Don, ¿cómo pudiste?!— Traté de despistarlo, pero me aplastó. Después de un rato, lo sentí temblar de risa.

—Pequeña.— Se levantó un poco y se apoyó en sus codos. —¿Qué puedo decir si así es como estás actuando conmigo?

Lo miraba enojada, pero después de unos segundos, su diversión también me hizo reír.

—Supongo que tendré que buscar a mi amante.— Le mostré mi lengua.

—¿Amante?— Preguntó, entrecerrando los ojos. —¿En esa isla? Me gustaría agradecerle su apreciación.

—Cuando lo encuentres, me gustaría conocer a la gente más valiente.

Se rió, me levantó y me tiró sobre su hombro.



OTROS 365 DÍAS

—Lo compensaré. Pero primero la ducha.— Me pegó en la nalga, llevándome al baño.

De hecho, me compensó lamiendo durante casi una hora y sirviendo una docena de orgasmos.



156

BLANKA LIPÍŇSKA

OTROS 365 DÍAS

CAPÍTULO 10

Los siguientes días los pasamos sólo nosotros dos encerrados en los mundos de nuestros desafíos. Él trató de no follarme, y yo traté a toda costa de provocarlo para que lo hiciera. Entrenó mucho. A veces incluso me preocupaba que le pasara algo, porque cada vez que sentía que se rendía ante mí, se escapaba para practicar. Como siga así, se convertirá en un culturista, pensé cuando se ponía sus pantalones de chándal otra vez. Fue una maravillosa noche cálida, incluso ideal para una apasionada cogida en el jacuzzi.

—De ninguna manera— grité, poniendo a Prada en el corral y masturbándome con la pierna de Massimo.

—¡Pequeña, déjala!— Massimo se estaba riendo, me había tirado al sofá. —Te vas a lastimar.

Me agarró las manos y finalmente las encerró entre las suaves almohadas.

—Nacho, basta.— Grité, y cuando el sonido de mi voz resonó alrededor, me congelé.

Las manos de Massimo se apretaron alrededor de mis muñecas con tal fuerza que después de un rato lloré de dolor. Literalmente aplastó mis huesos.

—Me dolió— susurré sin mirarlo.

Me dejó ir y se puso de pie. Salió al comedor, volvió después de un rato, agarró un jarrón con flores y lo presionó contra la pared.

—¿Qué has dicho?!

Sus gritos parecían un rugido, y toda la habitación se convirtió en una gran caja de resonancia. —¿Cómo me llamaste?— Estaba literalmente en llamas. Creí ver su ropa convertida en cenizas cuando el fuego salió de su cuerpo.

—Lo siento.— Gemí aterrorizada.



OTROS 365 DÍAS

—¿Qué pasó en Tenerife?

Cuando yo no respondí, se acercó a mí, me agarró los brazos y me levantó y mis pies dejaron de tocar el suelo.

—¡Responde a la maldita pregunta!— Lo miré a los ojos.

—Nada. No he mencionado nada. No pasó nada en Tenerife.

Me observó de cerca durante un tiempo, y cuando pensó que yo decía la verdad, me dejó ir. No solía mentir, y supongo que eso me mantenía fuerte. En Tenerife no pasó nada, pero en Polonia probablemente fue demasiado, ya que en momentos de felicidad y diversión mi mente recordaba al canario.

—¿Por qué su nombre?— Preguntó con mucha calma, apoyando sus manos en el estante sobre la chimenea.

—No lo sé. He soñado mucho con la Nochevieja últimamente.

Mi subconsciente probablemente aplaudía, escuchando esa mentira perfecta.

—Tal vez sea porque mi subconsciente aún está experimentando lo que pasó en las Canarias.

Me senté en el sofá, escondiendo mi cara en las manos, para que Massimo no pudiera ver la expresión de mi cara.

—Todavía está dentro de mí...

—Y en mí también— susurró y se fue hacia la terraza.

No quería seguirlo, tenía miedo. En primer lugar, tenía miedo de lo que dije. Ya era tan bueno, y lo había jodido todo en una palabra. Me pregunté por un momento qué debía hacer, pero no tenía fuerzas para otra confrontación. Así que cogí al perro y me fui al dormitorio. Me vestí y jugué un rato con Prada. Finalmente me dormí.

Me despertó un ladrido silencioso y chillón. Abrí los ojos, pero la luz de la noche me hizo cerrarlos de nuevo.

—Te ha follado.



OTROS 365 DÍAS

El sonido de las palabras habladas con calma me congeló.

—Admítelo, Laura.

Me volví hacia el lugar de donde venía la voz. Vi a Massimo desnudo girando un vaso de líquido ámbar en su mano. Estaba sentado en un sillón junto a una pequeña mesa con una botella vacía.

—¿Lo hizo como te gusta?

La siguiente pregunta hizo que mi garganta se apretujara como si alguien me estuviera asfixiando.

—¿Fue a todos los sitios? ¿Le dejaste?

El zumbido de su voz era tan aterrador que agarré al perro y lo abracé fuerte, pregunté:

—¿Hablas en serio?— En mis pensamientos, recé para que Dios me diera fuerzas para todo lo que pudiera suceder ahora. —Me insultas si piensas...

—Me importa una mierda lo que tengas que decirme.— Me interrumpió bruscamente. Se levantó y se acercó. —Y en un minuto, vas a tener que follarme.— Bebió y guardó el vaso vacío. —Y literalmente.

Me pasaron por la cabeza escenas de Lagos como en una película. No quería hacerlo de nuevo. Me agarre fuerte a la bolita, y me fui hacia la puerta. Lo dejé atrás. Corrí como una loca, escuchando sus pasos detrás de mí. Al mismo tiempo, se escuchaba un increíble estruendo por toda la casa. No iba a comprobar lo que pasara. Casi cayendo por las escaleras, corrí a la cocina y agarré las llaves que estaban donde Don las había dejado tres días antes. Corrí descalza hacia la entrada y me metí en el Lamborghini.

—No tengas miedo, bolita— susurré, tranquilizándome más a mí que al perro. Presioné el botón y presione el acelerador, seguí adelante.

El coche se adelantó, y me asusté por su poder. Entonces algo golpeó el vidrio. Vi que el semi-consciente Massimo estaba tratando



OTROS 365 DÍAS

de perseguirme. Me vinieron lágrimas a los ojos, pero sabía que si lograba sacarme de allí, me lastimaría tanto como se sentía. La puerta se abrió muy lentamente, y todo el tiempo, miré el espejo retrovisor, estaba golpeando nerviosamente el volante.

—¡Vamos, joder!— Grité, casi me golpeó la cabeza contra ella.

Cuando la grieta era lo suficientemente grande como para que un pancake negro la atravesara, con un chirrido de neumáticos, salí a la calle.

Miré el asiento del pasajero y vi mi bolso. Gracias a Dios que Massimo me dijo que lo dejara. Me metí dentro y saqué el teléfono del banco de energía. Estaba casi descargado. Marqué el número de Domenico y esperé. Esas fueron las tres señales más largas de mi vida.

—Entonces, ¿cómo estás?

Su voz sonaba feliz y despreocupada. En el fondo, también podía oír a Oli alegre, que se burlaba del auricular.

—¡Quiere hacerlo de nuevo!— Grité con pánico, aunque apenas podía hablar. —Me escapé, pero me persigue. Si manda gente a buscarme, me llevarán a él. Y lo hará de nuevo.

Domenico estaba silencioso. Estaba casi seguro de por qué. Estaba mi amiga con él que aún estaba convencida de que mi marido era perfecto.

—Dile que tengo problemas para conseguirle un poco de vino para la cena.

Domenico seguía en silencio.

—Díselo, maldita sea, y aléjate de ella.— La oí fingiendo ser graciosa, lanzando un texto preparado despreocupadamente. Oli estaba en silencio.

—¿Qué es lo que pasa?— Domenico gruñó al auricular.

—Se emborrachó de nuevo y trató...— me interrumpí. —Lo intentó de nuevo...



OTROS 365 DÍAS

Me estaba ahogando en llanto.

—¿Dónde estás?

—Estoy en la carretera de Catania.

—Bien, ve al aeropuerto, el avión te esperará. Entra y llamaré a la gente, porque si no está borracho e inconsciente, vendrá por ti.

Empecé a ahogarme con esas palabras.

—Laura, no tengas miedo. Yo me encargo.— Domenico trato de calmarme.

—¿A dónde voy a ir?— Grité con un rastro salvaje.

—Volarás aquí. Pero ahora déjeme hacer todo.

Yo corría, presionando los pedales con los pies descalzos, y mi compañero blanco lloraba en el asiento de al lado. Lo puse en mis rodillas, se acostó sobre ellas y se durmió después de un rato.

Cuando me senté en el avión, la chica del personal me trajo una manta, y me envolví con ella.

—¿Tenemos vodka?— Pregunté, sabiendo muy bien cómo me veía: descalza, en chándal y con el maquillaje borroso.

—Por supuesto.— Ella dijo, poniendo zapatillas desechables en el suelo.

—Limpio sobre hielo, con limón— susurré, y la chica asintió con la cabeza y sonrió de corazón.

No bebí alcohol fuerte, pero no todos los días mi marido intentó violarme. Cuando el vaso apareció frente a mí, primero tomé un sorbo de los sedantes que estaban en mi bolso, gracias a Dios, y tomé tres sorbos para absorber el contenido del vaso.



—¿Me dirás lo que pasó?— Domenico preguntó cuando abrí los ojos.



OTROS 365 DÍAS

—¿Dónde estoy?

Nerviosamente empujé mis pies fuera del colchón, tratando de levantarme.

—Cálmate,— se levantó de su silla y se sentó en la cama, sosteniéndome por los hombros.

Sus grandes y oscuros ojos me miraban con tristeza, y yo sentía desesperación. Incapaz de soportar la presión de las lágrimas, me arrojé a su cuello, y sus cordiales brazos me abrazaron.

—Hablé con él por la noche...— resopló burlonamente. —Bueno, tal vez hablé demasiado, pero por lo que entendí, era sobre Tenerife.

Me limpié los ojos en el edredón.

—Estábamos tonteando, y le dije "Nacho".— Bajé la cabeza y esperé el golpe, pero no vino.

Domenico se quedó en silencio.

—No sé por qué dije eso, en serio. Entonces me desperté en medio de la noche y estaba sentado en el dormitorio desnudo, borracho y probablemente drogado. Creo que había una bolsa de polvos en la mesa junto a él.

Levanté los ojos, atravesándolo con una mirada decepcionada y dolorosa.

—Quería violarme de nuevo.

Las lágrimas dejaron de volar porque el dolor reemplazó a la rabia.

Domenico no cambió su rostro, no movió los ojos. Es como si alguien lo colgara a tiempo.

—Joder.— finalmente gruñó, agachándose. —Tengo que volver a Sicilia. Ayer envié a los chicos a buscar a Massimo, demolió la casa— se agarró la cabeza, como si no hubiera creído en sus propias palabras. —Pero él es Don, es el jefe de la familia, así que no podemos encarcelarlo. Y cuando esté sobrio, se subirá a un avión y vendrá aquí. Entonces...



OTROS 365 DÍAS

—Entonces lo dejaré.— Terminé detrás de Domenico. —Se acabó.— Me levanté de la cama y me acerqué a la ventana.—Se ha acabado de verdad. Quiero el divorcio.— Mi voz era tranquila y firme.

—¡Laura, no puedes hacerle esto!

—¿No puedo hacerlo? Bueno, mira.— Me acerque a Domenico. —¿Cómo te imaginas mi vida con él después de todo esto? Descalza, con un perro bajo el brazo, me escapé de mi marido. Porque por suerte esta vez tuve la oportunidad de huir. Los viejos moretones apenas han sanado, y ya quería hacerme otros nuevos.

Gire la cabeza.

—¡No, no hay vuelta atrás! ¡Dile eso!— Agité las manos delante de la cara de Domenico. —Ni su dinero, ni el poder, ni esta puta mafia tuya va a impedir que me acompañe un tipo que me trata como a una bolsa de espermatozoides.

—Está bien.— Suspiro. —¿Pero sabes que no podré detenerlo si quiere verte? Además, deberías contarle tú mismo lo de la ruptura.

—Por supuesto que sí.— Lo confirmé con un asentimiento. —Se lo diré yo misma, pero a su debido tiempo. Por ahora, te doy argumentos para convencerlo de que me deje en paz por un tiempo.

—No sé si eso lo detendrá de nuevo.— Tenía la cabeza llena de incredulidad. —No creo que eso vuelva a suceder. Pero ya veremos.

Me dio un vaso de agua.

—Olga sabe que viniste aquí por tu pelea. Dile todo lo que quieras, no estoy involucrado.— Cruzó el umbral.

—La villa pertenece a la familia. Aquí tienes todo lo que necesitas. Olga sigue durmiendo. Asegúrate de que no quería matarme cuando se despierte.— dijo y desapareció por la puerta.

Me duché y encontré un catre abajo en la cocina. Dentro estaba Prada. Me arrodillé y abracé al perro para mí misma, agradeciendo a Dios que esta pequeña bolita aún estuviera conmigo. Me las arreglé



OTROS 365 DÍAS

para llevármelo, pero no sé cómo habría terminado esa noche para él si no lo hubiera hecho.

—¡Oh, Dios, qué lindo!

El chillido de Olga me levantó. Casi ahorco al perro por miedo.

—Dámelo, dámelo, dámelo, dámelo.— Olga movía sus piernas como una niña pequeña.

—¡Pero eres un estúpida!

Le di el perro y me senté en el taburete, mirando cómo lo abrazaba.

—Y ahora no intentes empujar la conversación hacia mí, sólo dime qué está pasando.

—Quiero el divorcio.— Suspire. —Y antes de que empieces a hablar de ello, escucha lo que voy a decirte.

Olga puso el perro en el corral y se sentó a mi lado.

—Fui a Polonia porque Massimo...— Una vez más, esa palabra no pudo pasar por mi garganta. —Luego en Lagos...— Volví a tartamudear. —Estaba drogado y borracho, y yo volví del banquete un poco tarde y entonces él...— Respiré profundamente. —Me violó.

Olga se congeló.

—Sé cómo suena...— dije —... finalmente estamos casamos. Pero cuando se hace de forma brutal y contra tu voluntad, lo que sea que se mire, es una violación. Algunos de los moretones no me salieron hasta hoy. - Me encogí de hombros. - Ahora que estaba de vuelta en Sicilia, todo era maravilloso, genial, incluso diría que perfecto, hasta que le dije "Nacho"...

—¡No puedo creerlo!— gritó, y luego resopló. —¿De qué estás hablando? ¿Realmente lo jodiste?

—Oye, ¿en serio? ¿Eso es todo lo que te asustó?

—Ya sabes...— empezó poniendo una cara estúpida. —No entiendo cómo algo como una violación en una relación puede ser. Pero por



OTROS 365 DÍAS

supuesto que te oigo hablar conmigo. Y lo entiendo. Pero ese texto estaba debajo del cinturón.

—Lo sé, pero se rompió. Me divertí tanto con eso en Polonia...

—¿Qué?— Olga rugió de nuevo, y yo salté al taburete del bar. —¿Estaba el español en Polonia?

—El hombre canario— balbucee resignada. —Esta historia es más larga de lo que crees.

Olga me miró como si de repente me hubiera caído de la luna.

Suspiré.

—Está bien, te lo contaré todo.

Así que tuve que darle una imagen de mi colorida vida de nuevo. Cuando terminé de hablar de lo de anoche y empecé a justificar la inminente partida de Domenico, Olga me interrumpió.

—La situación es la siguiente,— dijo, y yo pensé: *"Oh, aquí está de nuevo la hada Cassandra"*. —Tu marido es un impulsivo, brutal e incalculable drogadicto y un alcohólico...

No estaba del todo convencida.

—...y Nacho es un seductor, gentil y colorido secuestrador.— Tomo un sorbo de café. —Tu historia es muy unilateral, ¿lo sabías? Ya no quieres estar con Massimo y no me sorprende. Pero recuerda, él fue así una vez.

Las comisuras de la boca de Olga se hundieron. Puso una cara de pena.

—¿Recuerdas cuando viniste a Polonia y me hablaste de él? Tu corazón se volvió loco entonces, Lari, y hablabas de Massimo como si fuera un dios en la tierra. No olvides que conocemos mejor a la gente en situaciones de crisis.

Ella tenía razón. Yo no conocía a Nacho, y no podía estar segura de que sus demonios no se hicieran cargo a tiempo. Después de todo, durante más de seis meses no sospeché que mi marido era capaz de hacerme daño y hacerme huir de él.



OTROS 365 DÍAS

—Lo estoy superando, Oli.— Apoyé mi frente contra la tapa de cristal.

—No tengo más fuerzas.

—Y tú, joder. Mira donde estamos.— Abrió los brazos y giró sobre su eje. —Un paraíso de fiestas y una villa impresionante, coches, barcos, motos de agua y sin protección.— estaba señalando con el dedo. —Somos libres, hermosas y casi delgadas.

—Tú, supongo.— Me estaba riendo. —Estoy tan delgada que me duele el culo. ¿Por qué no hay protección?— pregunté.

—Ya sabes.— Oli levantó la ceja. —Domenico es mi protección en sí mismo. Además, no es tan sensible como Massimo.

Recuperó el aliento para decir otra frase, pero en ese momento mi teléfono cargado en el mostrador empezó a vibrar.

—Es él.— Tenía miedo de mirar a Olga.

—Y lo que te excita y hace que esos ojos sean tan... Es como si estuviera a punto de saltar de ese teléfono.

Silenció la campana, pero la pantalla siguió parpadeando.

—Lari, es sólo un tipo. Si quieres, desaparecerá de tu vida como todos los demás. Ni él primero ni él último. Y además, si no quieres, no contestes.

—¡No quiero!— dije al presionar el botón rojo. —Tengo que ir de compras porque volé hasta aquí en pijama.

En ese momento, el teléfono sonó de nuevo, y yo, suspirando, rechacé la llamada.

—Y ahora va a estar así todo el día.— Dejé caer la llamada.

—Soy una hada madrina, y te sacaré del camino.— Oli tomó el zumbido de nuevo y lo apagó.

—Tadam!— llamó alegremente, dejando el teléfono. —Ahora vamos. Vamos a vestirnos y a irnos. Estamos en la capital de la



OTROS 365 DÍAS

fiesta de Europa, es un tiempo hermoso, el mundo está esperando!— gritó y me tiró, casi golpeando mis dientes contra la tapa de cristal.

El hecho de que no tuviera ni un par de bragas conmigo no hizo ninguna diferencia. Siempre podría caminar sin. Pero el hecho de que no tuviera ni un par de zapatos ya era un drama. Por suerte, Oli usaba la misma talla que yo, así que al final pude ver los putos alfileres blancos de Giuseppe Zanotti en su colección. Me sentí aliviada al suspirar, eligiendo pantalones cortos de cintura alta a juego, revelando la mitad de la nalga y un top suelto sobre el ombligo. Agarré una bolsa de luz de Prada y unos minutos después estaba lista para ir con el perro en la mano.

—¿Eres Paris Hilton?— Me preguntó a Olga entre risas, tomando las llaves del auto en su mano y señalándome. —Ese es el tipo de estilo de celebración al que has renunciado... Y ese perro.— Se estaba riendo.

—Oye, ¿qué hago con la bolita? ¿Dejarlo?— lo miré —Se aburrirá. Y comprar con nosotros es un placer, incluso para un perro. Me mordí el labio y empujé la puerta.

Toda la villa era completamente diferente de la mansión donde vivíamos en Taormina. Formas modernas y afiladas, el vidrio dominando en todas partes y la esterilidad como en un quirófano. No se trataba de colores acogedores. Blanco, azul frío y gris por todas partes. Un gran salón abierto daba a la terraza, de la que estaba separada por una pared de cristal. Más adelante sólo había una pendiente empinada y el mar. Frente a la casa sólo había palmeras, grava blanca y un Aston Martin DBS Volante Cabrio rojo sangre.

—No me mires así— dijo Oli cuando volteé los ojos para ver su siguiente coche extremadamente ostentoso. —Todavía tenemos un martillo. ¿Prefieres conducir una caja de gofres?— Ella asintió con la cabeza hacia el monstruo negro aparcado más lejos, y yo me agaché con asco y corrí hacia la puerta del pasajero.

—¿Sabes cuál es la ventaja incuestionable de este coche?— Me preguntó cuándo estaba sentada en la tapicería de cuero



OTROS 365 DÍAS

blanco. —Mira.— Señaló un tablero muy simple, elegante y sin complicaciones. —Es un coche, no una nave espacial, no un avión con un millón de botones. Es un coche que va a ser envidiado por todas las mujeres.

Me sorprendió ver qué tipo de tiendas se abrían en esta pequeña isla. Todo lo que necesitaba estaba a la mano, y mi remordimiento diario por malgastar el dinero de mi marido se fue volando como el humo de un cigarrillo de Olga.

Bañadores, túnicas, zapatillas, gafas, bolsas de playa, y luego zapatos y vestidos. Victoria's Secret, Chanel, Christian Louboutin, Prada - donde la bolita decidió marcar la zona haciendo pis - Balenciaga, Dolce & Gabbana, donde compré probablemente todos los modelos de jeans disponibles.

—No cabrán. — Olga giro la cabeza, empujando el baúl cuando un joven apuesto vestido de marinero llevaba sus últimas maletas. —Tenías que tomar el tanque.

—Me dejé llevar.— Me encojé de hombros.

—Pero tengo la impresión de que lo hiciste con rabia y premeditación. Como si a Massimo le importara cuánto gastaste. Ni siquiera se dará cuenta.— Se puso las gafas en la nariz. —No tiene sentido.

—No tiene sentido joder esa cantidad de dinero para ropa y zapatos.— La encontré nerviosa, nerviosa.

—Me estás tomando el pelo. ¿Tu? ¡No! ¿Entonces qué te importa?— Oli se sentó al volante. —Creo que si compraras un jet, tal vez le interesaría. Pero no porque sea caro, sino porque tú tendrías el tuyo.



OTROS 365 DÍAS

Fuimos a casa y desempacamos las compras. Más tarde establecimos un plan de acción y unos minutos después agrupamos nuestras fuerzas frente a la puerta de la terraza.

—Ah, aventura— grité, corriendo hacia la playa, donde en una pequeña bahía había motos de agua estacionadas y una lancha.

—No recuerdo la última vez que estuviste así,— dijo Oli, poniéndose un chaleco.

—Yo tampoco, y es una sensación muy agradable, así que no voy a cambiar mi estado de ánimo.

Encendí el motor de la moto y me adelanté, y ella corrió detrás de mí.

Estábamos tonteando y nadando a lo largo de la costa, observando a la gente semidesnuda. En la Ibiza pasada de moda, no era para estar a la moda, para estar pálido o tener bikinis bronceados. Casi todos aquí eran hermosos, drogados y muy borrachos, algo maravilloso. Se divertían mucho, como si el mundo entero hubiera dejado de existir, y sólo la fiesta era importante. En un momento dado nos dejamos llevar por el mar y nos detuvimos a unos cientos de metros de la playa para mirar el agua. Las motos se agitaban debajo de nosotros, y yo quería que el tiempo se detuviera.

—¡Hola!— gritó una voz masculina. Entonces me llegó un torrente de palabras incomprensibles.

—En inglés, por favor,— dije, cubriéndome los ojos del sol. Varios españoles venían a nosotros en un barco a motor de varios metros de altura.

—Oh Cristo,— Olga se quejó cuando vimos a seis hombres guapos calzoncillos.

Sus cuerpos musculosos y bronceados, engrasados con aceite de oliva, actuaban casi como un espejo que reflejaba el fuerte sol. Los pantalones de color estaban enmarcando las diminutas y entrenadas nalgas, y sentí que involuntariamente me lamía a esta vista.



OTROS 365 DÍAS

—¿Se unirán a nosotros?— Uno de ellos preguntó, inclinándose por la borda.

—Nunca en mi vida.— Olga aterrorizada gruñó bajo sus narices.

—Por supuesto— les grité, sonriendo ampliamente.

—¿Y con qué se supone que nos uniremos exactamente? Idiota,— mi amiga me amonestó con una delicadeza innata. —Después de todo, estoy a punto de casarme.

—No te obligo a que te los folles...— respondí, no dejando al español fuera de la vista. —¿Y qué?— Cambié mi idioma al inglés y miré seductoramente al chico guapo.

—El Hotel Ushuaia— dijo el nombre. —A medianoche. Hasta luego.

El barco se adelantó y me volví con una sonrisa feliz hacia Oli, que venía lentamente hacia mí como una nube de granizo.

—¿Follaras con el resto de ellos?— Me golpeó con las manos abiertas y me caí al agua.

—¿Qué?— pregunte, riendo y subiéndose a la moto de agua. —Se suponía que nos íbamos a divertir. ¿Querías hacerlo tú mismo?

—Domenico me matará.

—¿Lo ves aquí en alguna parte?— hice un círculo alrededor de nosotros con mi mano. —Además, está ocupado calmando a su furioso hermano. De todas formas, si pasa algo, me echarás la culpa de todo.

Hice una cara estúpida y me puse delante.



Antes de la cena, decidí tomar una siesta. Cuando me desperté, ya estaba oscuro. Bajé a la sala de estar donde Olga y la bolita estaban viendo la televisión.



OTROS 365 DÍAS

—¿Sabías que puedes ver la televisión polaca en cualquiera de nuestras casas y apartamentos?

—¿Qué tiene de extraño?— Pregunté, sentándome a su lado. Todavía estaba confundida por el largo sueño. —Me sorprendería si fuera diferente.

—¿Y sabes cuántas de estas propiedades tenemos?— Se volvió hacia mí cuando estaba en el sofá blanco para tener un poco de sentido común.

—No tengo ni idea. Y para ser honesta, ya no me importa.

Estaba mirando fijamente la televisión.

—Olga, sé que no crees en lo que te dije.— Me levante. —Pero realmente quiero separarme de Massimo.

—Lo entiendo, pero tampoco creo que se lo tome tan fácil.

—¿Tenemos alcohol?— Cambié de tema al caerme de espaldas y mirarla fijamente.

—Claro, sólo dime para cuándo.

—¡Ahora!

Después de dos horas y una botella de Moët Rose estábamos listas. Conocía Ibiza sólo por las historias e información de Internet, pero eso me bastaba para saber que aquí no había nada exagerado y que el color es el blanco. Así que aposté por el traje del proyecto Balmain en este color y los tacones Louboutin. Mi traje, aunque se llamaba traje, tenía poco que ver con eso. El corte frontal afilado se asemejaba más bien a un bikini con un trozo estrecho de tela pegado a los pantalones. La espalda, por otro lado, daba la ilusión de que yo estaba en toples. Era una combinación perfecta para mi pelo largo, casi negro, que lavé y alisé. El maquillaje súper negro me dio un efecto depredador y los labios neutros tonificaron todo. Olga, por otro lado, decidió ponerse un corto vestido de lentejuelas color crema que apenas le cubría el trasero y le dejaba completamente al descubierto la espalda, arrugándose maravillosamente sobre sus nalgas.



OTROS 365 DÍAS

—El coche estaba esperando.— ella gritó, haciendo la maleta.

—¿Aparentemente no tenemos protección?

—Bueno, no lo tenemos, pero cuando Domenico se enteró de que nos íbamos, me dio un ultimátum. Así que tuve que prometer que no tomaría un taxi.

Sólo intentaba mostrar mi aprecio, respetando su preocupación y su deseo de darnos espacio.

—Pero he oído que nadie nos va a vigilar dentro.— Olga me miró. — Aparentemente.

Cientos o más bien miles de personas pululaban frente a Ushuaia, tratando de entrar. Nos acercamos a la entrada VIP. Olga le dijo algo a un hombre que estaba allí, y otro nos llevó a una caja blanca.

Una multitud increíble. Nunca he visto nada como esto antes. La gente estaba literalmente llenando cada pieza de la pista de baile. Subconscientemente le agradecí a Dios por el dinero de mi esposo, porque me permitió quedarme aquí a salvo. Mi claustrofobia, desafortunadamente, incluía a la multitud. Así que si me meto en esto, el ataque de pánico se taponaría. Pedimos una exorbitante botella de champán y la pusimos en un suave sofá.

—No creo que nos conozcan...

Mi corazón se detuvo y el champán que me entró en la boca unos segundos antes roció toda la mesa. Me ahogué y lo escupí como un géiser.

—Hola, soy Nacho,— dijo el canario, inclinándose hacia Olga.

—Hola, jovencito.

Estábamos sentadas cuando se sentó tranquilamente a mi lado y mostro sus blancos dientes.

—Te dije que estaría por aquí.

Después de una docena de segundos, seis personas guapas aparecieron en nuestra mesa, y casi me desmayo al tomar el relevo.



OTROS 365 DÍAS

—Se conocieron en el agua.— Nacho sonrió, señalando a los que nos están olfateando. Asintió con la cabeza a la camarera y después de un rato el licor no cabía en la mesa. —Hueles muy bien— me susurró al oído cuando su mano se puso en el respaldo detrás de mi cabeza.

Creo que si alguien del otro lado estaba viendo toda la escena, estaba convencido de que éramos estúpidas o que habíamos tenido un derrame cerebral. Sin una palabra y con la boca abierta, miramos toda la escena, incapaces de comprender lo que realmente estaba sucediendo aquí.

Le di la espalda al canario.

—Te preguntaría qué haces aquí, pero tu inesperada aparición en la puerta de al lado ya no me sorprende.— Intenté ser seria y fingir estar insatisfecha. Nacho parecía como si estuviera siendo arrastrado por la alegría. —¿Pero tal vez puedas decirme, si no me están siguiendo?

—Lo estan,— dijo, sin cambiar la expresión de su rostro, y me quedé helado de horror. —Pero esta vez es mi gente la que te protege.

Abrió los ojos más de lo normal y se asomó las cejas.

—Si me permiten interrumpirlos...— Olga se había inclinado hacia nosotros. —Sabes que nos van a joder mucho por lo que está pasando aquí.— Apuntó sus manos a la mesa y a todos los hombres que jugaban en ella. —Cuando Domenico se entere...

—Está volando hacia aquí.— Nacho dijo todavía divertido, y casi me muero de un ataque al corazón. —Sam.— Me miró de forma significativa. —Pero acaba de irse, así que tenemos unas dos horas más.

—¿Estás seguro?!— Oli gritó y miró a los ojos a Nacho. —Si me ve con esos gángsteres españoles, romperá el compromiso.— Agarró su bolso y se levantó. —¡Vámonos!



OTROS 365 DÍAS

—Las Islas Canarias.— Lo corrigió y se lo tomó con calma. —El coche te llevará a donde quieras, pero Laura se queda conmigo.

Olga abrió la boca para decir algo, pero no lo logró, porque Nacho se levantó, le tomó la mano y le besó la mano.

—Estará a salvo, incluso más que con los sicilianos, porque es una isla española.

Se miraban, se medían la vista, y me preguntaba si tenía algo que decir aquí. Después de un tiempo, sin embargo, decidí que no me importaba esta incapacitación y cerré la boca prematuramente. Olga se ablandó cuando el hombre calvo le dio una sonrisa radiante. Se sentó.

—Creo que tomaré un trago. Supongo que tengo que— ella murmuró, sin perderle de vista. —¿Y tú?— Se inclinó hacia mí y cambió su idioma al polaco. —Sé que estás enfadada con Massimo por lo que intentó hacer hace dos días, pero...

—Jesús,— suspiré porque sabía que Nacho entendía cada palabra que decía.

—¿Y qué intentó hacer?— El canario preguntó seriamente, y el sonido de mi lengua materna en su boca congeló a Olga.

—¡Oh, joder!— Apoyó su espalda contra el respaldo y se echó un vaso casi lleno. —Habla polaco.— Me miró, y yo estaba sonriendo, con los ojos clavados en la mesa, asentí con la cabeza afirmativamente.

—¿Qué quería hacer?— Un sonido arremolinado y enojado se me metió en el oído izquierdo. —Chica, te estoy hablando.

Cerré los ojos y escondí mi cara en las manos. No quería hablar, y ciertamente no sobre ello.

—Creo que me voy a ir. Tengo que ducharme. ¿Puedes manejarlo?— Le preguntó Oli, tratando de escapar. No reaccioné. —Vale, ya sé que estás a salvo. Bueno, entonces me iré a la mierda. Adiós.



OTROS 365 DÍAS

Cuando levanté los ojos, ella se había ido. Dos de los seis camaradas de nacho también desaparecieron. Traté de fingir que no estaba aquí, pero en cuanto expuse mi cara, me agarró suavemente de la mandíbula y me miro.

—Chica, ¿vas a decir algo?— preguntó, y sus ansiosos y enfadados ojos verdes examinaron mi cara.

Sólo había una cosa que podía hacer para que dejara de preguntar. Extendí las manos, le agarré las mejillas y lo atraje lentamente hacia mí, besándolo suavemente.

La reacción fue instantánea: me agarró por la cintura y me empujó hacia sí, pegándose apasionadamente a mis labios con su boca. Su hábil lengua se deslizó dentro cuando la abrí más, dándole el silencioso permiso de profundizar en lo que empecé. Después de un tiempo, se separó de mí y apoyó su frente contra mí.

—Fue un buen intento, pero de ninguna manera...— dijo seriamente.

—Hoy no, por favor.— Suspire. —Quiero emborracharme, jugar y no pensar.

Lo miré.

—¿O sabes qué? Quiero que te emborraches.

Sus sorprendidos ojos verdes me miraban fijamente.

—¿Qué?— Se rió a carcajadas y puso las manos detrás de la cabeza. —¿Para qué?

—Déjame explicártelo en otro momento. Pero prométeme que te emborracharás.

Mi tono implorante y desesperado le sorprendió. Pensó durante un tiempo hasta que finalmente me cogió la mano.

—Bien, pero no aquí.— Subió y le dijo algo a los hombres que jugaban al lado, y luego me sacó del club.

Casi corrió, allanando el camino para nosotros, y sus dedos entrelazados con los míos dieron una sensación de seguridad.



OTROS 365 DÍAS

Dejamos el hotel y nos subimos a un anguloso jeep aparcado en la calle. Fue la primera vez que vi a un canario que no conducía solo.

—¿A dónde me estás secuestrando?— Pregunté un poco sin aliento.

—Primero iremos a la Villa Torricelli, y luego te daré un paraíso privado y a mí borracho.

Sonreí al oír estas palabras y me apoyé en el asiento. Mi plan era simple: emborracharlo hasta tal punto que no tuviera ni idea de lo que hacía y de lo que le pasaba, y luego sacarlo de balance y ver qué pasaba.

Me arriesgué bastante, pero como mi madre solía decir, las palabras borrachas son pensamientos sobrios. Y tenía que averiguar a toda costa si estaba cometiendo el mismo error de nuevo. Además, el champán que bebí antes me dio la fuerza que necesitaba, así que me sentí al menos como un Power Ranger amarillo.

—Por favor,— dijo, dándome una botella de agua. —Si voy a estar borracho, debes estar sobria. Si al menos no estás sobria, podemos hacer el ridículo, lo que ambos lamentaremos. Al oír esto, obedientemente tomé líquido de él y me emborraché. Caí en la villa como una tormenta y pasé por la desconcertada Oli,

Corrí al dormitorio para cargar cosas al azar en la bolsa.

—¿Qué es lo que haces?— Preguntó, de pie en el umbral.

—Joder... Es demasiado pequeño. Dame tu maleta. —Grité y empecé a elegir las cosas con más cuidado.

No era Massimo, era un surfista de color, no creo que necesite tacones Louboutin. Recogí mis trajes de baño, pantalones cortos, túnicas y cientos de otras cosas, y la curvada Olga puso una gran maleta delante de mí.

—¿Estás segura de que sabes lo que estás haciendo?— Preguntó con cuidado.—Si no lo averiguo, no lo sabré.— Me abroché la cremallera.



OTROS 365 DÍAS

—Hey.— Corrí hacia la puerta, tirando de un equipaje gigante. —¿Qué debo decirle a Domenico?— Oli me gritó.

—Que lo dejé. O inventa algo, improvisa.



177

BLANKA LIPÍŇSKA

OTROS 365 DÍAS

CAPÍTULO 11

El barco navegaba muy rápido, pero no me importaba en absoluto lo que pasaba a su alrededor.

Nacho estaba conmigo. Un chico de colores me abrazó con su brazo y me abrazó fuertemente. La noche era maravillosa, la desaparición de las luces de la isla hizo que las estrellas en el cielo fueran casi accesibles. Después de un tiempo, otra tierra inactiva en la oscuridad apareció en el horizonte.

—¿Adónde vamos?— Pregunté, metiéndole los labios en la oreja.

—A Tagomago, una isla privada.

—¿Cómo puede una isla ser privada?— Le pregunté, y él se rió y me besó en la frente.

—Ya lo verás.

La isla era en realidad privada y sólo había una casa, o mejor dicho una finca. Hermosa, lujosa y con todas las comodidades. Entramos y detrás de nosotros había un hombre, el mismo que primero fue nuestro conductor y luego el capitán de una lancha.

—Iván— se presentó, guardando mi maleta. —Estoy protegiendo a este chico.— Apuntó con su mano a Nacho, que estaba encendiendo la luz sobre la piscina. —Y ahora tú también, porque Marcelo me ha dicho hoy lo que quieres de él.

Me quede inmovilizada. ¿Se suponía que me protegería porque quería que el calvo se emborrachara?

—Matos no bebe demasiado. Quiero decir, él bebe... Supongo que nunca lo eh visto borracho, y conozco a este hombre desde que era un niño.

Era muy posible porque Ivan tenía más o menos la edad de mi padre. Su pelo y su piel bronceada le dieron años, pero había algo en sus



OTROS 365 DÍAS

ojos azules que hizo que no me fijara en su edad. No era muy alto, más bien de mediana estatura, pero a juzgar por sus bíceps que sobresalían de debajo de su camisa corta, estaba bien entrenado.

—Aquí tienes.— Me dio un llavero que parecía las llaves del barco. Sólo tenía un botón. —Es un dispositivo de pánico. Es una alarma. Cuando presione el botón, oiré un sonido.

Lo presionó, y hubo un terrible chillido de la caja que tenía en la mano.

—Es suficiente.— Lo apagó. —Si algo pasa, sólo presiona el botón, estaré allí. Buena suerte.— Se dio la vuelta y se fue.

Estaba parada ahí mirando el llavero y preguntándome si tendría que usarlo. El recuerdo de escapar de la ira y la borrachera de Massimo, mi saliva no quería pasar por la garganta... Pero no fue por él.

—¿Lista?— Nacho preguntó, de pie delante de mí con una botella de tequila y un tazón con limones. —¿Dónde lo hacemos?— Preguntó divertido, y sentí algo como nerviosismo.

—Tengo miedo.— Susurré.

Puso el tazón y la botella en una mesa pequeña, luego me atrajo hacia sí, se sentó y me puso en su regazo.

—¿De qué tienes miedo, pequeña? ¿De mí?— Gire la cabeza.

—¿O de ti misma?

Y si lo hacia de nuevo.

—¿Y bueno?— me interrumpió.

—Temo que me decepciones.— Susurré.

—Eso es lo que me temo. Nunca me eh emborrachado tanto como esperas. Vamos.

Me senté junto a la piscina, en un banco bajo, y él puso una botella, limones en la mesa y se fue. Volvió después de un tiempo con una botella de cerveza sin alcohol para mí y un salero.



OTROS 365 DÍAS

—Hazlo— dijo y bebió el primer vaso. Presionó un cuarto de limón entre sus dientes. —¿Ivan te dio una alarma?

Estaba asintiendo con la cabeza —¿Aquí está?

Sus ojos sonrientes me miraban de forma provocativa.

—¿Por qué lo necesitaría?— Pregunté, girando la caja en mis manos.

—No es por nada, en realidad, pero pensé que si lo pasas mal por el alcohol, te sentirás mejor.

Bebió otro vaso.

—¿Quieres decirme de qué estaba hablando tu amiga?

Pensé por un minuto, finalmente me levanté y fui a mi maleta.

Nacho no me siguió, sólo se sirvió otro vaso.

Sí, en realidad, estaba en la isla y sólo había una casa aquí, pensé.

Entonces, ¿a dónde iría corriendo?

Saqué mis pantalones cortos y mi camisa de mi maleta, y cuando me vestí, volví y me senté justo delante de él.

—Lo haré, pero no ahora. Ahora te veré beber.

Nos sentamos y hablamos. Esta vez sobre mí. Le hablé de mi familia y de por qué no me gusta la cocaína. Le dije que me gustaba bailar, pero cada minuto veía sus ojos cada vez menos verdes y más nublados. Su voz era más lenta y más galimatías, y tuve la impresión de que alguien me había tirado una piedra al estómago.

Luego empezó a cantar en español. Sabía que nos acercábamos al punto en el que podría necesitar el botón.

Nacho ya estaba entretenido, y finalmente se cayó en el sofá y desde allí me apuñaló medio consciente. Estaba balbuceando incomprensiblemente, así que pensé que había llegado el momento. Lo dejé un momento, diciendo que iba a buscar agua, y fui a la cocina, donde su teléfono estaba en el mostrador. Encendí la cámara y empecé a grabar.



OTROS 365 DÍAS

—Nacho, lo siento por lo que voy a hacer ahora, pero necesito saber cómo te comportarás cuando trate de hacerte enojar después de beber. Sé que es un pésimo intento, pero cuando estés sobrio, te diré por qué lo hice. Mírate.

Giré el teléfono hacia un canario borracho.

—Dijiste que no sabes cómo te ves después de beber. Bueno, ahora sí.— Sonreí. —Y recuerda, todo lo que estás a punto de escuchar es una mentira.

Volví con él, le ayudé a sentarse y me senté en su regazo. Olía a alcohol y a chicle.

—Hazme el amor— le susurré y empecé a besarlo suavemente.

—De ninguna manera...— estaba girando la cabeza. —Me emborrachaste y quieres usarme.

Alcancé con mi mano la cremallera de su pantalón, pero él la agarró y la sostuvo.

—Por favor, déjalo.— Balbuceó. Su cabeza se balanceaba a los lados y sus párpados caían cada vez más.

—Si te digo lo que pasó en Sicilia, ¿lo harás?

En ese momento, sus ojos se abrieron de repente, y una mirada verde me penetró.

—Habla,— gruñó, lamiéndose la boca.

—Mi marido me folló tan fuerte, tan fuerte, que me venía cada pocos minutos.— Mentí y le agradecí a Dios que mañana Nacho no se acordará de nada. —Me tomó como un animal y yo le pedí más.

Su cara estaba inmóvil, y me soltó las manos. Sentí mi corazón galopar. Bajé de él, mirando el botón de pánico que estaba en la mesa. El hombre canario me miraba fijamente, esperando que yo continuara.

—Me entregué a él, y me tomó como quiso.

Lo sentí en cada lugar de mi cuerpo.



OTROS 365 DÍAS

Mis manos se metieron entre sus piernas. Empecé a acariciar suavemente.

—Todavía puedo sentir su gran polla. Nunca lo igualarás, Nacho. Ningún hombre puede enfrentarse a mi marido.

Me he chivado a un chivato.

—Cada uno de ustedes comparado con él no son nadie.

Agarré su cara con mi mano, apretando mis dedos y girándola hacia mí para que pudiera mirarme.

—Nadie, ¿entiendes?

Sus mandíbulas estaban apretadas, y sus rasgos faciales afilados eran casi triangulares. Respiró hondo y apoyó los codos contra las rodillas, inclinó la cabeza. Esperé, pero él estaba en silencio, respirando a un ritmo loco.

—Eso es todo. Quería decirte que me he follado a mi marido.

—Entiendo.— Susurró, levantando un ojo verde sobre mí. Casi me rompe el corazón. Había una lágrima saliendo de su ojo, una, grandiosa, una triste lágrima que no se iba a limpiar.

—Massimo es el amor de mi vida, y tú sólo eres una aventura.

Lo siento.

El canario saludó cuando se levantó, pero como no se pudo levantar, se cayó en el sofá.

—Iván te llevará de vuelta.— Susurró, cerrando los ojos. —Te quiero...

Estaba tendido allí como un hombre muerto con su cara ensombrecida por un brazo de color, y yo estaba sentada allí, sintiendo un chorro de lágrimas fluyendo hacia mis ojos. No pasó nada, aunque le infligí el mayor sufrimiento, en mi opinión, a él. Se calló y se quedó dormido. Pero lo más aterrador fue que decidió confesarme su amor...



OTROS 365 DÍAS

—Ivan.— Llamé a la puerta del dormitorio del guardia de seguridad. Lo abrió inmediatamente.

—¿Qué es lo que pasa?— Él preguntó.

—Nada. ¿Puedes ayudarme a llevarlo al dormitorio?— Sonreí con arrepentimiento, y él torció la cabeza y se dirigió hacia la terraza.

Era increíblemente fuerte. Levantó a Nacho y luego tiró su cuerpo inerte en la cama del dormitorio.

—Me las arreglaré con el resto, gracias,— dije, y él se despidió con la mano y se fue.

Me senté al lado del chico de colores y empecé a llorar. No podía parar. Estaba llorando, enfadada por mi propio egoísmo. Herí a un hombre que, en el peor momento de su vida conmigo, admitió que me amaba. La culpa me carcomía por dentro. Me repugnaba a mí misma y a la vileza a la que me empujaba mi propio y enfermo ego.

Me duché, luego arrastré una gran maleta a la habitación y me puse mis bragas de color. Miré a Nacho, que estaba acurrucado y su cuerpo temblaba de vez en cuando. Me acerqué a él y empecé a desabrocharle los pantalones, rezando para que tuviera bragas debajo. Desafortunadamente, no funcionó. En cuanto me bajé la cremallera, me saludó la codiciada vista de su dulce cabello. Dios, dame la fuerza para no usar a este hermoso hombre borracho. Sacudiendo el peso de su cuerpo, lo liberé de sus vaqueros y lo cubrí con un edredón porque la vista de su polla me provocó hacer movimientos idiotas. Fui a la cocina y saqué una botella de agua mineral de la nevera. Lo puse en la mesa al lado de Nacho y me metí en la cama, abrazándolo.

Me despertó un fuerte deseo que nació dentro de mí. Lentamente abrí los ojos, y la vista de la pared de cristal casi me hizo caer de rodillas. Frente a la cama había una vista impresionante de Ibiza, el mar y el sol, día de despertar. Respiré profundamente, sintiendo los dientes mordimiéndome un pezón. Levanté el edredón y me encontré con la divertida y semi-consciente mirada de Nacho.



OTROS 365 DÍAS

—Estoy borracho,— dijo. —Y terriblemente caliente.

Sus labios, meditando su esternón, se movieron hacia mi otro pecho.

Todo su cuerpo estaba entre mis piernas.

—Pero no he perdido nada de la agilidad de un gato,— dijo, y empezó a chupar de nuevo.

—¿Ah, sí?— Pregunté divertida, queriendo ocultar la emoción.

—¿Llamas a este golpeteo sobre mí una agilidad? Incluso si estuvieras muerto, te despertarías con él.

Sonrió inteligentemente y levantó las manos. Su cara estaba enfrente de la mía.

—¿Y los muertos llevan bragas?

Levanto su mano derecha. Sujetó mis bragas de color en sus dedos, las balanceó.

—¿Y qué?

Los ojos verdes del canario se rieron de mí.

—Te estás olvidando, chica, de quién soy. Tan pronto como esta terrible condición a la que me has llevado, pase, te demostraré algo.

Se escondió bajo el edredón, y yo estaba aterrorizada de no llevar ropa interior, me quedé helada.

Mi calvo sintió que mi cuerpo estaba tenso y me miró de nuevo.

—¿Conseguiste lo que querías?— Preguntó, en serio, y me entró el pánico. ¿Se ha acordado?

—Quiero hablar,— dije, tratando de juntar mis piernas y empujarlo a un lado.

Sus largas manos de color emergieron de debajo de la ropa de cama y me agarraron, arrastrándome al abismo de la oscuridad.

—¿En serio?— Preguntó, pasando sus labios por mi boca, y el olor de su chicle me dominó.



OTROS 365 DÍAS

Apreté mis labios, dándome cuenta de que era de mañana, y no me lavé los dientes. Sentí que sonreía y que su mano izquierda buscaba algo afuera. Después de un rato me lo metió en la boca; la goma de mascar. Empecé a masticar nerviosamente la pequeña goma, agradeciéndole a Dios que el tipo entre mis piernas fuera tan predecible.

—¿De qué quieres hablar?— Preguntó, mientras me pegaba una erección temblorosa en el muslo. —¿Sobre anoche?

Lo presionó contra mí otra vez, mientras me ponía la rodilla en el clítoris; yo me quejé.

—¿Tal vez sobre cuánto te gusta tener sexo con tu marido?

Mis ojos eran grandes como platillos, y mi corazón, aunque nuevo, estaba al borde de un ataque al corazón.

—Nacho, yo...— Me las arreglé para sofocarme antes de que su lengua se metiera en mi boca y empezara a luchar contra la mía. Aún no me había besado de esa manera, era insistente y tenaz. Sentí que algo malo estaba pasando. Que no era como siempre en este momento. Giré la cabeza para liberarme de su boca, pero me sujetó.

—Si sólo es una aventura, quiero que me recuerdes como el mejor de tu vida. Y me despediré de ti, de acuerdo.

Sus palabras me partieron por la mitad. No tenía ni idea de cómo encontré la fuerza para alejarlo para que después de un tiempo me tumbara en el suelo con su edredón.

—¡Mentí!— Grité, desmoronándome, cuando se me ocurrió que estaba desnuda. —¡Quería ponerte a prueba!— Las lágrimas me vinieron a los ojos. Rugí llorando, rodando en una bola. —Tenía que asegurarme de que no me hicieras daño cuando estuvieras borracho. No podría soportarlo de nuevo.

Nacho se levantó, me envolvió en el edredón, y luego me puso en su regazo.

—¿de nuevo?— preguntó con seriedad y calma. —Laura, o me dices lo que pasó, o lo descubriré por mí mismo, y no sé qué será peor.



OTROS 365 DÍAS

Sus brazos se apretaron fuertemente a mi alrededor, sentí su corazón latiendo.

—Quieres que lo descubra aquí en una isla desierta o sosteniendo un arma.

—No pasó nada.— Me escapé. Respiró hondo, pero se quedó callado.

—Desde Polonia volví a Sicilia y estuvo bien. Quería arreglarlo todo, y yo tenía que darle una oportunidad. De lo contrario, nunca hubiera estado segura de haber hecho lo correcto.

Respiraba aún más rápido.

—Pero cuando estábamos jugando, le dije "Nacho"— El pecho del hombre canario se congeló, y tragó saliva con fuerza.

—Más tarde esa noche me desperté y él estaba sentado a mi lado. Él quería... ..él quería...— Yo tartamudeaba. —Quería demostrarme de nuevo a quién pertenezco. Entonces tomé el perro y me escapé. Y luego Domenico me trajo aquí.

Salí de sus fuertes brazos y me apoyé en la cabecera de la cama. Vi la furia, vi a Nacho convertirse en un remolino, y cada pedazo de su cuerpo de color se volvió duro como el acero.

—Tengo que ir afuera,— dijo con calma, aunque con los dientes apretados. Tomó el teléfono en su mano y dijo en inglés: —Ivan, prepara el arma.

Me debilité, y toda la sangre fluyó de mi cara. Cristo, lo matará.

—Por favor.— Susurré.

—Vístete y ven conmigo. No tienes que tomar nada.— Se levantó y se puso sus vaqueros en su culo desnudo. Extendió su mano por mi mano. Me puse los pantalones cortos y la camisa, me puse las zapatillas en las piernas y me sacó de la mansión.

Frente a la entrada principal había una mesa improvisada, en la que se encontraban varios tipos de armas.



OTROS 365 DÍAS

—¿Sabes lo que es bueno de los espacios privados?— Preguntó, y cuando no le respondí, terminó. —Que puedes hacer lo que quieras y desees aquí.

Me dio los binoculares.

—Mira allí.

Apuntó con el dedo a la dirección, y vi un escudo con forma de hombre a lo lejos.

—No le quites los ojos de encima. Él ordenó.

Tomó un rifle de la mesa y se recostó en una alfombra negra en el suelo. Preparó algo, y luego hizo algunos disparos. Todas las balas dieron en la cabeza de papel. Se levantó y se acercó a mí.

—Eso es lo que hago, y así es como me relajo.— Sus ojos estaban fríos y enojados.

Cambió su arma, la recargó y disparó una docena de tiros a otro escudo que estaba más cerca. Repitió esta acción unas cuantas veces, y yo me quedé de pie como una persona hipnotizada y vi la escena de desesperación realizada por Nacho con miedo.

—¡Mierda!— Gritó, poniendo otro rifle en la parte superior. —No funciona, voy a nadar.

Entró en la casa, y después de un rato salió de ella en traje de baño y se dirigió hacia el mar.

Me quedé allí un rato, preguntándome qué diablos hacer conmigo misma. No pensé en nada, así que entré. Fui a la cocina, tomé el teléfono de Nacho del mostrador y marqué el número de Olga.

—¿Cuál es la situación?— Pregunté cuando finalmente respondió.

—Tenemos un tifón aquí llamado Massimo— dijo, y la oí salir.

—¿Cómo estáis?

—Cristo, ¿está ahí?— Me quejé, apoyándome en la pared.

—Cuando Domenico no te puso al teléfono por la noche, se subió a un avión y ha estado volando todo desde esta mañana. Es bueno que



OTROS 365 DÍAS

no te hayas llevado nada de tus cosas, porque por lo que entiendo, tienes la mitad de sus transmisores instalados.— Le oí encender un cigarrillo y tirar aire. —Será mejor que no vuelvas aquí. Y no me llames.— Había vuelto a tirar del humo profundamente. —Estás follada, ¿eh?— preguntó, o más bien dijo divertida.

—¿Eso te hace reír?— dije con incredulidad.

—Por supuesto que no. No puedes verlo ahora. La casa está llena de hombres y algunos equipos. Están planeando algo. Y no tengo nada para comer, porque Don ha jodido toda la vajilla contra la pared. Me alegro de haber encontrado unos vasos de plástico. He tomado un poco de café.

—¿Sabes qué? No puede molestarlos a todos por mi culpa. Ponlo al teléfono.

Mi voz era confiada y firme, pero había silencio en el otro lado.

—Olga, ¿puedes oírme?

—¿Está segura? Él viene hacía mí.

—Vamos— dije. En el otro lado, escuché el gruñido de Black. Luego hubo silencio.

—¿Dónde coño estás?— Respiré profundamente.

—Quiero el divorcio.

Cuando dije eso, casi perdí la conciencia. Me resbalé hasta el suelo.

Massimo estaba en silencio, pero podía sentir que ardía de rabia al otro lado del teléfono. Agradecí a la providencia que mi amiga fuera la futura esposa de su hermano. De lo contrario, habría terminado de manera diferente para ella.

—¡Nunca!— Gritó y yo salté. —Te encontraré y te llevaré a Sicilia, y luego no irás a ninguna parte sin mí.

—Si me gritas, colgaré y hablaremos a través de nuestros abogados. ¿Es eso lo que quieres?

Estaba sentada en el suelo con la espalda contra la pared.



OTROS 365 DÍAS

—Hagámoslo de manera civilizada.— Suspiré.

—Bien, hablemos. Pero no por teléfono.— Su voz era tranquila, pero sentí a Massimo hirviendo por dentro.

—Te espero en la villa.

—Nada de eso.— Dije firmemente. —Será en un lugar público.

—¿Crees que estarás más segura allí?— Resopló burlonamente.

—Te recuerdo que fuiste secuestrada en medio de la calle. Pero bueno, está bien.

—Massimo, no quiero discutir.— Suspiré, escondiendo la cabeza entre las rodillas. —Quiero separarme de ti. Te amé y fui muy feliz contigo. Pero eso no funcionará.— Podía oír su pesada respiración en el teléfono. —Tengo miedo de ti. Pero no como al principio. Ahora te temo, tengo miedo de que vayas a...

Mi voz se suspendió porque cuando levanté la cabeza para apoyarla contra la pared, vi a Nacho mojado de pie delante de mí.

Estaba de pie, chorreando agua, y a juzgar por el tamaño del charco alrededor de sus pies, debe haber estado aquí por un tiempo. Con un movimiento tranquilo, me quitó el teléfono de la mano y lo tocó con el dedo, interrumpiendo la conversación.

—¿Divorcio?— Me preguntó, poniéndolo sobre la mesa, y yo asentí afirmativamente.

—Él está aquí— susurré. —Voló por la mañana y quiere reunirse.

—¿Un divorcio?— Cuando repitió la palabra, chispas bailaban en sus ojos verdes.

—No quiero estar con él. Pero eso no significa que quiera estar contigo.— Me reí, amenazándolo tristemente con un dedo.

El canario se acercó a mí y se arrodilló, y su cuerpo se deslizó suavemente entre mis muslos ligeramente inclinados. Me puso en sus pantalones cortos mojados y me inmovilizó, envolviéndome una mano en la cintura y la otra en el cuello. Me miró a los ojos, estaba a pocos centímetros de mí, y pude sentir lo que estaba a punto de



OTROS 365 DÍAS

suceder. Los labios salados de Nacho se acercaron a los míos y se congelaron a unos pocos milímetros de ellos, así que sólo pude sentir su aliento a menta. Entonces su cara tomó la expresión de la mayor felicidad, y una amplia sonrisa fue lo última que vi antes de que metiera su lengua en mi boca. Besó tan codiciosamente y tan apasionadamente, como si finalmente hubiera dejado su deseo salir afuera. Me levantó y me puso en una mesa fría. Agarró la camisa que llevaba puesta y me la quitó en un movimiento, agarrándome los pechos.

—Cristo,— se quejó, poniendo sus manos sobre mi cuerpo.

—Hazme el amor.— dije vigorosamente y entrelace mis piernas en sus muslos.

—¿Está segura?— Preguntó, apartándome un poco y mirándome profundamente a los ojos.

No estaba segura. ¿O sí? Por el momento, nada es lo que parecía ayer. Pero no importaba. Finalmente hice lo que quería, no lo que era correcto.

—¿Y si digo que no? ¿Te detendrás?— Debió haberse sentido raro con mi voz. —No llevo bragas.

Me mordí el labio inferior, y lo estaba esperando con muchas ganas.

—Lo has hecho, chica.

Me sacó de la cima y, plantándose sobre sí mismo, se dirigió hacia el dormitorio.

—¿Con o sin luz?— Me preguntó cuándo me puso suavemente en la cama y me desabrochaba los pantalones.

—En ese momento podía estar en medio de la calle Marszalkowska en Varsovia, no me importa— susurré, retorciéndome con impaciencia. —Esperé casi seis meses para esto.

Nacho se rió y tiró mis pantalones cortos al suelo.



OTROS 365 DÍAS

—Quiero mirarte.— Los ojos verdes recorrían cada centímetro de mi cuerpo y me abrace con vergüenza injustificada. Junté mis muslos un poco separados, y me acurruqué.

—No te avergüences,— dijo, y sus pantalones cortos cayeron a sus tobillos. —Te he visto desnuda tantas veces que nada en tu cuerpo me sorprenderá.— Levantó sus cejas con diversión, acercándose a mí desde sus pies.

—¿Ah, sí?— Le sostuve la frente con mi mano, y seguí mordiéndome el labio. —¿Cuándo?— Estaba gruñendo, fingiendo estar indignada.

—La primera noche, te lo dije.— Me agarró la muñeca y apartó la mano, haciendo espacio. —No tenías ropa interior bajo tu vestido.— Me besó suavemente el pezón. —Hoy, cuando te saqué las bragas con los dientes...— Sus labios se pegaron al otro pezón. —¿Quieres discutir algo más, o puedo finalmente probar a que sabes?— Se colgó sobre mí, fingiendo ser serio.

—Tienes un video en tu celular. Eso prueba que todo lo que dije ayer era una mentira.

—Lo sé.— Dijo, al deslizarse por mi estómago.

—Lo vi antes de despertarte, pero como querías comprobar mi reacción, quería comprobar la tuya.

Su lengua suavemente musitó en mi ombligo.

—Además, de otra manera no me dirías lo que pasó en Sicilia. En ese momento, su cálida boca se pegó a mi clítoris, aspirándolo ligeramente.

—Cristo,— susurré, metiendo la cabeza entre las almohadas.

Sus labios bien abiertos estaban por todo mi coño, como si quisiera absorberlo. Besó cada parte, y me sentí impaciente mientras me mojaba más y más. Sus manos de colores vagaban desde mis muslos, a través de mi estómago, hasta mis pechos, que frotaba suavemente. Pero no me importaba lo que estaba haciendo, lo quería tanto en ese momento. Cuando mi impaciencia llegó a un cenit,



OTROS 365 DÍAS

como si lo sintiera. Abrió los labios y metió la lengua directamente en el clítoris.

El grito que salió de mi garganta, voló a través de la casa como un disparo, y Nacho comenzó la dulce angustia del lugar más sensible de mi cuerpo. Era tranquilo y firme, pero apasionado. La forma en que me lamió hizo que una pequeña sensación de mi cuerpo corriera en pánico de mi cabeza a mi abdomen. Estaba retorciéndome y sacudiendo la sábana. No quería que interrumpiera ni un segundo. No quería que terminara lo que sentía. Lo que estaba haciendo no era ni un poco violento, y sin embargo la extrema excitación me impedía respirar.

—Abre los ojos,— dijo, interrumpiendo. Cuando me las arreglé para hacerlo, vi su cara colgando justo encima de la mía. —Quiero verte.

Su rodilla movió ligeramente mi pierna a un lado.

—Mírame, por favor— susurró cuando su pierna hizo lo mismo, y lo sentí venir. Enlazo sus dedos con los míos, y luego estiró nuestras manos sobre mi cabeza.

—Te adoraré.

Su pene se apoyaba en la entrada húmeda de mí, y yo apenas podía tomar aire.

—Te protegeré.

El primer centímetro entró, y yo estaba lista para que entrara en ese segundo.

—Y nunca te haré daño a sabiendas.

Las caderas de Nacho hicieron un fuerte movimiento, y sentí que todo estaba dentro de mí. Me quejé y giré la cabeza a un lado, cerrando los ojos. Fue demasiado para mí.

—Pequeña— susurró y lenta y constantemente comenzó a moverse dentro de mí. —Mírame.



OTROS 365 DÍAS

Giré la cabeza, con dificultad para hacer su petición. Entonces sus caderas se hicieron más fuertes. No lo hizo rápidamente, pero con tal precisión y pasión que llegó a cada rincón de mí.

La boca del canario me agarró los labios, y sus ojos aún estaban clavados en mí. ¡Me hizo el amor! Empujé mi cadera, y él gimió, penetrando aún más profundamente en mí. Inclino la cabeza y empezó a besar mi barba, mi cuello, mordiéndome los hombros. No podía soportar la inmovilización. Liberé mis manos y lo agarré firmemente por las nalgas tatuadas. Sus brazos me rodearon.

—No quiero hacerte daño.— Susurró. Podía sentir el cuidado en su voz.

—No lo harás.— Le agarré el culo y lo presioné más fuerte contra mí.

En sus ojos, era como si algo hubiera explotado. Se volvieron casi selectos y aún más salvajes. Aceleró, y cuando lo hizo, sentí que el remolino comenzó a girar en mi interior más rápido. Su polla se frotaba cada vez menos sobre mí, y sentí que un orgasmo tan poderoso como un tsunami entraba en mi cuerpo.

—Eso es lo que quiero ver,— gimio, sin perderme de vista.

—Quiero verte venir por mí, pequeña.

Lo que dijo fue como un golpe en la parte posterior de la cabeza. Empecé a llegar a la cima, y cada músculo de mi cuerpo se puso tenso y se congeló. Estaba rígida como una tabla, y los golpes pulsantes dentro de mí traían más y más olas de placer. Los ojos verdes estaban inundados de niebla, y sentí que estaba a punto de sentir lo mismo que él. Y luego explotó dentro de mí con tal poder que casi sentí su pene alargarse. De la garganta de Nacho, sólo salía una fuerte respiración de su garganta, cuando estaba disfrutando y se fue volando conmigo.

Bajó la velocidad para calmarnos, pero yo ya quería que empezara de nuevo. La última vez que tuve sexo fue en Lagos, pero entonces no obtuve ni una fracción del placer que sentí en ese momento.



OTROS 365 DÍAS

Cayó sobre mí, poniendo su cabeza en la curva de mi cuello, y le acaricié su espalda mojada.

—No podía soportarlo más...— susurró, mordiéndome el lóbulo de la oreja. —Sentía dolor físico, incapaz de entrar en ti, así que ahora no voy a salir.

Se levantó y se apoyó en sus manos.

—Hey— susurró, besando mi nariz.

—Hey— Respondí con una voz un poco dura. —¿Pero sabes que vas a tener que dejar de hacerlo?

—Soy Marcelo Nacho Matos, no necesito nada. Y como ya tengo lo que quiero, ni siquiera puedes chantajearme para que haga algo que no me apetezca.

Se pasó la lengua por los labios y una vez más me metió la lengua en la boca.

—¿Saldrás conmigo?— preguntó inesperadamente, interrumpiendo el beso.

Metí la cabeza entre las almohadas. Me preguntaba si entendía lo que quería decir.

—¿Se supone que debo hablarte del futuro cuando tu pene palpitante sigue distrayéndome?

—Me da una ventaja sobre ti.

Movía sus caderas con diversión, y yo gemí, sintiendo que me apretaba.

—¿Y qué?

—No es justo.— Susurré, tratando de salir del abismo del placer.

—Todas las declaraciones durante el sexo casual no tienen poder.— dije y lo mire, suspiró y se acostó a mi lado.

—¿Esto es por él? ¿Pero no estás segura?

Nacho estaba mirando al techo, y yo lo miraba con tristeza.

—Tengo que reunirme con él, hablar con él, hacerlo bien...



OTROS 365 DÍAS

—¿Sabes que te llevará a Sicilia?— Volvió la cabeza hacia mí. —Te encerrará en algún lugar y antes de que te encuentre, hará cosas contigo que...

—No puede encarcelarme por el resto de mi vida.

En este punto, una risa burlona salió de la garganta de Nacho.

—Eres tan ingenua, pequeña. Pero si insistes tanto en esta reunión, no puedo prohibírtelo. No tengo derecho. Pero por favor, acepta mi ayuda y hagámoslo a mi manera. Deja que intente secuestrarte y lo mataré sin dudar.

Los dedos de su mano derecha están entrelazados con los míos.

—Ahora soy todo tuyo y no puedo imaginarte desapareciendo de nuevo.

—Bien.— Suspiré, apretando mis dedos en su mano.

—Muy bien,— dijo, levantándose. —Y ahora, para que este imbécil no arruine nuestro hermoso día hasta el final, tengo algo de diversión para ti.

—Pero tengo que...

—Si espera un día, no le pasará nada.— Nacho me agarró la barba y me besó.

—Estoy obteniendo mucha comprensión y control sobre tu pronto ex-marido. Así que por favor, chica, no tienes a la suerte, o tomaré el arma y le dispararé para no volver a oírte decir que le tienes miedo...

Suspiró fuerte.

—Y sé que no me estás diciendo toda la verdad. Pero si no quieres, no te obligaré.

—Creo que hay algunas cosas no te conciernan y tengo que lidiar con ellas yo misma.

—A partir de ahora, no tienes que lidiar con nada a solas, Laura.— dijo y se fue al baño.



OTROS 365 DÍAS

CAPÍTULO 12

Estaba sentada en la isla de la cocina con una venda en los ojos. Después de discutir sobre mi conocimiento de la cocina española, fui encarcelada y forzada a hacer una prueba.

—Bueno, vamos a empezar con algo fácil— dijo Nacho, de pie cerca. Después de un tiempo me puso un trozo de comida en la boca.

—Haremos tres aproximaciones. Si lo adivinas todo, puedes obligarme a hacer lo que quieras. Si gano, estarás de acuerdo con lo que quiero, ¿vale?

Estaba asintiendo con la cabeza, masticando carne, porque definitivamente era carne. Me lo tragué y dije con cierta voz:

—Estás haciendo que mi inteligencia y mi sentido del gusto sean más inteligentes. Es chorizo.

—¿Y qué?— preguntó, besando mi hombro desnudo.

—Se suponía que sólo era un reconocimiento, no una descripción detallada— me lo tragué. —Salchicha española.

Se rió y me dio otro regalo.

—Dios, ¿me valoras tan poco? Es jamón, tu jamón seco.

Disfruté mordiendo un delicioso y salado trozo de salchicha.

—Pero perderás en un minuto. Dame la tercera cosa.

—Ahora habrá algo dulce.— Me advirtió con un tono gracioso y abrí la boca. —Prefiero poner algo más en tu boca que comida,— añadió entre risas.

No pasó ni un segundo y sentí su aliento a menta, luego su lengua entrando suavemente.

—No te escurrirás...— estaba balbuceando, sacándolo de mi boca.

—Vamos.



OTROS 365 DÍAS

Lentamente mastiqué otro bocado que me sirvió, y me volví estúpida. No tenía ni idea de lo que era. Estuve saboreando y probando hasta que el sabor desapareció por completo. Era como una combinación de piña, fresa y mango. Estaba sentada, cavando en los rincones de mi mente.

—¿Y quién perderá ahora?— Preguntó, parado detrás de mí.

—¿Qué has comido, pequeña?

—No es justo.— dije. —Fruta, definitivamente es algo de fruta.

—¿Y el nombre?— Me quedé en silencio. —¿Te rindes?

Me quite la venda de los ojos y lo miré.

—Incluso puedo mostrarte esto, porque si no reconocías el sabor, quiero decir, nunca tuviste que lidiar con él.— Él extendió su mano. Había algo sobre él que parecía un gran cono verde.

Giré la fruta en mis dedos, la olí, y asentí, pero tenía razón, nunca vi nada como eso.

—Es un blackjack.— dijo entre dientes. —¿Así que serás honorable y cumplirás la apuesta o te retiras?— Tenía las manos en el pecho, desafiándome.

Pensé por un momento, y habiendo recordado lo que sucedió una hora antes, llegué a la conclusión de que mi pérdida probablemente tendrá consecuencias muy intrigantes.

—Te escucho, Marcelo, ¿qué quieres?

—Te irás conmigo.— Abrí la boca para protestar, pero él levantó la mano. —No digo que te mudarás conmigo, pero te quedarás conmigo por un tiempo.

Su sonrisa desarmante me ahogó como el sol de primavera derrite el último carámbano. Una cosa más me conectó con ese carámbano, miré a Nacho, estaba tan mojado como el agua que gotea de él.

—Era un truco.

El canario confirmó con un movimiento de cabeza.



OTROS 365 DÍAS

—Eres un calculador, escurridizo...

—...un asesino despiadado que se para frente a una mujer desnuda y le pone comida en la boca para conseguir algo de tiempo.—

Terminó. —Eso es todo lo que soy— Abrió sus manos.

Me divirtió lo que dijo, pero decidí luchar.

—¿Necesitas controlarme?— Bajé del taburete y me acerqué a él, pasando la mano por encima del pecho de colores. —¿Quieres esclavizarme? ¿Quieres poner un transmisor en mi pierna?—

Después de ver sus ojos verdes de pánico, vi que se tomaba mis palabras en serio mientras me divertía. —¿Secuestro y trampa? ¿Es eso lo que quieres?

—¿Es así como te sientes? ¿Cautiva?— Su pierna me cortó hábilmente, pero antes de que cayera al suelo, me agarró la mano y me acostó suavemente. —Y si es así, ¿cómo te sientes ahora?— dijo, acostado sobre mí.

Entrecerró los ojos, y supe que había mirado mi juego.

Me levantó las manos muy por detrás de la cabeza, para que estuvieran completamente derechas, y entretejió sus dedos con los míos.

—¿Dónde está Ivan?— Pregunté, sintiendo el frío abrumador del suelo sobre mi cuerpo desnudo.

—En Ibiza o en un yate con los chicos, creo. Pero si quieres, puedo comprobarlo de inmediato. Estamos solos aquí, pequeña.— Susurró, y sus dientes me mordieron suavemente la barba. —Si te acostumbras a mucha gente a tu alrededor, vas a salir de esto conmigo.— Giró mi cabeza hacia la suya y agarró un lóbulo de la oreja con su boca, y yo ronronee con placer. —Aprecio la soledad. La necesitaba en el trabajo.— Su lengua estaba jugando en mi cuello. —Necesito estar concentrado y ser meticuloso. Pero desde finales de diciembre me he perdido en algo.— Me hizo girar los muslos a un lado y se metió dentro de mí. Grité. —Algo me distraía,— no paraba de hablar y yo sacudí las caderas, sintiéndolo



OTROS 365 DÍAS

por dentro. —Dejé de ser preciso.— Las caderas de Nacho se movían lentamente, llegando a algún lugar profundo dentro de mí.

—Empecé a cometer errores.. ¿Continuo con la historia??

—Es muy interesante, no te detengas.— susurre y mi cuerpo empezó a responder a sus movimientos.

—Cada día era una tortura.— Su lengua estaba suavizando mis labios. —Me sentía como si estuviera dando vueltas.— Se movía cada vez más rápido, y yo me quejaba. —Siento que te estoy aburriendo.

—Aún no, estoy esperando el final...— susurré, agarrando su labio inferior con mis dientes.

—Maté a unas cuantas personas, hice algo de dinero, pero no lo disfruté.

Respiraba, no podía esperar al final de la historia, que no entendía en absoluto.

—Es terrible.— Dije reflexivamente, y él fue aún más profundo. Mi espalda arqueada se desprendió del suelo.

—Yo también lo pensé. Así que empecé a buscar una razón.— Los movimientos cada vez más rápidos de las caderas de Nacho hicieron que empezara a alejarme ligeramente. —No me estás escuchando, está resoplando divertida.

—Tonterías.— Abrí los ojos y tomé aire profundamente.

—Entonces, ¿cuál es el final de la historia?

—Así que fui a buscar lo que había perdido.— Sus labios se pegaron a los míos, y su lengua se deslizó en mi boca. Me besó profundamente, probando cada pedazo de lengua y paladar.

—Finalmente la encontré, y como sé lo que perdí, no voy a dejar que desaparezca.

Se quedó en silencio, y sus caderas se aceleraron despiadadamente. Sus movimientos eran ahora firmes, como disparos. Una vez más, me hizo el amor, pero aunque era gentil, sentí que había una gran



OTROS 365 DÍAS

violencia en este hombre colorido. Intenté liberar mis manos, pero él apretó sus dedos contra los míos aún más.

—No dejaré que desaparezcas,—susurró, besándome de nuevo.

—Ya voy...— me quejé cuando el orgasmo comenzó a despertar en mi abdomen inferior.

—Lo siento.— Se separó de mí y vio cómo me dejaba sin aliento.

—Jesús— suspiró fuerte, uniéndose a mí. Sus manos soltaron mis manos. Agarré sus nalgas y las apreté firmemente contra mí, clavando mis uñas en ellas. Mi cabeza se inclinó hacia atrás tan fuerte que casi se me rompe la columna vertebral, y un grito salió de mi boca. El pico que alcancé era alto, y después del momento en que sus caderas se detuvieron, empecé a caer.

—El modo en te que vienes...— estaba exhausto, poniéndolos en marcha lentamente de nuevo. —Me hace incapaz de controlarme.

—Es terrible.— Suspiré. Mi cuerpo cayó y mis manos se deslizaron al suelo.

—Si te burlas de mí, te haré tener un orgasmo tantas veces que no podrás permanecer en la tabla.

—¿Qué?— Abrí bien los ojos, mirándolo. —No hay olas aquí.

—No hay ninguna, pero quiero ver si puedes agitar las manos. Además, primero practicaremos en una patineta.— Había una alegría de un niño en sus ojos otra vez. —Quiero ver cómo te va con el equilibrio de tu cuerpo.

—Puedo mostrártelo de inmediato,— dije, con mis caderas tambaleándose en movimientos circulares. —Soy bailarina, no surfista.

—Nosotros también lo comprobaremos.— Dijo divertido, levantándose.

Cuando salí de la ducha, estaba terminando su llamada telefónica. Me acerqué a él y le abracé la espalda.

200



OTROS 365 DÍAS

—Terminaste dentro de mí, por segunda vez hoy. ¿No tienes miedo de que tengamos un bebé?

—En primer lugar, sé que estás tomando las píldoras. Si quieres, te daré el nombre de ellas, lo tengo en el teléfono.— Se dio la vuelta y me abrazó. —Y en segundo lugar, los chicos de mi edad no se preocupan por ese tipo de cosas.— Se mordió los labios, y le di un puñetazo en el pecho.

—Ni siquiera Massimo sabe que las tomo.— Giré mi cabeza hacia él resignada. —¿Hay algo que no sepas de mí?— Lo miré.

—No sé lo que sientes por mí.— dijo, un poco en serio. —No tengo ni idea de dónde estoy en tu cabeza.— Esperó un rato para responder a una pregunta sin respuesta, y cuando me quedé callado, añadió: —Pero creo que con el tiempo me dirás tú misma si estoy en tu cabeza o en tu corazón. —Me besó en la frente, congelándose por un momento. —¿Lista para moverte un poco?— Estaba felizmente asintiendo con la cabeza. —Entonces ponte las bragas y ven.

—¿Bragas? ¿Y el traje?

—Sólo tienes que agitar las manos, acostada sobre tu estómago. Pensé que querías broncearte. —Se rió al sol. —Te lo dije, chica, no hay olas aquí. Ponte las bragas más pequeñas que tengas y vamos.

En una pequeña playa, arrojó dos tabloncillos en la arena y comenzó a estirarse. Hice lo que me dijo que hiciera. A pesar de que sólo llevaba un fondo microscópico de un bikini colorido, me sentí muy cómoda. Agradecí a Dios que no me diera un pecho del tamaño de unos melones, porque agitando las manos a los lados me arrancaría los dientes.

—Suficiente,— dijo en un tono casi serio. —¿Qué pierna eres?— Lo miré como si me preguntara sobre la física cuántica.

—¿Qué?— La torpeza me latía en los ojos.

—¿Montarás una tabla de snowboard?— Asentí con la cabeza.

—¿Qué pierna estará en el frente?

—El izquierdo.— Dije segura.



OTROS 365 DÍAS

—Bueno, esa es tu pierna de entrada.— Suspiró. —¡Túmbate!

Me puso en la tabla y me empujó a aterrizar en el medio con los pies al final. Luego fue a la suya, que estaba justo enfrente, y se acostó para que lo mirará.

—Así es como se rema.— Sus largos y coloridos brazos comenzaron a imitar los movimientos que debería hacer en el agua. Los músculos de tensión de sus hombros me llamaron la atención y me distrajeron hasta tal punto que empecé a babear. —No me estas escuchando,— se estaba riendo.

—¿Qué?— Le pregunté, volviendo a sus ojos. —¿Qué has dicho?

—Te estaba hablando de los tiburones.— Entrecerró los ojos ligeramente.

—¿Qué?— Rompí con un grito y me quedé quieta. —¿Qué tiburones?

—Acuéstate y empieza a escuchar.— Se estaba riendo.

Fue raro aprender a pararse en una tabla seca, pero sabía que podría usarla algún día. Nacho no paraba de gritarme para que lo escuchara, pero cómo iba a concentrarme en practicar cuando su culo revuelto no dejaba de distraerme. No entendí mucho, pero al menos me di cuenta de que me levanto en tres movimientos. Primero, levanto las manos, luego levanto la pierna, que estará en la parte de atrás, y finalmente me levanto. Teóricamente simple.

En el agua, resultó que remar solo es un poco difícil para mí. Después de caerme al agua unas cuantas veces, decidí que si golpeaba una ola, incluso la más pequeña me golpearía.

Después de treinta minutos alcancé un nivel experto en agitar las manos, más o menos al mismo tiempo que dejé de sentirlas.

Tumbada inerte en la tabla, mire a mi compañero, que estaba nadando en el mar con diversión. Era tan despreocupado.

Completamente diferente al casi siempre serio Massimo. Nacho era mayor que un siciliano, y sin embargo podía actuar como un niño.

Con su cara pegada a la tabla, observé su estupidez y pensé en lo



OTROS 365 DÍAS

que hicimos esta mañana. Por un lado, lo deseaba tanto que casi sentí que su deseo se evaporaba de mí. Por otro lado, yo tenía un marido. No pareció que fuera por mucho tiempo y la decisión de separarse estaba tomada, pero la situación aún no era en blanco y negro. La alegría me desgarraba, pero al mismo tiempo sentía ansiedad y no dejaba de preguntarme si era una buena idea volver a empacar en la misma mierda.

—¿En qué piensa mi chica?— Preguntó, flotando.

Sus palabras me impactaron como una pelota de tenis que corre a más de cien por hora. —Nacho...— Empecé insegura, flotando un poco. —¿Sabes que no estoy lista para una relación?— Sus ojos alegres eran serios. —No quiero involucrarme, no quiero compromisos, y ciertamente no quiero enamorarme.— La sorpresa y la decepción que se le pintó en la cara fue como un cubo de agua fría para mí. Sí, esa era yo: una maestra de la mierda hasta el momento más romántico, creadora de problemas eternos y reina de los dilemas. Cuando no pasó nada y el corazón le decía a la mente que guardara silencio, siempre tenía que reunirse con sinceridad y derribar el texto, después de lo cual la atmósfera se volvía pesada y espesa como el alquitrán. Además, las palabras que salieron de mi boca fueron una completa tontería. En algún lugar en el fondo sentí una gran necesidad de estar con Nacho. La idea de que ahora, después de todo esto, no lo volvería a ver por unos meses me rompía el corazón.

El hombre canario me miró durante un tiempo.

—Esperaré,— dijo, y comenzó a remar hacia la orilla.

Suspiré con fuerza y asentí con la cabeza unas cuantas veces, castigándome por las tonterías que salían de mi boca, y luego lo seguí.

No sé si Nacho necesitaba alejarse y pensar, o si sólo tenía ese estilo de natación, pero me adelantó un montón de longitudes y salió del agua. Tiró la tabla contra la arena, se quitó los pantalones cortos mojados y se secó con una toalla. Cuando se dio la vuelta para ver



OTROS 365 DÍAS

dónde estaba, me di cuenta de que estaba enfadado. No había ninguna sonrisa en su hermoso rostro, y sus rasgos angulares se volvieron tan afilados que podían cortar. No sabía realmente qué hacer. Tal vez hubiera sido mejor no ir a la costa, pero no podía quedarme en el agua por la eternidad.

Fui a la playa y puse la tabla junto a él. Me paré frente a él y miré sus enojados ojos verdes. Me mantuve en silencio, porque qué podía decir en esta situación.

Su mano fue a la cuerda de mis bragas sin decir una palabra. Él lo sacó. El bikini todavía estaba en su lugar. Lo repitió en el otro lado, y el material húmedo cayó a la arena. Estaba de pie con la boca abierta y cogiendo aire nerviosamente.

—¿Me tienes miedo?— susurró, lamiéndose la boca y manteniendo los ojos en mí.

—No,— respondí sin dudarlo. —Nunca te tuve miedo.

—¿Y quieres empezar?— Los ojos verdes se habían convertido en mermelada oscura. —El miedo te excita,— admítelo. La mano del canario había apretado ligeramente mi cuello, y sentí la insolación. —¿Sólo te enamorarás de mí si añado esto a toda mi gama de sentimientos también?— Me agarró y cayó sobre una toalla, y luego se acostó sobre mí. —Así que voy a hacer que suceda.— Gruñó.

La lengua de Nacho se metió brutal y apasionadamente en mi boca, y le agarré el cuello con firmeza. Me lamió, me besó, me mordió, y sus enormes brazos me aplastaron en un abrazo. Se quitó la toalla de sus caderas y la tiró a su lado.

—Dime que no me quieres.— Los ojos de esmeralda se me clavaron en los míos. —Dime que no quieres que esté contigo.— Sus manos me agarraron las muñecas y me apretaron mucho, inmovilizándome. Me quejé. —Di que si me voy, no me seguirás.— Cuando me quedé en silencio, entró dentro de mí sin avisar. —¡Díme!— Gritó. Su polla dentro de mí me saco de mi mente, no pude sacar ni una palabra. —Ya me lo imaginaba.— Se rió inteligentemente. Después de un rato salió de mí y me giró para que estuviera boca abajo.



OTROS 365 DÍAS

Con sus rodillas, me abrió las piernas a los lados y luego me agarró el pelo y me tiró delante de él, arrodillándose. Me sujetó por la cola de caballo como un jinete, y yo apenas podía respirar. Nunca antes este amable hombre había sido tan brutal conmigo. No supe qué pasó cuando me besó y me mordió los hombros, el cuello y la espalda. Estábamos solos en una isla desierta, e iba a follarme en la playa. El agua salada goteaba de mi pelo cuando su mano llegó a mi clítoris. Sus dedos empezaron a frotar el punto más sensible, y gemí esclavizada por su tacto.

Sentí su pene pegajoso apoyándose en la entrada de mi coño, aplastándolo suavemente. Estiré mis caderas con más fuerza y me acerqué a él, dándole una señal para empezar. Pero no se movió, se congeló para entrar en mí después de un tiempo, mientras me tiraba del pelo aún más.

Las caderas de Nacho chocaban contra mis nalgas a un ritmo loco, y su mano desapareció de mi clítoris y se agarró a mi lado con firmeza. Me follo exactamente como yo quería, bien, firme, fuerte y brusco. Los sonidos que salían de mi garganta le aseguraban que lo que hacía me hacía feliz.

—¿Así que no me quieres?— preguntó, deteniéndose tres segundos antes del orgasmo. —¿Y no quieres enamorarte de mí?— La mano de Nacho me soltó el pelo. —Probablemente tampoco necesites esto.— Sus caderas empezaron a retirarse de mí, pero no le dejé hacerlo.

—¿Estás bromeando?— dijo y me sonrió. Volviendo.

Se inclinó sobre mí, quedándose un poco dentro, y se colgó sobre mi oreja.

—¿Serás mi chica?— preguntó, y en el mismo segundo empujó sus caderas hacia adelante, burlándose de mí. Un gemido salió de mi garganta. —¿Lo serás?— Lo sacó de nuevo y lo puso dentro.

—¡Sí!— Grité, y él me agarró el culo por ambos lados y le dio a mi cuerpo un empujón loco otra vez.



OTROS 365 DÍAS

La siguiente vez que nos vinimos casi simultáneamente, se cayó, aplastándome en la suave arena.

—Así que somos una pareja— dijo, apenas cogiendo aire.

—Eres terrible,— dije entre risas cuando se deslizó de mí a un lado.

—Te dije que todo lo que sale de mi boca cuando estás dentro de mí no tiene poder.

Me giró hacia él y me lanzó una pierna, tirando de mis hombros hacia él.

—¿No quieres ser mi chica?— preguntó decepcionado, poniendo una cara triste.

—Sí, pero...

—Ves, ¿y ahora no estoy en ti?— dijo, y antes de que pudiera terminar, me metió la lengua en la boca.

Me senté en la cocina y lo vi cocinar. Al parecer, se solía conseguir un cocinero junto con la villa, pero esta vez Nacho no quería a nadie cerca de la estufa y el refrigerador. Ni siquiera yo. Cuando quise ayudarlo en mi primer instinto, me tiró sobre la encimera y por cuarta vez ese día llevó a la cima.

—Chica,— dijo en un tono serio cuando tomó mi plato, —mañana haremos esto...— Levanté mis ojos asustados hacia él, y se sentó delante de mí. —Debes saber que Massimo intentará secuestrarte, ha traído un pequeño ejército con él. Puedo traer más de mi gente aquí también, pero no siento la necesidad de enfrentarlo.— Escondí mi cabeza entre mis manos y suspiré fuerte. —Pequeña...

—¡No me llames así! ¡no me digas más!— Grité, levantándome repentinamente de la mesa. —No... vuelvas... a... decir... eso... nunca... más,— había estado esforzándome con cada palabra, sosteniendo mi dedo frente a su nariz.

Sentí lágrimas fluyendo en mis ojos. Tenía ganas de huir. Me di la vuelta y salí. Me detuve en la piscina. Mi aliento se precipitaba



OTROS 365 DÍAS

como un caballo galopando, y tenía la impresión de que estaba a punto de apartarme de mis emociones. Quería llorar, pero no podía, el nudo que sentía en mi garganta tampoco desapareció.

—No tienes que verlo,— dijo, parado detrás de mí. —Fue tu decisión, y todo lo que quiero es tu seguridad. Así que por favor no grites. Sólo háblame.

Me di la vuelta y tomé un poco de aire para empezar a gritar. Pero cuando lo vi parado ahí, descalzo, con las manos en los bolsillos de sus jeans desgarrados, y me miró con cuidado, me ablandé. Dejé caer mi cabeza, y el hueco en mi garganta desapareció.

—Volveremos a la isla mañana, irás al restaurante que he montado y te sentarás exactamente donde te enseñaré.— Me agarró la barbilla y me levantó la cara. —Es muy importante, Laura, debes hacer lo que te digo.— Me miró con los ojos llenos de concentración.

—Torricelli también tiene que sentarse. Y eso será todo, en realidad.— Se sacó su smartphone del bolsillo. —Cuando el teléfono suene mañana, cógelo y enciéndelo.— Lo puso en mi mano y me abrazó en un pecho colorido y cálido. —Pero si algo sale mal,— su voz se quebró y yo entre en pánico, —recuerda que te encontraré e iré por ti.

—Nacho...— Levanté mi cabeza y agarre su cara. —Necesito hablar con él. No voy a ser capaz de vivir sin hacer esto.

—Lo entiendo y como dije, no puedo prohibirte nada, pero sí hacer algo para mantenerte a salvo.— Me besó en la frente. —Y una vez que hayamos resuelto esto, volveremos a Tenerife de inmediato. Amelia se está preparando para la fiesta de bienvenida. —Volvió los ojos y sonrió, resoplando en silencio. —Estaba casi loca de alegría cuando le dije que vendrías conmigo.

Dios, qué le voy a decir a mi madre esta vez, pensé, abrazándolo. Que ahora decidí probar la vida en las Canarias con un tipo que apenas conozco. También debo mencionarle que en la casa de su padre casi muero a manos del cuñado de mi nuevo amado.



OTROS 365 DÍAS

—¿Quieres dormir solo hoy?— preguntó, sintiendo la tensión en mi cuerpo. Me quejé, asintiendo con la cabeza. —Junto al dormitorio donde dormimos, hay otro. Estaré allí si me necesitas.— Me besó en la frente y se fue a casa.



Massimo estaba sentado al otro lado de la calle, clavándome los ojos casi muertos. Puso las manos sobre la mesa y esperó. Sus mandíbulas apretadas rítmicamente anunciaban problemas, y su mirada apasionada dirigida a mi boca predijo que no había nada bueno esperándome.

—Si crees que te vas a ir, te equivocas...— dijo a través de sus dientes apretados. —Diré lo mismo que la última vez. ¿Amas a tus padres y a tu hermano? ¿Quieres que estén a salvo? Entonces levántate educadamente y ve al coche.— Apuntó su cabeza en la dirección, y sentí que iba a vomitar.

—¿Y luego qué?— Estaba gruñendo. —¿Vas a encarcelarme y a violarme?— Me levanté de mi silla y apoyé mis manos contra la mesa. —Ya no te quiero. Amo a Nacho y puedes cogerme como quieras, pero sabes que siempre lo tendré delante de mí.

Gritó algo, me agarró por el cuello y me golpeó en la mesa de madera. El vidrio que estaba sobre él se cayó, haciendo un sonido aterrador. Miré alrededor, estábamos solos en el restaurante.

—Cristo— Gemí aterrorizada, y me arrancó las bragas con un movimiento.

—Así que veamos si puedes hacerlo,— dijo, desabrochándose los pantalones y sujetando mis manos con su puño de hierro.

—No quiero, no!— Estaba gritando y luchando, tratando de liberarme. —¡Por favor, no!



OTROS 365 DÍAS

—Nena, querida,— oí una voz tranquila y abrí los ojos. —Laura, fue un sueño.— Los coloridos brazos me abrazaron a su musculoso cuerpo.

—Jesús,— suspiré, y las lágrimas fluyeron por mis mejillas.

—Nacho, ¿qué pasa si amenaza a mi familia de nuevo?— Levanté mis ojos llorosos sobre él.

—Tu familia ya tiene protección— dijo en un tono tranquilo, acariciando mi pelo. —Desde ayer, mi gente los ha estado observando.

Tu hermano trabaja para Massimo y, por lo que sé, se ocupa de la parte de la empresa que no puede permitirse perder. Por eso creo que Jakub está a salvo, sobre todo porque triplicó las ganancias de Torricellich con estas compañías.— Se encogió de hombros. —Pero para estar seguro, también lo estoy siguiendo.

—Gracias.— Susurré cuando me estaba empujando bajo el edredón otra vez.

—Quédate conmigo.— Tiré de su mano y su cuerpo desnudo se pegó a mí. —¿Quieres entrar en mí?— Pregunté con una voz apenas audible, empujando sus nalgas en sus caderas.

—Tienes una forma muy peculiar de aliviar el estrés, nena. Duerme— dijo entre risas y me acarició la cara alejando el pelo.

Un hermoso y soleado día se despertó sobre Togomago, y no pude encontrar un lugar para mí desde esta mañana. Nacho fue a nadar, y yo hice el desayuno, me duché y aunque no tenía que hacerlo, estaba lista para limpiar, sólo para dejar de pensar. Me gustaría terminar con esto, pensé, yendo hacia el dormitorio.

Me puse triste por un momento porque me di cuenta de que no había tomado ni un par de tacones. Pero rápidamente me di cuenta de que no me importaba. Ya no tengo que vestirme para mi marido. Entré en la habitación y miré el Armagedón en mi maleta.

—En silencio y en seco no pude hacerlo...— dije y puse la música.



OTROS 365 DÍAS

Cuando Kat DeLuna y Busta Rhymes sonaron a mi alrededor en la canción Run The Show, sentí que estaba volviendo a la vida. Sí, eso es lo que necesitaba: mucho bajo, mucho ritmo y música. Bailando, me puse unos microscópicos shorts Dolce & Gabbana azul oscuro, zapatillas negras Marc by Marc Jacobs y una camiseta corta, gris, decathloned con adornos. Esto lo matará, pensé, poniéndome jafas de aviador en la sombra en mi nariz, y comencé a entrelazarme con el ritmo de la música.

Y de repente todo el interior resonó primero el piano y luego la delicada voz de Nicole Scherzinger y ella. Ya había terminado. Me congele.

—No sé cómo bailar piezas rápidas,— dijo Nacho, acercándose a mí. —Pero me gustó mucho la forma en que movías el culo.— Me agarró la mano y me besó en la mano superior.

Me abrazó con fuerza, y de repente toda la ansiedad se desvaneció, y con ella todo el estrés y la asfixia que he estado sofocando en mí mismo desde que abrí los ojos hoy.

Dios, si tuviera una canción preparada para cada circunstancia, pensé, que cuando la escuchará, me daría cuenta de que se trataba sobre mí. *"No quiero enamorarme, sólo quiero divertirme. Pero viniste, me abrazaste y ahora estoy acabada..."* - Nicole cantó.

Sabía que él lo sabía, sabía que sentía lo que estaba dentro de mí. Pero me pareció que mientras no lo dijera en voz alta, estaría a salvo y el sentimiento que tenía por él no sería real. Se balanceaba, besando mis hombros. Me puso una mano en el cuello y la otra en el trasero. Contrariamente a lo que dijo, tenía un excelente sentido del ritmo. Empecé a sospechar que me mintió acerca de no saber bailar.

—¿Lista?— Preguntó, sonriendo triunfalmente.

—No, dije cuando me acerqué al panel de control de sonido.— Ahora te dejaré tener algo.— Una vez más, los ritmos llenaron el espacio, y él se rió, escuchando *The Pussycat Dolls I Don't Need A Man*.



OTROS 365 DÍAS

—¿En serio?— preguntó con una cara bastante seria cuando empecé a mover el culo delante de él.

Un poco de samba, rumba, un poco de hip-hop. Nacho se paró allí y vio el espectáculo que preparé para él mientras yo cantaba sobre cómo no necesito un hombre.

—Ahora estoy lista,— dije cuando la pieza estuvo terminada.

—Ahora, ven a ducharte conmigo y te mostraré cuánto necesitas un hombre.

Había tenido que hacerme otro peinado y maquillaje. Por suerte, la ropa me la quito antes, por lo que ahora la había usado con calma. Nacho estaba de pie junto a la encimera bebiendo jugo, hablando en español. Los vaqueros brillantes y limpios colgaban de su trasero, y una camiseta negra de manga corta estaba en su pecho. Miré hacia abajo y sonreí, tenía chanclas en los pies. El asesino y el mafioso en chanclas. Bebió el último sorbo del vaso, se volvió hacia mí y terminó la conversación.

—¿El teléfono que recibiste ayer funciona? ¿Está cargado y la tienes en tu bolso?— Preguntó, poniéndose las gafas.

—Sí, lo comprobé dos veces. Nacho, escucha...— Empecé por tomar un poco de aire.

—Chica, me lo dirás en el avión cuando volvamos a casa. Ahora, vamos.



Yo estaba en el restaurante que Nacho eligió, media hora antes de lo previsto. Para asegurarme de que nos sentáramos en el lugar correcto, tenía que venir aquí antes que Black. Massimo se enteró de dónde íbamos a encontrarnos un cuarto de hora antes. Así tenía que ser, de lo contrario habría enviado docenas de gorilas aquí y para cuando llegara a la mesa, me habrían secuestrado.

No pude calmar mi corazón palpitante, así que pedí un trago para calmarme de inmediato. El Cappuccino Grand Café a esta hora solía estar vacío, la mayoría de la gente estaba en la playa después de la tarde. Esta vez, también estaba tranquilo aquí.

El pub estaba situado junto a la bahía, tenía una maravillosa vista de la colina con sus edificios históricos y el puerto. De repente, el teléfono que estaba a mi lado hizo un sonido que indicaba la llegada de un mensaje, y yo salté y casi me caí de la silla. Desbloquéé la pantalla y leí el SMS: *"Puedo verte y casi oír tu corazón galopando. Cálmate, nena."*

—Cálmate. Sí, toma y cálmate— estallé bajo mis narices y entonces llegó otro mensaje.

"Entiendo el polaco, no lo olvidas." Mis ojos se hicieron grandes como platillos. ¡Él realmente podía oírme!

Había bebido un sorbo de mi mojito, con la información de que Nacho todavía está en algún lugar.

—Pequeña...— el sonido que atravesaba el aire era como cortarlo con una espada samurai, corta y afilada.

Casi perdiendo el conocimiento, giré la cabeza y vi a mi marido, vestido con un traje negro y una camisa del mismo color, de pie junto a la mesa. Tenía gafas en los ojos, así que era difícil adivinar de qué humor estaba, pero aún así sentía la ira que emanaba de él.

—¿Divorcio?— Preguntó, sentándose y deshaciendo su chaqueta.



OTROS 365 DÍAS

—Sí— susurre brevemente, sintiendo que su olor empezaba a llegar a mis sentidos.

—¿Qué está pasando, Laura?— Puso sus gafas sobre la mesa, girando ligeramente en mi dirección. —Se supone que esto es una especie de manifestación, ¿eh?— Arrugó sus cejas. —¿Qué llevas puesto? ¿Esto es una especie de rebelión?

Me quedé en silencio. Por fin hubo la conversación que quería tener, y mientras tanto, no tenía absolutamente nada que decirle. El camarero puso un café delante de él, y yo seguí tragando la bilis que me subía por la garganta.

—Ya no puedo estar contigo,— dije, respirando profundamente. —No puedo y no quiero. Me mentiste, y sobre todo, querías...— dije, sabiendo que Nacho escucha cada palabra. —Lo que pasó hace unos días en Messina fue el clavo en el ataúd de nuestra relación— dije en voz alta.

—¿Te sorprendes de mí?— Preguntó, cambiando el tono a acusatorio. - Me nombraste en honor a la basura que me privó de mi descendiente.

—Sí, ¿y esa fue una gran razón para drogarte de nuevo?— Me quité las gafas para que pudiera ver mi mirada de odio. —Massimo, me dejaste durante casi seis meses, dejaste que me deprimiera porque no podías soportar lo que nos pasó.— Me incliné ligeramente hacia él. —¿Y no se te ocurrió la idea, maldito egoísta, de que te necesitaba? ¿Que podíamos pasar por esto juntos?— Las lágrimas habían fluido en mis ojos.— No quiero arrastrarlo más.— Me quejé, cubriéndome los ojos con gafas oscuras otra vez. —Esa protección, ese miedo, esos controles y transmisores...— gire la cabeza. —No quiero tener miedo cuando te pongas un vaso en la boca o desaparezcas en la biblioteca. No quiero despertarme por la noche y ver si estás al lado.— Miré en su dirección. —Déjame ir. No quiero nada de ti.

—No.— Esa corta declaración me pareció como un coche que iba a toda velocidad. —Hay varias razones por las que te quedarás



OTROS 365 DÍAS

conmigo. Primero, porque no puedo imaginar que otro hombre tenga algo que me pertenezca. Y en segundo lugar, porque me encanta estar en ti— se rió burlonamente. —Además, creo que todo se puede arreglar de alguna manera, eso también. Ahora toma tu bebida y ven. Vamos a volver a Sicilia.

—Volver. Yo me quedo.— dije levantándome de la silla. —Si no firmas los papeles del divorcio...

—¿Qué me harás, Laura?— Se puso de pie frente a mí, se inclinó. —Soy el jefe de la familia Torricelli, ¿y quieres amenazarme?— Extendió su mano para agarrar mi hombro, y luego su taza se rompió y se hizo pedazos.

Fije mi mirada aterrada en los trozos de porcelana que acababan de explotar, y mi celular en la mesa empezó a vibrar. Presioné el icono y contesté el teléfono cambiando al altavoz.

—Ella no te amenazará— la voz seria de Nacho se escuchó en el receptor. —Pero yo sí. Siéntate, Massimo, o la próxima bala alcanzará su objetivo.

Black, enfadado, estaba congelado en la misma posición, y después de un tiempo el florero se estrelló contra una pequeña amapola.

—¡Siéntate!— el hombre canario gruñó, y Massimo volvió a su asiento.

—Debes ser muy valiente o muy estúpido, disparándome.—...dijo en un tono apasionado.

—No te disparé a tí, sino a lo que había en la mesa,— dijo, y le oí sonreír. —Si quisiera dispararte, ya estarías muerto. Ahora vayamos al grano. Laura dejará el restaurante en un momento y entrará en el coche aparcado frente a la entrada. Y tú, Massimo, aceptarás que ella no quiere estar contigo y la dejarás ir. Si no, te demostraré en cuántos lugares de tu isla puedo dispararte.

—Cariño, contrataste a un asesino.— Se estaba riendo de mí. —Mi propia esposa...— empezó a reírse y a girar la cabeza de lado.

—Recuerda, Laura, si te vas de aquí, no hay vuelta atrás.



OTROS 365 DÍAS

—Chica, levántate y ve al Mercedes gris aparcado fuera, Ivan ya te está esperando.

—¿Qué tal si te presentas?— Le preguntó Massimo cuando me levantaba. —Para saber a quién le debo mi tiempo libre.

—Marcelo Nacho Matos.

Estas tres palabras hicieron que el poderoso cuerpo de Black se tensara como una cuerda de arco justo antes de que la flecha fuera liberada.

—Y todo está claro,— dijo con su voz. —Pequeña perra, ¿cómo pudiste hacerme esto?

—Frena Torricelli, o te volaré la cabeza en un minuto. Laura, ve al coche ahora mismo,— me dijo.

Mientras pasaba por delante de Massimo, mis piernas temblaban como gelatina. De repente me agarró y se cubrió de la vista del canario, apretando sus manos firmemente sobre mis hombros. Oh, Dios, no funcionará, pensé.

—Massimo, mira tu hombro derecho,— dijo Nacho en voz baja.

—Hay varios tiradores.

Black miró hacia abajo donde había un pequeño punto láser rojo en su traje negro. —Te haré explotar si no la dejas ir antes de que cuente hasta tres. Uno...

Los ojos de Massimo miraban fijamente a las gafas oscuras de mis gafas, y cuando no pudo pasarlas, me las quitó.

—¡Dos!— la cuenta atrás del canario, y mi marido me miró como si estuviera hipnotizado. Se inclinó y me besó, y yo ni siquiera me moví. ¡Dios, cómo olía! Todos estos meses juntos, y, desafortunadamente, todos los momentos maravillosos, han pasado ante mis ojos.

—¡Tres!— Las manos de Black me dejaron ir, y yo, apenas sosteniendo mis pies, atravesé la calle.



OTROS 365 DÍAS

—Nos vemos, nena,— dijo, acomodando su chaqueta y se sentó en el sillón.

Casi corrí afuera, donde un auto estacionado se paró junto a la acera, e Iván estaba esperando frente a él. Miré hacia el otro lado y vi a Domenico en un todoterreno negro. Giro la cabeza de una manera triste y yo quería rugir.

—Entra,— dijo Ivan, abriéndome la puerta. Mientras yo estaba sentada dentro, él tomó el asiento del conductor.

—¿Dónde está él?— Pregunté con voz rota. —Llévame con Nacho!— Apenas podía coger aire, sintiendo que la histeria se acercaba.

—Tiene que quedarse ahí un rato y jugar al comando.— El coche se dirigió a un callejón y se precipitó a ir por la ciudad.

—Estará bien y no disparará a nadie,— dijo Ivan.

—Eso espero— dije.

Mi corazón empezó a latir y mi cuerpo temblaba con escalofríos nerviosos. De repente, aunque hacía calor afuera, sentí un frío conmovedor. Me acurruqué en el asiento trasero y puse mis rodillas en el pecho.

—¿Estás bien, Laura?— Ivan preguntó con cuidado. —Si realmente quieres, te llevaré a él, pero primero tengo que preguntarle si es posible.

—Dame el teléfono, lo llamaré.— Tratando de dejar de llorar, tome el teléfono. Escuché las siguientes señales en suspenso. Oh, Dios, por favor, le estaba pidiendo que contestará, estaba rezando en mis pensamientos, aterrorizada.

—¿Ivan?— La voz de Nacho dejó de zumbear.

—Te necesito.— Me quejé y él se quedó en silencio.

—Dame el conductor.

Saqué la mano y le di el teléfono al frente.



OTROS 365 DÍAS

Diez minutos después, aparcamos entre las viejas calles. Me levanté y me senté en el asiento, limpiándome los ojos llorosos. Miré las pintorescas vistas fuera de la ventana y esperé. Finalmente lo vi. Caminaba tranquilamente con sus chanclas y sus vaqueros ligeramente caídos. Tenía gafas en la nariz y una extraña bolsa angular en la espalda. Abrió el maletero, tiró el paquete y se sentó a mi lado.

—Ya sé por qué no querías que te llamara "*pequeña*"...— sonrió radiantemente. —Y prometo que no lo haré.

Con la espalda pegada al asiento, lo miraba fijamente, sin tener idea de lo que quería decir.

—Espero que nadie vuelva a llamarte "*pequeña*". Ven conmigo.— Abrió sus brazos y yo caí en ellos. —Funcionó, nena.— Me susurró y me besó en la cabeza. —Ahora todo lo que tienes que hacer es contar con que sea más inteligente que feroz. Le hice una oferta que no pudo rechazar,— se rió burlonamente. —Aunque son más bien los sicilianos los que las hacen.

—¿Te he costado mucho?— Pregunté, levantándome y mirándolo.

—No lo suficiente,— dijo, quitándose las gafas. —Tú vales mucho más, nena. ¿Qué querías decirme en casa?— Una vez más, me acerco y me abrazó con brazos poderosos.

—Nada.— Susurré. —¿Adónde vamos?

—Tengo que reunirme con los chicos, y tienes que visitar un lugar antes de que salgamos volando— el pecho de Nacho comenzó a saltar de risa.

Me senté y lo miré mientras sus dientes relucían y sus ojos eran más verdes.

—¿Qué tiraste en el maletero?

Su cara se puso un poco seria cuando le hice una pregunta.

—El rifle— respondió sin dudarlo.



OTROS 365 DÍAS

—¿Fuiste tú quien disparó a la copa?— Estaba argumentando que sí.

—¿Cómo sabías que ibas a darle?

Se rió con su voz y se movió para abrazarme de nuevo.

—Cariño, si hicieras tantos disparos como yo, le darías a un grano de azúcar. Además, no estaba lejos, así que es mucho más fácil.

Antes de que entrara, vi la arteria de tu cuello pulsando a través de un telescopio. Sabía que estabas nerviosa.

—Yo también quiero disparar así.— Me quejé y me abrazó aún más fuerte.

—Es suficiente con que yo pueda.

El coche se detuvo frente a una hermosa barbería, y me sorprendió ver a Nacho.

—¿Es eso una tapadera para el lugar de encuentro?— Susurré en conspiración.

—No,— resopló de risa. —Es el barbero, te dejo aquí.

—¿Qué quieres decir?— Me sorprendió mirarlo y me sacó la mano del coche.

Entramos y una morena guapa se le acercó y le besó en la mejilla. Era deslumbrante, no muy alta, y sus brazos y escote estaban decorados con tatuajes de colores. Se paró un poco más cerca y le sonrió con demasiada lujuria. Me sentí celosa, fue como si alguien me golpeara en la cabeza con una tabla. Lo golpeé, lo agarré con la mano más firmemente y me paré frente a él.

—Laura— dije, rompiendo su saludo.

—Sí, lo sé, hola,— respondió con una sonrisa radiante. —Soy Nina, y estos son mis accesorios.

Me agarró el pelo con los dedos y asintió con la cabeza.

—Dame una hora, Marcelo.



OTROS 365 DÍAS

Soy una estúpida. Estaba mirando el cambio, era él, era ella, sin saber de qué se trataba. Me volví a Nacho, que claramente se estaba preparando para salir.

—nena, nunca interferiré con tu forma de ser.— Me acarició en la mejilla. —Pero por el amor de Dios, no soporto la idea de que este pelo no sea tuyo.

Me reí cuando finalmente entendí lo que estaba haciendo aquí.

—Se suponía que me lo iba a quitar de todas formas. Me pone nerviosa.— Lo besé suavemente. —Era parte de una terapia, pero ya no la necesito. Nos vemos en una hora.— Me despedí y fui hacia Nina, que estaba esperando junto a la silla.

Cuando me arrancó todo el pelo artificial, me sorprendió descubrir que mi pelo era bastante largo. Una vez más, como de costumbre, tenía el hábito de cambiar mi peinado. Le pedí a Nina que me alegrara el color y como Nacho me llamó para decirme que la reunión se estaba alargando, tuve un momento para hacer cambios espectaculares.

—¿Qué tan brillante?— Preguntó, parado detrás de mí. En sus manos tenía un tazón en el que mezclaba algo.

—Quiero que estén locos,— dije.

—Por lo que dijiste, cambias radicalmente y muy a menudo el color de tu cabello. No puedo garantizar que no salgas calva de aquí,— dijo y comenzó a aplicarme pintura en el pelo.

—¿Dónde está mi mujer?— Nacho gritó, entrando, y asustando a todos los clientes que casi se desmayaron al ver el cuerpo tatuado.

—¿Dónde está mi corazón?

Lo estaba mirando, mirando el periódico. Me reí con gracia de que ni siquiera me mirara.

—¿No prefieres tener una nueva?— Pregunté, guardando la revista. Su boca abierta fue un poco impactante. —¿Cuánto tiempo han estado juntos, de todos modos?— Me acerqué y le agarré la camisa,



OTROS 365 DÍAS

tirando ligeramente de ella. —¿Quizás pueda devolvarte a la vida?—
Me reí coqueteando.

—Querida señora,— dijo, abrazándome y mirándome con deleite.
Mi mujer es irremplazable. Además, la esperé demasiado tiempo.—
Sonrió radiante. —Pero siempre puedes ver lo que es besar a un
surfista.

Su delicada lengua se deslizó en mi boca, sin prestar atención a la
mujer celosa que nos miraba. Se separó de mí después de un tiempo
y me miró.

—Gracias, Nina.— Le hizo un gesto con la mano a una chica de
colores y casi me arrastro fuera de la sala.

Nos metimos en un Mercedes gelenda de acero, y Nacho encendió el
motor y empezó a gritar.

—¿Tenemos prisa en ir a algún sitio?— Pregunté divertida, tratando
de abrocharme el cinturón.

—Ahora sí,— respondió brevemente, sin apartar la vista de la
carretera.

Salimos al brillante delantal del aeropuerto, y casi pierdo el
conocimiento cuando vi el avión. Era incluso más pequeño que con
el que volaba con Massimo. Se parecía a una carretilla con alas, en
la que ni siquiera un enano entraría. Me detuve y miré a la muerte
blanco-amarilla estacionado a unos metros de distancia. Creo que
está jodido si cree que voy a entrar ahí, ¿y dónde está la cama dentro
donde me distraerá? Tenía millones de dudas sobre mi cabeza.
Nerviosamente busqué en mi bolso y me aterrorizó descubrir que no
había puesto las píldoras de sedante.

—Sé que tienes miedo de volar,— admitió, yendo hacia lo que
llamó un avión. —Pero esta vez ni siquiera sabrás que estás volando.
Se dio la vuelta y se quedó allí, sosteniendo una bolsa negra en su
hombro.



OTROS 365 DÍAS

—Estarás sentada en el frente.— Me enseñó los dientes. —Y por mucho que quieras, te dejaré dirigir.— Se dio la vuelta y entró por los escalones.

Levanté las cejas y miré la carcasa metálica que tenía delante. Me dejará dirigir, repetí su declaración en mi mente. Joder, ¿va a dirigirlo él mismo? Estaba desgarrada. La curiosidad y la convicción de mi propia jodida grandeza, reforzada por el nuevo corte de pelo, me empujó hacia la carretilla con alas. El horror y el ataque de pánico que se avecinaba me hicieron querer salir de allí.

—¡Jesús!— Me quejé y agarré la bolsa con fuerza y me dirigí hacia la máquina.

Ni siquiera miré dentro. Tenía miedo de morir de miedo si miraba el interior microscópico. Giré a la izquierda y entré en otra habitación que parecía una jaula.

—Me estoy muriendo,— dije, tomando la silla junto a Nacho. Sólo se ponía los auriculares y presionaba millones de botones. —Tengo un ataque al corazón, un ataque de pánico, histeria...

Se inclinó y me besó, y sus suaves labios me hicieron olvidar dónde estaba. Olvidé mi nombre, dónde vivo y el nombre de mi amiga de la escuela primaria.

—Va a ser divertido.— dijo y se separó de mí. —Ponte los auriculares y prepárate para algo mejor que...— se interrumpió, mirándome con diversión. —Quería decirte que el sexo, pero el sexo conmigo es lo mejor, así que... — Se encogió de hombros y un sonido salió del dispositivo que tenía en mis oídos.

La voz de un hombre decía algo absolutamente incomprensible, y el hombre canario, aún presionando los botones, le respondió. Nacho giró las perillas, tocó los botones, miró los relojes, y yo me senté y lo miré como si estuviera encantada. ¿Había algo que este hombre no podía hacer?

—¿Qué es?— Pregunté, mostrando uno de los indicadores.



OTROS 365 DÍAS

—Una catapulta— respondió seriamente, sin mirarme. —Si presionas el botón rojo a mi lado durante el vuelo, dispararás en el aire.

Al principio quise responder asintiendo con la cabeza, pero después de un tiempo mi mente aterrorizada supo que se estaba burlando de mí.

—Ojala pudieras ver tu cara.— Se echó a reír. —Cariño, es un indicador de combustible. Ahora veamos si el timón y los alerones funcionan.

Después de que resultara ser un completo idiota, decidí no preguntar nada y ver a mi chico hacerlo bien. Mi chico, no dejaba de repetirlo, observándolo. Aún no he dejado una derecha, y ya tengo otra. Gire la cabeza, mirando hacia adelante. Mi madre tendría algunas palabras que decir al respecto. Empezaría con: *"No es así como te crié"*, entonces lo haría:

"Piensa en ello, nena, en lo que estás haciendo", y terminaría en: *"Pero esta es tu vida"*. Así que no me ayudaría mucho. Suspiré al pensar en una conversación que no me perderé de todos modos.

Los motores comenzaron a gruñir, y sentí que me estaba debilitando. Qué diferencia hay si tengo vidrio frente a mis ojos o en el interior del avión, ya que sólo me concentro en el miedo.

—Nacho, no puedo hacerlo— Me quejé cuando nos empezamos a mover. —Déjame salir, te lo ruego.— Me estaba poniendo histérica.

—Necesito que me des los valores indicados por este monitor. Lo que va a aparecer aquí. ¿Estás bien?— Me miró con cuidado y empecé a leer.

Números sin sentido saltaban a la pantalla, y yo, totalmente concentrada, se los daba uno a uno. De repente sentí la máquina flotando.

—Nacho... Jesús...— dije, sin poder recuperar el aliento.

—Los números,— dijo con diversión, y yo empecé a leer de nuevo.



OTROS 365 DÍAS

Después de una docena de minutos de recitar los números, sentí la vista sobre mí. Giré la cabeza y vi al canario sentado frente a mí y sonriendo radiantemente. Sus aviadores marrones y sombreados flotaban en su nariz.

—Puedes parar ahora, no te bajarás de todas formas.

Miré por las ventanas del avión y sólo vi las nubes debajo de nosotros y el sol. Estábamos solos en la nada absoluta. Todavía estaba un poco débil, pero la dicha que sentí cuando miré el azul que me rodeaba me hizo olvidar mi miedo.

—¿Sabes en que estaba pensando?— giro la cabeza negativamente sin cambiar su cara. —Que no me dejaste saber a qué sabes.— Sus dientes se apretaron y sus labios estaban en una línea delgada. Apoyé la cabeza contra el asiento y cerré los ojos. —Quiero verte venir cuando yo sea la única que te dé placer.

—¿Realmente pensaste en ello cuando mirabas las nubes?— preguntó sorprendido. —Estoy preocupado por ti, nena. ¿Sabías que las nubes son una colección de gotas de agua o cristales de hielo...?

—No cambies de tema,— dije, sin levantar los párpados. —Quiero darte una mamada, Nacho.

—Jesús, mujer...— se quejó, y yo lo miré divertida. —¿Y me dices eso cuando estamos a miles de pies sobre el suelo?!

Se lamió los labios y yo le miré la cremallera.

—Pero veo que te gustó la idea.— Volví a cerrar los ojos. —A juzgar por la reacción, terminamos y seguí disfrutando del viaje.



CAPÍTULO 14

Nos bajamos en el aeropuerto de Tenerife Sur, donde el coche más extravagante del mundo estaba aparcado delante de la terminal. Nacho abrió la puerta y cuando entré, me agarró por los hombros deslizándose por mi cuello y presionó mis nalgas contra su cuerpo. No era brutal, sino más bien firme y cachondo.

—He estado de pie desde que me dijiste cómo me vas a probar— dijo con una sonrisa y frotó su erección contra mi pierna. Me besó la nariz suavemente y me soltó.

Era un maestro de la provocación. Me congelé con una pierna en el coche y me pregunté si podría hacerlo aquí.

—Quiero hacerte una mamada— le susurré directamente al oído y me metí en el coche y la sonrisa triunfante desapareció de su cara.

—Se acabó— dijo, dando un portazo y rodeo el coche negro. —Te dije que Amelia va a hacer una fiesta de bienvenida.— Se sentó al volante y encendió el motor. —Y después de eso, no creo que tengas la fuerza para jugar.— Rechino los dientes y se puso gafas en la nariz.

—¿Quieres apostar?— Le pregunté cuándo empezó a chillar los neumáticos.

Su risa contagiosa estaba cortando el aire. No tenía que decir nada, sabía que aceptaba el desafío.

Condujimos hasta el garaje del apartamento, y aunque el coche se detuvo, no pude salir. Me sentí extraña, incómoda. Como si hubiera retrocedido en el tiempo. Pero la diferencia es que la última vez que estuve en el mismo lugar hace seis meses, era una feliz mujer casada y embarazada. Pero, ¿estaba segura? Estaba segura de estaba embarazada, pero estaba casada en ese entonces y ahora. La pregunta era, ¿puedo llamar a lo que sentí en diciembre felicidad? Mi cabeza me estaba dando señales contradictorias. Por un lado, me



OTROS 365 DÍAS

dio mucha pena que toda la situación con Massimo terminara así, y por otro lado, el chico de colores que estaba a mi lado era un sueño hecho realidad. Y esa era otra duda, que me estaba digiriendo por dentro: que no debía decirme a mí misma cómo me sentía. Sólo era curiosidad y encaprichamiento, y destruí el maravilloso y gran sentimiento que tenía con mi marido...

—Si no quieres estar aquí, puedo llevarte al hotel,— dijo Nacho seriamente, parado junto a la puerta. —Laura, sé que lo que pasó entonces es muy doloroso para ti, pero...

—No lo es...— dije con cierta voz y me bajé del auto. —¿Vamos?

No tenía ganas de tener recuerdos, y mi cerebro seguía crujiendo por el pensamiento. Quería emborracharme, divertirme y no pensar. Al mismo tiempo, era muy consciente del hecho de que en esta isla todavía tenía que lidiar con muchos recuerdos horribles.

Atravesé el umbral del apartamento y, sorprendentemente, me sentí como si hubiera llegado a casa. Todo era exactamente como lo recordaba, excepto que esta vez quería estar aquí y no tenía que hacerlo.

Fue como si viniéramos aquí por milésima vez. Tiró la bolsa que tenía en la mano y abrió la nevera. Sacó una pequeña botella de cerveza y, tras marcar un número en el teléfono, se lo puso en la oreja. No sé si me dio tiempo o si simplemente se sintió a gusto, pero no quise molestarlo y subí a mi habitación.

Abrí el armario y me sorprendí al descubrir que estaba completamente vacío. Bueno, hermoso, pensé. Empecé a preguntarme dónde podría estar mi maleta de Ibiza. No lo puso en el coche, pero seguro que estaba en el avión. Estaba mirando los estantes y pensando en lo que haría sin un solo par de calzones.

—Te has equivocado de dormitorio— dijo el canario, abrazándome por detrás. —La primera puerta a la derecha, justo detrás de las escaleras.

Me besó el cuello y se fue.



OTROS 365 DÍAS

Me di la vuelta y lo seguí lentamente. Abrí la puerta de la habitación y vi que esta habitación había cambiado dramáticamente. Había otros muebles en él, el color de las paredes cambió de blanco a gris y la cama de panqueques planos de repente tenía columnas. Seguía siendo moderno y elegante, pero los cortos tubos metálicos que sobresalían de cada esquina anunciaban un mal plan.

—Tus cosas están en el armario— abrió la puerta y otra habitación apareció detrás de ella. —Amelia te compró algo de ropa. Dijo que si lo hacía, seguirías usando pantalones cortos y chanclas.— Se encogió de hombros. —Si necesitas...

—¿Quieres atarme?— Yo pregunté. Nacho giró su cabeza hacia mi lado y fijo sus ojos verdes en los míos. —¿Por qué hay columnas junto a esta cama? Además, ¿por qué cambiaste esta habitación?— Entrecerré los ojos y me acerqué a él.

—Te amenacé con una pistola,— respondió, levantando la cabeza, y luego se escabulló. —No quería que te hiciera pensar mal. Si quieres, nos mudaremos, nunca he invertido en bienes raíces, pero lo he comprobado y hay algunos lugares bonitos por...

Lo interrumpí de nuevo pegando mis labios a los suyos. Deslicé mi lengua en el y comencé a acariciarlo suavemente. Nacho dobló un poco las rodillas y me agarró la cara con las manos.

—Sí, quiero atarte.— Él susurró y yo me quedé helada. —Para que nunca huyas de mí.— Se rió amorosamente, señalando la cama. —Y en estas columnas, hay columnas que se sacan. No estoy planeando una orgía aquí, sólo es un buen sistema de sonido. Será útil cuando te canse con el cine esta noche.— Me besó la nariz. —O la música, y ya que estamos hablando de eso...— Se dio la vuelta y se dirigió hacia una tabla que estaba en un moderno armario colgante.

—Estaré encantada de ver cómo giras el culo— dijo y presionó el botón, y los largos altavoces negros se asomaron a los tubos de acero. En ese momento toda la habitación se llenó de sonido puro. Justin Timberlake cantó "Cry Me A River". Me reí al pensar en el tiempo que había pasado desde que escuché esa canción.



OTROS 365 DÍAS

Nacho se puso en pie de manera divertida, y cuando el bajo estaba fuerte, empezó a bailar, imitando al vocalista. Abrí la boca y, sin ocultar mi sorpresa, le vi deslizarse por la habitación y hacer el tonto. Agarró el sombrero que estaba colgado en su vestidor y empezó a cantar, girándolo hábilmente de un lado a otro. Estaba encantada, sorprendida y divertida por la actuación. En un momento dado se acercó a mí y me agarró de las caderas por detrás y empezó a bailar conmigo. Era brillante, se movía suavemente entre sonidos sensuales, y yo lo seguí. Ya en Ibiza, estaba segura de que podía bailar, pero no esperaba que lo hiciera tan bien.

—Mentiroso— Estaba aullando cuando la canción terminó y escuché las primeras notas de la siguiente canción. —¡Dijiste que no podías bailar!

—Que no podía ir más despacio.— Se rió y se quitó la camisa.

—Recuerda, los surfistas tienen un gran sentido del equilibrio.— Me guiño un ojo y atravesó el pasillo hasta el baño, girando las caderas.

Quería seguirlo, pero me di cuenta, de que terminaría primero con un juego introductorio de media hora y luego unas docenas de minutos de copulación en la ducha, y lo deje ir.

Era la primera vez que se suponía que yo actuaría entre sus amigos siendo el él jefe. Jesús, es cierto, después de todo, ahora era el jefe de la familia. Me acerqué a mi parte de la habitación y empecé a enterrarme entre docenas de perchas. Después de un tiempo, me sentí aliviada al descubrir que tenía algo que ponerme. No había camisas de colores ni vaqueros, sino vestidos, túnicas y zapatos impresionantes.

—Gracias, Amelia— dije, agarrando otro gran conjunto. De repente me sentí confundida: si se pone pantalones cortos, me veré como una idiota con él. Me senté en la alfombra y empecé a mirar fijamente hacia adelante.

—¿Lo hizo bien?— Preguntó Nacho, caminando y limpiándose la cabeza con una toalla.



OTROS 365 DÍAS

Dios, ayúdame, me quejé cuando sus desnudas y tatuadas nalgas me pasaron por una docena de pulgadas. Estaba admirando mi propio autocontrol cuando lo vi quitar los pantalones de lino gris de la percha.

—nena, ¿Amelia se encargó bien de la ropa por ti?— Repitió cuando no reaccioné. Estaba asintiendo con la cabeza sin pensar. —Eso es bueno. No es un partido oficial, pero ya sabes... desde que soy el jefe, no siempre puedo parecer un chico de 18 años.

Se puso sus pantalones gris claro en su trasero, y me sentí aliviada, lo que no se puede ver no es tan tentador. Quitó la camisa azul oscuro de la percha y se arremangó las mangas, que eran del mismo color que sus pantalones. Dios, qué aspecto tiene, bronceado, liso y tatuado. Y se metió los mocasines azules en las piernas. Se abrochó el reloj y me miró:

—Mierda, parece que te está dando un ataque, espera...— Se acercó a mí y me limpió la comisura de la boca. —¡Tu saliva está goteando!— Se rió y me agarró por los hombros y me levantó.

—¡Al baño!— Me dio una bofetada en la nalga, y yo, sacudiendo la cabeza, fui hacia la ducha. Como estaba acostumbrada, me di una ducha fría por si acaso, teniendo cuidado de no arruinar mi peinado. Me acomode el pelo un poco, creando una especie de desorden sexual aparentemente aleatorio. De pie junto al lavabo, descubrí que los armarios del baño están llenos de cosméticos, querida Amelia. Me pinté las pestañas y me empolvé ligeramente la cara con destellos de oro. Me veía fresca, natural y sobre todo limpia. Cuando entré en el dormitorio, no estaba allí. Incluso me alegré un poco por ello, porque pude elegir lo que quería presentarle al mundo en paz. Aposté por un vestido corto color arena con tirantes, sin espalda, que me quedó perfecto con unos zapatos con correa alrededor del tobillo. Elegí un pequeño bolso azul marino y me puse una de las anchas pulseras de oro en la mano. Sabía que estaba lista.

Bajé las escaleras y vi a Nacho inclinado sobre su portátil. Cuando me oyó, cerró el monitor, se dio la vuelta y se congeló. El vestido no



OTROS 365 DÍAS

era estrecho, era bastante suelto, y era sexy y se vertía sobre mi cuerpo.

—Serás mía para siempre,— dijo con una sonrisa radiante.

—Ya veremos.— Dije tirándome el pelo despreocupadamente.

Se rió y se acercó a mí, y su mano de colores levantó mi cuerpo del último escalón y me puso en el suelo. Me miró con los ojos ligeramente entrecerrados, hasta que finalmente metió suavemente su lengua sobre mi boca abierta.

—Vámonos.— Tomó la llave y, entrelazo sus dedos con los míos, se dirigió hacia la puerta.

—Bebiste— dije acusadoramente. —¿Vas a conducir?!

—Chica, fue una pequeña cerveza, pero si quieres, puedes conducir.

—¿Y si la policía nos atrapa?!— Mi tono era un poco demasiado agresivo.

—¿Sabes qué?— Me dijo, pasando su nariz por mi cara. —Si quieres, te conseguiré un convoy policial, ¿estarás más tranquilo?— Levanto sus cejas con diversión. —Lo diré de nuevo, soy Marcelo Nacho Matos, y esta es mi isla.— Abrió los brazos y se echó a reír. —Y ahora, si no tienes más dudas, vámonos, o Amelia descargará mi teléfono. Así es, sólo estoy hablando del teléfono.— Sacó el teléfono blanco de su bolsillo y me lo dio. —Tu nuevo teléfono con una lista de contactos copiada y un número restringido. Lo siento mucho. El resto no lo puedo recuperar: tu ropa, tu ordenador se quedó en Sicilia.— Su mirada desilusionada me había estado perforando.

—Son sólo cosas,— dije, guardando el teléfono. —Estoy más preocupado que ellos— añadí, y él se congeló y se movió hacia mí.

—¿Qué?— Frunció el ceño, sin saber lo que quiero decir. —¿De qué te preocupas?— Suspiro.

—Olga, su matrimonio, mi divorcio, mi negocio.— gire la cabeza.

—¿Seguir intercambiando?



OTROS 365 DÍAS

—Ya tengo soluciones para la mayoría de ellos.— Mantuvo su boca en mi frente. —Lo único que no puedo planear es tu estancia en su boda, pero lo discutiremos en otro momento. Vamos.

Cuando entramos en la propiedad de la familia Matos, sentí que el contenido de mi estómago se me metía en la garganta. No pensé que reaccionaría tan emocionalmente al estar aquí. Ya habría esperado a dónde íbamos, pero cuando llegamos tuve un impulso irresistible de vomitar. Como las instantáneas de una película en movimiento, las imágenes de ese día volaban por mi cabeza. Pero es sólo un lugar, un edificio, le estaba explicando a mi cabeza.

—Cariño.— La voz del canario se había clavado en mí como un clavo en una tabla, arrancándome de desagradables dilemas.

—Parece como si hubieras tenido un derrame cerebral otra vez— dijo, preocupado. Cuando el coche se detuvo, me cogió la mano.

—Estoy bien. Pero esta casa...— Dije, mirando el palacio que tenía delante. —Recuerdo que me golpeó...

—¡Mierda!— gruñó, y casi me levanto de la silla. —Cada día pienso en ello y cada vez siento ganas de hacerme pedazos por lo que has pasado por mí.— Su cara se volvió fría y su mirada llena de odio.

—Chica, te protegeré de todo el mundo, lo prometo, pero por favor perdóname.— Colgó la cabeza. —No es el momento para esta conversación, pero deberías saber que la tendremos pronto.

—¡Laura!— Los gritos de Amelia rompieron el incómodo silencio que siguió a sus palabras.

—No espero una disculpa tuya, he escuchado muchos de ellos,— dije, bajándome. Casi al mismo tiempo, una bonita chica rubia se lanzó a mis brazos.

—Hola, jovencita.— La besé y se quedó atrapada en mí. —Te ves divina.— La observe, alejándola un poco de mí.

—Tú también.— Gritó alegremente y agarró la mano de su hermano, que se acercó a nosotros. —Entiendo que ya son pareja y que por fin tengo una hermana y Pablo una tía...— Los dos



OTROS 365 DÍAS

estábamos en silencio, mirándonos el uno al otro. —Lo que dirá Marcelo, lo sé, pero me interesa más tu opinión. ¿Me está mintiendo otra vez?

Me quedé allí mirándola hasta que finalmente tomé la mano de Nacho, me metí bajo su axila y le di un suave y lento beso en la boca. El Canario no me quitó los ojos de encima, una vez más el mundo dejó de existir. Hipnotizados por nosotros mismos, nos quedamos allí un momento.

—Lo intentaremos,— dije, lo seguí mirando. —Pero no garantizamos los resultados.— Llevé mis cejas, dándole una señal de que mi respuesta era más para él que para ella.

—Oh, Dios, pero estás maravillosamente enamorada— dijo Amelia, doblando sus manos como una oración. —Oh, pero basta de eso. Necesitas un trago. Además, Marcelo, Iván quiere hablar contigo cuando tengas un momento.— Me llevó de la mano hacia la entrada.

Cuando crucé el umbral, me sorprendió. En mis recuerdos, esta casa se veía diferente. El hecho de que sólo estuve aquí por unos momentos, pero el lugar de la ejecución es bastante memorable. Caminamos por un largo pasillo, y Nacho con las manos en los bolsillos y una sonrisa radiante me seguía. Solté la mano de su hermana y abracé a mi hombre en la cintura, abrazándolo.

—¿Has cambiado algo aquí? Pensé que era menos moderno y...

—Todo,— dijo con una sonrisa. —Toda la casa fue cambiada, aunque sólo viste una pequeña parte de ella. Justo después del accidente.— Asintió con la cabeza a Amelia, que no sabía que su futuro marido era mi torturador. Y toda la situación fue un intento de asesinato, no un accidente. —Iba a renovar toda la mansión. Fue destruido, y además, tampoco pensé que fuera la mejor persona.

—Marcelo es el jefe ahora.— Estaba disfrutando de una chica rubia. —Y finalmente, la familia entrará en una nueva era.

—Amelia, no estés tan interesada en lo que nos estamos metiendo y por qué, ¿vale?— le recordó seriamente, y ella giró ostentosamente



OTROS 365 DÍAS

los ojos. —Encárgate de criar a tu hijo. Muy bien, ¿dónde está mi ahijado?

—En su habitación con niñeras, perros, gatos.— Me miró.

—Marcelo piensa que cuando los niños se esconden con los animales, se desarrollan mejor.— golpeó el dedo en la frente.

—Pero él es el jefe —añadió después de un rato, sonriendo radiantemente.

—¡Exactamente!— gritó, empujándose hacia sí mismo. —Y no lo olvides.— Me miró. —¡Ambas! Llegamos al final de la mañana de pasillos y la parte trasera del jardín apareció a mis ojos. Una enorme piscina de tres niveles en forma de ruedas conectadas se deslizaba por una pendiente rocosa. A su alrededor se encontraban los miradores de madera con toldos, tumbonas y sillones. Más adelante, había sofás situados en una plaza, con un fuego entre ellos. A su lado había una maravillosa barra larga e iluminada, y a pocos metros, en el suelo de hormigón, entre la hierba, una mesa para unas treinta personas. Sólo que definitivamente había más gente. Principalmente hombres, pero también algunas chicas que jugaban en el agua o tomaban bebidas perezosas.

Todo joven, relajado y pequeño gángster.

—Hola!— gritó Nacho, levantando las manos, y toda la gente reunida nos miró.

Hubo gritos, aplausos, silbidos y vítores. El canario me apretó fuertemente contra sí mismo y saludó a todos los reunidos, que al cabo de un rato se quedaron un poco callados. Cuando la música se silenció, Amelia le dio a su hermano el micrófono, que le había quitado al DJ antes.

—Será en inglés, porque la elegida de mi corazón apenas está empezando a aprender español,— explicó, y bajé un poco la cabeza, avergonzada por las miradas de todos. —Gracias por venir a este agujero de mierda, pero espero que la cantidad de alcohol compense su molestia.— Los invitados empezaron a gritar y a silbar de nuevo. —Los que no se sientan satisfechos podrán irse. Y ahora me gustaría



OTROS 365 DÍAS

presentarles a Laura, quien, lo siento, señoritas, me ha ganado a mí y a mi corazón. Gracias por su atención y les deseo que lo pasen bien.— Terminó lanzando un micrófono a uno de sus colegas y luego me pegó a su boca caliente. Toda la multitud levantó sus copas, y los aplausos y gritos se escucharon de nuevo a nuestro alrededor.

Dios, qué maldita vergüenza me dio. Esta ostentación era superflua, pero completamente natural. El canario tenía este estilo de ser y no tenía derecho a castigarlo por ello. El beso duró un segundo más, y pude sentir a los curiosos mirando hacia otro lado. Nacho vago en mi boca durante mucho tiempo, finalmente escuché música de nuevo y los invitados volvieron a tocar.

—¿Tenías que hacerlo?— Pregunté cuando se estaba alejando lentamente de mí.

—Te ves demasiado bien hoy— dijo, levantando las cejas. —Se suponía que debía marcar el área, porque uno de mis colegas se pegaría a ti y tendría que matarlo.— apretó los dientes, y yo volví mis ojos.

—No parecen peligrosos.— Me encogí de hombros, mirando a la multitud.

—Porque no todos son peligrosos, algunos son surfistas, otros son amigos de Amelia, y sólo un pequeño grupo son mis empleados.

—¿Pero todo el mundo sabe quién eres?— Le pregunté, mordiéndome el labio, y él se estaba golpeando la cabeza. —¿Así que ningún tipo querrá hablar conmigo?— Se encogió de hombros con una inteligente sonrisa en su cara.

—A menos que sea por cortesía o si es declarado gay.— Me llevó en la dirección en la que Amelia nerviosamente estaba de pie.

—Tomemos un trago.

Observé a Nacho en su hábitat natural y me sentí aliviado al descubrir que era idéntico a mí delante de la gente. No estaba fingiendo nada, riendo, bromeando y haciendo tonterías. Después de



OTROS 365 DÍAS

un tiempo empecé a distinguir entre amigos y empleados, aunque no fue fácil. El hombre calvo se rodeó de gente muy similar a él. Los surfistas tenían el pelo largo, tatuajes y estaban bronceados de forma poco natural. Los trabajadores, por otro lado, parecían grandes toros o eran tipos flacos con una vista sospechosa. Sin embargo, todos parecían personas bastante normales y relajadas que se conocían bien y se divertían.

Nacho, como siempre, estaba bebiendo cerveza, y yo me estaba sirviendo otra copa de mi querido champán. No quería emborracharme, sobre todo porque Olga no estaba conmigo, que era un amortiguador de seguridad para mí en las fiestas. Lo siento por ella. Amelia encajaba muy bien con mi amiga, pero nadie podía reemplazar a Oli. Debí haberla llamado, pensé, y me di la vuelta para hacerme a un lado.

—¿Qué es lo que pasa?— Nacho me preguntó, atrapándome por la mitad y pegando sus labios a mi oreja.

—Tengo que hablar con Olga— me pareció un poco demasiado triste.

—Invítala.— Esta corta declaración hizo que una manada de mariposas se despegara en mi estómago. —Si Domenico la deja, que venga incluso mañana, yo me encargaré de todo.— Me besó en la frente y me soltó, y yo me quedé mirándolo.

¡Boom! Fue entonces cuando me enamoré. Si tenía alguna duda sobre mis sentimientos por este tipo, simplemente desaparecieron. Se quedó ahí hablando con sus amigos, y yo no pude dar un paso. Fue como si algo se hubiera roto en mí. Agarré las mitades de su camisa y, sin prestar atención al hecho de que interrumpí su conversación, le tiré para que sus labios encontraran los míos. Los hombres que estaban delante de él gimieron y después de un rato estallaron en risa cuando yo, con avidez y demasiado vulgarmente, empecé a besarle. Me agarró el trasero con una mano y me sostuvo el cuello con la otra. Era perfecto, perfecto, maravilloso y mío.



OTROS 365 DÍAS

—Gracias— le susurré, me separé de él y bailé una sonrisa en sus labios.

—¿Qué he dicho?— Preguntó divertido, volviendo a sus colegas.

Y cuando me iba, me dio una bofetada en mi trasero. Me fui a casa y me senté en el sofá del pasillo. Saqué mi teléfono y marqué el número.

—Hola,— dije que cuando Olga respondió. Estuvo al teléfono unos segundos.

—¿Estás bien?— Preguntó casi en un susurro.

—¿Y por qué no iba a estarlo?

—Joder, Lari...— suspiró. —Cuando Massimo volvió a la villa, los mató a todos. Domenico me contó lo que pasó. Tu Nacho está bien jodido. Lo entiendo todo, pero ¿dispararle a Don?— La escuché ir a algún lugar.

—Oh, Oli, no le disparó, le disparó a la confitería.— Mentí para reírme a carcajadas de su declaración. —No quería asustarlo y creo que lo hizo.

—Él pudo enojarlo— dijo ella con firmeza y más fuerte que antes.

—Bien, me fui de la casa porque el carajo sabe cuándo me están hablando. Dime.

—¿Volaras?— Le oí apuñalarla de nuevo. —Estoy en Tenerife.— Se tomó un respiro para decir algo. —Pero te prometo que no te haré otro amor esta vez. Por favor.— Sonaba patética, aunque no me sentía así en absoluto. Pero yo sabía que sólo la misericordia podía hacer que ella aceptara la idea de irse con Domenico.

—¿Sabes que me voy a casar en dos semanas? No.— pregunto, sentí que estaba luchando contra sus pensamientos.

—¡Bueno, eso es todo! ¿Y no deberías pasar un tiempo con la dama de honor para averiguar todo? Mira, ya tienes el vestido, tenemos que hablar de la compañía. Aunque no sé si todavía es mía... Tenemos que pensar en algo, y no tiene sentido por teléfono.



OTROS 365 DÍAS

Domenico lo entenderá.— Me retorció al escuchar lo que decía. Si yo estuviera en su lugar, no la dejaría ir.

—Siempre se te ocurre algo.— Sabía que estaba dando vueltas a su cabeza ahora.

—Está bien, hablaré con él mañana.

Dudé por un tiempo en hacer la pregunta que tenía en mente, pero la curiosidad se apoderó de mí.

—¿Cómo lo está llevando?— Lo había dicho. Estaba atrapada en un sentimiento de culpa.

—¿Massimo? No lo sé. Después de que disparó el cargador a un scooter, que luego explotó, desapareció. Incluso Domenico dijo que no iba a ir con él. Volvimos a Sicilia, y probablemente se quedó en Ibiza. Te lo contaré todo cuando llegue, porque ahora puedo ver la ardiente vista de Domenico y no creo que podamos prescindir de la perilla.

—Oh, lo siento mucho.— Me reí.

—Y te llamaré, perra. Llámame mañana por la noche o envíame tu número, y te llamaré cuando hable con él.

Cuando volvía al jardín, oí un zumbido y un aplauso de nuevo. Pasé por el umbral y vi a Nacho de pie en el escenario y calmar al público bajo la mesa de D J con sus manos.

—Siempre me haces esto— dijo divertido. —No, bueno, ya que viniste tan lejos, tocare. Pero sólo una pieza.

¿Tocare? ¿Toca algo? Me detuve en la plataforma de piedra justo fuera de la puerta y miré. El canario me agarro rápidamente, sobre todo porque yo estaba de pie fuera de la multitud, y me miro con sus ojos verdes.

—Será un poco banal.— Me dio vergüenza, y baje la mirada a sus pies. —Hace algún tiempo un escritor creó un libro de 50 sombras de Grey, y luego alguien decidió proyectarlo. Estúpida historia sobre un idiota apodíctico adicto al sexo y al control. Oh, pero



OTROS 365 DÍAS

probablemente todos conocemos a alguien así, así que es la historia de una vida.— Su vista me atravesó una vez más. —Conozco al menos a uno de ellos.— Gire la cabeza con una sonrisa burlona. — Oh, pero qué pasa, los italianos deben existir también.— La multitud rugió de risa y se escucharon aplausos. —Lo siento, Marco, estás bien.— Señaló con el dedo a uno de sus compañeros y agitó la mano como si le dijera que se fuera a la mierda. —Pero volviendo a la música.— Y entonces Amelia subió a la plataforma, dándole a su hermano un violín. —Hay un tipo, Robert Mendoza, que hizo un arreglo en el violín de la canción "*Love Me Like You Do*".— Nacho agarró el instrumento y lo puso en su hombro. —Conocerás mi lado sentimental— dijo, y hubo aplausos por todas partes.

El DJ encendió la base blanda y, sin apartar la vista de mí, empezó a tocar. En la estación, abrí más que para hacer helado. ¡Este tipo podría hacer cualquier cosa! Estaba fluyendo suavemente a través de los sonidos, sintiendo la melodía. Estaba meciendo su cuerpo, y sus hábiles dedos se movían a lo largo de las cuerdas. El arco estaba bailando en su mano derecha, y sentí que cada parte de mí explotaba. Los brazos fuertes sostenían suavemente el moderno instrumento de madera, y el rostro de mi hombre mostraba alegría.

En un momento dado, mis pies empezaron a ir por sí solos, no podía soportarlo más sin tocarlo. Estaba tocando y mirando mientras yo me dirigía hacia él. Un violín conectado a un cable le impedía dar un paso por sí mismo. Pero no me importaba en absoluto, al igual que el hecho de que un centenar de completos desconocidos me miraran como a una bruja para ser quemada. Caminé guiada y atraída por su vista, y las siguientes cabezas giraban en mi dirección. Finalmente llegué y me paré a un metro de él y me dio la espalda sin dejar de tocar. Estaba encantada, aturdida y completamente confundida. La música explotó de una vez más, la canción coincidía con el coro, y yo estaba arrugado. No pude hacer nada más. Yo estaba feliz. Mi hombre tocó para mí y aunque todas las chicas de la fiesta lo pensaron, yo lo sabía con seguridad. Nacho tocó en silencio el último sonido. Dejó el violín y el arco y esperó. Toda la gente



OTROS 365 DÍAS

reunida también estaba esperando. Me lancé en su dirección y salté sobre él y entrelace los muslos. Me apreté para sí mismo, y todos los invitados empezaron a aplaudir de nuevo. Sospechaba que mi vestido corto no me cubría el culo en ese momento, pero cuando Nacho me besó así, podía quedarme desnuda entre la multitud.

—Tenías que tocar el violín.— Susurré. Le sonreí ampliamente, y todavía me tenía en sus brazos. —¿Qué más puedes hacer?— Resoplé en silencio. —¿O debería preguntarte qué es lo que no puedes hacer?

—No puedo hacer que me ames.— Sus alegres ojos verdes me miraban de cerca. —Y no puedo controlar mis erecciones cuando tengo tu trasero en mis manos. Tengo que bajarte porque todo el mundo está mirando y tengo miedo de que mi pene pegajoso no escape a su atención.

Suavemente me bajó, me puso delante de él y levantó la mano para despedirse de la multitud. Así que su actuación había terminado. El DJ soltó otra pieza, y todos los invitados volvieron a bailar.

—Vamos.— Le saqué la mano. Empecé a arrastrarlo hacia la entrada de la casa. Corrí por los pasillos, y él se rió, siguiéndome.

—¿Sabes a dónde vas?— Preguntó cuándo me volví a dar vuelta.

—No tengo ni idea, pero sé lo que quiero hacer,— dije, mirando de reojo.

Nacho me levanto por la mitad y me tiró por encima del hombro y se giró hacia el otro lado. No me resistí y no me defendí. Vi que estaba tratando de hacer las cosas más fáciles para mí y sabía exactamente a dónde ir.

Subió una escalera monumental y lentamente subió las escaleras. Abrió una de muchas puertas. La pateó y me puso en la oscuridad, apoyándose en ella.

—Quiero hacer el amor,— dijo, levantando las manos. Puso sus labios sobre los míos.



OTROS 365 DÍAS

Me acarició con su boca, apretando mis manos firmemente en las muñecas que sostenía. Me excitó, pero el alcohol que burbujeaba en mis venas me empujó en una dirección completamente diferente a la sumisión.

Sabía que sería tierno y muy sutil, pero mi lado oscuro exigía satisfacción. Clavé los dientes en el labio inferior de canario y escuché un silbido silencioso. Se congeló y después de un tiempo se alejó un poco de mí.

—No vamos a hacer el amor— dije en un susurro, extendiendo mis muñecas fuera de su abrazo.

—¿No?— Preguntó divertido y me dejó salir y se apoyó contra la puerta cerrada.

—No— confirmé y empecé a desabrochar los botones de su camisa.

Estaba oscuro en la habitación, pero sabía exactamente lo que estaba viendo. El manto de cloro flotaba a un ritmo cada vez más rápido a medida que mis manos se movían hacia abajo. Sentí que respiraba, y el olor del chicle hacía cada vez más difícil tragar mi saliva. Algunas mujeres sienten las feromonas, otras aman el olor del agua del retrete, mientras que el olor de la menta me excitaba en el hombre que estaba delante de mí. Deslicé la camisa de sus hombros y lentamente moví mis labios sobre su cuerpo, acariciando cada pieza. Olía a océano, a sol y a sí mismo, apreté los dientes en el pezón de canario, y un sonido desconocido salió de su garganta. Un gemido y un suspiro al mismo tiempo me mostraron que definitivamente le gustaba lo que hacía. Aumenté un poco la presión, chupando al mismo tiempo, y sus manos subieron a mi cuello.

—Chica, no me provoques a esto, por favor.— La voz apenas audible era como una advertencia.

Me moví lentamente hacia el otro pezón y, ignorando por completo lo que acababa de oír, hundí los dientes aún más profundamente. Un sonido de irritación salió de la boca de Nacho y las manos en mi cuello se apretaron. Dibujando su estómago con mis dientes, me deslizaba cada vez más bajo hasta que me arrodillé. Largas manos



OTROS 365 DÍAS

todavía sostenían mi cuello cuando desabroché su cremallera mientras lamía su cuerpo tatuado.

—Quiero chupártela.— Estaba exhalando. Agarré sus piernas y las deslicé hacia abajo.

—Eres tan vulgar.— Susurró.

—Aún no lo soy...— dije, y lo absorbí en un solo movimiento.

El sonido que llenaba el aire era como un alivio. La voz baja de canario me hizo casi sentir su emoción y su deleite. No presté atención al hecho de que sus manos estaban cada vez más apretadas contra mi cuerpo, y con avidez tiré de todo el largo. Lo hacía con firmeza, profundidad y rapidez. No podía esperar a aprender sobre su gusto. No me estaba ayudando, incluso me estaba molestando, tratando de frenar el movimiento de mis labios, que estaban sosteniendo su polla. El hecho de que él se me resistiera, combinado con el alcohol circulante en mis venas, me hizo querer ser agresiva con él por razones desconocidas. Agarré las manos que me sujetaban el cuello y las apreté contra la puerta, dándole una clara señal para que las mantuviera allí. Más tarde, en mi mano derecha, agarré firmemente el tallo del pene y lo apreté contra la puerta, lamiendo la cabeza lascivamente.

—No te muevas, Marcelo.— dije gruñendo y lo absorbí hasta el final.

—Cristo, odio ese nombre en tu boca...— se quejó.

Estaba cogiendo su polla con mis labios, sintiendo las primeras gotas de sudor fluir por su estómago. Murmuraba algo en español, en polaco y probablemente en alemán, y yo disfrutaba cada segundo de la tortura que había financiado para él. Con mi mano libre me deslicé detrás de él y le clavé las uñas en una nalga dura y de llena de color. Gritó y golpeó la superficie de madera con sus puños, que fue sacudida por un fuerte golpe. Aceleré de nuevo, y su boca abierta apenas estaba tomando aire.



OTROS 365 DÍAS

De repente una luz brillaba en la habitación. Ligeramente confundido, me quedé helada con su polla en mi boca y miré hacia arriba.

Los ojos de esmeralda se me clavaron y la mano de Nacho volvía a bajar, alejándose del interruptor que acababa de apretar.

—Necesito verte...— dijo. —Tengo que...

No me importó lo que tenía que decir. Como una puta en una carrera, sin quitarle los ojos de encima, empecé otra loca carrera. Lo lamí, lo mordí y le di la mirada más franca que tenía en mi repertorio. Sus manos querían separarse de la puerta, pero tan pronto como lo hicieron, me detuve, y él se resignó y las golpeó de nuevo sobre la madera. Cuando me convencí de que en un momento sentiría las primeras gotas de esperma en mi lengua, me agarró, me levantó y me puso justo delante de él.

—Debo entrar en ti— gimió, atravesándome con una mirada salvaje.

—Detente y no te muevas.— le gruñí. Lo agarré por el cuello y le golpeé la cabeza con la puerta.

—No— dijo atreves de sus dientes, y su mano entró en ese lugar de mi cuerpo y se apretó con fuerza.

Aferrándome a su abrazo, nos quedamos mirando fijamente. Ambos nos quedamos un poco rezagados. El canario dio un paso adelante, y aunque intenté resistirme, me empujó a la habitación. Yo estaba caminando, sin tener idea de lo que había detrás de mí, hasta que mis nalgas se apoyaron en algo suave. Nacho me soltó el cuello, me agarró de los hombros y me apretó en una cama enorme y suave. Antes de que mi espalda entrara en contacto con el colchón, me agarró de los muslos y me tiró hacia abajo, de modo que casi apoyé los pies en el suelo. Se arrancó la camisa que le había quitado antes y, completamente desnudo, cayó de rodillas, pegando sus labios a mi coño mojado. Grité, agarrándolo por la cabeza calva. Sus labios acariciaron con avidez cada parte de mi lugar más sensible. No me quitó las bragas, sólo las apartó y se metió cada vez más adentro. Le



OTROS 365 DÍAS

rompí y rasguñé su cuello, y estaba atacando mi clítoris más y más violentamente.

—Quiero sentir tu gusto— lo estaba excluyendo cuando los delgados dedos del canario se deslizaron dentro de mí.

—Y lo sentirás, lo prometo.— Se separó para hacer una promesa, y después de un tiempo, continuó su movimiento dinámico dentro de mí.

Su lenguaje era perfecta y encontró puntos tan sensibles que después de un tiempo yo estaba al borde del deleite. Luego, inesperadamente me interrumpió y me puso boca abajo, sacando la pequeña tangas de mis nalgas en un solo movimiento. Me sorprendió la firmeza y el temperamento de un hombre que nunca antes había usado la fuerza contra mí, excepto quizás una vez en la playa. Me quitó el vestido, dejó mis zapatos y se pegó desnudo a mi espalda. Entrelazo sus dedos con los míos y extendió sus manos sobre mi cabeza. Estaba llorando en el suelo y mi estómago se apoyaba en la ropa de cama blanda. Nacho me separó los muslos con sus piernas, y sus dientes se hundieron en mi cuello.

—Laura, ¿sabes quién soy?— Preguntó en voz baja y helada.

—Lo sé...— susurré con la cara pegada al edredón.

—¿Entonces por qué me provocas a la brutalidad? ¿Se supone que debo demostrarte que puedo llevarte?

—Quiero...— Mi voz apenas audible estaba casi completamente amortiguada por su pesado aliento.

La mano del canario me alcanzó el pelo. Se elevó ligeramente. Se lo puso en la muñeca y me levantó la cabeza. Un grito salió de mi boca cuando, en un hábil movimiento, me pegó sobre sí mismo. No era él, o al menos no que lo conociera. Se volvió tan diferente que Massimo se puso ante mis ojos. Quería hacer que se detuviera, pero no pude sacar mi voz. Me estaba cogiendo, y después de un rato sentí que su mano libre me golpeaba en el trasero, pero al mismo tiempo no interrumpía el movimiento de mis caderas y no soltaba el



OTROS 365 DÍAS

agarre de mi cabello. Me golpeó una y otra vez. El dolor se mezclaba con el placer y me preguntaba cómo me sentía. Por un lado, me hizo exactamente como me gustaba, y por otro lado, quería llorar por el recuerdo de lo que acababa de pasar.

De repente Nacho me soltó la cabeza como si sintiera que algo andaba mal. Me puso de espaldas y me arrastró hasta la cama para que me acostara sobre él. Puso sus manos en mi cara y empezó a besarme suave y apasionadamente. Sentí que su masculinidad volvía a entrar en mí, pero esta vez con calma y con una ternura excepcional.

—¿Es eso lo que realmente quieres, nena?— Preguntó, sin interrumpir el movimiento de sus caderas. —Puedo ser lo que quieras, pero necesito saber que confías en mí y que me dirás cuando hayas tenido suficiente. No quiero hacerte daño.— Sus labios me dieron un beso en la nariz, las mejillas y los ojos. —Amo cada pedazo de ti y si necesitas sentir dolor, te lo daré, pero debes saber que lo haré por amor. —Una vez que sus labios encontraron los míos y sentí este maravilloso sabor a menta. —Te voy a agarrar, fuerte. Y ahora te vendrás para mí.— Los tranquilos ojos de esmeralda encendieron un fuego vivo, y sentí su polla crecer dentro de mí.

Una vez que engrasó sus dedos se unió a mí, y extendió nuestras manos entrelazadas detrás de mi cabeza, y sus movimientos se hicieron más rápidos y fuertes. Sabía que no necesitaba mucho. No sé cómo, pero cada vez que me acercaba a la cima, él lo sentía. Los ojos verdes, los tatuajes, lo sensible que era y el hecho de que podía convertirse en un bruto a pesar de sí mismo... Y cada parte de este extraordinario tipo me excitaba. Bajó la cabeza y me mordió el labio, y yo, sin querer, me quejé. Una vez que lo hizo aún más fuerte, luego su boca se movió, comenzó a morderme en el cuello y el hombro. Lo acaricie con la mano y su pene me cogió con la velocidad de una ametralladora.

—Vamos, nena, para mí— susurró, y una amplia sonrisa apareció en su rostro.



OTROS 365 DÍAS

Empecé a subir más y más alto. Sentí que estaba perdiendo el control de mi cuerpo.

—Cristo, Nacho— susurré cuando el orgasmo se derramó sobre mi cuerpo, quitándome el aliento.

El canario me agarró otra vez la cara en sus manos y me besó, profundo, fuerte, salvajemente. Intenté coger aire, pero no pude, casi me alejé nadando asfixiada por su beso. Cuando pensé que había terminado, él aceleró de nuevo y la siguiente ola de placer se derramó a través de mí. Mi cuerpo se inclinó en un arco y todos mis músculos se doblaron cuando grité en su boca, y alcancé el orgasmo más alto posible.

—Ya basta,— dijo divertido. Empezó a calmar su cuerpo mientras me calmaba a mí.

Mi pesada cabeza cayó en una almohada. Agradecí a Dios que no se me ocurriera la idea de un elaborado corte de pelo, porque ahora parecería un seto que había sido aplastado por un tractor.

—No terminé,— dijo, besándome en la nariz. —Pero quería que pudieras respirar. Ven a mí.

Se acostó a lo largo de mí, pero con sus pies junto a mi cabeza, y estaba invitando a golpear su dedo.

—Termina lo que empezaste.

Seis nueve... ...ahora? Cuando apenas estaba de pie, acostada, pensé.

Lo miré sorprendida y aterrorizada al mismo tiempo, y cuando no me moví, me agarró por las caderas y me sentó en su cara. Su lengua se deslizó entre mis labios, encontrando mi clítoris impecable.

Nacho gimió y yo caí de cabeza sobre la temblorosa erección de mi torturador de colores. Esta visión, combinada con sus caricias, hizo que el tornado se apoderara de mí otra vez. Apoyada en mi codo, agarré su masculinidad y empecé a follarle duro con mi mano y mi boca. Lo hice rápido y caótico, y el canario se retorció y gemía. En mi mente lo felicité por su atención divisiva, porque aún estando en



OTROS 365 DÍAS

lo profundo de mi boca, no interrumpió la milagrosa tortura con su lengua.

Y luego, después de unos momentos, fue lo que había estado esperando durante tantos meses. Un chorro de su cálido semen fluía por mi garganta. Fue dulce, maravilloso y se vino con un fuerte grito. Sus labios dejaron mi coño y sus dientes mordieron el interior de mi muslo. Bebí cada gota, escuchando el ritmo de su cuerpo. Lo único que lamenté en ese momento fue no poder ver sus ojos verdes. Lo lamí y lo acaricié hasta que sentí sus dientes en mi pierna aflojar el agarre, hasta que finalmente desaparecieron de mi piel.

—¿Estás contenta?— Preguntó, respirando un poco. —¿Finalmente tienes lo que querías de mi corazón?

Me levanté y moví mi pierna, sentándome sobre su estómago. Me limpié ostentosamente los labios con el dedo y cuando vi una amplia sonrisa en el rostro del canario, mi cara adoptó la misma expresión.

—Ahora, sí.— Estaba bien, acariciándole los tatuajes. —Me hiciste esperar.

—Has esperado más tiempo... dijo, agarrándome y poniéndome sobre la cama. —Quiero hacerte feliz, nena. —Los largos dedos de Nacho me acariciaron la espalda. —Pero a veces tengo miedo de hacerte daño, y entonces te escapes de mí.

Levanté la cabeza y lo miré, sin entender del todo lo que quería decir. En los ojos verdes, había cuidado y miedo. Claramente estaba triste.

—¿Te refieres a Massimo? — me dejó de ver y empezó a jugar con mi pelo. —Nacho, con él era algo completamente diferente...

—Nunca me dijiste exactamente lo que pasó.— Suspiré con fuerza cuando me miró.

—Porque sé que no quieres oírlo, no quiero hablar de lo que pasó.— Yo quería salir de esto, pero él me presiono.

—Hey, ¿a dónde?— Preguntó un poco enfadado. —No te dejaré ir a ninguna parte hasta que dejes de estar triste o infeliz. Y siempre será



OTROS 365 DÍAS

así, así que no te saldrás con la tuya, sólo habla.— Los brazos del canario se apretaron más cuando yo me quede en silencio.

—Nena...— arrastró la última sílaba, y me caí sobre él resignada.

—Me estás obligando a hablar de algo que preferiría no pensar después de que me hicieras el amor.— Matos estaba esperando en suspenso con sus ojos clavados en mí. —Nacho, déjame ir!— Estaba molesta y me frustré de nuevo, pero sus manos aún no me soltaban.

—¡Joder, Marcelo!— Grité, alejándome de él.

Sorprendido por mi explosión, él soltó el abrazo, y yo rompí y me enojé y agarré el vestido. El canario se giró hacia un lado y apoyó su cabeza en un brazo doblado. Todavía estaba esperando una respuesta y me miró, más seriamente de lo que la situación requería. En realidad, no sé por qué me enfadé. Estaba preocupado, y yo estaba exagerando. Pero no quería hablar de ello, y mucho menos pensar en ello.

Me puse el vestido y me metí la tanga por el culo.

—¿Nos vamos?— Pregunté, corrigiendo el pelo junto al espejo que estaba colgado en la pared.

—No,— respondió con fuerza, levantándose de la cama. Pasó por delante de mí y alcanzó sus pantalones. —Hablaremos.— Se dio la vuelta y me miró. —¡Ahora!— Me sorprendió su tono, y más aún su decisión. Supongo que olvidé por un momento que estaba tratando con un asesino despiadado, no con un hombre ni con una zapatilla que pueda dirigir.

—No puedes hacerme hablar. Además, he estado bebiendo, y no quiero hablar contigo borracha.

—Ya no estás borracha,— dijo, abrochándose la cremallera. —Te has puesto sobria, o mejor dicho, no estabas bebiendo alcohol.— Se puso la camisa a la espalda y se sentó en una silla. —Bueno, estoy escuchando.

Me quedé atrapada en el suelo con mi delicado vestido y no podía creer lo que veía. Aquí está mi tierno y gentil amante convertido en



OTROS 365 DÍAS

un mafioso dominante y tenaz. Entrecerré un poco los ojos, preguntándome qué debería hacer. No, desearía que tuviera alguna razón para esperar una explicación, y estaba preocupado por mí. Pero por otro lado me obligó a hacer algo que no tenía ganas de hacer ahora.

—Marcelo...

—No me hables así.— Estaba gruñendo. —Sólo dices eso cuando estás enfadada conmigo, y ahora no tienes ninguna base para ello.

Suspiro, apreté los dientes y me acerque a la puerta. Pero cuando agarré la manija, resultó estar cerrada. Me di la vuelta y me cruce las manos en el pecho, mirando la espalda de un canario que ni siquiera miraba hacia atrás. Pisoteé mi pie y el sonido de la planta del pie golpeando el suelo se extendió por toda la habitación.

Desafortunadamente, incluso ese monótono golpe no hizo que Nacho se moviera. Caminé unos pasos y me paré frente a él. Estaba serio, ansioso y concentrado, y los ojos verdes me estaban esperando.

—¿Y qué?— Preguntó, levantando las cejas.

—¡Me violó!— dije a través de mis dientes apretados. —¡¿Estás contento?!— Mis gritos se extendieron por toda la casa. —Me lo metió en todos los agujeros posibles, como castigo. ¡¿Es eso lo que querías oír?!— Un chorro de lágrimas incontrolables fluyeron de mis ojos.

El canario se levantó y se acercó a mí, extendiendo los brazos, pero yo levanté las manos en señal de no tocarme. Me estaba dando palmaditas en la histeria y lo último que quería hacer era tocar a alguien que no fuera mi madre. Nacho se paró frente a mí con las manos en su puño y permaneció en silencio, apretando las mandíbulas. Me ahogué llorando, y él se enfadó. El colorido manto se elevaba y bajaba a una velocidad que sería la adecuada para un corredor de maratón. Estábamos parados frente a frente, abrumados por las emociones, y me preguntaba cómo era posible que unos



OTROS 365 DÍAS

minutos antes nos hubiéramos estado lamiendo el uno al otro después de un sexo maravilloso.

—Vamos.— Me agarró de la muñeca y se dirigió hacia la puerta.

—Hay un candado en cada habitación,— explicó, señalando un pequeño botón en la parte superior del marco. —Para salir, tienes que presionarlo.

Me arrastró por el pasillo, y apenas pude seguirle el ritmo. Zafe mi muñeca de la empuñadura de su mano y me agaché para quitarme los zapatos.

Cuando me desabroché el cinturón y las sandalias cayeron al suelo, las tomó en su mano y de nuevo me agarró la mano y tiró hacia las escaleras.

Pasamos al lado de otra gente que trató de detenernos por un tiempo, pero Nacho los ignoró y, sin detenerse, siguió adelante. Bajamos dos pisos más abajo, y mi claustrofobia era evidente - el estrecho pasillo debajo de la propiedad hizo que mi cabeza diera vueltas y mi aliento se atascó en mi garganta. Me detuve, me apoyé en la pared y salte los ojos. Miré al suelo, esperando que esta vista me calmara. Mi hombre calvo me miró, y cuando vio que no era otro de mis ataques de ira, me agarró por la mitad, me tiró por la espalda y siguió adelante. De repente atravesó una puerta y me puso en el suelo. Levanté los ojos y me quedé helada. El campo de tiro.

Nacho se acercó a una de las posiciones y me entregó los auriculares. Luego se acercó al gabinete que estaba colgado en la pared y me congelé de nuevo. Se cubría un kilómetro de hormigón con armas, varios tipos de armas. Nunca había visto tal cantidad antes. Rabinos, armas, e incluso algo que se parecía a una miniatura, todo estaba allí.

—Yo también quiero— dije, extendiendo mi mano.

Me miró por un momento, claramente considerando algo, y cuando mi expresión facial no cambió, me dio la pistola del armario.



OTROS 365 DÍAS

—Es un Hammerli X Esse calibre 22. Es bonito. Debería gustarte.—
Extendió su mano y me presentó una pistola con mango de frambuesa. —Es auto-repetitivo. El gatillo es ajustable vertical y horizontalmente.— Estaba recargando un objeto de metal, mostrándome de qué estaba hablando. —El cargador tiene capacidad para diez rondas, está cargado. Por favor.— Me dio el arma, y probablemente la tomé y la abrí, y luego caminé hasta la estación.

Me volví hacia él, me levanté y puse los auriculares en la mesa. Seré un idiota, pensé. La cara de Nacho estaba ligeramente radiante cuando me vio y lo que más le gustó. Sacó otra pistola del armario y se puso a mi lado.

—Tan pronto como estés lista— dijo y apartó nuestro escudo.

Respiré hondo, luego otra vez, y frente a mis ojos vi la escena que acababa de contarle al hombre canario. Una noche en Portugal. Vuelvo al apartamento después de besar a Nacho por primera vez, veo a Massimo borracho, y él... Sentí dolor en mi pecho, luego lágrimas en los ojos, finalmente me sentí abrumada por el enojo y la rabia. La respiración profunda y los subsiguientes disparos perforaron el aire. Golpeaba la tarjeta que estaba colgada delante de mí, como si al masacrarla se borrara de mi memoria lo que había sucedido.

—La revista.— Lo besé con mi mano. —Dame las balas.

La cara de Nacho traicionó la sorpresa, pero se acercó al armario haciendo mi petición. Un momento después, puso una caja delante de mí.

Con mis manos temblorosas, cargué las balas y cuando terminé, me arriesgué de nuevo con el escudo. Bajé el arma, llené el cargador y empecé a disparar de nuevo.

—Nena— un susurro silencioso y el toque de su mano me sacó del abismo de la ira. —Es suficiente, cariño.— Puso sus manos sobre las mías y tomó lo que tenían. —Veo que lo necesitabas más que yo. Vamos, te llevaré a la cama.



OTROS 365 DÍAS

Colgué la cabeza y dejé que me tomara en sus brazos y me llevara al dormitorio.

Estaba acostada en la cama enrollada en una bola y esperando a que Nacho terminara de ducharse. No le he dicho una palabra en una hora. Me lavaba, me vestía, me acostaba y yo miraba la pared como un idiota. Casi como cuando me salvó la vida y me llevó a la casa de la playa.

—Laura,— dijo, sentado en la cama. —Sé que esto es difícil para ti, pero quiero terminarlo de una vez por todas.— Envueltas en una toalla negra, las nalgas de color se dieron vuelta y desaparecieron de mi vista. —Quiero matar a Massimo.— El tono serio de Nacho había hecho que mi corazón se enfriara. —Pero sólo lo haré si me lo permites. Siempre lo he ejecutado por dinero, nunca por razones personales, pero esta vez sólo quiero quitarle la vida.— Puso sus manos a ambos lados de mi cabeza y se inclinó ligeramente. —Sólo di que sí, y el hombre que te hizo daño desaparecerá de este mundo.

—No,— le susurré y le di la espalda. —Si alguien lo mata, no seré yo.— Metí mi cara en una almohada y cerré los ojos. —Tuve una oportunidad y una razón para hacerlo, pero no voy a ser como él. Y no quiero estar con un hombre que me recuerde a él.— Susurré.

El silencio llegó, y el hombre canario digirió mis palabras. Finalmente se levantó y se fue, cerrando la puerta tras él, y me quedé dormida.

250



OTROS 365 DÍAS

CAPÍTULO 15

Me desperté con dolor de cabeza, pero no era una resaca, sino las emociones que tuve anoche. Miré a mí alrededor y me di cuenta de que probablemente dormí sola esta noche. Sí, así comienza, suspiré, alcanzando la botella de agua que estaba en la mesita de noche.

Miré alrededor de la habitación. Anoche no tuve tiempo ni oportunidad de hacerlo. Muebles modernos y oscuros, formas rectangulares, muchos espejos y muchos cuadros. Vidrio combinado con madera y metal ligero, cuero y piedras. Una enorme ventana hecha de una hoja de vidrio miraba al océano y a un maravilloso banco de acantilados. Frente a ella había sofás grises y rectangulares, como si el panorama fuera a reemplazar al televisor, que no estaba en ningún lado.

Me levanté y me acerqué para disfrutar de la impresionante vista. Lo que vi me dejó sin aliento. En el jardín debajo de mí, Nacho tenía un bebé en sus brazos. Jugaba con él. Y sólo estaba vestido con vaqueros. Estaba tumbado en una tumbona y Pablo se subía a él como un mono, tirándole de las orejas, la nariz y metiéndose las manos en la boca.

—Cristo,— me quejé, apoyándome en el marco de la ventana.

Era hermoso, perfecto, y la vista de él con el pequeño me dio pena y me hizo quererlo aún más. Los acontecimientos de la última noche pasaron por mi cabeza y me golpeé la cara. Dios, qué estúpida soy cuando tomo un trago, pensé. Hoy, sobriamente, todo se veía completamente diferente. Estaba avergonzada. Hice un escándalo cuando él sólo quería protegerme, y lo comparé con el hombre que más odia en el mundo.

Tomé la ducha más rápida del mundo, me puse una de las camisas de Nacho y corrí escaleras abajo. Entré por la puerta del jardín y me puse los vasos que se encontraban en la mesa del vestíbulo. El canario no podía verme porque estaba sentado, pero en cuanto crucé



OTROS 365 DÍAS

el umbral, giró la cabeza y me miró directamente. Me acerqué a él con calma, bajando la cabeza en señal de arrepentimiento.

—Puedo sentirte,— dijo, —se levantó de la tumbona y me besó en la frente.— Te presento a Pablo, el chico que puso mi mundo patas arriba.

Un pequeño niño de pelo brillante me sacó las manos y lo tomé en mis brazos. Se acurrucó en mí, agitando sus dedos en mi pelo aún húmedo.

—Jesús,— Nacho gimió cuando besé al pequeño bribón. —Quiero tener hijos contigo. —La sonrisa en su rostro era más brillante que el sol de junio.

—Basta ya.— Le di la espalda y fui a la mesa con la comida. —El divorcio me espera, la confrontación con una amiga, mi chico quiere matar a mi marido, y tú estás aquí por los niños— dije divertida y puse a Pablo en una silla alta junto a la mesa. —Y para ser claros.— Levanté mi dedo cuando se paró a unos centímetros de mí.

—Dijiste "mi chico"— me interrumpió cuando se suponía que iba a empezar mi discusión. Se cubrió los hombros. —¿Eso significa que somos oficialmente una pareja?— Me quitó las gafas para mirarme a los ojos.

—Eres oficialmente el amante de una mujer casada— dije divertida, levantando las cejas.

—Oh, nunca fue tu marido.— Me mordió la nariz suavemente y me sonrió. —Yo no seré él.— Se puso las gafas que me quitó. —Lo siento.— Apoyó sus labios contra mi frente y suspiró con fuerza.

—No debería haberte presionado ayer.

—La última vez...— empecé en serio, alejándome de él. Levanté mi dedo de nuevo. —Sera la última vez, Marcelo Nacho Matos que dormirás en una cama diferente a la mía.— El pánico momentáneo fue reemplazado por una amplia sonrisa de nuevo. —O me divorciaré de ti antes de que me pidas que me case contigo— añadí en broma, y él iba en serio.



OTROS 365 DÍAS

—¿Así que estás de acuerdo?— Preguntó, parándose demasiado lejos otra vez.

—Cristo, ¿con qué?— La sorpresa que estaba pintada en mi cara era casi tangible.

—¡Ser mi esposa!

—Nacho, te lo ruego.— Dejé mis manos indefensas. —Deja que me divorcie, te conozca y te pregunte dentro de un rato.— Su cara se puso triste y seria. —Y ahora me muero de hambre. ¿Dónde está Amelia?

—¿No quieres estar conmigo?— continuó.

—Escucha, chico tatuado, quiero conocerte, enamorarme de ti y ver cómo va. ¿Puedo?— La molestia se mezcló con la diversión.

—Y así sé que estás enamorado de mí,— dijo con una amplia sonrisa y apartó mi silla. —Y te ves la más sexy del mundo con mis camisetas, así que de ahora en adelante sólo caminarás con ellas.— Me besó la punta de la cabeza, luego puso sus manos en mis mangas y me agarró los pechos.

—Estás sosteniendo a mi bebé.— La voz de Amelia atravesó el aire como un látigo. Nacho lentamente sacó sus manos y las apoyó contra la silla en la que yo estaba sentado. —Pobre Pablo— dijo ella en broma, tomando a su hijo en sus brazos. —Y la pobre mamá de Pablo, porque nadie puede agarrar sus tetas.— Ella le dio a su hermano una mirada provocativa, y él levantó el dedo.

—¡Jovencita, no me hagas enojar!— resoplaba con toda seriedad y tomó su lugar a mi lado. —Cuida del bebé, las compras o lo que sea que hagas allí, pero ni siquiera te atrevas a mirar en dirección a algún tipo, o tendré que matarlo.

La chica volteó ostentosamente sus ojos y agarró el biberón para alimentar al bebé.

—Marcelo, no harías daño a una mosca.— Le enseñó la lengua y puso a su hijo en sus brazos. Creo que te has metido demasiado en este asunto de los gángster.— Ella estalló en risa. El canario tomó



OTROS 365 DÍAS

un respiro para decir algo, pero mi mano que descansaba en su muslo le impidió comentar las palabras de su hermana. Puso huevos revueltos en el plato y, mirando a Amelia con ira, empezó a comer.

—La controlas demasiado— dije en polaco, bebiendo té con leche.

—No la controlo en absoluto. No quiero que se enamore de un idiota otra vez,— respondió él, guardando el tenedor. —Además, ahora debe centrarse en su hijo, en ella misma y en su mansión, no en buscar impresionar. Ella ha pasado por mucho recientemente. Tiene que recuperarse.— Me miró con un ojo serio y se limpió la boca con una servilleta de lino.

—Eres tan sexy cuando te pones apodíctica,— me mordí el labio y me moví a él.

—Me gustaría hacerte una mamada debajo de la mesa ahora.— Mi mano en su muslo se apretó, y la polla de su pantalón bailó espectacularmente para hacer que sus vaqueros se levantaran un poco.

—Laura, te estás volviendo vulgar— me amonestó, tratando de controlar mi sonrisa. —Tenemos una agenda muy apretada hoy, así que no pienses en la estupidez, sólo come.

—La tensión es algo completamente diferente aquí.— Sonreí y le alisé la polla.

—Lo estás haciendo de nuevo y también estás hablando en polaco, así que no entiendo nada.— Amelia volteó sus ojos. —¡Pervertidos! Y además, sólo quería decir que tengo una súper gorra y mi libido se está volviendo loco, así que...

—¡Basta!— El puño de Nacho golpeó la mesa, y yo salté. —Vi a ese imbécil venir hacia ti ayer, y te juro que si no fuera por el hecho de que estoy haciendo negocios con su padre, estaría muerto detrás de la casa.

—Oh, lo estás entendiendo.— Siguió alimentando al bebé tranquilamente mientras su hermano se iba. —Lo besé una o dos veces, hace unos años, y estás teniendo una aventura. Vamos, Pablo,



OTROS 365 DÍAS

vámonos de aquí, porque tu tío va a estar tirando el desayuno por rabia.

Se inclinó un poco, para que Nacho pudiera besar al chico en la cabeza. Me giño el ojo y desapareció en la casa.

—No me gusta cuando estás así,— dije, volviéndome hacia él cuando empezó a comer de nuevo.

—Mentira.— Alcanzó el pan sin siquiera mirarme. —Te encanta cuando estoy así. Y ahora que me he deshecho de ella, métete debajo de la mesa.— Una amplia sonrisa apareció en su cara de nuevo, pero cuando empujé la silla hacia atrás y me arrodillé, bajó ligeramente.

—¿Quieres hacer eso mientras cómo?— preguntó sorprendido cuando me desabroché la cremallera de sus vaqueros.

—Me apresurare, te lo prometo— dije, absorbiéndolo en un movimiento.

Y me apresuré, lo que no cambió el hecho de que el hombre del servicio dos veces casi nos detuvo. Mi suerte fue que Nacho, cuando era necesario, podía quedarse quieto y tiene una atención divisiva. El tipo aún no había logrado cruzar el umbral, y nacho había logrado informarle en una palabra. Con gran dificultad, se comió sus huevos revueltos, y cuando terminó, le dije que al menos bebiera jugo. Se atragantó unas cuantas veces, pero por suerte llegamos al final y después me senté educadamente para terminar la comida.

—Eres imposible...— suspiró con los ojos cerrados, inclinando la cabeza hacia atrás.

—¿Qué haremos hoy?— Pregunté, como si nada hubiera pasado.

—Vete a la mierda— respondió sin pensarlo dos veces.

—¿Perdón?— Me sorprendí girando la cabeza.

—Vamos a Teide...— se rió y se puso las gafas que estaban en el mostrador. —Y ahí nos vamos a la mierda.— Levantó las cejas, frunciendo los dientes. —Voy a buscar algo y tú llama a Olga y pregúntale si Domenico la dejará salir de la isla.

255



OTROS 365 DÍAS

Nacho apoyó sus manos contra la mesa y movió la silla hacia atrás para levantarse. En ese momento, el empleado que había intentado acercarse a nosotros apareció de nuevo en el umbral. Cuando no escuchó ninguna palabra de protesta de nosotros, se acercó. Tenía un gran paquete delante de él. El canario lo miró y dijo unas palabras en español, dándole una caja. Matos me miró una vez, una vez lo que tenía en sus manos, y cuando el hombre desapareció, se sentó en un sillón.

—Este paquete es para ti,— explicó en un tono de voz serio, y su vista mostraba claramente la ansiedad. —No sé de dónde vino, pero sé de quién.— Me apuñaló con sus ojos verdes y se congeló, preguntándose por algo. —Nena, déjame abrir esto.— Estaba esperando mi confirmación, y asentí.

—Nacho, no quiere matarme.— Alcancé el paquete, lo puse delante de mí y empecé a rasgar el papel. —No es tan psicópata como crees que es,— dije, tirando al suelo el papel de aluminio en el que estaba envuelto el paquete. Una caja con el logo de Givenchy apareció en mis ojos. —¿Zapatos?— Dije sorprendida y le quité la tapa.

Cuando vi lo que había dentro, lo desayuné diez minutos antes se me metió en la garganta. Apenas pude dejar la mesa para vomitar en el césped. Me arrodillé y mi cuerpo temblaba de convulsiones. No podía respirar, estaba débil, y el resto de la comida no digerida estaba saliendo de mí. El hombre canario estaba arrodillado a mi lado, sujetándome el pelo y la frente, y cuando terminé me dio una servilleta de lino para limpiarme la boca y un vaso de agua.

—¿No es un psicópata?— Él preguntó. Me levantó del suelo y me puso en una silla de espaldas a la mesa. —Joder, te dije que lo abriría...— gruñó, golpeando la mesa con las manos.

Estaba temblando, no podía creer lo que vi en la caja. Mi perro, mi querida, pequeña bola blanca. ¿Cómo puede un hombre ser tan cruel, cómo puede un animal indefenso ser tratado así? Las lágrimas entraron en mis ojos y mi aliento se atascó en mi garganta.



OTROS 365 DÍAS

Escuché a Nacho rompiendo un papel, y, sin saber qué vería, lo miré. Tenía un trozo de papel en la mano y estaba leyendo.

—Maldita sea— lo arrugo con los dientes apretados y lo aplastó.

Extendí mi mano para darle una señal de que yo también quería verlo. Me miró durante un rato, dudando hasta que finalmente me puso el papel arrugado en la mano. Lo extendí. *“Hiciste lo mismo conmigo...”* leí. Ese corto texto y la masacre que vi en la caja me hicieron saltar de mi silla otra vez y vomitar en la hierba.

—Laura.— Una vez más, unas manos fuertes me levantaron del suelo. —Nena. Te llevaré al dormitorio y llamaré a un médico.— Ni siquiera me resistí cuando me recogió y me llevo a casa.

Me puso bajo el edredón y presionó el botón del control remoto que provocó el apagón de la ventana. Estaba oscuro en la habitación, y después de un tiempo las pequeñas lámparas junto a la cama se encendieron.

—No quiero un médico.— Me quejé, me desvié y me limpié las lágrimas de los ojos. —Estoy bien... Supongo que sí.— Me acurruque en una almohada y lo miré. Estaba sentado a mi lado, acariciando suavemente mi cabello. —¿Qué demonios fue eso?!— Le pregunté enojada. —En tu mundo, ¿envías una cabeza de caballo, no un perro desmenuzado?

El hombre canario se rio burlonamente y giro su cabeza, y una sonrisa torcida se dibujó en su rostro.

—En mi mundo hay un océano, paz y una tabla...— suspiró.

—Cariño, voy a repetir lo que dije ayer. Puedo hacerlo...

—¡No!— Mi tono de confianza hizo que Nacho renunciara. —Es que este animal no era culpable de nada, y no puedo creer que pueda ser tan cruel.

—Pensé que como te violó, sabías con quién estás tratando.— Dijo y se arrepintió inmediatamente de las palabras que salieron de su boca. —Cristo... Lo siento.— Se quejó.



OTROS 365 DÍAS

Me quedé allí un rato, mirándolo con sorpresa, y luego me levanté furiosa de la cama y me fui al armario sin decir una palabra. Me siguió.

—Cariño.— empezó, y yo levanté mi mano, silenciándolo. —Laura, yo...— ...tartamudeo cuando me puse los pantalones cortos y la camisa. —Dios, nena, espera.— Me agarró por el hombro que le arranqué.

—Dame... ...dame... Maldición... Cálmate.

—Voy a lavarme los dientes. Y no me toques, o perderé los estribos en un minuto.— Estaba gritando como loca.

—¿Por qué carajo me dijiste eso?!— Se golpeé la frente con la mano. No podía creer que mencionara eso. —Ahora me lo vas a recordar a cada paso del camino... Gracias, Nacho.— Presioné mis pies en mis zapatillas y agarré mi bolso. —Dame las llaves,— dije, con la mano extendida.

—Pero cariño, no conoces la isla, estás nerviosa, no deberías conducir.

—¿Dame las malditas llaves!— Le grité en la cara, temblando de rabia.

El canario respiró profundamente y apretó los dientes. Se dirigió hacia la puerta, me puse mis gafas y lo seguí.

Después de un tiempo nos encontramos en la puerta de un garaje, donde varios coches se paraban en fila. Nacho pegó el código en algo que parecía un armario y me miró.

—¿Grande o pequeño?— Preguntó, señalando con la cabeza a los coches.

—No me importa— estaba gruñendo, pisando con el pie por impaciencia.

—Bien, vamos, prepararé tu navegación para que puedas volver a casa más tarde.— Tomó las llaves y atravesó el garaje, luego se metió en un Cadillac Escalade negro gigante. —La casa uno es un



OTROS 365 DÍAS

apartamento, la casa dos es una propiedad. ¿Quieres que te ahorre un poco más de espacio?— Me miró con un ojo indiferente, y mi furia se convirtió en desesperación.

No tenía ni idea de lo que esperaba. Tal vez sea apodíctico y no me deje ir a ninguna parte. O tal vez me folle para que pueda olvidar los últimos treinta minutos. Si yo no sabía lo que quería, ¿cómo podía saberlo él?

—Si necesitas ayuda, llama a Iván.— Salió y se dirigió hacia la puerta, luego desapareció.

—Oh, ¡maldita sea!— Me subí al auto. Arranqué el motor, y me fui. Un momento después, me apresuré a través de la entrada.

Me sentía extraña sabiendo que nadie me seguía, me vigilaba ni me protegía. No me sentía particularmente amenazada, pero tenía una imagen en la parte de atrás de mi cabeza que me perseguía desde el desayuno.

Conducía cada vez más alto, siguiendo las señales que decían "Teide". Quería estar sola, y el volcán parecía ser la mejor idea.

Me llevó unas docenas de minutos y finalmente llegué a un lugar sobre las nubes. Estacioné mi auto y miré la montaña nevada frente a mí. Una vista verdaderamente cósmica: rocas, desierto, nieve y un cráter en medio de una isla caliente.

Me incliné cómodamente, saqué el teléfono y marqué el número de Olga.

—¿Sabes lo que hizo Massimo?— Empecé cuando ella respondió.

—Estás en el altavoz, Domenico está conmigo.

—¡Muy bien! ¿Tu hermano psicópata puede dejarlo ir gentilmente?— Hubo silencio y cerré los ojos. Sentí lágrimas fluyendo en ellas. —Me envió un perro en una caja de mis amados zapatos...

259



OTROS 365 DÍAS

—Maldición— Domenico gruñó, y en el fondo escuché a Olga gritar. —Laura, no tengo control sobre él. Ni siquiera sé dónde está. Dejó a toda la gente y desapareció.

—Domenico, necesito mucho a Olga— suspiré, y por otro lado el silencio cayó de nuevo. —Lo que pasó hoy... Jesús, lo que ha pasado en los últimos días... Necesito tenerla conmigo, o me volveré loco.— Un sollozo incontrolable salió de mi garganta.

—¿Sabes en qué me estás metiendo?— me preguntó en un tono suave, y casi vi la mirada en su cara. —Si Massimo se entera de que te dejé hacerlo, estaré condenada. ¡Y me importa un carajo!— Ella gritó. —Domenico, mi amiga me necesita, así que voy a ir allí de todos modos. Aprecio el hecho de que te pido tu opinión, y me importa una mierda tu hermano.— Casi la vi agitando sus manos frente a la cara de su chico ahora mismo.

—Jesús, ¿tengo algo que decir?— Un suspiro siciliano. —Mañana la pondré en un avión, así que deberías advertir a tu...— se que do callado y susurro. —Marcelo, que nuestro avión aterrizará en Tenerife. Sólo recuerda, Laura, ya tiene un prometido y no necesita otra aventura.

La risa de Olga resonó en el teléfono y los oí besarse y murmurar.

—Vale, zorra, me voy a follar a mi futuro marido porque veo que necesita follarme para que no se me ocurra ninguna tontería.— Ambos gritaron "adiós" y colgaron, y yo me quedé sola.

Después de hablar con mi amiga, me enfadé. Me sentí triste por la primera pelea que tuve con Nacho. De hecho, arruiné el año, porque no lo llamaría una discusión. Marqué su número y me puse el teléfono en el oído. Las siguientes señales zumbaban en mis oídos, pero desafortunadamente nadie respondía. ¿Está tan ofendido? Pensé al guardar el teléfono. Encendí el motor, puse la navegación en "casa dos" y arranqué.

Estacioné frente a la propiedad y entré buscando un canario. Desafortunadamente, no era el campeón del movimiento, así que después de un tiempo me sentí completamente perdida. En busca de



OTROS 365 DÍAS

ayuda, llamé a Amelia. Después de una breve conversación resultó que no estaba lejos, y cuando le describí dónde estaba, no habían pasado cinco minutos y llego.

—¿Sabes dónde está tu hermano?— Le pregunté cuando me llevó por el pasillo.

—Ustedes discutieron— ella suspiró, girando los ojos. —Eso pensé cuando lo vi lanzarse por la casa y tú no estabas en ninguna parte. Creo que está en una casa de la playa.— Esa declaración casi me quita el poder en las piernas.

Me habían pasado por la cabeza recuerdos maravillosos. Los momentos que pasamos en el desierto, habían hecho que estuviera aquí mismo, en Tenerife.

—Amelia, ¿puedes establecer una dirección de navegación para mí?— Pregunté, mordiéndome nerviosamente el labio.

—Claro, vamos.

Diez minutos más tarde, salía de la residencia de los Matos otra vez, pero esta vez me dirigía hacia abajo. El dispositivo que me llevó mostró que estaría allí en más de una hora, así que tuve tiempo de pensar y planear lo que haría y diría cuando viera a Nacho. Es una pena que no se me haya ocurrido absolutamente nada. No sabía si debía disculparme con él... ¿Por qué? En realidad, tenía razones para estar enfadada, pero mi reacción no fue la más inteligente. Una vez más, hice lo que se me daba mejor, es decir, me escapé. En el carro que conducía, me prometí a mí misma que no lo volvería a hacer. Y no se trataba sólo de Nacho, se trataba de toda mi vida.

Decidí que ya era suficiente de huir, era hora de enfrentarme a todas mis furias y demonios. Cuando, después de un viaje bastante largo, fui a la arena, mi corazón estaba galopando. La última vez que estuve aquí, primero sentí un horror sin límites y luego me desgarró la tristeza de dejar el paraíso. Fue aquí donde el insolente secuestrador me besó por primera vez y fue aquí donde me enamoré de mi torturador. Todo estaba exactamente como lo recordaba: una casa de madera y una barbacoa en la terraza donde nos hizo la cena.



OTROS 365 DÍAS

La playa y el océano ondulante. Cuando vi una moto apoyada en una palmera, me di cuenta de que mi hombre debía estar en algún lugar cercano. Subí las escaleras y antes de agarrar el mango, respiré profundamente.

Entra ahí y ya está, sin disculpas, sin esperas de disculpas, sólo entra y mira lo que pasa. Dejé salir el aire de mis pulmones y pasé por el umbral.

Caminé por la habitación de al lado y me decepcionó descubrir que no estaba en ningún sitio. Había un teléfono sobre la mesa y una botella de cerveza, de la cual tomé un sorbo, para saber si estaba caliente. Y si era así, podría pensar que la cerveza ha estado parada aquí por algún tiempo. Suspiré y salí. Me senté en las escaleras y empecé a preguntarme qué haría cuando volviera. Y luego se me ocurrió una idea: como estoy en medio de la nada y voy a hacer las paces con el tipo, valdría la pena sorprenderlo un poco.

Volví a entrar y después de una ducha rápida, envuelta sólo en una manta, me senté en las escaleras de nuevo. Me apoyé en la barandilla y miré el océano. Las olas eran grandes, y no podía pensar en ningún pensamiento sin sentido sobre que tal vez algo le pasó. Sí, claro, después de todos estos años en el mar, decidió ahogarse hoy para hacerme enojar. Sacudí la cabeza, ahuyentando la tontería que aparecía él, y esperé. Pasaron minutos y horas hasta que mis ojos finalmente se cerraron.

Sentí unas manos húmedas extendiendo una manta con la que estaba cubierta. Un poco asustada, aún en un sueño ligero, traté de levantarme. Pero las manos, que sentí en sobre mí, me sujetaron y me pusieron en el suelo de madera. Desde debajo de mis párpados semi cerrados vi que ya estaba oscuro afuera. Tomé un respiro cuando olí el olor familiar de la goma de mascar - me aseguró que el hombre que suavizaba mis labios era Nacho.

—Te esperé...— susurré cuando me pasó la lengua por el cuello.

—Me gusta esta espera,— respondió y deslizó lentamente su lengua en mi boca.



OTROS 365 DÍAS

Me quejé, lo agarré por las nalgas, y felizmente descubrí que estaba completamente desnudo. Extendida en la manta, lo atraje hacia mí para poder finalmente sentir todo su cuerpo. Estaba mojado y salado y todos sus músculos estaban duros y tensos, lo que indicaba que había estado surfeando durante mucho tiempo.

—Nena, lo siento.— Me susurró. —A veces soy estúpido, pero aprenderé.

—No volveré a huir de ti.— Abrí los ojos y miré a la figura que colgaba apenas visible sobre mí. —A veces tengo que pensar y estoy mejor sola.— Me encogí de hombros con un lamentable encogimiento de hombros.

—¿Qué estás haciendo?!— Su sonrisa brillaba en la oscuridad.

—Así que tenemos más en común de lo que pensaba.— Me volvió a besar con fuerza. —Te voy a tomar por la espalda,— dijo con una voz graciosa. —Si te hare el amor en este piso.

—Espero que eso no sea lo único que tomes de mi espalda. —Lo empujé hacia mí, obligándolo a besarse.

—También puedo arrodillarme.— Me puso boca abajo y me levantó para que pudiera salir antes que él. —O...— ...arrastró la última letra, acariciando mi trasero. —Te dejaré plantada y salvaré mi delicado cuerpo.— Me levantó, y me sorprendió. Me puso junto a la columna de madera que soportaba el techo, y me inclinó los muslos.

—Eres un poco pequeña.— Le oí sonreír cuando me besó en el cuello. —Pero puedo manejarlo ahora mismo. Espera aquí.— Me dio una palmadita en el culo y volvió después de un tiempo, luego me recogió del suelo y me dejó en una plataforma de madera.

—¿Una caja de cerveza?— Sonreí, mirando hacia abajo. —Qué creativo.

—Después de tu culpa. Lo siento— Empezó a besarme en el cuello otra vez. —Les dije que llenaran el sótano.— Las manos del canario me agarraron los pechos. —El refrigerador...— Sentí una barra dura como una polla en mi nalga. —El baño...



OTROS 365 DÍAS

—¿Por qué necesitamos cerveza en el baño?— Estaba exhalando cuando sus dedos se deslizaron sobre mi clítoris.

—Tengo el baño con artículos de aseo, el armario con ropa, y la casa con conexión rápida a Internet para no tener que mudarnos.—

Apretó sus dientes en mi hombro. —También te compré un regalo, pero lo tendrás si eres buena sacas tu culo de forma agradable.— Me apretó las entrañas para que pudiera inclinarme un poco. —Agárrate fuerte, cariño, aquí mismo.— Las manos de Nacho agarraron las mías, señalando donde se suponía que estaban.

Presionó mis dedos y los usó en el poste. Luego arrastró su mano de color de mi mano, sobre mi hombro y espalda, hasta que me agarró la cadera.

—Tienes un culo tan bonito— susurró, arquee ligeramente mis nalgas. —Cada vez que entro en ti, tengo ganas de entrar en el mismo segundo— terminó su frase y su pene se deslizó lentamente dentro de mí.

El Canario gemía y me apretaba las manos, y en ese momento mis manos apretaron la madera. El lento movimiento de sus caderas y la profundidad a la que entró me hizo apenas sujetarme los pies. Nacho aceleró, y yo me retorcí y gritaba cada vez que él empujaba. Manos fuertes me sostenían, apretando más y más con cada momento.

Después de un momento de amor, empezó a moverse a tal ritmo que toda la situación se volvió jodida, y muy energética. Los sonidos apasionados que salían de nuestras gargantas ahogaban el ruido de las olas que golpeaban la playa, y las caderas que rebotaban en mis nalgas cortaban rítmicamente el aire caliente y espeso. Él dominó, Dios, y lo hizo con tal unción, ternura y amor que ya no pude luchar contra el orgasmo.

—Necesito verte...— él sólo exhalaba cuando yo estaba a segundos de lo que estaba esperando.

Me agarró por la mitad y me llevó a una habitación iluminada por una luz pálida. Me puso en el sofá, junto a la chimenea, y se arrodilló delante de mí, tirando de mí un poco hacia abajo para que



OTROS 365 DÍAS

pudiera entrar en mí de nuevo. Con su mano derecha me agarró por el cuello, y con su mano izquierda por las caderas, y sin quitarme los ojos de encima, me empezó a follar de nuevo.

—Por Dios,— me quejé, empujé mi cabeza entre las almohadas.

—¡Más fuerte!— Levanté mis caderas, me empujé a mí mismo, y el orgasmo vino como si estuviera de guardia.

Grité tan fuerte que no pude oír nada más que mi propia voz.

Nacho se acercó y deslizó su lengua en mi boca abierta, domando el sonido. Un momento más tarde, empezó a llegar a la cima, y nuestros labios se unieron en un apasionado abrazo. No sé cuánto tiempo me besó, pero casi pierdo el aliento.

Cuando por fin se alejó, seguía pegado a mí, y yo, medio consciente, intenté abrir los ojos.

—Duerme, nena— me susurró y me levantó suavemente, y luego se fue al dormitorio.

—Me gusta disculparte,— dije, estoy atrapado en esto como un mono. —Pero no quiero discutir más, así que inventemos otra razón para reconciliarnos.

Aunque no lo vi, sabía que sonreía y sus ojos verdes me miraban fijamente.

—Te quiero.— Me cubrió con un edredón.

—Lo sé.— Le cogido la mano. —Me siento...— Besé los dedos que sostuve y me quedé dormida.

265



OTROS 365 DÍAS

CAPÍTULO 16

Salté de pierna en pierna, esperando junto al coche junto a la terminal VIP. Hacía calor afuera y yo estaba vestida con diminutos pantalones cortos, chancas y un top microscópico y me quemaba con el sol de junio. Unos brazos coloridos me abrazaron por detrás y me presionaron uno contra el otro. Suspiré y apoyé mi cabeza contra el hombro de Nacho. Después de anoche me mantuvo despierta y me metió en el océano por la mañana y me dijo que hiciera surf, estaba exhausta. Los labios de Nacho, moviéndose en mi mejilla, encontraron mi lengua y la menta deslizándose en mi boca. Con mi cabeza inclinada hacia un lado como una adolescente, estaba lamiendo con el hombre calvo detrás de mí.

—¿Me llamaste aquí para ver cómo se pasaban la saliva?— dijo con diversión, Oli.

Giré la cabeza, me separé del hombre guapo y miré en la dirección de donde venía la voz. Mi amiga se veía así hasta que me quedé sin palabras. Llevaba pantalones de lino anchos, un top diminuto para el conjunto y alfileres con una pequeña punta, era extremadamente chic. Su pequeño pelo estaba recogido en un alto y elegante moño y un pequeño bolso de *Chanel* en la mano. Todavía estaba de pie en el pecho de Nacho y sus coloridos hombros se estrechaban a mi alrededor.

—Te llamé porque tenemos que hablar.— Di un paso adelante y me abrazó. —Maldita sea,— susurré cuando la sentí besando mi mejilla.

—Ya estoy acostumbrada a ser arrastrada por todo el mundo.— Ella me soltó y se acercó al canario. —Hola, Marcelo. ¿O es Nacho? ¿Cómo debo dirigirme a usted?



OTROS 365 DÍAS

—Como prefieras.— Se levantó y la besó en la mejilla con indiferencia. —Me alegro de verte en mi isla. Gracias por venir.

—Sabes como si no tuviera otra opción.— Ella señaló la niebla.

—Ella es una maestra del chantaje emocional. Además, pronto será mi boda y tenemos que determinar algo.

El canario suspiró pesadamente y abrió la puerta del coche, invitándonos a entrar.

Los tres pasamos la tarde. Quería que Olga conociera a Nacho, y gracias a eso ella también entendió mi decisión. Bebimos vino en la playa, vimos el surf de los calvos, almorzamos en un encantador bar en medio de la nada y finalmente fuimos a la residencia.

Nacho señaló a Olga su habitación, me besó en la frente y dijo que era hora de que él trabajara, y yo hablara con mi amiga. Me encantó el hecho de que me diera espacio, respetando mis necesidades y el deseo de tener mi propia vida.

Con diversión acepté la información que ordenó preparar una fiesta de pijamas para nosotras. Se suponía que sólo íbamos a pasar esa noche las dos. La habitación estaba decorada con globos con el logo de las mejores marcas de moda del mundo y en las camas había encantadoras camisas de *Chanel* - probablemente no las eligió él mismo porque eran demasiado chic para el gusto de los calvos. El champán rosado se enfriaba en enormes tazones y los bancos bajos se inclinaban para los aperitivos. Panecillos, algodón de azúcar, mariscos, aserraderos, parecía una fiesta de cumpleaños de una princesa. Incluso puso una rockola y un karaoke aquí. Por si fuera poco, resultó que había un jacuzzi en la terraza adyacente al dormitorio, con dos mesas de masaje y un botón que llamaba al personal que se suponía que nos lo iba a hacer.

Oli se puso de pie, rascándose la cabeza, y miró todo a su alrededor con incredulidad.



OTROS 365 DÍAS

—Cuando estaba surfeando hoy, y vi su divino y colorido cuerpo que se estaba flexionando, pensé que era sobre el sexo— ella empezó después de un tiempo. —Más tarde, cuando me hizo reír con su historia sobre las aventuras en el caribe, me convencí de que se trataba de un niño atrapado en el cuerpo de un hombre.— Miró a su alrededor, señalando todo lo que nos rodea. —Pero ahora estoy completamente impresionada, y estoy lista para pensar que es perfecto.— Me miró cuando estaba de pie contra la pared. — Recuerda, Lari, debe haber algo malo en él. —Se golpeaba la cabeza con convicción.

—OOOh,— arrastré la sílaba. —Por ejemplo, él es el jefe de una familia de la mafia. Y un asesino a sueldo.— Levanté el dedo índice. —O que tiene tatuajes en las nalgas.— Me reí cuando sus ojos comenzaron a salir de la órbita.

—¡Maldito!— se quejó. —Oh, ¿y por qué me lo dijiste?

—No sé nada de su lado oscuro hasta ahora. Me trata como un huevo que tiene una cáscara muy fina, pero me da libertad. No tengo protección, o al menos no sé nada de eso, puedo andar en moto, hacer surf. Si quisiera saltar con un paracaídas, probablemente a él tampoco le importaría. No me prohíbe nada, no me obliga a hacer nada, y sólo explota con su hermana menor.— Me encogí de hombros. —Pero lo está arruinando todo, así que no es peligroso.

—Pero Massimo solía ser así también.— Me miró para investigar. Suspiré y le di un chándal rosa.

—No exactamente... Black era maravilloso, pero apodíctico y poderoso. Además, no digo que me equivoque con él. Era casi perfecto para la víspera de Año Nuevo. Pero se mire como se mire, él me obligó a hacer la mayoría de las cosas. Mira, la boda, el bebé, cada viaje... Lo que sea que hayamos hecho, no pude elegir.— Me



OTROS 365 DÍAS

senté en mi silla y tomé un vaso. —Ahora soy libre, y el tipo que está conmigo me hace sentir como si tuviera dieciséis años.

—Es como yo con Domenico. Está pasando por todo esto: tu pérdida, la desaparición de su hermano. Él y Mario se están encargando de todo ahora. La casa está como embrujada.— Ella giró la cabeza. —Estoy pensando en mudarme de allí, y a Domenico no le importa, así que...— se separó, se encogió de hombros y tomó un sorbo. —¿Qué hay de la compañía?— Le pregunté.

—Muy bien. La colección está terminada según sus directrices. No hay cambios en absoluto, pero tienes que pensar en qué hacer a continuación.

Me estaba golpeando la cabeza sin pensar.

—Será mejor que me digas qué pasa con la boda.— De repente arrojó Oli, y la idea de que fuera a Sicilia, el contenido de mi estómago se me metió en la garganta. —Oh, ya sabes, eres la dama de honor junto con Massimo...

—Oh, ya lo sé.— Apoyé mi frente contra la mesa que estaba sentada al lado.

—¡No puedes hacerme esto, Laura! No me importa. No me importa. Te quiero allí.— Dijo con las manos en el pecho. —Además, no sé si Massimo estará de vuelta para entonces. Domenico dice que está de fiesta en un burdel mexicano, así que tal vez las enfermedades venéreas lo maten.— Levanto las cejas con diversión.

Cuando dijo eso, sentí un extraño pinchazo en el puente. Nunca antes había pensado en lo que Massimo le hace a otras mujeres. Y tal vez fue hipocresía de mi parte, pero no pude evitar apuñalar los celos que sentía en lo más profundo de mí ser.

—No nos emborrachemos.— Sugerí levantando la copa.



OTROS 365 DÍAS

—No, querida—, dijo inclinándose un poco. —¡Vámonos a la mierda!

Después de dos horas y cuatro botellas estábamos tan borrachas que no podíamos levantarnos para cambiar la canción que se atascó en la rockola. Estábamos acostadas en una alfombra suave, riendo a carcajadas, y recordando nuestros años juntas. La conversación fue bastante poco constructiva, ya que ninguna de las dos nos escuchamos, pero ambas teníamos mucho que decir. En un momento dado, Oli, tratando de levantarse, agarró la mesa que había caído al suelo, y justo detrás de ella una lámpara y todo lo que estaba de pie en el mostrador. El sonido y el chisporroteo de los vidrios rotos nos despejaron un poco, pero no lo suficiente como para tratar de mantenernos en pie. Así que seguíamos tiradas como troncos.

Pero unos segundos después, Nacho corrió hacia la habitación como un huracán. Sólo llevaba pantalones de chándal sueltos. Tenía armas en ambas manos. Nos congelamos al verlo, y él sonrió ampliamente cuando vio cómo estábamos.

—Puedo ver que ustedes están jugando, chicas.

Luchamos para parecer relativamente dignas, pero rodeadas de botellas y restos de comida no éramos más que damas. Lo miramos, nos reímos, y empezó a enrollar algodón de azúcar en su dedo.

—¿Puedo ayudarlas a levantarse?— Preguntó divertido, y nosotras estábamos asomando la cabeza.

Primero se acercó a Olga y la levantó fácilmente con sus manos y luego la acostó. Luego regresó por mí. Se apretó fuertemente contra sí mismo y, aún sosteniéndome en sus brazos, se sentó en la segunda cama.

—Oh, y qué, ¿borrachas?— Me besó en la frente, mirándome una vez a mí, una vez a Oli. —Vas a morir mañana, ¿lo sabes?



OTROS 365 DÍAS

—Creo que voy a vomitar ahora mismo.—Dijo Olí.

—¿Te llevo al baño o quieres un cubo?

El hombre calvo con una amplia sonrisa me puso bajo el edredón.

—Cubo— se levantó, girando a un lado.

Trajo todo lo que Oli podía usar: un cubo, agua, una toalla. Y cuando la vio dormirse, se sentó a mi lado, quitándome el pelo de la cara.

—¿Y tú estás bien?— Preguntó con cuidado. Decía que sí, porque temía que si hablaba, también empezaría a vomitar.

—La próxima vez le conseguiré jugos de frutas y verduras.— Me besó la nariz. —Porque veo que a ustedes dos les gusta pasarse de listas.

No sé cuánto tiempo estuvo sentado mirándome, pero cuando me dormí, pude sentir sus manos acariciando mi cabello.

—Creo que quiero morir.— La voz ronca de Olí me despertó. Al mismo tiempo, sentí un gran martillo golpeándome en la cabeza. Estaba gimiendo, buscando una botella de agua. Una idea tan jodida de hacer.

—Oh, el cubo.— Se fijó en Olga, y yo estaba lo suficientemente nublada como para recordarle cómo llegó ahí. —Oh, le vomité encima.— Su atención extremadamente inteligente me hizo reír, y cuando empecé a reír, el gran martillo me golpeó en el cráneo otra vez.

—Te lo trajo Nacho...— Le recordé, tratando de no moverme —¿Te acuerdas?

Se quejó y negó con un movimiento de cabeza. —Supongo que nosotras hicimos todo ese desastre.



OTROS 365 DÍAS

Miré las ruinas de la mesa, las lámparas y un pedazo de buffet.
—Ciertamente demolimos algo y él cayó aquí con un arma para salvarnos. Y nos salvó, sólo levantándonos del suelo y llevándonos a la cama.

—Un hombre no muy deseado— se escurrió, y luego se puso una botella de agua en la boca. —Oye, hay una niñera electrónica en la mesa de al lado.— Con un ojo miré en su dirección y me sorprendió que Olga tuviera razón. —Tu chico nos está espiando—, dijo acusadoramente, inundando todo alrededor con agua.

—¿Sabes qué? Creo que si quisiera espiarnos, no lo sabríamos.

Nos llevó casi una hora salir de la cama. Incluso luchamos para ducharnos, pero se acabó. Nos pusimos las gafas de sol y seguimos vistiendo con bonitas camisas rosas y bajamos al jardín. Una vez que miré a Nacho sosteniendo a Pablo en sus brazos me extendió sobre ambos hombros. Se paró en pantalones cortos, con una mano abrazando al bebé dormido a un pecho desnudo, y en la otra sosteniendo el teléfono. Ambos suspiramos, y él se dio vuelta y sonrió.

—Laura, creo que me enamoré.— Oli gimió en silencio, babeando un poco.

—Lo sé.— Suspiré. —Tiene algo más serio con este chico.

Tambaleándonos sobre nuestros pies, como corresponde a dos polluelos medio borrachos, nos acercamos a la mesa. El calvo terminó de hablar y colocó suavemente al pequeño en el sofá a unos metros de distancia, a la sombra.

—Él pequeño se durmió,— dijo y me besó en la cabeza, y luego nos mostró los lugares de la mesa.

Y dos platos de pastillas estaban sobre la mesa, y los vasos estaban llenos de líquido verde.



OTROS 365 DÍAS

—Mi señora, le sugiero que beba esto hasta el fondo.— Alejó las dos sillas. —A menos que prefieras el goteo.— Cuando me senté, otro beso cayó sobre mi cabeza. —Son electrolitos y glucosa mezclados con algunas cosas desagradables.— Se astilló los dientes. —Pero el doctor dijo que te mantendrá con vida.

—¿Qué es eso?— Olga le preguntó a Nacho, poniendo la niñera electrónica junto al vaso.

Nacho caminó al otro lado de la mesa y se sentó frente a nosotros.

—Es la Nana de Pablo.— Nacho trató de ser serio, pero no pudo.

—Oh, te caíste de la cama tres veces.— Vertió su jugo en un vaso y tomó un sorbo. —Y cada vez que oía un golpe en tu habitación, estaba convencido de que algo malo estaba pasando y me caía ahí como... Rambo. — Se echó a reír. —Así que decidí facilitarme las cosas, y escuchar tu sueño.

—Lo siento pero me da vergüenza—, gimió Olga, tratando de tragar un puñado de pastillas.

—Estás exagerando, fue una lástima que fuera en Lagos, cuando ebria intentaste salir del restaurante.— Se recostó en la silla y cruzó los brazos detrás de la cabeza. —Sentí pena por ti, pero no pude evitar porque sabes ... Solo era un sueño allí.— Me guiñó un ojo y le di una sonrisa borracha.

—Dios, ¿tú también lo viste?— Mi amiga tenía gafas oscuras, pero aún así sabía que ponía los ojos en blanco. —Pero debe tener una gran opinión de nosotras.

—Cómo es tu amiga, me cuenta mucho sobre ustedes dos... Además, no tienes 70 años y te gusta divertirse, no hay nada malo en ello.— Bebió otro sorbo. —Y la vista del vomito en ropa de chándal rosa es incluso bastante divertida.

Olga cogió un tenedor de la mesa y la metió en su cabeza calva.



OTROS 365 DÍAS

—Me gusta—, dijo en polaco, dirigiéndose a mí. —Me gusta mucho.— Se rió.

—Gracias— respondió Nacho en mi lengua materna, y se voló la cabeza con la mano abierta, sorprendida de que Nacho entendiera cada palabra que decíamos.

—Tú también me gustas—, dijo. —Pero ahora hasta el fondo, mis señoras, barba gris las espera.— Se rió y apuntó con el dedo hacia la casa. —En caso de qué lo necesite, el cubo está ahí.



Olga se quedó conmigo por unos días. Conoció a Amelia y, como yo, casi inmediatamente amó a la chica rubia. La estábamos arraigando frente a su hermano cuando bebió vino con nosotras, y una vez que se dio cuenta de lo que pasaba, lo distraje con un helado rápido en el campo de tiro. Era una adulta y podía hacer cualquier cosa, pero Nacho trataba a su hermana como a una niña y le prohibía la mayoría de las cosas geniales.

Estaba aprendiendo a surfear, y Oli se quejó de que su traje la presionaba, la tabla era demasiado grande, demasiado pesada y le dolían las manos. Así que sólo lo intentó una vez. Pero mientras yo estaba en el agua, le hizo compañía a Amelia y a Pablo. Tenía todo lo que necesitaba aquí: una amiga querida, el sol y un tipo que ocupaba más y más espacio en mi corazón cada día. Por supuesto que no iba a decirle eso. Tenía miedo de que cuando estuviera seguro de que ya me tenía, dejara de esforzarse tanto por mí. Y todo cambiará.



OTROS 365 DÍAS

Por la noche cenamos en uno de los restaurantes de la costa. Amelia se quedó con Pablo, pero yo sabía que Nacho la había investigado porque él quería hablar. Cuando terminamos el postre, suspiró con fuerza.

—Maldita sea, hablemos de lo que sucederá la próxima semana—, le dijo a Olga serio y puso la servilleta sobre la mesa. —No ocultaré que preferiría que Laura no fuera a Sicilia. Pero no puedo prohibírselo.— Puse mi mano sobre su muslo y lo miré agradecida. —Me gustaría hablar sobre su protección con Domenico. No puedo imaginar volar allí sin mi gente—. Respiró hondo de nuevo. —Al menos ocho personas y cero alcohol.— Me miró con advertencia. —Entiendo que esta es tu boda, Olga, pero quiero mantener el más alto nivel de seguridad. Entonces puedes tener una fiesta aquí o en cualquier parte del mundo pero no allí—. Su tono era gentil pero firme.

—¿Y por qué no puedes volar con ella y protegerla en el acto, como uno de mis invitados?

—No es tan simple —suspiró y se cubrió la cara con las manos durante un rato. —Somos grupos criminales, pero tenemos nuestro propio código, que debemos seguir. — Volvió los ojos y giró la cabeza. —Yo también trabajo con muchas familias que hacen negocios con Massimo. Así que mi presencia en Sicilia sería demasiado ostentosa y una falta de respeto elemental hacia Torricelli. Los otros grupos no percibirían esto como una preocupación, sino como una declaración de guerra.— Se encogió de hombros. —Ya es suficiente con quitarle a su esposa, lo que probablemente no escapará de su atención.— Se rió con tristeza. —Marca por favor, el número de tu prometido y pregúntele si puede hablar de protección conmigo ahora.

Oli hizo su petición y después de un tiempo le dio el teléfono a Nacho, y él se disculpó con nosotras y se fue hacia la playa.



OTROS 365 DÍAS

—¿Le dijiste que Massimo probablemente no se presentará a la boda? —Preguntó, bebiendo vino.

—Sí, pero de alguna manera no lo calmó.— Me encogí de hombros.
—Además, ni tú ni yo lo sabemos. Incluso Domenico no tiene idea de si su hermano volverá a tiempo. Y él prefiere estar a salvo que lamentarlo.

Unos veinte minutos después, el canario regresó a la mesa y le entregó el teléfono a Oli.

—Se te está acabando la batería—, dijo, saludó al camarero, y luego pidió otra cerveza. —Oh, así que así es como se va hacer. Laura, vas a volar mi avión a Sicilia, pero desafortunadamente, no seré el piloto. Vivirás en la casa que compré y serás protegida por docenas de personas. Aunque todavía no es nada comparado con el ejército que tiene Torricelli.— Se inclinó hacia mí y me agarró la mano.

—Sé lo mal que va a sonar, pero no puedes comer ni beber nada en la boda. Sólo podrás poner en tu boca lo que te dé tu protección.— Le echó un vistazo a Olga. —Confío en Domenico y sé que no hará nada malo, pero la gente puede tener órdenes completamente diferentes. Y no queremos que empiece el infierno.— Se tocó la cabeza. —Por favor, entiéndeme.

Le acaricié la espalda y le besé en la sien. Vi cuánto le costaba toda esta situación.

—Quiero que estés en Tenerife el domingo por la mañana. Vamos a pasar el sábado y se acabará, y luego... — Sonrió y levantó la ceja.

—¿Pero ella puede ayudarme con los preparativos?

—Sí, pero estuve de acuerdo con Domenico en que se llevará a cabo en un lugar neutral y no en la propiedad, como predijiste originalmente,— la miró con un ojo crudo. —Es un compromiso, Olga. Ahora mismo, todos tenemos que ser flexibles.



OTROS 365 DÍAS

—Oh, y todo es por mi culpa.— Abrí los brazos. —Porque quería cambiar mi vida y la de todos los que me rodean.— Dije, tomando un vaso. —Olga, tal vez...

—No, no empieces.— Levanto una mano. —No dejare que te suceda nada. Si no, enviudaré el día de mi boda, porque mataré a Domenico si no se ocupa de ello.— Ella asintió con la cabeza.

—Oh, y ahora llama a ese mesero y pide otra botella.

Estaba triste, pero me sentía culpable y ni siquiera el alcohol podía calmarlo. Lo más importante para mí en ese momento era la gente que estaba sentada a mi lado y hablando con calma, pero yo quería estallar en lágrimas. Nacho sentía que mis pensamientos estaban completamente en otra parte, y de vez en cuando trataba de hacerme sentir mejor. Cuando todo ya le había fallado, se levantó y se acercó al mesero sin decir una palabra. Lo miramos sorprendidas.

Cuando entró en el pequeño escenario y el hombre del bastón le dio un violín, una amplia sonrisa apareció en mi cara, que no escapó a su atención. Me guiño un ojo y se puso el instrumento en la barbilla.

—¡No me digas que lo hará!— Olga se quejó.

Los primeros sonidos de la música se esparcieron por la enorme sala, y las voces de la gente que estaban cenando estaban en silencio.

John Legend All Of Me. Nacho una vez más me dio algo que entender con esta canción - esta vez decidió confesarme su amor.

Olga se sentó como hipnotizada, y él cantaba, mirándome sólo a mí.

Cuando entró al final del coro, aparecieron lágrimas en mis ojos. No pude controlarlas, sólo dejé que fluyeran por mis mejillas. Él las vio, también sabía que no significaban tristeza. Siguió mimándome con sonidos hasta que lentamente llegó al final de la canción, que, aunque duró unos minutos, fue demasiado corta. Él disminuyó la velocidad y la melodía se hizo más y más silenciosa hasta que finalmente se quedó en silencio. La gente empezó a aplaudir, y el



OTROS 365 DÍAS

canario se inclinó y le dio al camarero el violín, dándole una palmada en la espalda.

—*Porque todo de mí, ama todo de ti.*— Citó el principio del estribillo y puso sus suaves labios sobre los míos.

Me besó un momento, y Olga, que tuvo un derrame cerebral, hasta que finalmente se alejó y se sentó de nuevo

—Oli, ¿vino?— Preguntó, levantando la botella.

Mi amiga solo gemía profundamente en el aire, asintiendo nerviosamente con la cabeza.



Al día siguiente, me despedí de ella como si nunca la volviera a ver. Estábamos paradas en la plataforma del aeropuerto y ambas rugimos cuando Nacho trató de arrastrarme a la terminal. Cuando finalmente logró hacer eso, me abrazó y me llevó a su coche llamativo.

—Tengo que ir al Cairo. Quiero que vengas conmigo.

—¿Para qué vas a ir allí?

—Tengo un pedido—, dijo impasible, como si hablara de entregar una pizza.

—Oh— respondí irreflexivamente y me senté en la silla.

—No estaremos allí mucho tiempo, dos días como máximo.— Cerró la puerta y encendió el motor.

—¿Dos días para matar a un hombre?— La consternación que estaba pintada en mi cara le hizo reír.

—Oh, todos los preparativos llevan aún más tiempo, pero me aseguraré de que todo salga bien y apretaré el gatillo.— Pensó por



OTROS 365 DÍAS

un momento. —Aunque en este caso probablemente también presionaré algunos botones...

—No lo entiendo. ¿Cómo puedes sonreír por matar a un hombre?—
Sacudí la cabeza.

Se salió de la carretera y se detuvo en la acera, y yo lo miré sorprendida.

—Chica, si no quieres las respuestas, no las preguntes.— Miró suavemente, sonriendo suavemente. —Y además, no intentes entenderlo, no tiene sentido. Es sólo mi trabajo. Voy y hago mi trabajo. Te lo digo sólo para asegurarte que no son buenas personas.— Se pasó la mano por cabeza. —Entonces, ¿nadamos?

Gritaba por la boca sorprendida por el repentino cambio de tema y respiré profundamente, tratando de calmarme. La visión de los muertos no era algo cotidiano para mí, pero por otro lado, ¿qué podía hacer? Después de todo, supe desde el principio que Nacho no es un contador o un arquitecto...

Dios, qué difícil fue para mí creer en mis propios pensamientos. Y aún así, viviendo casi un año entre gente como Massimo y Nacho, no podía cambiar mi punto de vista.

En el camino me di cuenta rápidamente de que íbamos a nuestra ermita.

El océano estaba extremadamente agitado hoy, pero Nacho dijo que podía arreglármelas. Aún así, yo recibía una tabla dos veces más grande que la suya, pero confié en él cuando dijo que no había tiempo para menos. Me encantaba cuando me enseñaba, pero me gustaba más mirarlo cuando se exhibía ante mí. Después de lo que escuché un rato antes en el coche, estaba de mal humor. Pero cuando descansé un poco y saturé mis ojos con la vista, me dirigí hacia donde las olas se estaban rompiendo. Me di la vuelta y esperé. Estaba mirando el océano y cuando vi la ola perfecta, seguí adelante.



OTROS 365 DÍAS

Me empujé hacia atrás y me paré en la pizarra, escuchando a Nacho gritar algo. No entendía qué, estaba feliz de poder seguir en pie otra vez. La siguiente ola se dobló detrás de mí y me tiró al agua. Empujé mis pies, tratando de salir del agua a la superficie, pero sentí que la cuerda que me había clavado en el tobillo se enredó. No pude hacer ningún movimiento. Las olas me estaban lanzando bajo el agua.

Perdí la pista de dónde estaba la parte superior e inferior. Entré en pánico. Estaba dando vueltas, tratando de liberarme hasta que sentí que la tabla me golpeaba en la cabeza. Me sonaron los oídos y se me atascó el aliento en la garganta. Al mismo tiempo, unos brazos fuertes me levantaron y me tiraron sobre la tabla, se inclinó sobre mí y desató la cuerda que restringía mis movimientos. Mientras tanto, mi tabla amarilla, que casi me hundió, nadó hacia la orilla.

—¿Estás bien?— Pregunto el hombre sin aliento, y sus ojos asustados reflejaban cada parte de mi cuerpo. —Cariño, tienes que tener cuidado con la cuerda. Es larga y puede enredarse.

—¡¿Quién eres?!— Encontré un tono casi divertido, y luego derramé el resto del agua salada.

—Y hoy es suficiente para ti. Vamos, te daré de comer.— Me puso en una tabla y empezó a remolcarme hasta la orilla.

—No tengo hambre. Sólo tome un poco de agua.

Me dio unas palmaditas tiernas en el trasero y me tranquilicé. Me sentí a salvo con él.

Encendió la barbacoa y se vistió exactamente como lo hizo esa noche hace muchos meses, estaba preparando delicias sacadas de la nevera. Vi su pecho desnudo y sus nalgas sobresaliendo ligeramente por debajo de sus vaqueros andrajosos.

—Dijiste entonces que sólo querías follarme.— Volvió la cabeza hacia mí. —¿Por qué?



OTROS 365 DÍAS

—¿Qué se suponía que debía hacer?— Preguntó, sacudiendo los hombros. —Estaba enamorado de ti y esperaba que si te lastimaba, te alejaras de mí y no arruinaras tu vida.— Se acercó a mí y se apoyó a ambos lados de la silla en la que estaba sentada. —Además, te oí llamarme grosero cuando te fuiste.— Me besó eléctricamente la nariz. —Sabes, fue la primera vez que una mujer me rechazó. No sabía cómo comportarme.— Se levantó y le dio un sorbo a su cerveza.

—Y, sí, nunca hemos hablado de tu pasado.— Levanto una ceja curiosa. —Le escucho, Sr. Matos, ¿cómo era su vida amorosa?

—Estoy asando algo—, dijo, señalando la comida, y casi corrió de esa manera.

—Oh, no.— Lo recogí y lo seguí. —No está en llamas, excepto en el suelo bajo tus pies. Dime.

Le di unas palmaditas en el trasero y me puse de pie con los brazos cruzados sobre el pecho. Esperando la historia

—Nunca he estado en una relación si quieres saber—. Lo abracé de espaldas cuando fingió poner comida en el estante. —Te dije en diciembre que siempre quise una mujer que fuera diferente que todas ellas.— Se volvió hacia mí y me abrazó con fuerza. —Finalmente la encontré.— Puso sus labios en mi frente y se congeló por un tiempo.

—Deberíamos hablar de lo que pasó entonces.

—Pero no hay nada más al respecto.— Apoyé mi mejilla contra su pecho.

—Todo lo que pasó entonces fue una total coincidencia. Si quieres saber si te culpo por eso, la respuesta es no. Asumo que se suponía que eso iba a pasar.

Me quedé en silencio por un momento, escuchando los latidos de su corazón.



OTROS 365 DÍAS

—¿Te gustaría tener un bebé?— Continúe. —No sé lo que es tener uno, pero sé que todo en la vida pasa por algo.— Levanté la cabeza, mirando a sus ojos verdes. —Y si no tenemos una máquina del tiempo, ¿por qué preguntarse cómo sería?— Me subí a sus pies y le besé la barbilla. —Puedo decirte lo que pienso ahora.

Los ojos de Nacho se volvieron grandes y brillantes.

—Ahora soy feliz y no cambiaría nada, me gusta estar contigo, me siento segura y... — Corté, no quería decir mucho.

—¿Y...?— Me instó a seguir.

—Y ahora se está realmente quemando el pescado.— Le di un golpe suave en su torso de color y fui a servirme un poco de vino.

Cenamos en silencio, mirándonos y sonriendo de vez en cuando.

Pensamos que no se necesitaban palabras para eso, sólo gestos.

Cuando me pasó la comida a la boca y me rozó los labios suavemente nuestros cuerpos estaban siendo sometidos a electricidad. Fue mágico, romántico y completamente nuevo.

Dejé el tenedor y descubrí con curiosidad que me había bebido una botella de vino. Estaba un poco adormecida, pero no borracha, así que me levanté para ir a buscar otra. Entonces el canario se levantó, me agarró la mano y se dirigió hacia la playa. Curiosamente, lo seguí en la oscuridad, escuchando sólo el océano chocando contra la arena.

Tan pronto como estuvimos fuera del alcance de las luces de la casa, la oscuridad total prevaleció. Me soltó la muñeca y alcanzó la cremallera. Se bajó los pantalones en el suelo, y sin decir una palabra, se quitó la camisa y se arrodilló para quitarme las bragas. Cuando me paré desnuda frente a él, tomó mi mano de nuevo y me llevó al agua. Era cálida, suave y absolutamente negro. Estaba asustada, pero sabía que estaba conmigo y que sabía lo que hacía. Me agarró por la mitad, me plantó sobre sí mismo y, sujetándome el



OTROS 365 DÍAS

culo, empezó a ir más y más profundo. Cuando el agua llegó a la mitad de su espalda, se detuvo. Se quedó allí, no habló, no se movió, sólo escuchó.

—Quiero pasar el resto de mi vida contigo, chica, y sé lo que estás a punto de decir—, susurró. Recuperé el aliento para decir algo.

—Pero quiero que sepas que...— terminó de hablar y me agarró del cuello y puso su boca cerca de la suya. —No tienes que decir lo que sientes—, dijo en voz baja, y su aliento a menta me paralizó. —Te entiendo, Laura.— Su lengua se deslizó en mi boca, y yo me pegué a él, abrazándolo con mis muslos. —Los dos mundos que amo—, dijo, besándome los hombros. —El océano y tú.

Su mano me agarró las nalgas y de un solo golpe me penetró.

—Mi... —susurré cuando empezó a acariciarme con un beso otra vez.

El agua en la que estaba parada hizo que mi cuerpo no pesara. Podría hacer cualquier cosa conmigo. Entró profundo y apasionadamente, penetrando en cada parte de mi cuerpo. Incliné la cabeza hacia atrás y miré al cielo. Las estrellas con las que fue enviado no hicieron nada igual a lo que yo sentí en ese momento. Dios, era perfecto: él en mí, el calor, el agua blanda, como si hubiera planeado cuidadosamente incluso la disposición de los cuerpos celestes sobre nosotros.

Me empujó ligeramente, me acostó en un océano casi tranquilo y acarició mis pechos y el clítoris con su mano libre. Los dedos de Nacho se apretaban en mis pezones, pellizcándolos ligeramente, y sus brillantes ojos que me miraban fijamente me condujeron a la locura.

Cuando pensé que estaba a punto de llegar a la cima, me dio la espalda con un solo movimiento y me empujó de nuevo con una erección fuerte. Me plantó sobre sí mismo, lo que en circunstancias



OTROS 365 DÍAS

normales, sin el agua a nuestro alrededor, sería imposible. Con una mano me agarró el pecho y con la otra, con calma, tambaleó en círculos sobre mi clítoris. Sus dientes me mordían el cuello, la nuca, los hombros, y me saludaba al mismo ritmo el océano. Sentí el placer en la parte baja de mi abdomen, y todo el centro se apretó rítmicamente. Gemí en voz alta y apoyé mi cabeza en los duros hombros de Nacho. Él sabía, o más bien sentía, lo que iba a pasar, así que se burlaba de mí cada vez más.

—Relájate—, susurró. —Déjame darte placer.

Esas palabras causaron la explosión. Le clavé las uñas en el antebrazo sujetándome por los pechos y me vine.

—Debo verte—, susurró cuando casi terminé y me volvió a poner cara a cara. —Eres mía...— gimió, otra vez besándome con avidez. Abrumado por las emociones y excitado hasta el límite, empecé a venir de nuevo, y él se unió a mí, vertiendo semen caliente en mi interior.

Sin dejarme salir de sus coloridos brazos, se volvió y comenzó a caminar lentamente hacia la playa.

—No, no,— gruñí, acurrucándome más fuerte, se detuvo. —No nos vayamos aun, quédate aquí. No tengo ganas de lo que sucederá ahora, y si no nos vamos de este lugar, no pasará nada.

Mi hombre Calvo, me inclinó un poco y me miró, penetrando cada pieza de lo que se llama el alma.

—Estaré allí, chica, no tengas miedo.— Me abrazó y salió del agua.

Puso mi cuerpo tembloroso en el porche y lo envolvió en una toalla enorme, luego lo agarró nuevamente. Me llevó a la ducha, lavó el agua salada, luego tiró de otra de sus camisas sobre mi cabeza. Más tarde, se metió debajo de las sábanas y cubrió su cuerpo. Se durmió con la cara en mi cabello mojado.



OTROS 365 DÍAS

Me estiré y extendí la mano para abrazar a mi hombre, pero la mitad de su cama estaba vacía. Asustada, abrí los ojos y vi el teléfono sobre la almohada y la tarjeta al lado: “**Llámame**”. Lo agarré y, volviéndome a mi espalda, Busque el número de canario.

Él contesto después del primer timbre.

—Vístete y ve a la playa— escuché en el receptor.

No quería levantarme de la cama, pero por su tono casi imperioso... Abrí mucho los ojos y me estiré de nuevo, luego me levanté. Me lavé los dientes, luego me puse mis shorts microscópicos inferiores, una camiseta blanca con correas, sin sujetador, y zapatillas de deporte comunes, por el contrario. Me sentí completamente a gusto aquí. Incluso podría estar desnuda en nuestro manicomio. Me até el pelo en un moño descuidado para que algunos mechones cayeran juguetonamente sobre mi cara, presioné mis gafas en mi nariz y abrí la puerta.

Cuando vi a Nacho de pie junto a dos caballos, sonreí ampliamente.

—¿Se las robaste a alguien?— Le pregunté divertida y me acerqué a él y me besó en la boca.

—Tormenta y Rayo, son nuestros.

—¿Nuestros?— Dije sorprendida otra vez, y sonrió mostrando sus dientes blancos. —¿Y tenemos más?

—Sí, algunos...— Estuvo pensando por un tiempo. —Tres más, en total, cinco, pero pronto habrá más.— Acarició al animal gigante, y metió su cabeza en su jaula. —Son frisones, holandeses caballos de tiro. Son muy fuertes y alguna vez fueron utilizados como caballos de castigo.

Tenían una larga melena y una asombrosa y densa cola. Parecía una gran y fabulosa cola de caballo.



OTROS 365 DÍAS

—¿Cómo sabes que puedo montar?— Pregunté, subiendo y tomando las riendas.

—Siento en tus movimientos que montar a caballo no es algo extraño para ti,— levantó las cejas con diversión.

Puse mi pierna en el estribo y rebote con fuerza. Me estaba acomodando en la silla, agachando la cabeza con aprecio, y me sorprendió que no necesitara ayuda para subir. No he montado en mucho tiempo, pero es como una bicicleta, nunca se olvida. Sacudí las riendas y bufe, luego me di la vuelta unas cuantas veces y finalmente me paré frente a Nacho.

—¿Quieres ver si lo puedo inclinar?— Moví las correas de cuero en mis manos, hice un grito de mí misma, y me dejé llevar por la playa. Estaba vacía, ancha, y ahora era sólo mía. Giré la cabeza y vi a Canario saltar sobre la silla de montar con diversión y correr tras de mí. No tenía la intención de huir de él, sino sólo de probar algo.

Reduje la velocidad, entrando en un trote para que me alcanzara, y miré hacia adelante, disfrutando de la vista.

—Bueno—, dijo con aprecio, compitiendo conmigo. —No sabía eso de ti.

—Que... ¿pensaste que esto iba a ser lo siguiente que me enseñarías?

—Honestamente, sí.— Se estaba rascando la cabeza, riéndose.

—Pero veo que eres tú la que me puede enseñar.

Poco a poco fuimos cabalgando por la arena húmeda con los cascos del caballo hundidos. No sé qué hora era porque olvidé mirar mi reloj cuando me levantaba de la cama. Pero supongo que no era demasiado tarde, porque no hacía calor afuera, y el sol todavía estaba colgando bajo sobre el horizonte.

—Yo tenía unos diez años cuando mi padre me llevó a practicar equitación.— Me reí de ese recuerdo. —A mi madre, una mujer



OTROS 365 DÍAS

histórica, no le entusiasmó mucho esta idea, porque una niña pequeña y un caballo grande significaban una discapacidad permanente para ella. Pero mi padre la ignoró a ella y a su negrura y me llevó a la clase. Y así durante casi veinte años he estado montando estos hermosos animales a veces.— Le di una palmadita a la yegua en cuya espalda estaba sentada. —¿Les estás enseñando algo?

—Me relajan.— La sonrisa en su rostro traicionó su debilidad por estos animales. —Mi madre los amaba, a diferencia de ti, ella me puso en la silla de montar. Después de su muerte no me gustó mucho ir al semental, pero cuando mi padre anunció que la vendería, me opuse y prometí cuidarla. Más tarde resultó ser un negocio muy lucrativo e incluso el gran líder se convenció de la idea de mantener los caballos en nuestras manos.— Suspiró y como si se hubiera sacudido de sus recuerdos. —Como ves, mi amor, también tenemos algunos ponis para ti.— Me dio una vez más una de sus sonrisas infantiles.

Nacho no era un hombre cerrado y misterioso, bastaba con hacerle una pregunta para obtener una respuesta. Pero había emociones en las que escondía o simplemente no quería mostrar. Tenía dos almas que vivían en él y cada una de ellas lo hacía la persona más única que había conocido. Me reí al pensar que me pertenecía y corrí tras él.

287



OTROS 365 DÍAS

CAPÍTULO 17

Nos quedamos en el Cairo por un total de tres días y agradecemos a Dios que eso fuera todo. Nunca he experimentado tanto calor como en Egipto. Tenía que "*trabajar*", así que tuve mucho tiempo para mí. En Egipto, el Canario no me permitía libertad de movimiento sin protección, así que viajé a casi todas partes con Ivan. No hablaba, pero respondió pacientemente mis preguntas. Visité las pirámides, aunque esto se dice demasiado, porque mi claustrofobia no me permitió entrar. Pero desde afuera vi todo perfectamente. Fuimos a la mezquita, al Museo Egipcio y, por supuesto, las compras son obligatorias. El pobre Iván mostró gran calma y paciencia durante este último, por lo que lo recompensé con una tarde junto a la piscina.

Después de pasar unos días en el Cairo y sus alrededores, me aseguré de que Egipto no es un buen país para una mujer como yo, y la palabra "*mujer*" es la clave aquí. El Islam profesado por la mayoría de los residentes era demasiado restrictivo de los derechos de las mujeres. Les prohibía tanto que no podía creerlo. Y cuanto más no podría aceptarlo. Pero lo "*mejor*", que aprendí en este país sorprendente, con una cultura retorcida para mí, es la institución del guardián de la moral. Es una policía moral que aparentemente puede condenar a muerte, incluso si no fuera por tener relaciones sexuales con su esposo. Pensé que eso era un poco aterrador. Después de todo, tuve relaciones sexuales con mi amante y por eso me sentí aún más amenazada que antes. Aparte de eso, muchas de las damas locales parecían Hayas de Moomin. Envueltas en trapos, mostraban solo los ojos. Nacho me rogó durante una hora que cubriera mis brazos y rodillas para no sobresalir de la multitud, así que cedí por la paz. Pero Canario era cristiano. Si fuera musulmán, habría sido



OTROS 365 DÍAS

golpeado o apedreado; De acuerdo a la ley. No habría problema si estuviéramos en un centro turístico.

Pero la capital es una historia completamente diferente. La ventaja más importante del lugar donde pasé esos días fue el clima. El calor caía del cielo, ni siquiera podía ver una nube, y mi cuerpo se volvió negro después de un día de tomar el sol. El agua en la piscina de Four Seasons era agradablemente fresca y el servicio no se conmovió al ver mis senos desnudos y microscópicos.

Desafortunadamente, el vestido que me esperaba en Sicilia requería que me bronceara sin sostén, así que tenía que estar con los pechos en el aire. Por supuesto, este argumento no llegó a Ivan y no fue sin teleconferencia con mi chico corriendo en algún lugar del desierto. Me ocupé de mi negocio y prometí una noche llena de impresiones, después de lo cual seguí saliendo al sol. Qué bueno fue para mí saber que él no vendría sudando de ira y no me haría vestirme.

Cuando volvimos a Tenerife, me di cuenta de que en dos días tenía que volar de nuevo. Me enfermó la idea de ver todo lo que dejé atrás. Pero, por otro lado, estaba feliz porque había una posibilidad de que pudiera tomar algunas cosas pequeñas. Antes de partir, Olga prometió empacar al menos mis pertenencias traídas de Polonia e intentar encontrar una computadora.

Desde el viernes por la mañana, Nacho estaba dando vueltas por el apartamento. Nunca lo había visto tan nervioso. Golpeó la nevera, gritó a las personas por teléfono y en algún momento salió de la casa para regresar después de un rato. No quería interponerme en su camino, así que empaqué una pequeña maleta, la cargué abajo y la puse contra la pared.

—Lo siento—, gritó, parándose frente a mí, y levanté una ceja, mirándolo como una idiota. —Querida, no te dejaré ir, ¡no tiene sentido, acabo de dispararle a este hombre y ahora te voy a dejar volar a su isla?!— Sacudí mi cabeza, mirando la furia de ojos



OTROS 365 DÍAS

verdes. —Olga lo entenderá, estoy seguro de que perdonará tu ausencia. No puedo rastrear a ese bastardo—, gimió con resignación y contuvo el aliento para hablar.

—Cariño—, lo interrumpí, agarrando su cara en mis manos. —Ella no tiene otros amigos y yo soy su dama de honor. No sucederá, no te vuelvas loco. Hemos arreglado todo, viviré en tu casa, con tu protección, pasaremos una despedida de soltera bebiendo vino en una habitación cerrada.— Asentí para mí misma. —Y al día siguiente nos prepararemos, será la boda y volveremos ¿verdad?

Suspiró, bajó las manos por su cuerpo y congeló los ojos en el suelo. Esta visión patética atrapó mi corazón y las lágrimas vinieron a mis ojos. No tenía idea de cómo ayudarlo. Pero sabía que no podía decepcionar a mi amiga.

—Nacho, no pasará nada, ¿entiendes?— levante su barbilla para que él pudiera mirarme. —Hablo con Oli y Domenico todos los días, Massimo ha desaparecido. Gente de confianza de Domenico protegerá la boda, me das una docena de personas. No te preocupes más por eso.— Me acerqué a él y le metí la lengua, atravesando sus labios fruncidos.

Sentía que no había deseo ni ánimo para los cupidos, apenas me había tocado durante dos días, pero lo tenía en el culo y no me iba a ir sin una buena cogida. Le di la vuelta y lo tiré brutalmente contra la pared, agarrándolo por las muñecas, tal como solía hacer. Sus ojos sorprendidos me vieron deslizarse por su cuerpo hasta el final.

—No quiero—, gimió, tratando de detenerme.

—Lo sé—, dije, divertida. —Pero él si quiere.

Asentí con la cabeza con una cremallera hinchada.

En ese momento, unas manos fuertes y coloridas me levantaron del suelo y, sosteniendo mis codos, me llevaron a la isla de la cocina.



OTROS 365 DÍAS

Me puso en ello, pero no había ninguna cuestión de delicadeza. Con un movimiento me desabrochó los pantalones, me los quitó y los tiró al suelo. Luego me agarró de los muslos y empezó a deslizarme de la encimera, con su otra mano soltando su polla hinchada.

—Ya hiciste tu trabajo—, se drenó con una sonrisa a través de sus dientes apretados.

—Eso es lo que espero—, dije y mastiqué mi labio inferior, esperando que me masturbara.

Esta vez mi hombre no fue amable, fue exactamente como esperaba que lo fuera. Podía sentir toda su ira y frustración, todo lo que había estado zumbando en él durante días, cada emoción. Era apasionado, brutal, tenaz, perfecto. Me llevó al mostrador tanto como quiso. Me cogió en todas las posiciones posibles, mientras mostraba su gran amor y afecto.

Escuchó, sintió, y cada movimiento que hizo fue a través de mí y para mí. No hay dolor, no hay agresión incontrolada, sólo los sentimientos que necesitaba saber. Me preguntaba si era necesario que yo lo provocara a tal comportamiento. Pero si podía ser así, significaba que era parte de él.

Estábamos parados en la pista del aeropuerto: él no quería dejarme ir, y yo no quería que me dejaran ir - ambas cosas hacían un poco difícil el despegue. Nacho tenía mi cara en sus manos, me miraba con ojos verdes y me besaba de vez en cuando. No hablaba, no tenía que hacerlo, sabía exactamente lo que estaba pasando por su cabeza.

—Dentro de dos días, estaré de vuelta... —susurré, casi escuchando la respiración del piloto.

—Chica... —comenzó, su tono me heló. —Si algo sale mal...

Puse un dedo en sus labios para hacerlo callar, y miré con confianza sus ojos preocupados.



OTROS 365 DÍAS

—Lo sé.— Puse la lengua en su boca una vez, y él me levantó sin tirar de mis labios. —Recuerda que solo soy tuya—, le dije cuando finalmente me dejó ir y caminó hacia las escaleras. Sabía que si me daba la vuelta correría hacia él y no habría manera de irme. Y luego Olga me mataría.

En el camino, tomé una pastilla sedante y, respirando profundamente, subí a bordo de una muerte voladora con alas. Traté de no pensar en dónde estaba y, sorprendentemente, me fue muy bien porque mis pensamientos giraban en torno al hombre a quien todavía podía ver a través de la pequeña ventana. Se puso triste, o tal vez enojado, con las manos en los bolsillos de los pantalones vaqueros, y su camiseta blanca y ajustada casi se rompió bajo la influencia del aire que estaba tomando en sus pulmones. Dios, realmente quería salir. No creo que haya querido algo más en mi vida. Correr, tírmelo en sus brazos y derramarlo todo. Estuve tentada de actuar como una egoísta total en este momento. Y si se tratara de alguien más, lo haría. Pero, desafortunadamente, Olga siempre estuvo a mi disposición, y esta vez tuve la oportunidad de pagarle.

La azafata vino a mí con una copa de champán, así que lo recogí de la bandeja y lo bebí. Sabía que combinar drogas con alcohol es una idea masiva, pero que las burbujas aceleran los efectos de las píldoras, así que las bebí.

Cuando salí de la terminal, Sicilia me estaba recibiendo.

Me metí en el automóvil probablemente blindado. Había un vehículo más delante de él, dos más detrás de él. Creo que cuando el presidente de USA llega a un país, su protección es menos ostentosa. Mi teléfono comenzó a sonar tan pronto como lo encendí, y la suave voz de Nacho hizo que mi viaje a casa fuera mucho. No hablamos de nada especial, en realidad jodimos cosas estúpidas que me distrajeran del lugar donde me encontraba. Desafortunadamente, ver hirviendo y humeando significaba que me quedé sin aire varias



OTROS 365 DÍAS

veces, especialmente porque íbamos hacia Taormina. Afortunadamente, mis autos salieron de la carretera en una dirección desconocida y comenzaron a subir al lado del volcán. Después de varias docenas de minutos, estacionamos frente a la gran muralla y me quedé mirando sorprendida. Era una fortaleza para nada al estilo del colorido Canario.

—Cariño, ¿qué es esta fortaleza?— Le pregunté cuándo me estaba contando sobre el desempeño de hoy en el tablero.

—Oh, entonces llegaste—, se rió. —Sé que te recuerda un poco a una base militar, pero al menos es fácil proteger la casa, o más bien su contenido—, dijo. —Mi gente son especialistas que conocen el área perfectamente, estás más segura allí que en un búnker.— Estaba serio y tranquilo. —¿Ivan conduce?

Confirmé, sonriendo levemente.

—Por favor, niña, escúchalo en todo, él sabe cómo lidiar con lo que es más valioso.

—¡No te vuelvas paranoico, calvo!— bromeé

—¿Calvo?— Se echó a reír. —Algún día, me crecера el pelo por la ira y veras qué horrible puede verse un hombre. Ahora cena, porque no creo que tengas nada más que el desayuno de hoy y mi pene

Casi podía sentir su diversión infantil, y por la alegría que había recuperado su estado de ánimo, casi sacudí los pies.

—Hablé con Domenico—, continuó. —Olga estará contigo en una hora. Toda la residencia está a tu disposición, diviértete.

Puse mi teléfono en mi bolso. *Dios, cuánto más puede ser perfecto*, pensé. Después de un rato, Ivan me abrió la puerta. La casa era, por supuesto, un enorme edificio de dos niveles rodeado de un hermoso jardín. Callejones bien cuidados se extendían entre la magnífica vegetación y se escondían en túneles de árboles. No estaba segura de



OTROS 365 DÍAS

que fuera el lugar más seguro del mundo, pero como el asesino en mi nombre dijo que sí, no iba a discutir con él. Sorprendente en este edificio fue el hecho de que no encajaba completamente en los alrededores. Forma moderna, bordes afilados y docenas de terrazas desprotegidas que parecían cajones abiertos. Ladrillo blanco, blanco y blanco de nuevo.

Todos los hombres salieron de los autos, y de repente me sentí atrapada. No había una docena más o menos, sino unas pocas docenas. Algunos de ellos sobresalían por detrás de cada esquina, algunos estaban en casa, algunos más en el terraplén junto a las paredes. Un verdadero ejército. Me preguntaba para qué era todo esto, pero rápidamente recordé dónde estaba y quién podría estar aquí.

—No tengas miedo—, me tranquilizó Ivan, apoyando mi mano en mi espalda. —Marcelo simplemente le gusta exagerar.— Él se rió guturalmente y me llevó adentro.

Como esperaba por lo que vi afuera, la casa era extremadamente moderna. Vidrio, metal y formas angulares. En la parte inferior había una gran sala de estar con techo en el primer piso, forrada con paneles blancos, y al lado del sofá una piscina plana de varios centímetros. Al lado hay una mesa de comedor con doce sillas y pufs en forma de bola. Más adelante, había una vista maravillosa de la terraza y la ladera del volcán, y a la derecha, la increíble cocina llamó mi atención. Oh sí, mi chico al que le gusta cocinar tenía que tener el equipo de más alta calidad. La chimenea era un gigantesco agujero rectangular en la pared que se convirtió en una columna de fuego con un botón mágico. Tenía algunas dudas sobre para qué se usaba, así que cuando mi mente me dio algunas ideas, seguí aterrorizada. Subí las escaleras y vi un enorme espacio abierto con paredes de vidrio. *¿Dónde está la privacidad aquí?*, pensé, y luego Ivan presionó el botón en la pared y el cristal se volvió



OTROS 365 DÍAS

completamente lechoso. En cada una de las habitaciones en las que entré, solo había una cama moderna y un televisor. También tenía su propio baño y armario.

Dirigida por mi tutor, llegué al final del corredor, y cuando él abrió la puerta, un maravilloso, acogedor y muy escandinavo espacio apareció en mis ojos. En el centro había una gran cama blanca de madera, sillones suaves de color crema y alfombras mullidas. Sí, definitivamente, era el dormitorio principal de esta casa.

Había fotos de Amelia, Pablo y Nacho en la cómoda. Y al lado del mío. Curioso, tomo una fotografía que no asociaba del todo. Estaba rubia en ella y... estaba embarazada. Tenía que ser un fotograma de la película. Me senté en el mostrador de la cocina del Canario y la miré.

—Así que tenemos cámaras en la casa—, murmuré por lo bajo. Me sorprendió bastante este hecho. Bajé el marco y reorganicé la foto para tenerla justo al lado de la cama. Gracias a los ojos verdes y risueños que me miraban desde la mesita de noche, tuve la impresión ilusoria de su presencia.

Un sentimiento extraño: estar en Sicilia y con el corazón en Tenerife. Si alguien me hubiera dicho hace unos meses que estaría donde estoy, me habría cortado las dos piernas, que esto no tiene sentido.

—Joder!— Olga gritó, saliendo corriendo del auto. —Hola perra.— Ella me abrazó y me sentí tranquila. —Por supuesto que estoy exagerando para emborracharme, pero podemos intentarlo un poco. Porque sabes, tengo que parecer de un millón de dólares mañana, no caca de perrito.

—Lo sé—, le dije con una sonrisa, llevándola a casa. Nacho se aseguró de que tuviéramos todo lo necesario. Por cómo están las



OTROS 365 DÍAS

cosas.— La rodeé con mis brazos y acerqué mi mano a la terraza trasera.

—Genial, organizacionalmente perfecto, especialmente porque no tengo que hacer nada, porque tengo personas de todo.— Se detuvo en la barandilla. —Y, maldita Lari, ¿hay tantos de ellos aquí? Cuando entré, me revisaron todo, solo esperé a que me miraran las bragas.

Me encogí de hombros disculpándome y la jalé conmigo.

De hecho, no nos emborrachamos esa noche, solo nos mojamos los labios con champán. Hablamos de todo y recordamos principalmente lo que había sucedido durante el año pasado, dándonos cuenta de cuánto ha cambiado nuestra vida. Cuando habló de Domenico, me sentí segura en su voz. Ella le dio un amor extraño pero inmenso. Hablaban y jugaban como amigos, se peleaban como matrimonio y follaban como amantes. Estaban hechos el uno para el otro. Parecía suave y aparentemente conciliador, cuando ella se inclinaba, se convirtió en una loca implacable, que ganaba todo el tiempo desde cero. Él la protegió, y eso estaba fuera de toda duda.



El sábado por la mañana, ambas rodeadas por mi ejército, fuimos al hotel donde íbamos a prepararnos para la ceremonia. Sentada en la silla de la estilista, sorbí otra botella de agua que Ivan me dio. Todavía tenía una opción de jugo, té helado y una caja entera de otras bebidas que me seguían en el auto. Ahhh, no me ha llamado desde que su dulce risa me despertó. Inmediatamente después, mi novio me recordó que estaría con él mañana. Sabía que si podía, no me colgaría, pero quería darme, a pesar de la situación específica, un mínimo de espacio, por lo que atormentó a Ivan. El pobre hombre



OTROS 365 DÍAS

contestó el teléfono en promedio cada quince minutos, apretando la mandíbula antes de decir la primera palabra. Probablemente nunca vio a su jefe abrumado por tanta paranoia, pero Nacho no estaba acostumbrado a no controlar la situación personalmente. El Canario era un perfeccionista que prefería no dormir dos días antes que dejar que nada saliera mal.

—Laura, te estoy preguntando por tercera vez.— La voz de Olga me levantó, y el maquillador casi me pica el ojo con un pincel.

—No jodas—, gruñí. —¿Que quieres!

—¿Este moño es demasiado alto? ¿Y muy suave?— Se frotó el pelo, tratando de acariciarlo. —No creo que sea bonito, tienes que hacer otra cosa...— Se movió de espejo en espejo. —En general, me veo como una polla, me voy a lavar, tenemos que empezar de nuevo.

Dios, no tiene sentido, no quiero casarme.— Ella tomó mis brazos. Estaba cerca de la histeria. —¿Por qué debería perder mi libertad? Hay tantos tipos en el mundo, entonces él me hará un niño...— Una corriente de palabras salió de su boca y su rostro se puso azul.

Tomé mi mano y le di una sonrisa sólida, y ella se calló, mirándome con odio. Todo el personal se aferró a sus cabezas y observó lo que sucedería después.

—¿Otra vez?— Pregunté con calma.

—No, gracias, una vez es suficiente—, respondió ella casi en un susurro, volviendo a su silla y respirando hondo. —Bajémosle un poco y será hermosa.

Una hora después, Emi abotonó personalmente el vestido de Olga. Era bastante peculiar, porque la novia le quito a su chico. Me sentí aliviada al descubrir que en mi ausencia les había ido bien y que se llevaban perfectamente. Ella terminó y vi a mi amiga en todo su esplendor. Ella se veía encantadora. Apenas podía dejar de llorar. Una larga creación gris claro se extendía unos metros detrás de ella.



OTROS 365 DÍAS

No estaba hecho de alguna manera, como un vestido normal, sin tirantes y suelto de la cintura, pero estos cristales... Las piedras brillantes formaban líneas, rizadas, colgadas y relucientes, creando algo en la tela como una imagen clara. Había la mayoría de ellos en los senos, luego hacia abajo, hasta que se disolvieron por completo alrededor de los pies, creando una ilusión. Creo que toda la fabricación pesaba cien kilogramos, pero Olga lo tenía en el culo, quería ser una princesa y lo era. En la medida en que ella insistió en la diadema, que reconocí con una carcajada. Cuando descubrí que hablaba en serio, me rendí para no estropear su visión. Al principio también escuché algo sobre la corona modelada en los zares rusos, pero logré sacar esa idea de su cabeza. Afortunadamente, porque parecería una fiesta de disfraces, no una boda.

Si no fuera por esta maldita diadema, toda la estilización sería muy vintage y moriría de placer. Me encantan los vestidos de novia en un color que no sea blanco, y este fue espectacular, de múltiples capas y muy inusual a pesar de la aparente simplicidad.

—Voy a vomitar—, dijo Oli, agarrando mis muñecas.

Con calma alcancé el refrigerador en el que el vino había estado previamente, y mirándola desapasionadamente, puse el recipiente debajo de su boca.

—Adelante—, dije, asintiendo cómodamente.

—No me importa una mierda, pero lo estás, ya sabes...— resopló, tratando de llegar a la puerta. —No puedo sentir compasión—, murmuró.

—Pero ambas sabemos que si muestro un poco de cuidado, te pondrás histérica—. Puse los ojos en blanco y la seguí.

Los autos estaban estacionados afuera de la entrada, dos de mi seguridad y tres de Torricelli. Uno de ellos era llevarnos a la iglesia, y el otro estaba destinado para los hombres. Domenico aceptó a



OTROS 365 DÍAS

regañadientes, pero estuvo de acuerdo en que el conductor fuera de los Canarios. Sin embargo, se reservó que el guardia de seguridad en el automóvil debe ser de Sicilia. Ahora toda esta compañía estaba midiendo sus ojos, tratando de comprender la situación.

Estábamos en la Iglesia de *Madonna della Rocca*. Me sentí débil cuando subimos la colina. Buenos recuerdos estaban asociados con este lugar, pero en la situación actual no los quería en absoluto. Sabía que la boda no tendría lugar en ningún otro lugar, pero saber y ver son dos cosas diferentes.

Mario, el consigliere de Massimo, me saludó con una leve sonrisa y, cuando me paré a su lado, me besó la mejilla.

—Encantado de verte, Laura—, dijo, ajustándose la chaqueta.

—Aunque todo ha cambiado un poco.

No sabía qué responder, así que me puse de pie y miré el impresionante panorama que se extendía ante mis ojos. Más cerca que lejos, seguía repitiendo en mis pensamientos, esperando frente a la iglesia a que el padre de Olga se parara a su lado y nosotras fuéramos hacia adentro. Cuando todo estuvo listo, me volví hacia la novia y la abracé con fuerza.

—Te amo—, susurré, con lágrimas pillando en sus ojos. —Será divertido, ya lo verás.— Ella asintió y agarré el brazo que me dio un siciliano mayor y dejé que me llevara a la iglesia.

Cruzamos el umbral y nos paramos en el altar, donde, sonriendo, Domenico nos estaba esperando. Besó mi mejilla y sonrió aún más. Miré alrededor del interior microscópico, y la sensación de déjà vu no me dejó sola. Las mismas caras tristes de gángster, la misma atmósfera, la única diferencia era la sollozante madre de Olga, quien, aunque lo intentó, no pudo controlarla.

De repente, *I Love de Guns N 'Roses* sonó por los altavoces, y supe que mi amiga ya se estaba ahogando en lágrimas. Me reí al pensar



OTROS 365 DÍAS

en lo maravilloso que era el miedo escénico y volví la mirada hacia la entrada. Cuando apareció en la puerta, Domenico estuvo a punto de sufrir un ataque al corazón, y ella, sin esperar a que su padre la condujera a su futuro esposo, se arrojó a sus brazos y comenzó a besarle frenéticamente. Su papá agitó la mano y fue hacia su madre gritando como un animal salvaje, luego la abrazó. Por otro lado, mientras ignoraban a todos los reunidos, ellos seguían besándose y si no fuera por el hecho de que la canción había terminado, probablemente aún lo harían.

Finalmente, sin aliento, se pararon ante el altar y el sacerdote les señaló con un dedo. Yo respiraba cuando comenzó la ceremonia cuando Massimo se paró en la puerta de la capilla.

Las piernas se me doblaron debajo de mí. Temblando como una gelatina, me deslicé en una silla. Aria me agarró del codo y Olga, aterrorizada y confundida, vio a Black acercarse a mí. Parecía convincente. El esmoquin negro y la camisa blanca combinaban perfectamente con el bronceado muy oscuro. Estaba descansado, tranquilo y serio.

—Creo que este es mi lugar—, dijo, y Aria se alejó, dejándome sola con él. —Hola, pequeña—, dijo.

El sonido de estas palabras me hizo querer escapar, vomitar y morir al mismo tiempo. No podía respirar, mi corazón latía como un martillo, y la sangre parecía drenar por completo de mi cara. Él estaba aquí, se paró a mi lado y olía. Dios, cómo olía. Cerré los ojos, tratando de calmarme. Finalmente, los novios se volvieron hacia el altar y el sacerdote comenzó la ceremonia.

—Te ves hermosa—, susurró Massimo, inclinándose ligeramente, tomando mi mano y apoyándola en su antebrazo. Cuando me tocó, una corriente atravesó nuestros cuerpos y, estalle como si me

300



OTROS 365 DÍAS

quemara, le arranqué los dedos y los bajé para que no pudiera alcanzarlos nuevamente.

Mi pecho, con un vestido estrecho y de cuello bajo, subía y bajaba a un ritmo frenético mientras el sacerdote repetía las fórmulas. No podía quedarme quieta, y no podía ignorar a mi esposo parado a mi lado. No podía permitirme la debilidad porque él podía sentirla y usarla.

Tenía la impresión de que la media hora que pasamos en este pequeño interior duró para siempre. Rece para que los segundos pasaran más rápido. Sabía que el Canario ya sabía sobre el regreso de Black y probablemente estaba loco por la ansiedad y la ira. Mi protección permaneció frente a la iglesia, así que no tenía idea de lo que estaba pasando y, sobre todo, de lo que sucedería.

Miré a Black. Estaba concentrado, de pie con las manos cruzadas alrededor de la cintura, los brazos cruzados sin apretar y escuchando. Aunque sabía que eran apariencias, porque sentía sus ojos ardientes sobre mí de vez en cuando. ¿Cómo podía ser tan hermoso? Aparentemente estaba equilibrando y devastando su cuerpo, pero mientras tanto parecía que tenía un cambio de imagen real, de héroe a dios. La barba uniformemente recortada me recordaba los momentos en que me encantaba rascarla, y el cabello más largo de lo habitual, cuidadosamente peinado, traicionaba que se había estado preparando durante mucho tiempo.

—¿Te gusta lo que ves?— Preguntó de repente, mirándome, aunque quería hacerlo, no podía dejar de mirarlo. Me quedé helada. —Él nunca te atraerá tanto—, susurró y volvió la cara hacia el altar.

Jesús, quiero salir de aquí. Agaché la cabeza. Jadeé nerviosamente y sentí presión en mi esternón.

Finalmente la misa llegó a su fin. Todos los invitados fueron a la recepción, y nosotros fuimos a la capilla para firmar los documentos.



OTROS 365 DÍAS

Black besó y felicitó a ambos con una sonrisa radiante, y en ese momento traté de mantenerme lo más lejos posible de él.

—Maldito tramposo,— gruñí, agarrando el codo de Domenico. Lo jalé un poco a un lado. —Dijiste que no estaría aquí.

—Dije que desapareció. Pero no puedo evitar que viniera a la boda.— Me agarró por los hombros y me miró a los ojos aterrorizados. —Todo está tal como lo acordé con los españoles, nada cambia, cálmate...

—Me gustaría presentarte a Eva—, escuché. Giré la cabeza y vi que Massimo sostenía a una hermosa mujer de ojos oscuros. Ella se paró a su lado con una sonrisa radiante, abrazando su hombro, una sensación de celos atravesando mi cuerpo como una espada.

Yo lo dejé, no podía culpar o incluso tener el derecho de sentir lo que acabo de sentir, pero joder, ¿en serio? La deslumbrante chica con el pelo largo y negro me saludo con una mano. No sé qué estúpida me veía, pero considerando mi sorpresa, probablemente demasiado estúpida. Eva no era muy alta, pero me hacía retorcer. Era elegante y muy sutil. Oh bien, ella me ponía mal en absoluto.

—Nos conocimos en Brasil y...

—Y estoy loca por este tipo increíble—, terminó ella. Oli y yo pusimos los ojos en blanco con ostentación.

Les di la espalda, incapaz de soportar la presión de los sentimientos, que tiraban de mi cuerpo y fui a firmar los documentos

—No hay problema—, dijo Olga, divertida, de pie junto a ella.

—Él ya tiene alguien, tú tienes a alguien, divórciate y seguimos viviendo todos felices.— Ella asintió con la cabeza.

—Olga, joder!— Dije con los dientes apretados. —Encontró otro trasero en tres semanas. Y aun sigue jodidamente casado.



OTROS 365 DÍAS

—Esto se llama hipocresía—, se puso seria. —Además, es una gran noticia para ti, porque existe la posibilidad de que todo termine bien. Así que firma estos papeles y vámonos ahora.

—Pero cómo...— me interrumpí, sabiendo la estúpida cosa que quiero decir.

—Lari, escúchame.— El tono serio de Olga no anunciaba nada agradable. —Decídete, jodete o surfea o tu esposo, no puedes tener ambos—. Ella puso los ojos en blanco. —No te aconsejaré porque no soy imparcial y prefiero tenerte conmigo. Esta es tu vida, hazla buena para ti.— Ella asintió cómodamente.

Estaba junto a Ivan, esperando a que Olga y Domenico terminaran de tomar fotos. Finalmente, Ivan me entregó el teléfono. Respiré profundamente algunas veces y lo puse en mi oído.

—¿Cómo te sientes, pequeña?— Nacho preguntó con preocupación.

—Estoy bien, cariño—, susurré mientras me alejaba. Mi creación gris me siguió con gracia. —Él esta aquí.

—Lo sé, joder—, gruñó el canario. —Laura, por favor, sigue lo que hemos acordado.

—Él está con una mujer, creo que él se rindió—, dije en el tono más indiferente que podía permitirme.

En ese momento me di vuelta y vi a un sonriente Massimo que llevaba a su compañera al auto. Él abrió su puerta y cuando ella entró, la besó sobre su cabeza. Apreté mis puños con ira. Más tarde caminé alrededor del auto y antes de entrar con gracia, se detuvo y clavó sus ojos negros en mí. El teléfono casi se me cae de la mano. Inconscientemente separé mi boca, tratando de tomar más aire. La sonrisa maliciosa que bailaba en sus labios casi me hizo perder el conocimiento.



OTROS 365 DÍAS

—¡Laura!—La voz en el receptor me puso de pie. Dando la vuelta hacia el mar, sacudí la cabeza. —¿Qué pasa, niña? Háblame.

—Nada, solo estaba pensando.— Puse mis ojos en el suelo y esperé el rugido de un motor Ferrari que me pondría a salvo. —Quiero estar a tu lado ya—, dije y suspiré de alivio cuando llegó el golpe y luego comenzó a desvanecerse sistemáticamente. —Olga viene, tengo que irme, llamaré de camino al aeropuerto—, me volví y fui hacia Ivan. Le di el teléfono.

—Está fingiendo—, dijo el guardaespaldas, quitándome el celular. —Torricelli está fingiendo, Laura. Cuídate.

No tenía idea de lo que quería decir, así que solo asentí y entré pensativamente. Mi cabeza estaba llena de pensamientos, y el vestido largo y estrecho crecía cada vez más. Cada broche insertado en mi cabello intrincadamente recogido me dolía, y la furia salvaje que se derramaba sobre mi cuerpo me quitó la mente.

—Necesito un trago—, pensé. —¿Tenemos alcohol?

—Marcelo te prohibió beber—, respondió Ivan con calma.

—¡No me importan las prohibiciones! ¿Tenemos alcohol o no?

—No, no,— la respuesta fue breve e insatisfactoria.

Apoyé mi cabeza contra el cristal y miré sin pensar por la ventana, asimilando el veneno.

Docenas de guardaespaldas, autos casi blindados e incluso policías se pararon frente a la entrada de la propiedad de recepción.

Domenico y Olga no querían casarse en el hotel porque soñaban con una fiesta en el jardín. En una gran área cerca del mar, se instaló una tienda gigante y se decoró para que pareciera un cuento de hadas.

Me quedé allí, esperando tranquilamente a los novios hasta que me sentí observada. Conocía este sentimiento y sabía a quién vería si me daba la vuelta. Usando un poco el borde del vestido, me volví hacia



OTROS 365 DÍAS

la derecha y me congelé. Massimo estaba parado como un poste enorme a unos centímetros de mí, con las manos en los bolsillos. Ojos negros helados se clavaron en mí, y el labio que mordía mis dientes suplicó lástima. Conocía esa mirada, ese ritmo y esa boca. También sabía cómo sabían y qué podían hacer. Dio un paso y se levantó, casi tocándome.

Ivan se aclaró la garganta y junto con cinco hombres se acercaron unos pasos.

— Despacha a tus perros—, dijo Massimo, mirando a seis personas detrás de mí. —Tengo más de cien de mis hombres aquí, es grotesco.— Una sonrisa burlona se pintó en sus labios. —Domenico y Olga cambiaron la ruta y se engancharon con algunos bosques o arbustos, así que tenemos un momento, hablemos.— Me dio su brazo y lo abracé por alguna razón desconocida. —Sólo hay una forma de salir de la propiedad—, gritó a mi seguridad. —¡Que estás esperando!

Ivan se retiró, dándome una mirada seria, y dejé que Massimo me guiara hacia el jardín. Sentí lo caliente que estaba, cómo olía y cómo sus fuertes músculos se flexionan debajo de su chaqueta. Caminamos en silencio entre los callejones, y sentí que iba a retroceder en el tiempo.

—La compañía es tuya—, dijo después de un momento. —Ella nunca me perteneció, así que puedes trasladarla a las Canarias y seguir allí.— Me sorprendió que estuviera hablando de la compañía, y aún más, que lo hizo con tanta calma. —No quiero hablar sobre el divorcio hoy, pero volveremos a este tema después de la boda. Entiendo que te quedarás unos días?— Se giró hacia mí y su gentil mirada me aplastó por completo.

—Después de la medianoche, regreso a Tenerife—, apenas logré decir, aplastada por el poder de sus ojos negros.



OTROS 365 DÍAS

—Lástima, quería hacer todo de inmediato, pero como tienes tanta prisa, lo pensaremos en otro momento.

A la sombra de las palmeras había un hermoso cenador, y en él un banco al que me condujo. Me senté y él tomó el siguiente asiento.

—Me salvaste la vida, cariño, y luego me mataste—, gimió miserablemente, y miré hacia abajo. —Pero gracias a esto, reviví, encontré a Eva, dejé de tomar y de consumir drogas, e hice varias adquisiciones lucrativas.— Me miró divertido. —En realidad me protegiste de ti misma, Laura.

—Me alegro, pero lo que le hiciste al perro...— Corte, sintiendo el amarillo en mi garganta. —No pensé que pudieras ser un monstruo así—, dije con una voz apenas audible y quebradiza.

—¿Perdón?— Preguntó sorprendido, volviéndose hacia mí. —El mismo día que te fuiste, lo envié a la residencia de Matos.

—No lo sé, me llegó una caja con un animal descuartizado—, dije furiosamente.

—¿Que?— Se levantó de un salto y se paró frente a mí como si no entendiera lo que quería decir. —Personalmente, envié a un hombre con un perro vivo en el transportador.— Se mordió el labio una vez más. —Sí, quería que su vista te recordara a mí y Estaba dolido. Pero...

—¿No mataste a Prada?— La situación comenzaba a abrumarme.

—Escucha, me mandaste un perro masacrado en una caja de zapatos y una tarjeta.

—Pequeña—, se arrodilló ante mí, agarrando mis manos. —Soy un monstruo, es cierto, pero ¿por qué lastimar a un perro del tamaño de una taza de café?— Levantó las cejas y esperó. —Cristo, ¿realmente crees que lo hice?— Se cubrió la boca con la mano y pensó por un momento. —Matos, hijo de puta.— Se puso de pie y se echó a reír.



OTROS 365 DÍAS

—Oh, sí, podría haberlo esperado... a toda costa.— Él negó con la cabeza. —¿Sabes lo que me dijo cuándo saliste del restaurante en Ibiza?— Me sentí enferma nuevamente, pero tenía demasiada curiosidad como para perder el conocimiento ahora o al menos vomitar. —Que él te demostraría lo indigno que soy y que solo tengo sentimientos por mí.— Estalló en una risa triste. —Es inteligente, lo subestimé.

Podía escuchar un chillido aterrador en mis oídos y mi aliento me picaba en los pulmones. Ahhhh? ¿Se suponía que un hombre colorido y delicado lastimaría a una criatura tan indefensa y pequeña? No me lo podía creer.

Black me vio luchar contra mis pensamientos, sacó un teléfono del bolsillo y marcó un número, luego dijo algunas palabras y colgó. Después de unos minutos de silencio y mirando irreflexivamente al mar, apareció un gran hombre en la glorieta.

—Sergio, ¿qué hiciste con el perro que te dije que llevaras a Tenerife?— Preguntó serio, cambiando su idioma al inglés.

—Lo dejé según las instrucciones a la residencia Matos.— El hombre confundido miró de él a mí. —Marcelo Matos dijo que no tenía a Laura y que él lo recogería.

—Gracias, Sergio, eso es todo—, gruñó Massimo y apoyó las manos en la barandilla, y el hombre se alejó.

—¡Lari!— El grito de Olga me arrancó de mis pensamientos.

—Vamos

Me levanté y me tambaleé un poco porque me sentí mareada.

Black se levantó de un salto y me apoyó.

—¿Está todo bien?— Preguntó con preocupación, mirándome a los ojos.



OTROS 365 DÍAS

—No es nada estoy bien!

Le solté la mano y, levantando la parte inferior del vestido, me dirigí hacia mi amiga.

Nos instalamos frente a la entrada de la tienda mágica, y Massimo me sacudió el brazo. No me hizo agarrarlo, no preguntó, dio y esperó. Lo tomé suavemente y los cuatro fuimos hacia la multitud. La gente gritaba y aplaudía y Domenico hablaba.

Parecíamos una gran familia feliz.

Los caballeros se pararon a los lados, y estábamos sonriendo artificialmente por dentro. Cuanto me costó fingir estar satisfecha en este momento. Los aplausos se callaron, y los sicilianos nos llevaron a una mesa dispuesta en un pequeño rellano en lo profundo de la tienda.

Antes de sentarme frente al camarero, agarré una copa de champán de la bandeja y la vacié en mí. Oli me miró sorprendida e Ivan dio un paso adelante. Lo detuve con un gesto de mi mano y le devolví el saludo y él obedeció. El personal me entregó otro vaso lleno, y lo vertí en mí misma, sintiendo mis nervios calmados. *Oh sí, alcohol*, pensé, intoxicando los efectos de un líquido seco.

Después de unos minutos, Domenico agarró la mano de Olga y tiró de ella hacia la pista de baile para realizar el primer baile. Sin embargo, volví a asentir con la cabeza al camarero, porque mi vaso mostraba el fondo.

—Estás bebiendo demasiado—, dijo Massimo, inclinándose hacia mí.

—Esa es mi intención—, murmuré, agitando mi mano. —No te preocupes, ve a entretener a tu Eva.

Black se echó a reír, agarró mi muñeca y tiró de mí hacia la pista de baile.



OTROS 365 DÍAS

—Te entretendré, porque te doblarás como una navaja.

Tenía a seis personas bajo mi protección, e Ivan sacudió la cabeza, mirando a Massimo abrazarme cerca de él. Eran un verdadero dolor de culo, estaba tan enojada con todo este equipo de canario que me gustaría enviarlos a todos al infierno.

—Tango—, susurró Black, besando mi clavícula. —Tu vestido es una pieza perfecta.

—Tengo bragas—, dije, lamiéndome los labios agresivamente.

—Me puedo volver loca esta vez.

El alcohol me emborracho y la ira me hicieron sentir como si fuera el mejor tango de mi vida. Massimo, como siempre, lideró perfectamente, confiadamente sosteniéndome en sus brazos.

Después del baile, todos, incluidos los novios, nos dieron un aplauso atronador, y nos inclinamos con dignidad y volvimos a la mesa.

—Laura, teléfono—, dijo Ivan, caminando hacia mí y entregándomelo.

—No tengo ganas de hablar—, dije borracha, entrecerrando los ojos.

—Díselo...— Pensé por un momento, y una corriente de pensamientos inundó mi mente borracha. —O dámelo, se lo diré yo misma.

Agarré el teléfono, me levanté y fui a la salida.

—¿Chica?— Una voz tranquila se derramó en mi cabeza.

—¿A toda costa?— Grité molesta. —¿Cómo diablos podrías ser un idiota sin sentido? Me tenías de todos modos, ya estaba enamorada de ti, pero preferiste disgustarme aún más por el hombre del que escapé. ¿Te sentiste mal?— Me silencié, sintiendo la ola de vómitos después de beber una botella de champán en veinte minutos acercándose a un ritmo alarmante. —Mataste a mi perro, jodete, y lo



OTROS 365 DÍAS

hiciste solo para hundir a Massimo. ¿Cómo pudiste?—. Las lágrimas corrían por mis mejillas, y cuando sentí sus manos sobre mí, salté.

Sorprendido, Ivan se paró a mi lado y me miró.

—¡Me perdiste!— Grité en el teléfono y golpeé el teléfono contra un pavimento de piedra. —Ya no lo necesitas—, le espeté al guardaespaldas, y él jadeó por una palabra que decir.

Luego me balanceé y sentí que el champán volvía a mi boca. Me volví hacia la pequeña cerca y comencé a vomitar sobre la hierba perfectamente podada.

No se de dónde vinieron Massimo y su gente. El siciliano me abrazó con fuerza, apoyándome verticalmente.

—Caballeros, probablemente estén libres ahora, pueden salir de la propiedad—, le espetó a Ivan mientras más convulsiones sacudían mi cuerpo.

Todos los hombres se quedaron mirándose por un momento. Al final, los Canarios evaluaron su fuerza, decidieron que la derrota era inevitable y se retiraron. Escuché la puerta del auto cerrarse, y luego dos autos oscuros chirriaron a través de la puerta.

—Dios, pequeña—, susurró Massimo, entregándome un pañuelo.

—Te llevaré a casa.

—Llévate a Eva,— gruñí.

—Mi esposa es más importante—, se rió. —Y no me recuerdo tener a nadie más importante que a ti.

No pude pelear con él, especialmente porque si comenzaba a luchar, probablemente estaría arrojándome a su alrededor.



OTROS 365 DÍAS

CAPÍTULO 18

El sonido del teléfono me despertó. Estaba sonriendo. Se había acabado, pensé y abrí los ojos. La mano que abrazaba a un poderoso pecho no tenía ni un solo dibujo. Me levante inmediatamente, ahuyentando el resto de mi sueño, y me alcanzó donde estaba. Lo intente, pero ni siquiera pude levantarme de la cama cuando una mano enorme me golpeó en el colchón.

—Probablemente es para ti,— dijo, dándome el teléfono.

La palabra "*Olga*" parpadeó en la pantalla.

—Feliz cumpleaños.— Estaba confundida.

—Jesús, estás viva.— Había un alivio en su voz. —Desapareciste tan repentinamente y me preguntaba si te fuiste sin despedirte y adónde fuiste.— Su voz era graciosa. —Después de que tú y Massimo salieran tan temprano, entendí que tomabas una decisión. Me alegro mucho de que vuelvas...— Olga habló emocionada, sin dejarme decir una palabra.

—Nos interrumpes, cuida de tu marido,— dijo Massimo, divertido, quitándome el teléfono de la mano, y colgó. —Te eché de menos,— dijo, acariciándome, y su gran polla se apoyó en mi muslo. —Me gusta follar contigo después de beber, porque no tienes ninguna inhibición.— Me besó, y yo intentaba recordar lo que había pasado anoche; sin éxito.

Cuando me di cuenta de que estábamos desnudos y me dolía todo, me cubrí la cara con las manos.

—Hola, nena.— me las quito para que lo mirara. —Soy tu marido. No pasó nada inusual.— Me arregló las muñecas cuando quise esconderme detrás de ellas otra vez. —Asumamos que estamos borrando las últimas semanas de nuestra memoria.— Me miró esperando.



OTROS 365 DÍAS

—Me estaba comportando como un idiota, así que tenías derecho a huir y...— Estaba asintiendo con la cabeza a un lado —...tomaste libertades. Pero ahora todo estará bien, me ocuparé de ello.

—Massimo, por favor...— me quejé, tratando de salir de allí.

—Tengo que ir al baño.

Black se giró hacia un lado, soltando mi cuerpo, y me envolví en una funda de almohada y atravesé la habitación. No sé por qué me avergoncé cuando probablemente me cogió en todos los sentidos durante unas horas. Pero de alguna manera no me sentía cómoda.

¿Qué es lo que mejor hago? Me miré en el espejo con mi maquillaje borroso y mi pelo enredado; estaba asqueada de mí misma. Lo último que recuerdo es hablar con Nacho, y luego... un agujero negro. Así que no sé realmente lo que estuve haciendo, pero probablemente no fue nada inteligente. Suspiré y abrí el agua para ducharme.

Parada bajo el agua caliente y tratando de controlar el terrible dolor de cabeza, me preguntaba qué debería hacer ahora. Volver a casa con mi marido, hablar con Nacho, o tal vez dejar a los dos y cuidar de mí misma? Porque el año pasado me mostró que había estado poniendo mi vida al revés con esos dos hombres.

Entré en el vestidor, mirando a Massimo desnudo, que hablaba por teléfono, parado en el marco de una ventana. *Oh, esas nalgas*, pensé. El imbécil más hermoso del mundo. Me acerqué a mi closet y empecé a buscar en los cajones unas bragas y una camiseta.

Entonces el estante de zapatos me llamó la atención. Siempre había orden en él, y todos los pares se ponían en colores. Todos excepto las botas largas, que estaban tranquilamente en elegantes cajas.

Se me atascó el aliento en la garganta cuando vi los zapatos largos de *Givenchy* en el suelo. Dios, no están en la caja, y Olga me aseguró que no estaba en nuestro piso porque la puerta estaba cerrada con llave y la llave la tenía a Massimo. Estaba mirando las brillantes botas que había junto al armario hasta que sentí que alguien me miraba.



OTROS 365 DÍAS

—Oh,— lo oí. —No pensé que estarías aquí tan pronto.

Me volví hacia él y lo vi acercarse, apretando el cinturón de mi bata en mis manos.

—Está bien.— Movi6 sus hombros. —Todo lo que tenías que hacer era registrarte con estos idiotas y venir aquí. Te dije que no me dejarías y que te traería a casa, y que nunca más te dejaría ir.

Mi mano le dio un golpe de energía. Intenté lanzarme y escapar, pero me agarró y en unos segundos me golpeó en la alfombra blanda, sujetándome las muñecas. Se sentó en mi cadera feliz con la vista. Una mano sostenía la mía, atada en alto, y la otra me acariciaba la cara con ternura.

—Mi pequeña, tan ingenua.— Sonrió burlonamente. —¿Realmente creíste que Eva es importante para mí y que me voy a divorciar de ti por ella?— Me besó en la boca y le escupí en la cara. —Sí, puedo ver que estamos llegando a otro nivel.

Se lamió lo que tenía en los labios y me levantó.

—Discutiremos las nuevas reglas cuando regrese de la reunión, y mientras tanto, cuídate... recuéstate.— Me tiró en la cama y se sentó sobre mí otra vez. —Me he preguntado durante mucho tiempo cómo desacreditar a este imbécil tatuado.— Alcanzó la barra de la cama con la mano y tiró de la cadena desde atrás. —Mira lo que tengo.— Agitó el brazalete delante de mis ojos. —Hice que instalaran otro juego en la mansión. Sé que te gusta.— Me tiré en la cama, tratando de evitar que me amarrara, pero no fui lo suficientemente fuerte.

Después de un rato estaba acostada clavada en las cuatro columnas, y él estaba feliz de ponerse los pantalones, mirando mi cuerpo desnudo y estirado.

—Me encanta esa vista.— Levantó las cejas con aparente satisfacción. —Habría entrado en ti si no fuera por el hecho de que tengo que explicar a Domenico y Olga que hemos vuelto a estar juntos y que nos vamos a reconciliar pronto. Como un buen marido, te traeré el desayuno y todo eso.— Se puso una camiseta negra en la



OTROS 365 DÍAS

cabeza. —Si no, uno de ellos vendrá aquí, y entonces tendré que dejar de ser tan amable.— Entrecerró los ojos, mirando entre mis piernas otra vez. —Acuéstese bien y volveré enseguida.

Escuché que la puerta se cerraba, y un chorro de lágrimas entró en mis ojos. Dios, ¿qué he hecho? Creí en todo lo que puso delante de mí, y bebí la mentira más estúpida del mundo: que el mejor tipo que conocí podía hacerle daño a mi perro.

Estaba tirada ahí llorando de rabia, y cuanto más tiempo pensaba en lo que había pasado, más pánico sentía. Traicioné a Nacho, le grité, despedí a su gente y sin pensarlo me dejé atrapar. Ahora el canario cree que he vuelto con Massimo, así que no hay posibilidad de que venga por mí. Olga y Domenico creerán cualquier cosa que diga el tirano, especialmente desde que respondí la maldita llamada de Oli, y ayer estaba celosa en la iglesia. Por no hablar de abrazar a mi marido en la pista de baile y caminar juntos. Me golpeaba la cabeza con la almohada porque era lo único que podía mover. Este imbécil, al salir, ni siquiera me cubrió con un edredón, así que me quedé desnuda y esposada, como una esclava sexual esperando a su amo.

—Ahí lo tienes, pequeña,— dijo Black cuando regresó y me miró la entrepierna. —Estamos juntos de nuevo, tu amigo no tuvo suerte, mi hermano se sintió aliviado, a todos ellos les hemos dado un gran placer al regresar.— Sacó el edredón debajo de mí y me cubrió. —Un médico vendrá en un minuto para ponerte una intravenosa. Necesitas ponerte un poco más fuerte después de anoche.

—¿Qué me van hacer?— Le gruñí. —¡Déjame ir!

—No seas vulgar.— Me advirtió arrancándome un mechón de pelo de la cara. —Futura madre, eso no está bien.— Me amenazó con un dedo y se fue antes de que pudiera decir algo. —Te di drogas ayer...— él gritó desde el baño. —Tengo que cuidar tu cuerpo para que sea fuerte y esté listo para mi bebé.

Estaba tirada ahí mirando al techo y sentí que entraba en pánico. Si alguna vez me había sentido esclavizada y encarcelada, no era nada comparado con lo que estaba experimentando en ese momento.



OTROS 365 DÍAS

Cuando pensé en que Massimo me hiciera un niño, y que nunca estaría con mi chico de colores, y que nunca volvería a lo que dejé en Tenerife, las lágrimas volvieron a romperme las mejillas. Rugí.

Black, vestido de traje, se sentó a mi lado y me miró fijamente.

—¿Por qué estás llorando, cariño?

Jesús, ¿habla en serio? Pensé, mirándolo fijamente sin pensar. Estaba vacía por dentro y me sentía como si estuviera cayendo en el abismo. Como si me hubiera quedado dormida, viéndolo todo, o más bien caída en coma, no podía hablar, moverme o respirar por un momento.

Entonces llamaron a la puerta de abajo y después de un rato el doctor estaba sentado a mi lado. Lo más interesante fue que no se sorprendió del todo por la posición en la que me encontró. Esto me hizo creer que no era el tipo de cosas que él tendría que ver aquí.

—El doctor te dará tranquilizantes, dormirás, y cuando te despiertes, todo estará bien, dijo Don, acariciándome en la mejilla y luego salió de la habitación.

Miré con lástima al doctor que, ignorándome por completo, me metió una cánula en la vena. Luego sacó algo del frasco. Me alejé.



Todos los días eran iguales, excepto que me despertaba sin ataduras. Pero no importaba, porque la medicación que Massimo seguía dándome, no me permitía salir de la cama. Mi marido me alimentaba, me lavaba y me follaba como una marioneta. Lo aterrador era que no le importaba en absoluto que yo no estuviera activamente involucrada en lo que hacía. Lloré a menudo durante el curso, y después de una semana más o menos - creo que sí, porque no tenía ni idea de cuántos días habían pasado desde que llegué aquí - me limité a mirar la pared.



OTROS 365 DÍAS

A veces cerraba los ojos y pensaba en Nacho. Entonces me iba bien. Pero no quería darle a Massimo la sensación de que era por él por lo que sonreía, simplemente me apagué.

Todos los días rezaba para morir.

Un día me desperté inusualmente fresca y descansada, y mi cabeza no me pesó como los últimos días. Me levanté de la cama, lo que también me sorprendió, porque antes, el cabron ni siquiera me permitía levantarme de la almohada. Me senté en el borde del colchón y esperé a que el mundo dejara de girar.

—Es bueno verte en buena forma,— dijo Black, saliendo del vestidor. Me besó en la cabeza. —Domenico y Olga se fueron de luna de miel, se irán por dos semanas.

—¿Estuvieron aquí todo el tiempo?— Pregunté confundida.

—Por supuesto, pero pensaron que estabas en Messina, porque vivimos allí, ¿recuerdas?

—Massimo, ¿cómo te imaginas esto?— Yo pregunté. Por primera vez desde el día de la boda empecé a pensar con lógica. —¿Con qué me vas a amenazar esta vez?— Pestañeeé los ojos cuando se paró frente a mí, abrochándose su traje negro.

—Como,— respondió, sacudiendo los hombros. —Verás, anteriormente te chantajeé con la muerte de tus padres, y aún así te enamoraste de mí en menos de tres semanas. ¿Crees que no puedes volver a amarme? No he cambiado, pequeña...

—Pero lo hice,— dije en voz baja. — Amo a Nacho, no a ti. Pienso en él cuando me metes la polla.— Me acerqué a él, mirando en su dirección con odio. —Sueño con él cuando me duermo y le digo "*buenos días*" cuando me despierto. Tienes mi cuerpo, Massimo, pero mi corazón está en Tenerife.— Me di la vuelta para finalmente ir al baño sola. —Y prefiero quitarme la vida antes que traer a una criatura a este mundo que depende de ti.

No pudo soportarlo más. Me agarró del cuello y me arrastró hasta la pared más cercana. Me golpeó en ella. La furia que lo abrumaba le



OTROS 365 DÍAS

puso los ojos completamente negros, y un chorro de sudor corría por su frente. Después de una semana de estar acostada estaba muy débil, así que sólo estaba colgando en el aire, sin tocar el suelo con los pies.

—¡Laura!— comenzó y lentamente me puso en el suelo.

—No puedes prohibirme que me suicide,— dije con lágrimas en los ojos cuando él ralentizó un poco el abrazo en mi cuello. —Es la única opción que no puedes controlar, y te molesta, ¿no?— Me reí burlonamente. —Así que vas a tener que contar conmigo para no aguantar así durante mucho tiempo.

La cara de Black había tomado la desesperación y la tristeza, y su cuerpo se había alejado de mí. Los ojos fríos se congelaron en los míos y tuve la impresión de que acababa de entender algo.

—Massimo, te amé y me diste mucha suerte,— continué, esperando una respuesta positiva. —Pero acabamos de pasar por todo eso.— Me encogí de hombros y me deslicé por la pared, sentándome en la alfombra. —Puedes retenerme aquí y hacerme todas estas cosas terribles, sólo que en algún momento querrás quitarme las sogas y sentir mi calor, y yo no te lo daré.— Extendí mis manos impotentes. —¿Cuánto tiempo quieres follarte a un muerto?— Estaba en silencio y sólo miraba. —En realidad, ni siquiera se trata de sexo, pero ¿por qué yo? Puedes tener cualquier mujer en la tierra. Como Eva.

—Ella es una puta. Ella es una actriz. Le dijeron que hiciera el papel, lo hizo.

—¿Mataste a nuestro perro tú mismo?— Le pregunté, sorprendiéndolo con un repentino cambio de tema.

—Sí.— Me echó una mirada despistada. —Pequeña, yo mato a la gente mirándola a los ojos, así que piensa en lo que fue matar a un animal.

Estaba sentada allí, sacudiendo la cabeza. No podía creer que lo conociera tan poco. El recuerdo de los primeros meses parecía una gran mentira en este momento. ¿Cómo es posible que no le haya



OTROS 365 DÍAS

visto fingir? Después de todo, el tipo que está sentado frente a mí ahora era un monstruo y un tirano. ¿Cómo se las arregló para fingir ser amoroso y apegado durante tanto tiempo? ¿O no quería ver la verdad?

—Ahora te diré lo que va a pasar en las próximas dos semanas.— Se acercó a mí y me levantó del suelo. —Puedes hacer lo que quieras, pero uno de los míos te seguirá. No vas a bajar al puente y salir de la propiedad.— Me arregló las esposas y me miró el ojo morado de nuevo. —Si planeas quitarte la vida, lo que por supuesto no permitiré, el hombre que te protege tendrá formación médica y te ayudará.— Suspiró, agarrándome la mejilla. —En Nochevieja, algo murió dentro de mí. Perdóname.— Me besó suavemente en la boca y se fue.

Estaba parada aturdida, sin entender realmente sus cambios de humor. Una vez intentó matarme, una vez me aterrorizó y me asustó, y luego creí ver al tipo que ame otra vez. Me duché y me puse un poco de mí misma, vestida con pantalones cortos y una camiseta y me acosté en la cama. Encendí la televisión y empecé a tramar mi escape. Básicamente, la residencia no tenía secretos para mí, la conocía perfectamente, el jardín y toda la zona que lo rodeaba también. Si Nacho fue capaz de secuestrarme a pesar de la protección, voy a ser capaz de escapar a pesar de ello.

Pedí el desayuno en mi habitación. No quise comprobar si Massimo no mentía y si realmente había un troglodita siguiéndome. Comí y me sentí aún mejor. Me levanté con la esperanza de escapar y fui a buscar una salida. La única salida era la terraza que cuelga dos pisos por encima del suelo. Miré hacia abajo y decidí que una caída desde esa altura terminaría en la muerte, y ciertamente en una discapacidad permanente, así que rápidamente abandoné la idea de salir de aquí después de que las sábanas fueran atadas.

Estuve vagando por el apartamento hasta que finalmente se me ocurrió una idea. Si él puede fingir, yo también lo intentaré. Tal vez no me lleve tan poco tiempo como a él, pero existe la posibilidad de que en un mes o dos ponga a dormir su vigilancia. Pero Nacho va a



OTROS 365 DÍAS

esperar? ¿Querrá escuchar, después de que le haya impedido hablar? ¿O no tengo ningún otro sitio al que correr? Otra ola de llanto inundó mis ojos. Me envolví en un edredón y puse mi cabeza en la almohada, me quedé dormida.

Me desperté por la noche, y si no fuera por el hecho de que prefería no despertarme, probablemente sería capaz de pensar que dormí todo el día. Giré la cabeza y vi a Massimo sentado en la silla mirándome. Solía ser algo común, especialmente cuando volvía por la noche y me sorprendía.

—Hola,— susurré con voz ronca, fingiendo ser tierna. —¿Qué hora es?

—Estaba a punto de despertarte. Están a punto de servir la cena. Quiero que comas conmigo.

—Bien, voy a conseguir un poco de....— Estaba simulando ser una esposa compatible.

—Quiero hablar contigo.— dijo cuándo se levantó. —Te veré en el jardín en una hora.— Se dio la vuelta y se fue.

Quiere hablar... Pero, ¿hay algo que no se haya discutido todavía? Después de todo, ya tengo instrucciones. Giré los ojos y fui al baño.

Pensé que esta cena era la oportunidad perfecta para empezar a poner en práctica mi plan. Incluso si Nacho me desprecia, voy a huir con mis padres o algo así. Al menos seré libre. Entonces le diré todo a Olga, ella le dirá a Domenico y tal vez él pueda hacer algo al respecto. Y si no, desapareceré y eso es todo.

Desenterré el armario buscando el vestido negro, casi transparente, que llevé para mi primera cena con Massimo. Por supuesto, debía haberme puesto lencería roja y haberme pintado los ojos de oscuro. Me recogí el pelo en un moño suave y me puse tacones altos en los pies. Sí, me veía maravillosa, perfecta y exactamente como a mi marido le gustaría verme. Tal vez aparte del hecho de que estuve intoxicada durante días, parecía una drogadicta.



OTROS 365 DÍAS

Respiré profundamente y bajé las escaleras. Tan pronto como abrí la puerta, un hombre grande, realmente enorme, se inclinó ante mí. Abrí la boca de par en par y no podía creer que la gente fuera tan grande. Después de un rato, me moví por el pasillo, y el ogro me siguió.

—¿Mi marido le dijo que me siguiera?— Pregunté, sin siquiera darme la vuelta.

—Sí,— se burló.

—¿Dónde está él?

—En el jardín, esperándote.

Y con razón, pensé, caminando un paso, y el sonido de mis tacones anunciaba un cataclismo inminente. Si quieres jugar Torricelli, jugaré contigo mejor de lo que crees.

Caminé a través del umbral y el aire caliente me golpeó en la cara. Ha pasado mucho tiempo desde que dejé la villa con aire acondicionado, así que no era consciente de la temperatura exterior.

Caminé lentamente, sabía que aunque estuviera sentado, podía oírme y probablemente sentirme. Había velas en la gran mesa, y su brillo iluminaba suavemente la hermosa mesa. Cuando estaba casi en mi destino, mi marido se levantó, se volvió hacia mí y se congeló.

—Buenas noches...— susurré, pasando de largo.

Me siguió y apartó la silla en la que me senté, y el hombre que me seguía creció como un hombre del suelo y me echó champán encima. Massimo entrecerró los ojos y se sentó con gracia a mi lado. A pesar de que lo odiaba más que a nadie en este momento, no pude evitar notar que se veía impresionante. Pantalones de lino brillantes, casi blancos, una camisa desabotonada del mismo color con las mangas arremangadas y un rosario de plata. Qué hipocresía para un hombre tan cruel y tan satánico llevar un símbolo divino.

—Me provocas, pequeña— el sonido de su voz baja me puso la piel de gallina. —Así de simple... ¿Quieres burlarte de mí esta vez también?



OTROS 365 DÍAS

—Estoy despertando recuerdos— dije, levantando las cejas, y me serví un trozo de carne.

No tenía nada de hambre, pero desafortunadamente mi papel requería que me comportara con relativa normalidad, así que me obligué a poner un bocado en mi boca.

—Pequeña, tengo una propuesta para ti,— dijo, apoyándose en la silla. —Dame una noche contigo, pero con la Laura que tuve antes. Entonces serás libre.

Estaba gritando, y el tenedor golpeó contra el plato. Massimo estaba sentado serio y esperaba que yo lo dijera.

—Creo que no lo entiendo.— Me aniquilo con consternación.

—Una vez más, me gustaría sentir que eres mía. Entonces, si quieres, puedes irte.— Cogió un vaso y dio un sorbo. —No puedo encarcelarte. No tengo ganas. ¿Y sabes por qué? Porque la verdad es, Laura, que no eres y nunca has sido mi salvación. No apareciste en mis visiones cuando me dispararon y casi moría. Acababa de verte ese día.— Entrecerré los ojos y lo miré sorprendida.

—Croacia hace más de cinco años, ¿eso te dice algo?— Se acercó un poco más a mí y me quedé tiesa. De hecho, estuvimos con Martin y Oli en Croacia unos años antes. Mi corazón comenzó a latir como loco.

—Mentiste todo el tiempo, es tan parecido a ti— dije la idea equivocada, pensando que estaba fanfarroneando, y su gente obtuvo la información.

—No todo. Lo descubrí por accidente.— estiró su pierna y se sentó más cómodo. —Cuando perdimos el bebé.— Su voz se quebró un poco, y Massimo trago saliva. —No podía funcionar normalmente. Mario tenía diferentes maneras de devolverme a la vida. Me necesitaban. Especialmente después de que Fernando fue disparado y todas las familias empezaron a mirarme las manos. Entonces Mario se le ocurrió la hipnosis.

Lo miré de nuevo con incredulidad.



OTROS 365 DÍAS

—Sé lo estúpido que suena esto, pero no me importó. Incluso podría haberme matado.— Se encogió de hombros. —La terapia fue rápida, y en una visita la vi. Vi a tu verdadero yo.

—¿Cómo sabes que no es tu próxima proyección?— Pregunté con tono ofendido, como si quisiera ser su salvadora. Un segundo después, volví mis ojos a la idea de cómo sonaba. Pero lo que dijo fue tan absurdo, que sentí tanta curiosidad.

—¿Lo sientes?— Él preguntó. Lo miré con indiferencia y lo engañé. —Poco, mi corazón también se rompió cuando me di cuenta de que no fue el destino, sino pura coincidencia lo que te puso en mi cabeza.— Extendió sus manos teatralmente. —Lo siento. Estabas en una fiesta en uno de los hoteles, bailando con una chica, Martin también estaba allí. Dejamos la reunión y nos quedamos en la terraza de arriba. Ustedes se estaban divirtiendo.— Tomó un sorbo y miró mi cara de miedo. —Era el fin de semana, y tú llevabas un vestido blanco.

Apoyé mi espalda firmemente contra la silla, tratando de calmar mi respiración. Recuerdo ese día, fue justo antes de mi cumpleaños, pero ¿cómo diablos podría saberlo, y qué es más raro de recordar después de todos estos años? El shock no desapareció de mi cara.

—Hay tal cosa como la regresión en la hipnosis que puedes volver a cualquier parte de tu vida. Tuvimos que volver a mi muerte.— Se inclinó hacia mí. —En el momento en que te vi, ya estaba muerto.— Lo miraba, preguntándome si era otro de sus juegos, o tal vez era cierto.

—¿Por qué me dices esto?— Le pregunté.

—Para explicar por qué no me preocupo por ti. Eras sólo una fantasía, la última imagen, un recuerdo, y ni siquiera uno en particular.— Se encogió de hombros. —Te liberaré porque no te necesito. Pero antes de eso, quiero tenerte como mi esposa por última vez. Pero no por compulsión, sólo porque tú lo quieres. Entonces serás libre. La elección es tuya.

Pensé por un momento y no podía creer lo que acababa de oír.



OTROS 365 DÍAS

—¿Qué garantía puedes darme de que esta no es tu próxima salida?

—Firmaré los papeles del divorcio antes y quitaré todos los servicios de la herencia.— Movié el sobre que estaba a su lado hacia mí.

—Los papeles— dijo y sacó el teléfono de su bolsillo. —Mario, lleva a toda la gente a Messina— dijo en inglés, para que yo lo entienda. —Vamos a dar un paseo.— Se levantó, dándome una mano.

Guardé la servilleta y, habiéndome apresurado, le agarré la mano que me sacó. Me llevó por el jardín hasta que llegamos a la entrada, donde la gente se subía a los autos. Observé con sorpresa mientras docenas de personas cargaban y salían. Al final Mario salió, me hizo una seña con la cabeza y se subió a un Mercedes negro. Estábamos solos.

—Todavía no sé si no es un truco,— gire la cabeza.

—Así que vamos a comprobarlo.

Massimo me llevó por las esquinas, y yo le seguí en silencio con los zapatos en la mano. Nos llevó casi una hora recorrer todo lo que pertenecía a Don, y de hecho, no había ni un alma viva en ningún lugar.

Volvimos a la mesa y nos sirvió champán de nuevo y lo espere con ansias.

—Está bien.— Tome el sobre, mirando dentro. —Supongamos que estoy de acuerdo. ¿Qué esperas?

Revisé los papeles escritos en mi lengua materna y me sentí aliviada al ver que no mentía. Aunque no entendía todos los párrafos, parecía que esta vez mi marido decidió comportarse como había prometido.

—Quiero recuperar a la mujer que me amó por una noche.— Estaba mirando la copa de cristal que giraba en sus manos.—Quiero sentir que me besas con amor y me follas porque lo necesitas, no porque te obligue.— Suspiró profundamente y volvió sus ojos hacia mí.

—¿Puedes recordar cómo es cuando te hacía feliz?



OTROS 365 DÍAS

Tragué saliva que se estaba volviendo cada vez más espesa y analicé su propuesta. Guardé los papeles que tenía en la mano y me quedé mirándolo. Hablaba en serio. Estaba pensando en su propuesta. La visión del sexo con él me asustó y me paralizó. Pero por otro lado... Hice cosas con él que tal vez una noche no harán ninguna diferencia. Unas pocas horas y desapareceré de aquí para siempre, una vez, cientos de recuerdos, mucho esfuerzo y seré libre. Lo miré, preguntándome si yo era tan fuerte, si mis habilidades de actuación me permitirían hacer el último papel a su lado. A pesar de que era un hombre tan hermoso, me daba asco. El odio que tenía mi cuerpo me empujaría a asesinar antes que hacer gestos sensibles a este hombre. Pero la razón ganó con el corazón, y el frío cálculo con las emociones. Sabes, me tranquilizó.

—De acuerdo— dije con calma. —Pero sin atar, sin drogas, cadenas.— gire la cabeza hacía el champán. —Sin alcohol.

—Bien.— Asintió con la cabeza y me extendió la mano. —Pero lo haremos en los lugares que yo elija.

Me levanté, me puse los zapatos y me llevó a casa. Mi corazón latía como loco cuando caminábamos juntos por los pasillos. Sabía exactamente qué habitación sería la primera. Quería vomitar en mi mente sobre lo que estaba a punto de suceder.

Cuando llegamos a la biblioteca, cerró lentamente la puerta y caminó hacia la chimenea. Me estaba poniendo más y más nerviosa, y estaba temblando, como se suponía que debía hacerlo la primera vez. Me sentí como una puta que estaba a punto de ceder ante el cliente más odiado.

Me agarró suavemente la cara con las manos y se acercó un poco más a mí, como si esperara un permiso. El aire fluía a través de mi boca abierta, secando mis labios. Los lamí sin querer, y este gesto hizo que Massimo gimiera y metiera la lengua dentro. Sentí la corriente fluyendo a través de nuestros cuerpos, un sentimiento extraño hacia el hombre que odiaba. Le devolví el beso, combatiendo mis náuseas, y él lo profundizó, sintiendo la



OTROS 365 DÍAS

aprobación de mi parte. Con un movimiento me dio la vuelta y me besó el cuello y la nuca, deslizó su mano hasta mi muslo y luego hasta mis bragas de encaje.

—Me encantas— susurró, tocando mi delicada estructura, y sentí todos los pelos de mi cuerpo levantados. Esta combinación es como una droga para mí.

Movió mi cara a la suya y me besó profundamente de nuevo. Sus largos dedos se deslizaron en mí, extendiendo mis labios y presionando mi clítoris. Un gemido salió de mi garganta y lo sentí sonreír. Fingí que funcionaba en mis sentidos como antes. Frotó los dedos en el lugar más sensible, y yo lo besé con avidez.

—Quiero sentirte,— susurró, lanzándome en el suave sofá.

Con un movimiento se deslizó del sofá, se bajó la cremallera y entró en mí. Grité, metiendo la cabeza en las almohadas, y él me agarró con firmeza las caderas y empezó a follar con locura. Lo agarre y lo arañé, y la fría vista de su mirada fijamente en mis ojos nublados se alejó. Cerré los ojos, no podía soportar lo que me estaba haciendo. De repente vi la cara de Nacho. Un chico sonriente, divertido y colorido, que lo hacía con devoción.

—No puedo.— Susurré. Los espasmos del llanto salieron de mí.

Massimo se congeló, y su rostro traicionó el ataque y me quede en shock. Por un momento no se movió ni un centímetro hasta que se retiró y se levantó, abrochándose la cremallera.

—Duérmete— dijo a través de sus dientes, y yo uní mis piernas y me enrollé. —Nuestro contrato acaba de ser cancelado.— Se paró frente a mí y se acercó a su escritorio.

Apenas me levanté del suave sofá y con las piernas flexionadas salí de la habitación. Caminé a través de la maraña de pasillos y entré en nuestra habitación. En el armario me quité el vestido, me puse una camiseta y unos pantalones cortos de algodón. Me metí bajo el edredón y, sollozando constantemente, puse mi cabeza en una almohada. Me sentí avergonzada y me odié a mí misma. Fui



OTROS 365 DÍAS

estúpida e ingenua si pensé que ese hombre tenía honor. Estaba acostada, llorando, y preguntándome qué tipo de muerte sería la más fácil para mí. Cerré los ojos.

De repente, una mano poderosa bloqueó mi boca. Aunque grité en voz alta, no hubo ningún sonido.

—Nena— esa palabra me hizo sentir otra, una ola de lágrimas aún más fuerte. Esta vez no en desesperación, sino esperanza. Su mano desapareció de mi boca, dándome poder sobre el flujo de oxígeno, y me aferré a mi salvador. Estaba aquí, pude sentirlo, el aliento a menta se derramó sobre mi cara cuando me acurruqué con él.

—Lo siento, lo siento, lo siento...— Estaba diciendo a través de las lágrimas, y su pecho subía y bajaba demasiado rápido.

Luego susurró tan silenciosamente que apenas pude oírlo. —Laura, tenemos que huir.

No podía dejarlo salir de mis brazos. No ahora que finalmente lo tenía conmigo, y cada vez que respiraba me hacía creer que era real. Trató de alejarme, pero sin éxito, no había ninguna fuerza que pudiera alejarme de Nacho en ese momento.

—Laura, puede venir aquí en cualquier momento.

—Toda la gente de la mansión ha sido llevada a Messina— derrame mis lágrimas, —estamos solos.

—Desafortunadamente no...— lo que dijo me dejó sin aliento.

—Todos los guardias de seguridad está esperando a un kilómetro de distancia, tenemos literalmente unos minutos, te mintió de nuevo.

Levanté la cabeza y aunque no vi los ojos verdes, supe que me estaba mirando.

—¿Lo has oído todo?— Pregunté, y al pensar en saber lo que pasó, mi corazón se rompió en millones de pedazos.

—No importa ahora. Nena, vístete.— Se levantó conmigo y me empujó suavemente hacia el vestidor.



OTROS 365 DÍAS

No encendí las luces, me estire para alcanzar mis pantalones cortos y empujar mis pies en las zapatillas que estaban en el estante. Casi corriendo, corrí al dormitorio por miedo a que si no me apresuraba, él desapareciera.

La mano del canario me agarró en la puerta, me llevó al baño y cerró la puerta. La pálida luz que iluminaba la habitación me permitió finalmente verlo. Estaba vestido un poco como un comando, todo negro con la cara pintada. Tenía un rifle en la espalda y tirantes con pistolas a los lados. Sacó una y me la dio.

—Tienes que pasar por la puerta principal, el resto está cerrado.— La abrió y recargó el arma. —Si te encuentras con alguien, dispárale, no pienses en ello, dale de inmediato. ¿Entiendes lo que digo?— Presionó el arma en mi mano y miró, esperando la confirmación. —Es la única manera de salir de aquí e ir a casa.

—¿Casa?— Lo dije, otra vez, derramando lágrimas.

—Laura, ahora no es el momento de la histeria. Estaré contigo. Recuerda, nadie te disparará.— Me besó, y el toque de su boca detuvo la filtración de lágrimas de mis ojos.

Asentí con la cabeza y me dirigí hacia las escaleras. Abrí la puerta y miré alrededor en la oscuridad. No había nadie. Apoyada de lado contra la pared camine por el pasillo, escuchando los pasos detrás de mí, pero estos no sonaban. Estaba a punto de regresar y volver al apartamento, pero recordé que Nacho dijo que estaría conmigo, y probablemente seguí adelante. Tenía el arma en mis manos, aterrorizada de que en un momento tuviera que usarla.

Cuando pasé por un pasillo, me sentí un poco aliviada, porque ni siquiera vi a un espíritu vivo. Lenta y silenciosamente bajé las escaleras, luego casi corrí por el pasillo. Sabía que estaba a un paso de la libertad.

Entonces la puerta de la biblioteca se abrió y un rayo de luz se derramó en el pasillo. Massimo como un fantasma se paró unos metros delante de mí, y yo enderecé mis manos y le apunté con el



OTROS 365 DÍAS

arma. Black se quedó sin habla y se detuvo en el suelo, mirándome con furia.

—No lo creo,— casi se ahogó, después de varios segundos.

—Ambos sabemos que no te atreverás.— Dio un paso, y cuando apreté el gatillo, un sonido desafilado salió del silenciador.

El jarrón que estaba sobre la mesa se rompió en cientos de pedazos, y Don se detuvo a medio paso.

—No te muevas.— dije apretando los dientes.— Tengo tantas razones para matarte que no necesito otra...— Dije aunque seguramente, mis manos estuvieran luchando para no chocar con la pared de al lado. —Eres un enfermo, un vil degenerado, y te odio. Te dejo, así que si quieres vivir, métete en la puta biblioteca y cierra la puerta...—Yo estaba gruñendo, y él se rió, metiendo las manos en los bolsillos.

—Yo fui el que te enseñó a disparar,— dijo casi con orgullo. —No me matarás, eres demasiado débil.— Dio un paso adelante y cerré los ojos, preparándome para disparar.

—Puede que no— la voz de Nacho resonó justo detrás de mi oído, y luego sentí su aliento a menta —pero yo si lo haré, y lo haré con gusto.

De detrás de mi cabeza salió otra arma y una mano fuerte me movió a un lado.

—Massimo, cuánto tiempo he esperado esto,— dijo el canario, pasando de largo. —Te advertí en Ibiza y cumpliré mi promesa.

Massimo estaba de pie como si estuviera descansando, y casi sentí su rabia. Nacho me dio su mano, y cuando la agarré, me movió, empujándome ligeramente hacia delante.

—Entra,— dijo, señalando a Black en la dirección de la biblioteca, y volvió a entrar. —Laura, corre a la entrada, Ivan te está esperando allí. No mires atrás. Sólo corre hacia él.



OTROS 365 DÍAS

Mi corazón latía como loco, y mis piernas se negaban a obedecer. Estaba de pie a su lado y lo último que quería era dejarlos aquí solos.

—Nacho...— dije casi en un susurro.

—Hablares de ello en casa.— grito, sin apartar la vista de Massimo, y me empujó hacia la sala.

Di un paso, pero algo me impidió dejarlo.

—La semana pasada fue perfecta,— dijo Black, mirándome. —Ha pasado mucho tiempo desde que la folle tanto, que me encanta tu culo.— Se apoyó en el marco de la puerta.

—Laura, corre.— Nacho grito.

—La tomé como un animal, inconsciente e indefensa, y ella siguió lloriqueando y pidiendo más— se rió siniestramente. —Matos, por favor, ambos sabemos que no saldrás de aquí con vida.

No podía soportarlo: con la parte delantera del arma golpeé a Massimo en la cara con el mango. Y cuando cayó en la biblioteca, aturdido por el golpe y ensangrentado, cerré la puerta.

—O estoy contigo, o nada,— dije, agarrando la mano del hombre de las Islas Canarias.

Nacho me tiró y comenzó a correr. Unos segundos después escuché a mis espaldas cómo la puerta de la biblioteca se abrió con un golpe. Ya estábamos en las escaleras cuando se oyó el primer disparo. Marcelo corrió, y yo traté de seguirle el ritmo. Casi vi la puerta de salida cuando Mario apareció antes que nosotros.

Nos detuvimos, y antes de que Nacho se las arreglara para levantar el arma, el arma que le apuntaba cubrió todo el mundo.

—Por favor...— Gemí con lástima, y un anciano me miró. —No quiero estar aquí, no quiero que esto continúe...— Mi voz se quebró y las lágrimas corrían por mis mejillas cuando oí los pasos de Massimo arriba. —Es un monstruo. Le tengo miedo.— Sólo podía



OTROS 365 DÍAS

oír la respiración de Nacho y los pasos que se acercaban cada vez más.

Y entonces Mario dejó su arma, suspirando fuerte, y se alejó del camino.

—Si su padre hubiera estado vivo, esto nunca habría pasado.— Se alejó y se escondió en la oscuridad del pasillo, haciéndose aún lado para que nosotros pasáramos.

El hombre canario me agarró la muñeca otra vez. Cuando salimos corriendo, Iván arranco el auto, me tiré dentro de espaldas y se dirigió hacia la salida.



Abrí los párpados con cuidado. Tenía miedo de la imagen que aparecería ante mis ojos. Me acuerdo perfectamente de anoche, pero sólo hasta que subí al barco. Después de eso, nada en absoluto. O tal vez algo salió mal y veré mi lugar de tortura y a Massimo de nuevo, lo que parecerá una pesadilla. Respiré profundamente y miré la habitación y una ola de lágrimas inundó mis ojos.

Nuestro refugio, la casa de la playa, el sol caía a través de las persianas de madera, y el maravilloso olor del océano entraba por la ventana abierta.

Giré la cabeza y con los ojos hinchados miré a Nacho sentado en el sillón. Estaba agachado y se cubrió la boca con las manos. Me miró con ojos verdes y permaneció en silencio.

—Lo siento, —una vez más saqué la palabra que pretendía repetir el resto de mi vida.

—Tengo una propuesta para ti. —Dijo tan seriamente que me asustaba pensar en lo que diría. —No hablemos nunca de ello. —Se tragó su saliva en voz alta y frunció el ceño. —Sólo puedo sospechar lo que has pasado, así que si aún no quieres que le dispare, no me hables de ello.— Se enderezó y apoyó su espalda contra la silla. —¿A menos que hayas cambiado de opinión?

—Si cambiara de opinión, le hubiera disparado en la cabeza anoche yo misma.—Suspiré, sentándome y apoyándome en la cabecera de la cama. —Nacho, todo lo que pasó ahora en Sicilia sucedió por mi culpa. Fue por mi total estupidez. —Me miró fijamente haciendo preguntas. —Le creí a Massimo todas las mentiras y te puse en peligro. Pero lo planeó todo tan bien... —me lamenté. —Lo entenderé si no quieres estar más conmigo.



OTROS 365 DÍAS

—Dijiste que estabas enamorada de mí. —Su tono tranquilo sonó en la habitación.

—¿Qué? —Le pregunté, sin tener idea de lo que estaba hablando.

—El día de la boda de Olga, cuando me gritaste por teléfono, dijiste que ya estabas enamorada de mí— parecía un poco alegre mientras esperaba mi reacción.

Metí los ojos en el edredón y empecé a arrancarme las uñas, no tenía ni idea de qué contestarle. Mi barrera acababa de colapsar, y el hombre sentado a mi lado me estaba robando las mentiras con las que me alimentaba. No quería estar enamorada de él, tenía miedo, y me asustaba aún más que se enterara.

—Nena...— dijo Nacho, sentado en la cama. Levantó el dedo sobre mi barbilla.

—Estaba borracha y bajo la influencia de las drogas — solté sin saber qué más decir.

El Canario levantó sus cejas con diversión y sorpresa, mirándome con sus ojos verdes.

—¿Entonces no era verdad?— Las comisuras de sus labios se elevaron suavemente.

—Cristo,— susurré y traté de doblar la cabeza de nuevo, pero él la sostuvo y no dejó que apartara los ojos de él.

—¿Y?

—Intento disculparme contigo por actuar como una completa idiota, ¿y me preguntas si estoy enamorada de ti?— mostro una amplia sonrisa. —Eres un idiota si no has notado lo que siento por ti. —No entendía su humor feliz.

—Claro que sí, pero quiero que finalmente lo digas.— Movié su mano sobre mi mejilla, alisándola suavemente.



OTROS 365 DÍAS

—Marcelo Nacho Matos—Me puse seria, y él volvió un poco atrás, —durante bastante tiempo, creo, y ciertamente durante unas semanas—, dejé de hablar, y él estaba esperando ansioso, —estoy loca e infinitamente enamorada de ti.

La sonrisa que apareció en el rostro del canario fue la más grande que he visto nunca.

—Y lo que es peor para ti, cada día me enamoro más de ti.—Me encogí de hombros. —No puedo evitarlo. Es tu culpa.

Sus manos tatuadas me agarraron los tobillos y me tiraron hacia abajo para que después de un rato volviera a poner la cabeza en la almohada. Su cuerpo tatuado colgaba unos centímetros por encima de mí, y sus ojos verdes me miraban a la cara.

—Te amo de verdad—, dijo, apretando mis labios con su labio inferior.—Pero un médico tiene que examinarte. Me temo que tu cuerpo está agotado.

Lo que dijo hizo que los recuerdos de los últimos días volaran por mi cabeza como un tifón. Intenté no llorar, pero las lágrimas se liberaron por sí solas y fluyeron lentamente por mis mejillas. Cuanto más tiempo pensaba en ello, más culpa crecía dentro de mí. Y al final lo peor llegó. Massimo lo hacía todo con un propósito específico, y yo no tomé las píldoras. El horror que estaba pintado en mi cara hizo que Nacho se levantara y se sentara a mi lado.

—¿Qué es lo que está pasando?—Preguntó, tocando mi cara, que parecía estar muerta.

—Dios,— susurré, escondiéndome en mis manos.

—Oh no, nena, habla... —me arrancó las manos de la cara y me miró.

—Puedo estar embarazada, Nacho— Dije esas palabras y casi las vi infligirle dolor físico.



OTROS 365 DÍAS

Apretó la mandíbula y puso los ojos en el suelo, y después de un rato se levantó y salió del dormitorio. Yo estaba aturdida por mis propias conclusiones, y cuando la puerta se abrió de nuevo, él se quedó allí vestido con sus pantalones cortos de color.

—Voy a nadar... —él soltó y se dirigió hacia la salida. Golpeó la puerta con tal ímpetu que casi se cae del marco.

Pensaba que nunca terminaría, sacudiendo la cabeza y cubriéndome la cara con una colcha. Desafortunadamente, no pude esconderme de mi mente, que me golpeaba con la pregunta: ¿Qué pasaría si...? Sólo tenía una respuesta: no permitiré que nada me conecte con ese monstruo.

Alcancé el teléfono que dejó Nacho y empecé a navegar por Internet en busca de rescate. Después de unas pocas docenas de minutos resultó que había esperanza para mí, y no particularmente invasiva. Hay drogas que deberían servir. Tomé un respiro de alivio y puse el móvil del canario en mi mesilla de noche. Pero Dios me ama un poco, porque además de no darme suerte en mi vida, me dio una mente que funcionaba bastante bien.

Ahora sólo faltaba calmar a Nacho. Subí al armario y me vestí con una pequeña tanga y una camisa de surf de colores. Me lavé los dientes, me sujeté el pelo con un moño alto y, tomando la tabla, me dirigí hacia el agua.

El océano estaba muy agitado, como si sintiera el estado de ánimo de su Poseidón, que cortaba las olas, concentrada y extremadamente sexy. Me até una cuerda al tobillo y, habiéndome lanzado al agua, empecé a remar.

Cuando llegué al lugar donde rompían las olas, me senté y esperé. Sabía que Nacho me vio cuando estaba navegando, pero quería que él decidiera cuando se acercaría a mí.



OTROS 365 DÍAS

Afortunadamente, no me hizo esperar mucho tiempo, porque unos minutos después estaba sentado a mi lado, mirándome en silencio.

—Lo siento...— otra vez, la palabra salió de mi boca y él volteó sus ojos.

—¿Puedes parar?— preguntó un poco molesto. —Laura, entiende que no quiero pensar más en ello, y cada vez que escucho "*Lo siento*", todo vuelve a mí.

—Hablemos de ello, Marcelo.

—¡No me hables de ello, carajo!—Él gritó, y yo salté, casi cayendo al agua.

Su violenta reacción me hirió, y para evitar una discusión, me acosté en la tabla y empecé a nadar hacia la orilla.

—Nena, lo siento— Nacho gritó, pero no quise detenerme.

Llegué a la playa y presioné la tabla contra la arena, desaté la correa y corrí hacia la casa. Me paré junto al mostrador de la cocina y apoyé mis manos en él. Respiraba furiosamente y murmuraba con más maldiciones. Entonces unas manos fuertes me giraron y sentí el frío de la nevera en mi espalda.

—Cuando colgaste—empezó, apoyando su frente contra mí —pensé que mi mundo se derrumbaba, no podía respirar, no podía pensar.— Cerró los ojos.—Más tarde, cuando Iván me llamó y me contó lo que había pasado, me asusté aún más. Dijo que estabas borracha y probablemente drogada, que no querías escuchar y Torricelli te llevó a la finca. Por un momento pensé que querías volver con él.— Levanté la cabeza, no podía creer lo que estaba diciendo.—No me mires así, —dijo, alejándose un poco.—Creíste que yo había descuartizado a tu perro. Volé a Sicilia, pero su casa es como un búnker, y el ejército que reunió mientras me esperaba complicó la situación. —Se sentó en el mostrador, mirándome. —Me llevó un



OTROS 365 DÍAS

poco más de tiempo de lo habitual preparar todo. Además, el comportamiento de Domenico y Olga me confundió un poco.—
Movió sus hombros.—Estaban tranquilos, funcionando normalmente. Dudé.—Bajó la cabeza.—Hasta que se fueron, y me las arreglé para escuchar una de las conversaciones de Massimo. Todo se aclaró, y en un día, organicé una acción para devolverte la libertad.

—¿Escuchaste nuestra conversación en el jardín?— Le pregunté, y él se quedó en silencio, mirando sus pies descalzos. —¿Has oído eso?!— Grité cuando no respondió.

—Escuché—respondió casi en un susurro.

—Nacho.—Me acerqué a él, le agarré las mejillas y le besé suavemente.—Era la única manera de dejarme ir, sabes que no lo haría por placer. —Lo miré, pero todo lo que vi en sus ojos verdes fue vacío.— Estaba asustada. —Susurré.—Me temo que después de todo esto te alejarás de mí y tendrás derecho a hacerlo—. Me di la vuelta, frotándome las sienes. —Entiendo, Nacho, en serio.

Di un paso para ir al dormitorio y cambiarme, y luego sus manos tatuadas me alcanzaron. El canario me tomó en sus brazos y me plantó sobre sí mismo, llevándome hacia la salida.

—¿Estás enamorada o no?—Preguntó en serio, entrando por la puerta.

—¿Cuántas malditas veces tengo que decírtelo?—Lo miré molesta.

—Tanto es así que el enamoramiento se convierta en un "*Te amo*",— dijo, y me puso en una amplia y suave tumbona detrás de la casa. —Te haré el amor aquí, si me dejas.—Sonrió y besó suavemente.

—Todos los días soñaba con ello.—Me quité la camiseta mojada en un solo movimiento.—No hubo un segundo en el que no estuvieras



OTROS 365 DÍAS

conmigo.—Le agarré la cabeza calva y me recompuse, perdiéndome en un beso.

Su cálida lengua de menta me acariciaba la lengua, y mis manos tatuadas alcanzaban los húmedos pantalones cortos que envolvían sus musculosas nalgas. Se lo quitó, sin interrumpir el beso, y vi por el rabillo del ojo que estaba muy preparado.

—Debes estar deseando verme.—Levanté mis cejas con diversión, y él se enderezó, elevándose sobre mí.

—Abre la boca... por favor —dijo con una sonrisa y agarró su polla gorda en su mano derecha.

Me acosté cómodamente, siguiendo educadamente sus órdenes.

Nacho se arrodilló a ambos lados de mi cabeza y me indicó que me deslizara un poco más. Cuando estaba tumbada casi en el suelo, se acercó a mí y me dejó besar su cabeza dura. Quise cubrirlo con mis labios, pero él movió sus caderas hacia atrás.

—Lentamente, —susurró y me lo dio de nuevo, apoyando sin prisa el miembro duro contra mi lengua.—¿Puedo continuar?—Preguntó con una sonrisa, y yo asentí afirmativamente. Lo metió un poco más y empecé a chuparlo.—¿Más?—...respirando cada vez más fuerte, esperando el permiso.

Agarré sus nalgas y lo empujé más cerca para que su pene se deslizara por mi garganta.

—Deja que esas bonitas manos se queden ahí,— ordenó, apoyándose en el reposacabezas de la tumbona. Él empujó más y más profundo cada momento.

Su olor, sabor y la vista sobre mí causaron que la excitación casi me explotara la cabeza. Clavé mis uñas en las nalgas tatuadas, queriendo sentirlo aún más. Nacho trató de recuperarse y mirando por debajo de sus párpados entrecerrados, lo puso al final y luego



OTROS 365 DÍAS

detuvo sus caderas. Intenté tragar la saliva, pero no pude, su volumen me asfixió e hizo imposible mi respiración.

—A través de la nariz, nena... —dijo divertido cuando sintió que me estaba ahogando.—No te muevas.

Se giró con gran gracia, sin sacarme la polla de la boca, y después de un rato su lengua se deslizó por mi estómago hacia mis muslos. Una vez más me estranguló con su longitud, dominándome en la posición 69. Como la primera vez que le di un helado, pero ahora estaba abajo.

Dedos delgados agarraron los lados de la tanga y se precipitaron hacia abajo. No podía esperar a que me metiera la lengua, y como estaba completamente inmóvil, sólo podía comunicar mis deseos chupando. Mientras se volvió loco, yo estaba haciendo mi mamada, poniendo toda mi fuerza y habilidades en él. Pero, sorprendentemente, no le impresionó en absoluto. Todavía estaba tirando de mi ropa interior en miniatura a través de mis rodillas, pantorrillas y tobillos a su propio ritmo.

Cuando finalmente sacó el pedazo de tela mojada, dobló mis muslos lo más posible y pegó sus labios a mi clítoris. Mi grito se suprimió por el pene que tenía en la boca, y Nacho estaba disfrutando codiciosamente de mi sabor. Su lengua se metió en cada rincón de mi coño mojado y sus dientes me mordieron el clítoris de vez en cuando. Dios, estos maravillosos labios tallados fueron hechos para satisfacer a una mujer. Él lamió dos dedos y los deslizó dentro de mí, y yo, aturdida por la sensación, tiré hacia arriba de mi cadera. Sostuvo mi cuerpo con su mano libre y atacó sin piedad con la otra. Sentí que el remolino que tanto amo comenzaba a girar dentro, y todo a mi alrededor dejaba de ser claro. No me interesaba nada, nada era importante, mi hombre sólo me estaba llevando al borde del deleite y eso era todo en lo que quería concentrarme. Ya estaba



OTROS 365 DÍAS

empezando a venirme cuando el movimiento entre mis piernas se detuvo, y se volvió hacia mí.

—Estás distraída—, dijo con una sonrisa desarmante, lamiéndose la boca.

—Si no empiezas hacer lo que interrumpiste, me pondré agresiva.

—Se rió y se apartó de mí, y mi patética cara traicionó una gran decepción.—¡Nacho!—Yo resoplaba con resentimiento cuando él estaba entre mis piernas.

—Ya voy—susurró, entrando en mí, y yo eché la cabeza hacia atrás e hice un grito silencioso de mí misma.—Y tú también.—Puso su cuerpo en movimiento, y sentí como si estuviera volando.—Sabes que necesito verte.—Me besó y empezó a enloquecer.

Una pierna estaba sumergida en la arena y la otra, doblada sobre la rodilla, apoyada en la tumbona donde me llevaba. Me cogió por el tobillo y se lo puso en el hombro, así que se hizo más profundo. Me besó el pie y la pantorrilla, mirándome, y el deseo y el amor surgían de él.

Entonces su pene estaba en un lugar tal que presionó el botón que había estado esperando para encenderlo. Hasta arriba, lo agarré por la cabeza y le metí la lengua en la boca tan profundamente como pude y luego me quedé congelada por unos momentos. El cuerpo de Nacho siguió golpeándome y lo sentí vertiendo un chorro de líquido caliente en mí. Ambos estábamos atados en un orgasmo, y nuestros cuerpos latían juntos, respirando un ritmo común. Después de un tiempo, nos recuperamos y los movimientos rítmicos, que eran mucho más lentos, volvieron hasta que se detuvieron por completo. El canario cayó sobre mí, besandome el cuello, en el que después de un rato sostuvo la cabeza.

—Lo extrañé... —susurró.

—Lo sé, yo también.—Acaricié su espalda, recuperando el aliento.



OTROS 365 DÍAS

—Tengo un regalo para ti, esperando en la mansión.—Se levantó, no me dejó, y se veía alegre.—Por supuesto que podemos quedarnos aquí, si quieres.

—Quiero...— lo presioné contra mí y estaba disfrutando del sonido de las olas golpeando la playa.

Pasamos unos días en nuestro asilo, Nacho no trabajó, no hizo nada más que cuidar de mí. Cocinaba, hacía el amor conmigo, me enseñaba surf y tocaba el violín. Estábamos tomando el sol, hablando y haciendo el tonto como niños. Trajo los caballos unas cuantas veces, e incluso una vez, después de unas docenas de minutos de preguntar, me llevó a su establo. Lo vi cuidar de los caballos, limpiarlos y hablar con ellos. Se abrazaron a él, sintiendo un gran amor y gratitud por el cuidado perfecto.

Pero llegó el día en que me desperté sola y lo encontré en la cocina sentado en el mostrador. En cuanto los ojos verdes me miraron, supe que nuestra fuga había terminado. No estaba enfadada ni resentida, sabía que tenía sus responsabilidades, que yo había descuidado de todas formas.

La última vez que fuimos a nadar, me vestí cortésmente y me subí a un auto escurridizo.

Condujimos hasta la entrada, y cuando salí, una mano delgada me agarró la mano. Una sonrisa infantil, que estaba pintada en su cara, anunciaba que estaba planeando algo.

—El regalo—, dijo, sonriendo entre dientes,—te está esperando en nuestro dormitorio.—Levantó las cejas.—Y como no tienes ni idea de dónde está, déjame llevarte.—Volvió los ojos.—Antes de que mi hermana se entere de que estás aquí, se pegará a ti, impidiéndome entregarlo.

340



OTROS 365 DÍAS

Me jalo y pasó una puerta enorme y entró. Intenté registrar todos los lugares característicos para no perderme y recordar la ubicación de al menos una habitación. Sobre todo porque sólo me interesaba ésa.

Subimos las escaleras hasta el primer piso, y luego al siguiente y otro. Sí, el palacio de la familia Matos era impresionante, pero lo que vi en el ático estaba más allá de mis sueños más salvajes.

Todas las paredes eran de vidrio y miraban a la costa de los acantilados y al océano. Algo increíble. La habitación era gigantesca, tenía unos doscientos, tal vez trescientos metros. Tenía paredes revestidas de madera ligera, y amplias tablas rodeaban el techo. Las cremosas esquinas de cuero se unieron para formar algo así como un cuadrado con un banco blanco y brillante de varios niveles en el centro. Desde atrás de los sofás se veían altas lámparas negras, que colgaban perezosamente sobre la mesa futurista. Luego había una mesa con seis sillas, con maravillosos lirios blancos en ella. En lo profundo del entresuelo, con una cama gigante con vistas a todo el estudio. Me di la vuelta y vi que a mis espaldas tenía una pared de cristal y detrás de ella el baño. Gracias a Dios que el baño estaba detrás de una puerta completa normal.

Mientras me calmaba un poco, mirando alrededor, escuché un sonido extraño. Miré por el cristal y me quedé aturdida. Nacho llevó un pequeño Bull terrier blanco con una correa negra.

—El regalo—, dijo —En realidad, era mi pequeño sustituto, un defensor y un amigo en uno. —Levantó las cejas y me sorprendió. —Sé que no es una bola pequeña y esponjosa, pero los Bull terrier también tienen sus ventajas.— Se sentó en el suelo junto al perro, se puso de rodillas y empezó a lamerle la cara.—Bueno, di algo, porque creo que no te gusta. —Estaba mirando esta desarmante escena y mi corazón latía como loco. —Cariño—, comenzó con un tono tranquilo,—pensé que así es como podemos conocernos,



OTROS 365 DÍAS

cuidando de un ser vivo del que somos responsables.— Se inclinó un poco, sin ver una reacción en mí.

Me acerqué a ellos y me senté en el suelo, una pajita blanca bajó de las rodillas de el canario se acercó a mí inseguramente. Primero me lamió la mano, y luego saltó y me lamio en la cara.

—¿Es él o ella?—Pregunté, empujando al pequeño animal lejos de mí.

—Por supuesto que él...— dijo casi indignado. —Es fuerte, grande, malo... —En ese momento el perro se lanzó sobre él y comenzó a lamerlo, agitando felizmente su cola. —Está bien, pero un día será así. —Él resignado derribó al animal, rascándose la barriga.

—¿Sabías que los perros se parecen a sus dueños?— Estaba levantando las cejas alegremente. —Además, ¿cuál es la ocasión para este regalo?

—¡Ja! Porque verás, querida, —se levantó y me arrastró. —En exactamente treinta días tienes un cumpleaños—hizo una pausa, pensativo.— Treinta. —Volví mis ojos al sonido de esa declaración.—Este año fue un gran avance para ti.— Bajé la cabeza, asintiendo con la cabeza. —Y haré que termine como un cuento de hadas, no como una pesadilla. —Me besó en la cabeza y me abrazó un rato.— Bien, ahora vamos a casa de Amelia, porque siento que mi celular vibrante está a punto de explotar.

Estábamos sentados en la mesa almorzando tarde. Toda la compañía se reía y bromeaba, y yo no podía dejar de pensar en lo que dijo Nacho. Mi año estaba pasando, es increíble que esos trescientos sesenta y cinco días pasaran tan rápido. Recuerdo el día en que me secuestraron, o, mejor dicho, la noche en que me desperté. Sonreí con tristeza ante ese recuerdo. No podía ni imaginarme cómo acabaría todo. Recordé el momento en que vi a Massimo, tan hermoso, tan poderoso y tan peligroso. Luego fui de compras a



OTROS 365 DÍAS

Taormina y todos esos trucos, sus intentos de someterme y mi oposición. Todo este juego ahora me parecía inocente. El viaje a Roma y el escándalo en el club, que casi me cuesta la vida. Miré al canario que estaba comiendo trozos de plátano y le dijo algo a los colegas. Ese día en Nostro, no sabía que el destino me había unido al tipo más maravilloso de la tierra. Estaba tomando jamón seco, pensando en lo feliz que fui después. Cuando hice el amor con Black por primera vez, y luego desapareció. Y el bebé. Me desalenté ante ese recuerdo y me agarré el estómago por reflejo. ¿Y si lo llevo dentro de mí otra vez... El sudor frío que sentí en la espalda me congeló todo el cuerpo, a pesar de que hacía más de 30 grados afuera.

La mano del canario se agarró a la mía.

—¿Qué pasa, chica? Estás teniendo otro derrame cerebral.— Él susurró, besándome en la sien.

—No me siento bien.—Dije sin mirarlo.—No creo que sea bueno volver a la realidad, me acostaré.—Me levanté, le di un beso en la cabeza calva, y me despedí de los invitados.

Entré en la habitación y tomé el teléfono de Nacho de la estantería y luego marqué el número de Olga. Sabía que su luna de miel estaba a punto de terminar y no debí haberla estropeado, pero por otro lado la necesitaba tanto. Supongo que llamé y colgué diez veces hasta que finalmente lo dejé y me fui a la ducha.



Los siguientes días fueron una pelea conmigo misma. Por un lado quería ir al médico y sacármelo de la cabeza, por otro tenía tanto miedo que no podía obligarme a hacerlo. Nacho o bien se olvidó de



OTROS 365 DÍAS

toda la conversación, o bien fingió tan bien, que no lo pienso nunca más.

Finalmente, cuando me reuní y mis miedos ganaron, hice una cita - en secreto de mi hombre. Vestida con pantalones cortos y una camiseta, fui a la entrada, donde ya me esperaba un mini-tanque. Al mismo tiempo mi bolsa comenzó a vibrar.

—¿Qué carajo pasó otra vez?—Olga me preguntó cuándo recogí.

—El déspota casi arrastró a Domenico fuera del avión y desaparecieron. Yo...estoy en casa, pero tu piso está cerrado.

¿Dónde estás? ¿Están peleando de nuevo?— Me quedé en silencio, no podía creer que no tuviera ni idea.

—Oli, está todo jodido.—Me quejé, escondiéndome dentro del coche.—No nos reconciamos. Massimo, lo planeó todo y me secuestró de nuevo.

—¿Qué?—Su grito me destrozó los tímpanos.—¿Qué carajo? ¿Qué carajo? Habla.

Le conté toda la historia, guardando un trozo de cómo mi marido me violó durante días. Pensé que no era necesario hacerla sentirse culpable por ello.

—Maldito manipulador. —Ella suspiró.—Lari, estaba convencida de que te habías reconciliado. Sabes, me sorprendió un poco la boda, pero esos celos tuyos y la escena que montaste para el Canario.— Tenía un tono de arrepentimiento.—Y más tarde, cuando te metiste en su Ferrari, casi le hiciste una mamada cuando te abrió la puerta.—Suspiró por centésima vez.—¿Qué se suponía que debía pensar? Y luego contestaste el teléfono, y bajó tan brillante, y pensé que todo volvería a la normalidad. ¿Recuerdas cuando hablamos de que Nacho era tu capricho? —Asentí con la cabeza.—Así que pensé que llegarías a esto con toda esta situación de culpa de Eva. Ya sabes, la boda, Taormina, la iglesia, los recuerdos...



OTROS 365 DÍAS

—Vale,— le cerré la boca, no quería oírlo más. —Sólo dime algo, ¿Massimo esta con Mario?

—Sí.— Fue una palabra que hizo que una piedra cayera de mi corazón. — ¿Y por qué preguntas por él?

—No te dije lo más importante. Fue Mario quien nos dejó escapar.—Apoyé mi frente contra la volante.—Tenía miedo de que Massimo lo matara.

—Bueno, él no lo mató, al menos hasta hoy. Pero sabes qué, voy a preguntarle a Domenico cuál es la situación, y te lo haré saber. ¿Qué hay de Nacho?— y levantó la voz al final de la pregunta.

—Muy bien,— me quejé.—Bueno, sabiendo que su novia borracha le dio el culo a otro, no lo alegra demasiado, pero entiende que me dieron drogas. Lo que no cambia el hecho de que lo traicioné.

—¡Mentira!—Ella gritó.—Laura, ni siquiera te atrevas a caer en este estado, sé lo que va a pasar ahora. Te vas a meter en la cama y vas a sobrevivir, generando más problemas.—Su tono resignado me arrancó el corazón.—Escucha, te vas a encargar de algo. Oh, tal vez conseguir la compañía en el mando a distancia. Ponte en contacto con Emi. Él tiene un maldito trabajo allí.

—Por ahora, voy a ir al médico.—Se instaló un silencio en el teléfono.— Desafortunadamente, puede que esté embarazada de él.

—Joder.—El susurro de Olga llegó a mis oídos.—Bueno, tu bebé va a tener parientes por si acaso.—Me levanté como un rayo y me golpeé la cabeza con el reposacabezas.—Estoy embarazada, Lari.

—Oh, Jesús.—Las lágrimas fluyeron en mis ojos.—¿Y me lo dices ahora?

—Oh, porque lo descubrí por casualidad cuando estábamos en las Seychelles.



OTROS 365 DÍAS

—Cariño, estoy tan contenta.—Estaba llorando.

—Bueno, yo también, quería decírtelo en persona, y pensé que estarías aquí conmigo.—Casi sentí remordimiento por estas palabras.

—Oli, voy a abortar. No quiero tener nada que ver con este psicópata.

—Piénsalo, cariño. Y primero, averigua si hay algo en lo que pensar, y házmelo saber.

Golpearon la ventanilla y me hizo saltar hasta que mi teléfono cayó al suelo. Nacho estaba de pie frente a la puerta, levantando las cejas con sorpresa. Tomé el móvil y me despedí de Olga, y luego presioné el botón de bajar el cristal transparente que nos dividió.

—Oye, nena, ¿a dónde vas?—preguntó un poco sospechosamente. O tal vez pensé que su tono no era normal. Miré hacia abajo y vi a nuestro perro aún sin nombre frotándose contra sus piernas.

—A comprar algo para un asesino.—Señalé al animal.—Me apetece dar un paseo.

—¿Estás bien?—Apoyó las manos contra la puerta y colocó su barba en ella, mirándome con cuidado.

—Hablé con Olga. —Se levantó un poco. —Volvieron de las Seychelles y...

—¿Y...?—me apuró.

—Y se lo pasaron de maravilla, pero por desgracia, volver a la realidad la asustó un poco. —Me encogí de hombros. —Pero está bronceada, descansada y enamorada, como yo.—Me acerque a rozar mi nariz con la suya. —Y ahora me voy, cariño.—Le sonreí lo más feliz que pude.—A menos que quieras venir conmigo.

Recé en mi mente para que dijera que no.



OTROS 365 DÍAS

—Tengo que reunirme con Ivan. Nos vamos a Rusia la semana que viene.— Se coló por la puerta y me metió la lengua en la garganta.

—Recuerda, es un hombre poderoso, un asesino y un líder de la manada.— Sonrió radiante. —No hay rosa, ni lazos, ni tobillos de color.— Se apretó las patas del perro, —Fuerza y poder, cadáveres, gorras, armas.

—Eres estúpido.— Me reí a carcajadas y me puse las gafas.

—Cuando vuelvas, avísame cómo te fue en la consulta del doctor— gritó, se fue, y me quedé helada.

Joder, joder, joder, joder... Me golpeé la cabeza con el volante. Lo sabía, lo supo todo el tiempo, y esperó, y yo era como un idiota tratando de meterle una mentira sin sentido. Apreté los párpados, respirando profundamente. Estoy destruyendo mi relación antes de que se pueda llamar relación. Estaba enojada e irritada conmigo misma así que me puse en marcha y corrí por la entrada.

347



OTROS 365 DÍAS

CAPITULO 20

Me senté en el suave sofá de la sala de espera de una clínica privada y me mordisqueé las uñas. Estaba dispuesta a arrancarme el pelo de los nervios, pero me daba pena. Después de hablar conmigo, el doctor me dijo que me sacarían sangre y me dijo que los resultados estarían en unas dos horas. No tenía fuerzas para conducir, no podía pensar, así que me senté allí, mirando sin pensar a los pacientes que llegaban.

—Laura Torricelli.— Todo mi cuerpo estaba clavado al sonido de un nombre que estaba bajo mi mando.

—La primera maldita cosa que haré mañana es volver a mi nombre de soltera— dije yendo a la oficina.

El joven doctor estaba mirando los resultados, suspirando y sacudiendo la cabeza. Luego miró al ordenador, hasta que finalmente se quitó las gafas y dobló las manos en una cúpula y se volvió hacia mí:

—Laura, los resultados del análisis de sangre indican claramente que estás embarazada.

Escuché un silbido en mi cabeza. Mi corazón latía como si fuera a saltar de mi pecho, y el contenido de mi estómago bajó a mi garganta. El doctor vio que estaba a punto de perder la conciencia, así que llamó a la enfermera. Los dos me pusieron en el sofá y me levantaron las piernas. Quiero morir lo antes posible, repetía en mi cabeza, tratando de alejarme de mí misma. El doctor me dijo algo, pero todo lo que oí en mi cabeza fue sangre retumbante.

Después de una docena de minutos volví en mí y una vez más me senté en una silla frente al doctor.

348



OTROS 365 DÍAS

—Quiero deshacerme del embarazo—dije con confianza, y el joven reclamó con sus ojos.—Y tan pronto como sea posible. Leí que hay píldoras que puedo tomar y deshacerme del problema.

—¿Un problema?— preguntó sorprendido. —Laura, ¿qué tal si hablamos primero con el padre del niño o con un psicólogo? Me temo que debo aconsejarle que no tome tales medidas.

—¡Doctor! —Empecé un poco demasiado duro.—Me desharé de este niño con o sin su ayuda. Pero debido al procedimiento al que me sometí a principios de año, creo que es mejor hacerlo bajo la supervisión del médico.

—Lo que me está pidiendo que haga no es legal en este país.

—Para calmar su conciencia —lo interrumpí— sólo diré que esto es fruto de una violación y no quiero tener nada que ver con el violador. Y antes de que diga que debo reportarlo a la policía, me gustaría decir que no hay manera. Entonces, ¿me ayudarás o no?

El joven doctor estaba sentado allí pensando, y casi lo sentí luchando contra sus pensamientos.

—Muy bien, vuelve mañana y te quedarás con nosotros uno o dos días. Tomaremos la medicación, y luego haremos el procedimiento si es necesario.— Le agradecí educadamente y luego me fui.

Me metí en el auto y empecé a llorar, las olas del llanto a través de mi cuerpo eran como un océano agitado. Cuando uno se detenía, otro venía y así sucesivamente, hasta que ya no podía respirar. Encendí el motor y empecé a avanzar, sin tener idea de adónde quería ir. Pasé por el paseo marítimo y sentí una necesidad imparable de estar sola, como cuando me enteré de mi anterior embarazo. Al igual que necesitaba mirar el océano.

Aparqué cerca de la playa de surf y me pasé la mano por la nariz. Me quité las gafas oscuras, y luego fui hacia el agua. Me senté en



OTROS 365 DÍAS

la arena y rugí, mirando irreflexivamente al océano. Yo quería morir, no podía imaginar cómo decirle a Nacho sobre todo. Tenía miedo de que no pudiera mirarme correctamente.

—Nena—Su cálida voz hizo que todo mi cuerpo se pusiera tenso.

—Hablemos.

—¡No quiero hablar!—Estaba gruñendo, tratando de separarme, pero su largas manos me hicieron retroceder.—Además, ¿qué estás haciendo aquí?— Estaba furiosa tratando de salir del control.

—No voy a ocultar que los coches tienen GPS, y después de que hayas estado actuando raro en casa, lo siento, pero quería ver qué estaba pasando. ¿Qué dijo el doctor?

Su voz se quebró en la pregunta. Creo que antes de que lo preguntara, sabía la respuesta hace mucho tiempo, viéndome así.

—Mañana tengo un tratamiento en la clínica.—Estuve a punto de acabar con mi cabeza en la arena.—Necesito cortar algo ahí adentro.

—¿Estás embarazada?—Su tono era tranquilo y cariñoso.—Laura, háblame— me advirtió cuando me quedé callada.—¡Maldita sea!— Gritó. —Soy tu hombre. No voy a ver cómo te cansas de ti misma. Si no me dejas ayudarte, lo haré contra tu voluntad.— Le levanté los ojos llorosos y me quitó las gafas. —Nena, si no hablamos ahora mismo, llamaré a tu médico y me lo contará todo— él esperaba con impaciencia.

—Estoy embarazada, Nacho.—Volví a llorar a gritos y me abrazó fuerte.—Y juro por Dios que no quería eso. Lo siento.

Me silenció y me abrazó en sus brazos, antes de ponerme sobre sus largas piernas. Envuelta en sus hombros de color me sentí segura. Sabía que podía dejar de tener miedo o no me dejaría.

—Me ocuparé de ello mañana y se acabará en dos días.

350



OTROS 365 DÍAS

—Nos ocuparemos de ello.— Me corrigió besándome en la frente.

—Nacho, déjame hacerlo a mí sola. No te quiero allí, aunque sé lo cruel que suena. —Lo miré de forma patética. —Te lo ruego, cuanto más involucrado estés, más culpable me siento. Quiero terminar con esto y acabar con esta maldita cosa de una vez por todas.

Él se estaba sacudiendo la cabeza y me abrazó aún más fuerte.

—Todo va a estar bien, cariño, sólo no llores más.

Cuando llegamos a casa, traté de comportarme normal, pero desafortunadamente, estaba yendo bastante mal. De vez en cuando me escondía en algún lugar para estallar en llanto, y me gustaría esconderme en algún lugar y no irme hasta que todo quedara atrás. El canario me vio arrojándome, e intentó no mostrar cómo todo esto le estaba matando, pero desgraciadamente fingió que le iba tan mal como a mí. Gracias a Dios, el día terminó rápidamente, y el largo y solitario paseo con el perro definitivamente me ayudó.

Al día siguiente me desperté muy temprano y descubrí con sorpresa que Nacho ya no está en la cama. Me quedé dormida con él porque me abrazaba a su pecho ancho, pero ambos no nos sentíamos cómodos. Era como si Massimo estuviera sentado entre nosotros, separándonos.

Me duché y me vestí con lo primero que encontré en el armario. Me importa una mierda cómo me voy a ver hoy. No quería pensar, no quería sentir, quería despertar en dos días y sentir alivio.

Hice una pequeña maleta con las cosas más necesarias y me fui a desayunar. Por desgracia, tampoco encontré a mi chico allí, ni había un perro o Amelia.

Bueno, sí, Quería hacer las cosas por mí misma, lo conseguí. Cuando renuncié, me senté en la gran mesa, y cuando vi la comida, me mareé. Preferí mirar hacia otro lado. Estaba lista para matar de



OTROS 365 DÍAS

hambre a esta pequeña e inocente cosa en mí, antes que dejar que el fruto de estos terribles eventos destruyera mi vida. Tomé un sorbo de té y antes de que pudiera levantarme, lo devolví todo al suelo. Me limpié la boca y suspiré fuerte, mirando el pequeño punto.

—Supongo que ya he dejado de beber, —me quejé.

En el embarazo anterior, los vómitos comenzaron mucho más tarde que ahora. O tal vez era tan susceptible a la sugerencia de que la conciencia en sí misma causaba náuseas. Giré la cabeza y me marché de casa.

Una hora más tarde estaba sentada en el coche, conduciendo hacia la clínica. Mi teléfono estaba en silencio, y no tenía ganas de llamar a Nacho ahora tampoco. No tuve que preguntarle dónde estaba, sabía perfectamente que se había escondido en su ermita. Probablemente practique surf, beba cerveza, monte a caballo y se enfade en soledad. Lamentaba que todas estas emociones le afectaran por mi culpa, pero no tenía ninguna influencia en ello. Amelia no sabía nada, ¡pero Olga! Estaba abrumada y marqué su número en el teclado. Ayer me olvidé por completo de llamarla.

—¡Maldita sea, por fin!— sonreí con el sonido de su voz. —¿Y qué?

—Sólo voy al tratamiento.—Escuché un suspiro en el teléfono.

—Mañana debería haber terminado.

—¿Y qué?— respiro profundamente otra vez.—Cariño, lo siento mucho.

—Basta, Olga.— Susurré con voz rota.—No me compadezcas. Además, no quiero hablar de ello. Será mejor que me digas lo que descubriste.

—Verás, Mario está vivo y bien porque Massimo no tenía ni idea de que estaba en casa. Al menos eso es lo que me imaginé. Así que no tienes que preocuparte por él. Black tiene la nariz rota. ¿Dijiste que



OTROS 365 DÍAS

te lo jodiste en la cara con un arma?— Había una risa apasionada en el teléfono. —Y lo hiciste muy bien. Debiste haberle dado una patada en las pelotas, tan sólida. De todas formas, no creo que te siga buscando. Domenico lo convenció de que es una desesperación que no encaja con el jefe de la familia.— Suspiro con alivio.

—Pero ya sabes cómo es con él, nunca puedes estar segura de que lo deje ir.

—Al menos una cosa buena—dije, bajando al estacionamiento.

—Oli, he llegado. Cruza los dedos por mí. Espero que vengas conmigo para que pueda abrazar tu pancita. Bueno, ¿cómo te sientes?— Me sentía culpable de haberme centrado egoístamente en mi problema.

—Oh, genial. El sexo está mejor que nunca, Domenico me quiere aún más que antes, he perdido peso, me han crecido las tetas. Bueno, todas las cosas buenas.— Se podía oír la alegría en su voz. —Lari, iré a verte, pero más cerca de tu cumpleaños.

—Es mi maldito cumpleaños.— Estaba gimiendo, estacionando.

—Tengo un perro.

—¿Otra vez?

—Sí, ahora mismo es un perro, no un gorrión cruzado con un ratón. Es un bull terrier. —Le oí recuperar el aliento para decir algo.

—Todavía no es nada. Cada día recibo más regalos. Todo tipo de cosas: karts con pista de persecución, una tabla de surf, un curso de vuelo en helicóptero— me reí. —Oli, te quiero. Hablaremos en dos días.

—Y te voy a extrañar— ella se quejó con tristeza.

—Eso espero.— Me sentí ahogada.

Escondí el teléfono, respiré hondo y apreté la mano en el asa de la bolsa. Hagámoslo, pensé.



OTROS 365 DÍAS

El doctor me estaba haciendo un ultrasonido, sosteniendo algo como un vibrador en mi pobre coño. Bueno, no es lo más bonito del mundo, pero es difícil, si tienes que hacerlo. Ni siquiera miré el monitor. No quería que naciera ningún sentimiento en mí. Moviéndolo el tubo dentro de mí, dijo:

—Vale, Laura, vas a tomar una pastilla y comenzará la hemorragia.

—Estaba taladrando un alfiler de plástico en mí y mirando el monitor. —Entonces veremos si necesitas o no el tratamiento.— Estaba mirando el techo sin pensar. —El embarazo es bastante grande, después de todo, es la séptima semana. Pero veremos cómo reacciona tu cuerpo...

Casi no le escuché porque no me importaba lo que decía, pero de repente me desperté de mi letargo:

—¿Qué?—Pregunté sorprendida. —¿Qué semana?

—Alrededor de siete, creo.—Presionaba los botones del aparato como si estuviera midiendo algo.

—Pero, Doctor, eso no es posible porque he estado...

¡Estaba deslumbrada en ese momento! ¡El niño no era de Massimo, Nacho era el padre!

Casi pateo la mano del ultrasonido que me examinó, y luego terminé levantándome a tal velocidad que me mareé. Confundida me senté y el doctor me miró sorprendido.

—Doctor,— empecé, sosteniéndome la espalda. —¿Está seguro de que el bebé no tiene tres semanas?

Estaba desconcertado, se tocó la cabeza.

—Cien por ciento. El feto es demasiado grande, y los análisis de sangre muestran que los niveles de hormonas...



OTROS 365 DÍAS

No le escuché. No tenía ninguna razón para hacerlo. Jesús, no es el hijo de este tirano, es el fruto de una relación con un chico tatuado que va a ser padre. Sonreí ampliamente, y el doctor se mostró tonto.

—Gracias, doctor, pero ni el tratamiento ni la píldora serán necesarios. ¿Está el niño bien?— Estaba asintiendo con la cabeza con una cara de idiota, confirmando.—¿Puedo obtener una foto y una descripción?

Salí corriendo de la clínica y corrí hacia el coche. Aún no había entrado al auto, y ya estaba marcando el número de Calvo. No respondió. Probablemente esté nadando, pensé, y encendí el motor, y luego puse la navegación en nuestro solitario lugar.

Mi estado de ánimo y mi actitud han cambiaron dramáticamente. Las lágrimas corrían por mis mejillas otra vez, pero sin suerte. No sabía si era un buen momento para un bebé, nos conocíamos tan poco tiempo... Pero lo más importante era que era su bebé. Vi cuánto quiere a Pablo, y ahora le daremos una familia. Serán criados juntos. Y el niño Oli...

—¡Joder, claro!— Grité y marqué el número de mi amiga. Lo cogió después de la segunda señal. —Oli, ¡estoy embarazada!— Grité alegremente, y ella se quedó en silencio.

—Joder, pero el viaje... Lari, ¿estás bien?— Ella preguntó, sin entender lo que estaba pasando. —Te dieron algunas medicinas, ¿qué está pasando?— preguntó, aterrorizada por su voz ligeramente temblorosa.

—¡Este es el bebé de Nacho!— Después de un momento de silencio hubo un chillido en el auricular. —Massimo podía intentarlo todo lo que quisiera, yo ya estaba embarazada.

—Dios, Lari, la oí llorar. —Seremos madres.

355



OTROS 365 DÍAS

—¡Sí!— Grité, ladrando abiertamente. —Y nuestros hijos tendrán la misma edad. Jodidamente increíble, ¿eh?

—¿Nacho ya lo sabe?— dijo después de un momento de chillar juntas.

—Estoy en camino. Te llamaré mañana cuando me calme un poco.— Estaba corriendo hacia adelante enfadada por no tener un botón de teletransportación, para poder estar a su lado.

Conduje hasta la arena y vi una moto al lado de una palmera. Eso significaba que estaba aquí. No tenía ni idea de cómo decírselo... directamente o con más delicadeza. Me detuve en medio paso. ¿O tal vez no quiere tener hijos? Y lo pondré frente a un hecho que podría destruirlo más rápido que el golpe que planeé.

Y entonces recordé que, en la piscina, cuando estábamos en casa de Tagomago, dijo que no tenía miedo de un posible embarazo porque, como dijo, *"a su edad es el momento"*. Le pregunté sobre mis píldoras anticonceptivas y me apuré para vestirme para la natación. Impulsada por este pensamiento, empecé a correr.

Caí en la casa y lo vi sentado en el suelo con la espalda apoyada en los armarios de la cocina. Me miró desconcertado y soltó una botella de vodka. Aterrorizada de que estuviera bebiendo, me quedé helada un momento, y se levantó y se tambaleó, agarrando los refrigeradores.

—¿Qué estás haciendo aquí?— Preguntó casi con rabia.—¿Qué hay del tratamiento?

—No puedo hacerlo.—Dije, mirándolo, que estaba un poco aturdido por el estado en que estaba. —Este niño...— empecé, y él se movió hacia mí.

—¡Maldita sea!—gritó, me interrumpió y presionó la botella contra la pared.



OTROS 365 DÍAS

—No lo soporto, Laura.— Salió corriendo de la casa y corrió hacia el agua.

Estaba tan borracho que apenas podía mover las piernas. Me salieron lágrimas de los ojos y mi voz se atascó en la garganta pensando que nadaría así.

—¡Es tu bebé!—Grité.

—¡Es tu bebé, Nacho!

357



BLANKA LIPÍŃSKA

OTROS 365 DÍAS

EPILOGO

—Maldita sea, Luca. —Olga se levantó de su silla y su carrera de velocidad llamó la atención de todos los playeros. — Pequeño bastardo, ven aquí.— Resignada se arrodilló en la arena, y un bonito chico de ojos oscuros se arrojó en mis brazos.

Lo envolví en una toalla, lo puse de rodillas y empecé a limpiarle el pelo.

—Finge que no entiende el polaco—, ella estaba lloriqueando, acostada y agarrando una botella de agua. —Pero tan pronto como empiezo a hablar italiano, surge una reacción, ¿verdad?— Le apretó la nariz a este ángel moreno que se retorció hacia mí.

—Deja de estar nerviosa, con el embarazo, no es aconsejable, —dije entre risas, mirando a Oli. —Ve con tu madre. —Le susurré al oído y se lanzó sobre ella.

Ella lo abrazó tiernamente y lo apretó, y el chico se rió y la soltó. Ella finalmente lo dejó ir, y él se precipitó al agua, haciendo insignificantes sus prohibiciones.

—Es idéntico a Domenico. No escucha nada de lo que digo. —Giró la cabeza de lado. —No puedo creer que sea tan grande. Recuerdo cuando lo di a luz.— Podías oler un poco de nostalgia en su voz.

—Bueno... también yo. Recuerdo cómo quería matarnos a todos.

Desafortunadamente, no pude estar con ella ese día, aunque realmente quería hacerlo. Pero le ordenó a Domenico que se conectara conmigo para una videollamada. Así que puso el equipo detrás de su cabeza, así ayudé en el parto, muriendo de miedo. Olga gritaba, golpeaba a Domenico, me insultaba a mí, a él y al doctor, y luego lloraba. El parto no fue muy largo, para nuestra felicidad



OTROS 365 DÍAS

general Luca nació después de dos o tres horas. El niño más hermoso que he visto.

—Ese mocoso me acabará—, suspiró Oli, y después de un rato gritó.—¡Luca!— Miniatura Domenico una vez más comenzó a correr al agua. —Su padre lo consiente tanto que no puedo manejarlo.— Se sentó y se puso las gafas en la nariz. —Por supuesto, el padrino, no estoy hablando de mi esposo. —Gire mi cabeza hacia un lado y la miré con sorpresa.

—¿Massimo te está fastidiando?— Ella lo negó, sacudiendo la cabeza.

—Oh, tienes que entender, en él ve un hijo que no está allí. Pero si sigue saliendo con estas putas, va a terminar con uno. Es bueno que rara vez esté en la residencia. —Ella suspiró. —Pero cuando está, es cuando Luca obtiene la miniatura de un Ferrari, el último circuito que le compró, ¿puedes creerlo? ¡A sus cuatro años! Le compró una lancha, pero aún así no es nada. ¡Convenció a Domenico para que Luca aprendiera idiomas...cuatro a la vez!— Ella gritó. —Además, toca el piano, y también entrena karate y tenis, porque supuestamente el deporte enseña disciplina.

Giré la cabeza, no puedo creer que hayan pasado cinco años desde que me divorcié. No fue la cosa más fácil de mi vida, sobre todo porque Nacho y Massimo se odian. El divorcio en sí fue muy simple, firmar documentos y eso es todo, pero el camino hasta ese día fue un infierno.

Exactamente en mi cumpleaños, Massimo finalmente se dio cuenta de que lo había dejado y que me había enamorado de otro. Pasaron exactamente trescientos sesenta y cinco días desde que me secuestró. Y no sé si fue de sentido común o si sólo cumplió su palabra, pero fue ese día que me prometió el divorcio.

359



OTROS 365 DÍAS

Cualquier persona normal enviaría documentos, por correo, correo electrónico, con una paloma. Pero mi ex-marido debe haber dado la señal más ostentosa diciendo: "*Soy rico, puedo permitírmelo*". Así que cuatro hombres vestidos de negro volaron a Tenerife, quienes me presentaron toneladas de documentos y me explicaron lo que contenían.

Al principio le dije a Black que no quería nada de él y que no aceptaría ni un céntimo, pero cuando Massimo insistía en algo, no era fuerte para él. Una de sus condiciones era que me hablara de la libertad en absoluto. Afirmó que después de todo lo que había experimentado, merecía, como él lo dijo claramente, asegurar el futuro y compensar. Y sólo se trataba de no depender financieramente de Nacho.

Y no lo estaba, porque mi generoso ex-marido fue el primero en hacerlo, me dio la compañía que creé y puso dinero en ella.

—¡Mamá!—Los dulces gritos me hicieron levantarme y ver las pequeñas manos de mi amada hija levantadas. —Papá me mostró un delfín—, dijo cuándo la tomé en mis brazos y me senté con ella en mis brazos.

—¿Ah sí?—Asentí con la cabeza y Stella saltó y corrió hacia el océano. Es una niña extremadamente activa, al igual que su padre.

Si alguna vez me aburro de esta vista, me preguntaba mirando a mi esposo que caminaba hacia mí con nuestra hija en brazos. Una niña rubia con ojos marrones colgaba como un mono y le dio jugosos besos. En una mano sostenía una tabla, la otra abrazó tiernamente a Stella. Su cuerpo mojado y colorido no se parecía en nada al chico de casi cuarenta años. El movimiento continuo era el mejor conservante, y esculpía bellamente sus músculos.

—Te admiro por permitirle surfear con ella—, dijo Olga con una toma de control, empujando un trozo de plátano en la boca de Luca.

360



OTROS 365 DÍAS

—Probablemente me volvería loca de miedo. La planta en la tabla, y luego ella cae en un borron. —Agitó las manos. —No es para mí en absoluto.

—No se cae, salta. Y quién hubiera pensado que seríamos madres tan diferentes.— Me reí sin apartar la vista de mi hombre. —Por lo que recuerdo, se suponía que yo era la que estaría en pánico, y tú eras la que se suponía que tus hijos podrían fumar cigarrillos.

—¡Voy a encenderlos para ellos!— Ella gritó. —Sería mejor si los encerráramos en el sótano hasta la mayoría de edad. —Ella lo pensó. —O para estar seguros hasta los treinta.

De repente, el sol se había ido, y los labios suaves y salados se pegaron a mis labios. Sosteniendo a nuestra hija en sus brazos, Nacho se apoyó con una mano en el reposacabezas de la tumbona en la que estaba tomando el sol y besándome descaradamente.

—Harán daño a mi psique, pervertidos—, dijo mi amiga.

—No seas envidiosa— Nacho le advirtió, sonriendo de oreja a oreja. —Si Domenico dejara de disparar y volara contigo, podrías sentir algo agradable en tu boca también.

—Jódete—, respondió ella, sin siquiera mirarlo, y le agradecí a Dios en mis pensamientos que nuestros hijos hablaran varios idiomas, pero no el inglés.—Mi marido es leal a su familia después del desayuno. —Se encogió de hombros, indignada.

—Oh, —dijo sarcásticamente Calvo, sentado en mi tumbona. Cogió una toalla y empezó a limpiar a Stella. —¿Así que eres una mala mujer de la mafia que engaña a la familia con los gánsteres de las Islas Canarias?

—Si es así, con una encantadora mujer polaca.— Le echó un vistazo a sus gafas. —Y el hecho de que se haya casado accidentalmente con un mafioso español es un asunto completamente diferente.

361



OTROS 365 DÍAS

—Las Islas Canarias— casi la corregimos en coro, y Nacho felizmente me acarició la cara, besándome suavemente otra vez.

Luca, viendo que Stella salió del agua, se aferró a ella como una roca. Tenían los mismos cinco años, pero era un gran hermano, mostrándole conchas marinas, guijarros, cuidándola. A veces, cuando lo miraba, me recordaba más a Massimo que a Domenico. Esos ojos negros suyos, mirándome con frialdad y superioridad... Era sólo un niño, pero sabía que Don lo estaba preparando para ser su sucesor. Por supuesto que Oli no dejó que ese pensamiento se hiciera realidad, pero yo sabía por qué los mantenía en la mansión.

La verdad es que Domenico era un hombre extremadamente rico gracias a su hermano y a su trabajo, por lo que podía permitirse fácilmente una casa, un castillo o incluso una isla privada. Por desgracia, al estar bajo la influencia de Massimo todo el tiempo, no podría existir sin él. Así que convenció a Olga de que quedarse en la mansión era la mejor idea, sobre todo porque era la casa donde se conocieron. Mi amiga en Sicilia se convirtió en un fideo romántico y delicado, tan confundida por esta historia, que aceptó.

—Ser una madre soltera es muy difícil.—La voz de Amelia me sacó de mi mente y puso su bolso de marca en la tumbona a mi lado mientras tiraba la toalla mojada de Nacho en la arena. Me di la vuelta y vi con diversión como dos guardaespaldas llevaban una montaña de juguetes, cestas con comida y alcohol detrás de ella, y otra tumbona, un paraguas —Sólo "baratijas" necesarias.

—Sí, especialmente con tres niñeras contratadas las veinticuatro horas del día, un cocinero, criadas, un chofer, y una especie de idiota que se atreve a llamarse tu hombre —bostezó Nacho, empujando el sombrero de su hija en su cabeza.

362



OTROS 365 DÍAS

—¿No podemos comprar esta playa?— Amelia preguntó, sin responder a lo que él decía. —No tendría que soportar todo esto aquí cada vez.

Nacho volteó sus ojos y torció su cabeza con enojo y se acercó a mí. Después de un rato, Nacho se sentó en una tumbona para tumbarse sobre mí, aplastándome. Sus labios me besaron, e incluso sentí que las dos mujeres de mis dos lados nos estaban golpeando con sus ojos.

—Esta noche vamos a hacer un hijo propio, —susurró entre besos. —Haremos el amor hasta que me digas que lo hemos hecho. —Sus ojos verdes se rieron cuando empezó a frotar la entrepierna contra mi pierna.

—Oh no— las chicas gritaron casi simultáneamente y Amelia comenzó a lanzar diferentes objetos.

—¡Asqueroso! No delante de los niños—, calumnió Olga.

—Ni siquiera miran, —dijo Nacho, de pie. Señalando con el dedo a los tres, ocupados paseando sobre algún gusano enterrado en la arena. —Además, ya te lo he dicho,— se volvió hacia Olga.

—Encuentra la manera de conseguir a ese feroz siciliano.— Se volvió hacia su hermana.—Y tú...— Estuvo pensando por un tiempo.—Empieza a comer salmón, si funciona en los chicos, tal vez funcione en ti también.

Agarró la tabla y se dirigió hacia el agua.

—¿Todavía no lo acepta?— Le pregunté, mirando a Amelia, y ella giró su cabeza en un giro.

—Han pasado dos años desde que estamos juntos, y todavía no le da la mano para saludarlo— se quejó resignada. —Pensé que como lo contrató en la empresa, al menos se hablarían, pero no del todo.—

363



OTROS 365 DÍAS

Cayó cara a cara en la tumbona.—Diego es uno de los mejores abogados de España, es bueno, honesto...

—Trabaja para la mafia, —añadió Olga sarcásticamente.

—Él me ama.—Amelia la ignoró. —¡Se me declaró!—Ella extendió su mano con un gran y hermoso anillo.

—Marcelo lo matará.—Una vez más, el sonido de la voz de Oli perforó mis oídos.

—Hablaré con él. —Lo prometí, golpeando a mi amiga en el hombro con mi puño. —Esta noche, creo que la situación será más favorable. ¿Llevarás a Stella a tu casa? — Miré a Amelia y ella asintió.

—No entiendo por qué no tienes una niñera. —Olga lo desaprobaba.

—Sin María, me siento como un niño en la niebla, excepto cuando pienso que Luca rompería mi orgía con mi marido, me da escalofríos de horror.

—Mira, y todavía estoy trabajando. —Alcé las cejas divertida.—Y, hablando de trabajo, el viernes abro otra boutique, esta vez en Gran Canaria, ¿me acompañarás? Habrá una fiesta, surfistas.—Sacudí mis caderas. —La línea de ropa para ellos se vende mejor que la italiana. ¿Quién lo hubiera adivinado?

—¿Y Klara estará ahí? —Oli ató su pareo y alcanzó otro trago.

—Todavía me siento como si estuviera en el instituto con ella. —Me reí y fingiendo estar triste, asentí con la cabeza.

Desde que le compré a mis padres una propiedad de retiro como regalo, he podido disfrutar de su compañía tantas veces como he querido. Vivían a sólo una hora en ferry de nosotros, justo en Gran Canaria.

Papá empezó a apasionarse por la pesca marítima y gracias a eso pasaba días enteros en el mar. Y mamá, bueno... estaba interesada en



OTROS 365 DÍAS

estar siempre guapa. Después de los sesenta descubrió también un talento artístico hasta entonces desconocido y empezó a crear esculturas de vidrio únicas, que, para mi sorpresa, se vendieron bastante bien.

Inicialmente, yo estaba pensando si transferirlos o no a Tenerife, pero esa proximidad con mi padre podría amenazar no sólo mi relación, sino también los intereses de Nacho. Por suerte para mí, la fama de Marcelo y lo que hizo no era tan grande como la de Massimo, por lo que bastaba con situarlos a unos pocos cientos de kilómetros de mí.

—Es agradable hablar con ustedes, pero voy a moverme un poco.— Alcancé con mi mano el respaldo de la tumbona y agarré una camiseta rosa, que combina perfectamente con el traje deportivo que llevaba. —Yo nadaré y ustedes cuidarán a los niños. —Agarré la tabla y me dirigí al océano.

—¿Cómo es posible que tengas un cuerpo así a esta edad? —gritó Oli, que en su estado actual se parecía un poco a una ballena.

—Muévete, nena. —Primero apunté con el dedo a la tabla y luego a mi marido cruzando las olas. —¡Muévete!— Besé la cabeza de Stella, que estaba rodeada por los chicos, y ella estaba derramando un castillo de arena con el agua.

Sí, mi vida estaba definitivamente completa. Tenía todo lo que amo aquí. Miré al despejado Teide, luego a las chicas que me saludaban felizmente, hasta que finalmente mi vista se posó sobre el hombre tatuado en el agua. Estaba sentado en una tabla flotando a través de las olas esperando...

Esperándome.

FIN

BLANKA LIPÍŃSKA

365



OTROS 365 DÍAS

AUTOR



366

Blanka Lipińska (nacida el 22 de julio de 1985) - escritora polaca.

En 2019 ocupó el segundo lugar en el ranking de los escritores mejor pagados en Polonia. Ella es la hija de Małgorzata y Grzegorz Lipiński. Él viene de Puławy en la región de Lublin. Tiene un hermano mayor por un año, de nombre Jakub.

Después de graduarse de la escuela secundaria, completó un estudio de cosmética. Trabajó como terapeuta hipnotista y gerente de clubes nocturnos en Sopot, y desde 2012 también como promotora de la federación KSW Ring Girls. El 4 de julio de 2018, Edipresse Polska publicó su primera novela titulada **365 días** para la cual completó su trabajo en 2014. El libro se convirtió rápidamente en un éxito de ventas, vendiendo más de 500,000 copias. Las siguientes partes de la novela - **Este día y otros 365 días** - también llegaron a la cima de los libros más leídos en Polonia.

El 7 de febrero de 2020, se espera que la adaptación cinematográfica de la novela debut de Lipińska, dirigida por Barbara Białowąs llegue a los cines.

BLANKA LIPIŃSKA

